

El primer libro de la colección **EL MITO DE**

JOSE LUIS CABALLERO

LA CIUDAD SILENCIOSA

LA CIUDAD SILENCIOSA DE JOSE LUIS CABALLERO
CON UNO DE LOS GRANDES DIBUJOS DE JOSE LUIS CABALLERO



minibooks



¿Qué ocurriría si un día, de forma inexplicable, toda la población del planeta quedara atrapada en edificios y espacios cerrados, incapaz de salir al exterior? En su próximo proyecto los hermanos Pastor, los jóvenes cineastas que triunfaron en Estados Unidos con su ópera prima *Infectados*, nos muestran una Barcelona postapocalíptica donde los protagonistas tendrán que sobrevivir en el subsuelo de la ciudad cuando una extraña epidemia obligue a la gente a vivir encerrada. *Minotauro* presenta una novela que completa y narra parte de los acontecimientos que no veremos en la película. En *La ciudad silenciosa*, la joven Andrea deberá encontrar la manera de sobrevivir a la locura que se abate sobre la ciudad.

JOSÉ LUIS CABALLERO

La Ciudad silenciosa

Minotauro



Autor: Caballero, José Luis

©2013, Minotauro

Colección: Terror

ISBN: 9788445001295

Generado con: QualityEbook v0.65

PRÓLOGO

Dejémoslo claro: el libro que tienes en las manos no es una novelización de la película *Los últimos días*.

Las novelizaciones son esos libros que siempre nos han parecido un tanto absurdos: si ya has visto la película en la que están basados, se limitan a contarte la misma historia y, si no la has visto, te arruinan cualquier sorpresa.

Lo que ha hecho José Luis Caballero con *La ciudad silenciosa* es algo mucho más interesante: contar una historia completamente nueva ambientándola en el universo de *Los últimos días*.

Algunos de los hilos que utiliza provienen de la propia película. Así, Andrea, el personaje secundario interpretado por Leticia Dolera, se convierte en una de las protagonistas de la novela. El centro comercial que aparece en el largometraje es aquí un espacio central. Pero lo que teje con estos hilos es un tapiz nuevo, una historia independiente que puede disfrutarse tanto antes como después de haber visto la película. Ésa fue una de las pocas condiciones que le pusimos a José Luis: nada de *spoilers*.

La ciudad silenciosa explora y amplía los temas de la película, dando una visión más global de la catástrofe que asuela el mundo. La novela permite incluir en el universo de *Los últimos días* todas aquellas ideas y situaciones que a veces los límites que impone la duración de una película te obligan a dejar fuera. De este modo, en el libro, somos testigos de momentos épicos como el intento de Andrea de cruzar la calle en coche, o el de las embarcaciones por las alcantarillas, que no aparecen en la película.

Como narradores, nos parece fascinante que alguien externo coja una idea tuya y se la haga propia, la desarrolle a su manera, y le dé su visión particular. Nosotros nunca podremos ser espectadores de nuestra propia película. El proyecto es demasiado cercano, conocemos demasiado bien los hilos que la tejen. Por eso, leer la novela de José Luis ha sido un placer para nosotros. Al reinventar nuestra historia, nos ha dado la oportunidad de acercarnos a ella como simples lectores, redescubriendo su universo y los personajes que lo integran con ojos nuevos.

Esperamos que vosotros disfrutéis de *La ciudad silenciosa* tanto como nosotros.

ALEX y DAVID PASTOR

INTRODUCCIÓN

Nada más emprender el empinado descenso, Jakob percibió un estruendo sordo y continuado, como un trueno, pero que parecía venir del suelo y no del cielo, que se mostraba absolutamente despejado. Describió una amplia curva con los esquís y se detuvo para intentar averiguar por dónde llegaría el alud, a pesar de que la bajísima temperatura no lo hacía probable. Tras él, el manto de nieve, compacta y espesa, sólo mostraba las huellas de su paso, pero el estruendo era cada vez más fuerte, y de pronto todo empezó a temblar anunciando el peligro de lo que iba a ocurrir. En lo alto de la pista, Jakob vio como una nube de nieve y hielo se elevaba desde el suelo y empezaba a deslizarse hacia el fondo del valle. Con la experiencia y los conocimientos adquiridos durante años se lanzó ladera abajo, a toda la velocidad de la que era capaz, con la esperanza de llegar al fondo antes que la masa de nieve. Al final de la larga rampa podía ver el curso helado del arroyo, pero entre él y la superficie helada había una distancia considerable y el camino de descenso no era ni mucho menos una pista para esquiadores aficionados. Jakob conocía de sobra el camino y sabía que bajo la superficie, aparentemente lisa y blanca, se escondían rocas puntiagudas, agujeros y desniveles que podían acarrear un accidente. Con movimientos rápidos trazó curvas zigzagueando por la ladera mientras presentía tras él la montaña de nieve y hielo que amenazaba con sepultarlo. A medio camino, un único árbol, un abeto solitario, marcaba el punto más peligroso del descenso. Tras él se agolpaban una serie de aristas, ahora cubiertas por la nieve, y Jakob trató de pasar pegado al tronco para poder enfilarse el único camino libre de piedras. No quiso mirar atrás cuando pasó como una exhalación junto al abeto, pero por una vez calculó mal la distancia y el esquí izquierdo tropezó violentamente con la raíz del árbol, apenas visible en la nieve. El golpe fue tan fuerte que Jakob dio una voltereta en el aire, cayó de espaldas unos metros más adelante y el esquí salió disparado lejos de su alcance. Pero lo que podía haber sido un desastre se convirtió en una ventaja cuando la misma violencia de la caída lo impulsó ladera abajo todavía más de prisa.

Lo logró por los pelos. Se estrelló contra el curso helado del arroyo y luego emprendió una rápida subida por la corta pendiente del lado contrario

mientras toneladas de hielo y nieve se acumulaban tras él. El estruendo era espantoso, y mientras trepaba jadeante ladera arriba, sólo podía pensar en que no sería capaz de llegar hasta la carretera. Finalmente lo logró, se dejó caer sobre el asfalto cubierto de nieve y un silencio sepulcral se extendió a su alrededor.

Cuando llegó al refugio, al menos una docena de personas, agrupadas frente a la puerta, señalaban algún punto hacia el nordeste. El temblor había cesado, pero a lo lejos, sobre el volcán Hekla, una nube negra como la noche se elevaba retorciéndose y expandiéndose como si quisiera apoderarse del cielo.

—Esto es peor que lo del Eyjafjallajokull —dijo alguien.

—Vámonos a casa —musitó una mujer tomando a su hijo del hombro. El resto de excursionistas y de turistas también empezaron a moverse hacia sus vehículos mientras una nube oscura iba velando el sol.

Cuando la mujer se puso al volante, caía una espesa lluvia de ceniza sobre la carretera.

Desde la ventana de su salón, Manuel Clos, policía retirado, observó la silueta de la Sagrada Familia recortada sobre el cielo enrojecido y se intensificó la sutil preocupación que lo rondaba desde hacía días. Contempló durante un rato la extraña puesta de sol, no exenta de belleza, como una escena de alguna película de ciencia ficción. Durante años había ido observando el lento progreso del templo de Gaudí, primero con sólo las cuatro torres de la primera fachada, descubiertas cuando recaló en Barcelona hacía ya muchos años. Luego, en momentos como aquél, había ido observando como se elevaban hacia el cielo las agujas y las torres, la cúpula, las nuevas fachadas... Una obra a veces interrumpida, pero segura, de una ciudad que tenía ante sí todo el tiempo del mundo. Tomó la botella de whisky, absolutamente desaconsejado por su médico, se sirvió un trago y contempló el disco del sol, enrojecido y semioculto tras las torres. Lo asaltó una violenta arcada y tuvo que dejar el vaso sobre la mesa, mientras renegaba contra todo: la vida, la jubilación, él mismo... Volvió a la pantalla del ordenador e intentó concentrarse en la partida de ajedrez, pero ni siquiera otro trago consiguió quitarle la preocupación que casi ocupaba por completo su cabeza desde hacía días. Finalmente, sonó el teléfono y reconoció la voz grave y reposada de su hijo.

—He oído tu mensaje. ¿Qué pasa?

—Tu madre está muy rara —respondió Clos, con su habitual sequedad, después de apurar el whisky.

—¿Qué quieres decir?

—Pues eso. Que está rara. No sale de casa, ni siquiera para hacer la compra. Hace días, no sé cuántos, que se encierra en el dormitorio y no sale de allí.

—Pero... ¿no te ha dicho nada? Quizá se encuentre mal...

—No quiere hablar conmigo. Hasta hace poco desayunábamos juntos, salía un rato todos los días, hacíamos la compra, pero ahora... parece otra persona.

—¿Qué le has hecho esta vez?

—No tienes derecho a hablarme así. No le he hecho nada.

—Muy bien. Luego me pasaré por ahí, ¿de acuerdo?

Clos colgó el teléfono y trató de aplacar su furia a base de dar profundas caladas al cigarrillo. No podía tolerar que su hijo le llamara la atención. Siempre había intentado inculcar en él la disciplina, el sentido del deber, el merecido castigo y el gratificante premio, pero sentía que en cierto modo había fracasado y que Ferran se había saltado las reglas. Todavía con la cabeza en otra parte trató de ejecutar una defensa eslava, pero el ordenador era mucho más ágil que él, o estaba más concentrado. El caso es que perdió un alfil y la máquina lo desarboló por completo. No quiso seguir y dejó la pantalla encendida. El sol, velado por una nube rojiza, iluminaba todavía su sala de estar, su santuario privado, cuando se levantó y se dirigió a la habitación de su mujer.

Mientras se daba una ducha rápida y se vestía aún más rápido, Ferran Clos intentó dejar de lado las preocupaciones personales y trató de concentrarse en el trabajo. No era muy corriente que el responsable de Salut de la Generalitat de Catalunya precisara sus servicios a una hora tan temprana. La cita, para acabar de confundirlo, no era en un despacho oficial, sino en uno situado en la planta noble del hotel Arts, una irregularidad a la que no estaba acostumbrado.

El caso de Ferran Clos era, cuando menos, curioso. Después de aprobar el examen de ingreso en la Escuela de Policía, una discusión borrascosa con su padre lo había colocado a un paso de tomar una decisión drástica: renunciar inmediatamente y abandonar la idea de ingresar en el Cuerpo. Su padre había tenido la maldad de acusarlo de ser un inútil y de que jamás aprobaría el curso. Lo había llamado afeminado, lo había acusado de estar pegado todavía a las faldas de su madre y lo había conminado a renunciar «antes de hacer el ridículo». Así pues, había decidido que no sólo aprobaría el curso, sino que sería el primero de su promoción. Eso no lo había conseguido, pero sí había obtenido un puesto lo bastante alto como para poder elegir destino. Como prueba de aquella decisión, en la pared de su apartamento se podían ver las fotos de la academia donde él aparecía sonriente y aparentemente feliz rodeado de los compañeros con los que se había graduado. El televisor, una mesa, un par de sillas y una gran cama completaban el mobiliario de un apartamento en el que no faltaban los toques personales como aquellas fotos, el diploma y la orla de graduación en la Escuela de Policía; los diplomas de la

Escuela de Idiomas, conseguidos gracias a su enorme y sorprendente facilidad para aprender otras lenguas, o el diploma en Psicología, otra de sus aficiones, del que se sentía especialmente orgulloso. Todavía lo acuciaba la nostalgia de aquellos días intensos, de aquellos compañeros ilusionados y de una supuesta vocación que, a la larga, había resultado cierta.

Mientras se anudaba la corbata se miró en el espejo. Se sentía bien consigo mismo; su buena preparación le había abierto de par en par las puertas de uno de los destinos más buscados, el de escolta de autoridades, un modo de demostrar a su padre que había llegado mucho más arriba de lo que él nunca pudo lograr.

El hotel Arts resulta una especie de incongruencia en la Barcelona amable y ordenada. Una suerte de torre gemela con la contigua, visible desde el mar o desde los aviones que enfilan las pistas del aeropuerto. A Ferran Clos no le gustaba especialmente, aunque era un habitual del hotel en su labor de proteger a las autoridades o personalidades que solían alojarse en él. Ferran condujo despacio por la calle Marina hacia el mar, entró en el parking del hotel, y cuando aparcó el coche cayó en la cuenta del escaso tráfico con que se había encontrado y la falta absoluta de ciclistas, algo de agradecer pero que no dejaba de resultar extraño.

Un instante antes de entrar en el hotel, aquella mañana, su jefe de grupo, sabedor de sus conocimientos de francés, le recordó la absoluta discreción a la que estaba obligado, «especialmente sobre esta reunión», apostilló. «Se trata de un alto funcionario de la OMS llegado de Ginebra y es absolutamente necesario que nadie sepa que ha estado en Barcelona.» Ferran no preguntó por qué, se limitó a asentir y a prometerse, en su fuero interno, que no prestaría atención a nada de lo que hablaran.

Siguiendo sus pautas de trabajo, Ferran revisó a conciencia la sala donde debía tener lugar la reunión. Lo habitual, como explorar debajo de las mesas buscando micrófonos, observar por las ventanas algún movimiento sospechoso en las azoteas contiguas (inexistentes dada la altura de la torre), asegurarse de que no había nada ni nadie en el cuarto de baño contiguo, e incluso se tomó la molestia de revisar las luces buscando micrófonos o cámaras ocultas.

Mientras los dos funcionarios se acomodaban en sendos sillones, Ferran se situó junto a la puerta, como una esfinge. En circunstancias normales se habría quedado fuera, custodiando la puerta, pero su jefe insistió en que permaneciera dentro para evitar que nadie sospechara que allí tenía lugar alguna reunión importante. Ferran no solía cuestionarse las órdenes o las

instrucciones que recibía, pero aquella vez no dejaron de llamarle la atención tantas irregularidades, empezando por el lugar de la reunión.

La sala era totalmente acristalada, por lo que no había cuadros en las paredes, y el mobiliario se reducía a una gran mesa, también de cristal, y una docena de sillas metálicas. Nada más que pudiera distraer la atención. Ni un teléfono, ni una pantalla.

—No le hemos puesto todavía un nombre —decía el funcionario de la OMS—, ni siquiera sabemos si es una enfermedad, un síndrome o una coincidencia.

—¿Coincidencia?

—Sí. Parece que se ha producido al mismo tiempo una erupción en Islandia, en el Hekla. Se han detectado seis sacudidas de diferente intensidad, con nubes que han llegado casi hasta el ecuador, y se espera algo mucho peor: una explosión de tipo peleano que podría superar a la del Krakatoa, lo que quiere decir que afectaría a todo el planeta. Pero es sólo una teoría.

Al principio, Ferran se propuso no prestar atención a la conversación, pero el escenario, absolutamente aséptico, no ofrecía posibilidades de desviar su atención, y la expresión preocupada de los dos funcionarios no dejaba mucho margen para la tranquilidad. Cuando por fin se rindió a la evidencia y prestó atención a la charla, se fue percatando de que no podía ser nada bueno que un funcionario de la OMS y el responsable de Salut de la Generalitat de Catalunya hablaran de pandemia o de pánico. El funcionario siguió explicando el plan de la OMS, consistente primero en informar personalmente a las autoridades sanitarias, huyendo de la publicidad y el alarmismo, pero al mismo tiempo fue desgranando datos sobre afectados. «¿Afectados? —se preguntó Ferran—. Afectados ¿de qué?»

—¿En qué consiste exactamente? —preguntó el *conseller*.

Ferran no era ajeno a los términos de pánico, de fobias o de infartos, pero se le escapaba la relación que entre todas esas cuestiones establecía el funcionario la OMS. «Pánico, agorafobia, dolores de cabeza, temblores y algún caso de ftofobia.» Luego vinieron las explicaciones químicas y biológicas, y Ferran prestó atención tratando de superar la inquietud que lo iba invadiendo. Trató de recordar todos los términos que debía revisar. Desde luego nunca se le hubiera ocurrido transgredir las normas y llevar una grabadora, pero siempre se jactaba de tener buena memoria.

Cuando subieron al vehículo oficial, el *conseller* se volvió hacia él y Ferran pudo ver su frente perlada de sudor y percibió el ligero temblor de sus

labios cuando le dijo: «Lléveme a la consellería.»

—¿Es grave? —se atrevió a preguntar.

Ferran no solía hacer preguntas y menos a las autoridades a las que protegía, pero aquella vez hubiera preferido, de verdad, no hacerla, porque el *conseller* no contestó y se limitó a reclinar la cabeza sobre el asiento del coche y a cerrar los ojos.

Aquella noche Ferran Clos consultó todo lo que pudo sobre el misterioso «síndrome», como lo llamaban. Se hablaba de contaminación del agua, del aire, pero todo eran especulaciones y estadísticas. Lo único que estaba claro es que había casos en todo el mundo y se extendía con rapidez, como una auténtica epidemia. Nadie lo decía, pero a Ferran le dio la impresión de que estaba fuera de control.

En el piso del Ensanche barcelonés donde había vivido hasta hacía un par de años, las luces estaban apagadas, y su padre le abrió la puerta con expresión sombría. No le resultaba agradable volver allí y revivir recuerdos indeseados de su infancia; no obstante, ya quedaba muy lejos aquel muchachito asustado y encerrado en sí mismo. No obstante, no podía dejar de recordar los largos interrogatorios sobre sus actividades, las horas de estudio, aterrorizado, encerrado con llave en su habitación, las lágrimas de su madre, las frases de desprecio cuando daba una respuesta equivocada de cualquier lección a la que había dedicado horas, o las amenazas antes de un examen, o los domingos por la tarde cuando, después de días de incertidumbre, había recibido permiso para salir con sus amigos.

—No hay manera de que salga del dormitorio —dijo su padre—. No ha comido nada desde ayer.

Manuel Clos le hizo un rápido resumen de las últimas horas mientras Ferran llamaba con los nudillos a la puerta del dormitorio. Finalmente la puerta se abrió y Ferran pudo ver a su madre, demacrada, con un camisón sucio y arrugado, el pelo alborotado y la mirada huidiza. Nada que ver con la mujer que conocía, recta, pulcra y disciplinada. Ferran se volvió con violencia hacia su padre, seguro de que él era el responsable, pero la voz dulce de su madre lo hizo desistir de un nuevo enfrentamiento.

—Hola, hijo, pasa.

Se sentó junto a ella, en el borde de la cama, intentando comprender qué

le estaba pasando. Con total discreción, su padre los dejó solos y cerró la puerta tras él. Desde mucho tiempo atrás, Manuel Clos se había sentido marginado del entendimiento entre su esposa y su hijo; tal vez por su propia responsabilidad, o tal vez no. Volvió a su estudio y movió el ratón del ordenador para recuperar el tablero de ajedrez. Hizo un movimiento más, sin pensar, y el programa, después de un fugaz movimiento, lo advirtió del jaque mate. Manuel Clos se limitó a cerrar el programa y se sirvió otro whisky. Se sentó en su sillón favorito mientras pensaba en el giro que había tomado su vida. Lejos de un trabajo que lo apasionaba, con una mujer que nunca lo había comprendido y un hijo que lo había defraudado profundamente. En cierto modo envidiaba aquella sintonía que sabía que existía entre ellos, la madre y el hijo. Al fin y al cabo era algo natural. Eso sin contar que él había pasado durante años todo su tiempo en la comisaría, sin poder ocuparse de nada más, salvo de mantener una cierta disciplina que a veces se le escapaba de las manos.

—No puedo ni asomarme a la ventana —le confesó la mujer a su hijo—. Me da miedo el sol, el aire, la luz... No he querido contárselo a tu padre. ¿Para qué? Me da pánico sólo pensar que tengo que salir a la calle. Él ha empezado a ocuparse de comprar y hacer los recados, pero esto no puede seguir así.

—Seguro que no te ocurre nada —apuntó Ferran, inquieto—. Te tomas unos días de descanso y ya está.

—¿Y eso es todo? —Su madre lo miró con una expresión extraña—. ¿Y por qué no puedo salir a la calle?

—Pero ¿qué te pasa?

—Miedo, hijo. Un miedo que me paraliza. Los pies se niegan a andar, la cabeza me da vueltas. Es un miedo tan grande...

—Él tiene la culpa.

—¡No! No, esto es diferente. Es como darse con un muro. Me da pánico sólo mirar por la ventana...

—¿Has llamado al médico?

—No. No he llamado al médico.

—Lo haré yo, ¿de acuerdo? Esto debe de ser... bueno, ya sabes, algo psicológico. Todos tenemos problemas. Y ya sabemos lo que ha sido mi padre; cualquier cosa menos un marido.

—Sí, lo sé, pero no deberías hablar así de él. Es tu padre.

Cuando salió de la habitación el viejo policía estaba en el pasillo, con un vaso de whisky en la mano y los ojos enrojecidos.

—Has vuelto a beber —le recriminó Ferran.

—Sólo de vez en cuando. Mi hígado ya no lo soporta.

—¿Le has hecho algo?

—No le he hecho nada. Aquello ya pasó.

—Pero vuelves a beber.

—¿Qué le pasa? ¿Te lo ha dicho? —preguntó su padre desviando la conversación.

—Pánico. Tiene un miedo insufrible a salir a la calle.

—Siempre ha tenido miedo.

—No entiendes nada, ¿verdad? —masculló Ferran.

Salió procurando no dar el portazo que deseaba dar, y al llegar a la calle se fijó en el cielo aparentemente tranquilo.

Con mucho cuidado, Julia tomó un ojo y lo encajó en el hueco tratando de que quedara fijo, mirando al frente. Podía ser un problema si quedaba torcido, porque otras veces, al intentar enderezarlo, había rasgado el tejido de la órbita. Alejó de ella unos centímetros la cara de la marioneta y observó el efecto, algo extraño, desde luego, con una órbita vacía parecida a la entrada de un túnel oscuro.

Desde la puerta de la tienda, Andrea observó cómo su amiga y socia se concentraba en un trabajo que la apasionaba. Desde aquella perspectiva, las luces del interior de la tienda iluminaban el suave cabello castaño de Julia dándole un halo de dulzura que casaba muy bien con su carácter, el polo opuesto al de Andrea, áspero y peleón. Sonrió al pensar en lo fácil que les era entenderse y luego volvió su atención a la tienda de bolsos situada justo enfrente.

—¿Te has fijado en lo macizo que está Michael, el de Baggs? —dijo Andrea.

Apoyada en el marco de la puerta, tenía la actitud del fumador que se ha quedado sin posibilidad de fumar; una mano en el bolsillo del vaquero ajustado y la otra elevada en el aire como si sujetara el cigarrillo. El pelo, castaño y corto, le daba un aire juvenil y un punto agresivo al mismo tiempo.

En aquel momento no había ningún cliente en la juguetería, nada de niños removiendo los estantes, de madres pasando de ellos o de padres más atentos a las dos jóvenes dependientas que a los caprichos de sus vástagos. Se volvió para ver como Julia colocaba sobre la mesa la marioneta de cara sonrosada, pelo negro adornado con una gran flor y vestido rojo cuajado de topos rosas.

—¿No te parece que le falta algo? —preguntó Julia.

—A mí me falta un café. ¿Qué pasa hoy que no entra nadie?

El largo pasillo del centro comercial ofrecía un aspecto poco habitual en un viernes. Poca gente, apenas un puñado de paseantes observando los escaparates, jubilados sin nada mejor que hacer y algo más lejos un grupo de alborotados adolescentes. Pero al parecer nadie interesado en una juguetería con las paredes cuajadas de marionetas.

—¿Cuántos años debe de tener? —preguntó Andrea.

—¿Michael? No sé, pero casi podría ser tu padre —rió Julia.

—Hablando de padres. ¿Qué tal con Marc?

Julia se dirigió, sin contestar, a uno de los estantes. Tomó una caja y de ella extrajo los hilos que convertirían a su muñeco en un ser casi vivo.

—¿Sabes lo que me ha pasado esta mañana? —desvió el tema mientras anudaba los hilos.

Andrea había entrado en la tienda, como si ya hubiera consumido el cigarrillo, y contempló cómo trabajaba su amiga y socia con unos gestos que rozaban la dulzura, como si estuviera acariciando un bebé en lugar de fabricar una marioneta... y entonces cayó en la cuenta.

—¡Oh! Perdona, soy gilipollas ... ya sé que Marc no... bueno...

—Ya sé que eres gilipollas —sonrió Julia.

—Cuenta, ¿qué te ha pasado esta mañana?

Una mujer, con una niña de la mano, entró en aquel momento en la tienda. El local, abierto al pasillo principal del centro comercial, no era demasiado grande y ofrecía un aspecto abigarrado, especialmente atractivo para su clientela infantil. Julia terminó de componer su marioneta y la colocó en otro de los estantes, formando conjunto con un esqueleto, un pirata con un parche en el ojo y una descarada jovencita con el pelo verde brillante. La mujer que acababa de entrar era una de esas madres absolutamente histérica, un manojo de nervios pendiente en todo momento de su hija, una niña morena y bonita, a la que no dejaba ni respirar. De un modo instintivo, Julia se acercó a la niña y le fue mostrando las marionetas; «tal vez, —pensó Andrea— para rescatarla de las garras de su madre». El nombre de Aitana, repetido una y mil veces por

la madre, le pareció bonito, pero era evidente que la niña no era una criatura feliz y bajaba continuamente los ojos al suelo, seguramente avergonzada de la verborrea incontinente de su madre.

Andrea contempló a Julia mientras preparaba una marioneta para la niña. Se fijó en sus manos ágiles envolviendo una pequeña caja, tomándose su tiempo, igual que cuando componía una de sus creaciones. A ella, a Andrea, le quedaba el trabajo mucho menos creativo de teclear sobre el ordenador, exprimiendo un negocio que a veces iba y otras no, plegándose a los vientos de crisis, modas y coyunturas. Julia era de la misma estatura que Andrea, delgada y ciertamente atractiva, pero lo que Andrea admiraba más de su antigua amiga del instituto y la universidad era su enorme creatividad, que superaba con creces una indecisión que Andrea contrapesaba. La pareja perfecta, como decía Julia algunas veces.

—¿Me vas a contar ya lo que has visto? —le insistió Andrea una vez que se hubo despedido de la única cliente de la mañana.

—Un hombre, al salir del metro. —Julia encogió los hombros como quitándole importancia—. Se ha quedado plantado en la escalera y ha empezado a gritar incoherencias. Como si le hubiera dado un ataque. Bueno, de hecho creo que le ha dado un ataque.

—¿Un infarto?

—No... No sé. No sé cómo funcionan los infartos, pero sudaba y estaba como aterrorizado. ¿Te acuerdas de aquel chico de la facultad?, ¿cómo se llamaba?, ¿Albert, Robert? El que se electrocutó en la sala de video.

—Epilepsia —murmuró Andrea, a la que súbitamente inundaron los malos recuerdos.

Robert, un muchacho guapo, joven, inteligente. Un violento ataque de epilepsia que hizo que se enredara en los cables de los aparatos eléctricos. Una descarga fulminante.

—Pues algo así. Era como un ataque de epilepsia.

—¿Dónde comes hoy? —inquirió Andrea.

No le apetecía hablar de epilepsia, ni de infartos ni ninguna otra enfermedad, y mucho menos de Robert.

—En la pizzería. Vendrá Marc.

—Pues yo salgo a tomar un café, ¿vale? —decidió de pronto Andrea.

Salió al pasillo, echó una ojeada a Baggs y pasó de largo de la cafetería situada un poco más adelante. En la calle respiró hondo, tratando de aspirar un poco de la libertad exterior, pero el aire era extrañamente cálido para una

mañana de octubre. El cielo tenía un color rojo inusual, más de atardecer que de una mañana sin nubes.

—Un café solo —pidió al camarero.

Se sentó en una de las mesas exteriores y encendió un cigarrillo. Michael Jones, creador y responsable de la empresa de maletas y bolsos Baggs, británico nacido en Londres treinta y cinco años atrás, acababa de salir del gran edificio coronado por el letrero que anunciaba el centro comercial y cruzaba la autovía en aquel momento. Andrea se fijó en sus andares seguros, en su elegancia, en su sonrisa, que incluso a aquella distancia parecía tan seductora como era en realidad. Cruzó el último carril con el semáforo en rojo. Aceleró el paso para esquivar un autobús y se sentó junto a ella.

—¿Siempre te juegas la vida así? —preguntó Andrea.

—No siempre. Me has puesto nervioso.

—Eso no lo creo. Eres inglés. Los ingleses no os ponéis nerviosos. ¿Has visto el color del cielo?

—Dicen que eso presagia tormenta. Y sí, los ingleses también nos ponemos nerviosos.

—Ésta es mi tercera tienda. Ahora estoy pensando en crear una franquicia —le explicó Michael en un buen español con acento inglés.

Desde su perspectiva, Andrea podía ver la pantalla de televisión en el extremo del bar; el Telenotícies de TV3 mostraba algo que parecía una erupción volcánica y una presentadora, rubia y de rasgos duros, hablaba en un idioma irreconocible mientras bajo ella desfilaba la traducción al catalán en letras blancas.

—Entonces ¿funciona bien? —inquirió Andrea con una ligera sonrisa.

—Sí. Hay futuro. ¿Y tú?

—Nosotras tenemos futuro, hasta mañana por lo menos. — Los dos se rieron—. Lo montamos entre las dos. Julia y yo. Ella no podía dedicarse a hacer marionetas y llevar la tienda al mismo tiempo.

—¿Tú no haces marionetas?

—No. —Ella sonrió captando la ironía de Michael—. Yo peleo con proveedores, clientes y programas de contabilidad. ¿Qué dice ahí de una erupción?

Michael se volvió y por un momento ambos prestaron atención a la

pantalla. «Es una erupción en Islandia —dijo el camarero—, y parece de las buenas.»

—Como la de 2010 —afirmó Michael.

Andrea recordaba vagamente la erupción que había dejado en tierra cientos de aviones, que había fastidiado muchas vacaciones y cerrado un montón de aeropuertos, pero lo que ahora le interesaba más era saber si entre ella y Michael había algún tipo de *feeling* y si tomar un café juntos un par o tres de veces a la semana era prelude de alguna otra cosa.

—¿Qué haces por las noches? —preguntó en un impulso—. Bueno... quiero decir cuando no duermes... ¡Oh, qué estúpida!, quiero decir si sales por las noches. De vez en cuando.

—Claro. Como todo el mundo. ¿Y tú?, ¿no tienes novio?

—Tenía.

—¿Habéis visto? —el camarero señaló el televisor.

Las imágenes eran inquietantes. Un hombre, a la puerta de un gran edificio, lloraba mientras desde fuera una mujer y un niño lo conminaban a salir. En otra imagen, fechada en Tokio, varias personas permanecían silenciosas, apretadas las unas contra las otras, en el fondo de la escalera de un metro, tras las puertas acristaladas. Lo más espectacular de todo fue la enloquecida carrera de un autobús estrellándose contra un escaparate y su conductor en el suelo, presa de un violento ataque.

—Seguro que exageran un poco —comentó Andrea.

—Seguro —reafirmó Michael.

Volvieron al trabajo hablando de trivialidades, pero al entrar en el edificio del centro comercial Andrea no pudo evitar lanzar una mirada de desconfianza hacia el cielo.

—He visto varios casos semejantes —dijo el médico de urgencias—. En personas de cierta edad.

—¿Una especie de demencia? —quiso saber Ferran Clos.

—Podría ser. —El médico guardó el fonendoscopio en su maletín metálico y luego se quitó las gafas.

Hacía rato que el sol se había ocultado y la temperatura era inusualmente alta. El piso de los Clos no era demasiado amplio, pero sí confortable, y sus ventanales, abiertos al sur, le daban una luminosidad permanente incluso al

final del día, aprovechando los últimos rayos del sol.

—¿Y dice usted que también afecta a los jóvenes? —preguntó Manuel Clos mirando fijamente al médico, un joven que no llegaría a los treinta años, vestido con una camiseta y unos vaqueros, sin nada que a juicio de Manuel Clos lo identificara como tal.

—Por lo que yo he visto así es. Muchas personas de edad avanzada pierden el interés por salir a la calle y se vuelven obsesivas en ese sentido. De hecho, sólo me han llamado para algunos casos como el de su... esposa. Lo preocupante es que también se ha empezado a dar en personas jóvenes...

—Entiendo —asintió el viejo policía—. ¿Qué podemos hacer?

—Desde luego no la obliguen. Es necesario tener paciencia. Ayer estuve en casa de una familia donde a la mujer le está pasando exactamente todo lo contrario. De pronto quiere huir de la casa donde vive, alegando que no es la suya. Es una demencia clara y típica, pero esto... es diferente. Le daré un tranquilizante. Cuando se despierte por las mañanas propóngale ir a dar una vuelta, o a hacer la compra. Abra las ventanas, que vea el sol y le dé el aire.

Manuel Clos no dijo nada. Sentía fija en él la mirada de su hijo, una mirada de reproche y de algo más. Dio la mano al doctor cuando se despidieron y bajó la cabeza con aire de derrota cuando cerraron la puerta tras él.

—¿Y eso es todo? —se preguntó en voz alta—. ¿Esto es un médico y un diagnóstico?

—¿Tú lo harías mejor? Nunca confías en nadie, ¿verdad? Es parte de tu personalidad.

—No puedes confiar en nadie..., ni en un hijo...

—Desde luego. Ni en un padre, ¿no te parece? —Se miraron desafiantes, y por un momento Manuel Clos estuvo tentado de abofetear a Ferran, pero también sabía que aquello ya no funcionaba así.

—Me temo que es algo grave —dijo finalmente.

—Supongo que sí —asintió Ferran, algo más distendido. No quiso contarle a su padre lo que sabía. O lo que creía saber, pero por un instante le invadió una sensación de miedo, casi de pánico—. Tendrás que ocuparte tú de todo. Si quieres... podemos ir a algún sitio, un supermercado de esos grandes. Hacemos una compra para todo el mes, para que no tengas que preocuparte.

Manuel asintió, pero cuando miró hacia el dormitorio, a través de la puerta entreabierta vio la expresión de su mujer, con las manos fuertemente aferradas a los brazos del sillón. Y aquella expresión lo aterrorizó.

—Algo no va bien —dijo Julia mirando hacia el pasillo.

—¿Qué no va bien? —quiso saber Andrea.

Desde el interior de la tienda el aspecto del centro comercial no le parecía a Andrea especialmente diferente. Tal vez un par de tiendas que no habían abierto y poca gente para ser un sábado a media mañana.

—Michael no ha abierto —Julia señaló con la cabeza la tienda de Baggs.

—Sí. Ya me he dado cuenta.

—¿No lo viste anoche? —preguntó Julia.

—A lo mejor no ha podido levantarse. —Andrea sonrió.

—¿Qué dices? —rió Julia—. ¿Y te lo has tenido así de callado toda la mañana? ¡Te odio! ¿Te lo llevaste a tu cama?

—No exactamente. Vive en uno de esos bloques de apartamentos, ahí enfrente.

—¡Ah! De ahí que lleves la misma ropa que ayer. Y ya que hablamos de ropa: Springfield tampoco ha abierto —declaró Julia—. Voy a preguntar a los de la tienda de electrónica a ver si saben algo. —Le guiñó un ojo—. A lo mejor también han tenido una noche movida.

Andrea conectó la CNN mientras revisaba una vez más las cuentas y los stocks de la tienda en el ordenador. Las marionetas de Julia la miraban, algunas con felices caras sonrientes, otras con los ceños fruncidos, guiños cómplices y expresiones vacías. Julia tenía mucho estilo para eso. Sabía dar expresividad a los muñecos, y luego, una vez colocados los hilos, era capaz de darles vida como si fueran pequeños seres, mitad humanos, mitad caricaturas. En algún momento, Andrea había envidiado esa capacidad de Julia para transmitir sus propios sentimientos a unos seres inanimados, hechos de madera y de alambre.

—Tú me entiendes, ¿verdad? —le dijo a uno de ellos, un Pinocho con un luminoso traje amarillo y una larga nariz sonrosada—. La vida es complicada, y una quiere cosas que no puede tener, y otras que posee no las quiere para nada. Sí, ya sé, complicado, pero ¿me has entendido?

—No creo que te entienda. —Julia entraba en aquel momento—. Sólo habla italiano. Nadie sabe nada, pero hay más tiendas que no han abierto. Han llamado para decir que se encontraban mal. Parece más una huelga que otra cosa... ¿Tienes idea de si había alguna protesta? Nunca nos enteramos de nada.

—Creo que no.

—Pues algo debe de estar pasando, ¿no? No es extraño que Michael necesite quedarse en casa después de pasar la noche contigo —apuntó Julia, y las dos mujeres rieron—, pero lo de los demás... ¿Me lo vas a contar?

—¿Qué quieres que te cuente? Eres...

—¿Os habéis enterado? —La cabeza de Joan, el dependiente de la hamburguesería cercana asomó por la puerta—. A un segurata le ha dado un ataque.

—¡Qué dices! —exclamó Julia.

—Voy a ver —dijo Andrea—, y salió a buen paso detrás del chico.

Ante una de las puertas de emergencia se había concentrado un grupo de personas. Un hombre, probablemente con conocimientos médicos, estaba inclinado sobre el guardia, que parecía literalmente aterrado, pegado a la pared, con un hilillo de saliva saliendo de sus labios apretados, las manos crispadas en el suelo y los ojos que parecían querer salirse de las órbitas. Los rayos de un sol extraño y rojizo entraban por el hueco de la puerta.

—¿Qué está pasando? —sollozó una mujer.

—A un vecino mío le ha pasado algo parecido —anunció una voz masculina.

—Hemos llamado a una ambulancia —apuntó alguien.

Andrea se había quedado paralizada, mirando al exterior, tan familiar y tan extraño. El tráfico era muy escaso. Un helicóptero revoloteaba a lo lejos y las luces de la autovía seguían encendidas a pesar de que era casi mediodía.

—¿Es un ataque al corazón? —preguntó.

—No. No lo creo —respondió el hombre que atendía al guardia.

—Ha ido a salir a la calle y de pronto le ha dado como un ataque —dijo una voz femenina.

El hombre que atendía al guardia se puso en pie y miró a su alrededor.

—Se va recuperando. Nunca había visto nada igual.

Cuando Andrea volvió a la tienda, Julia estaba al teléfono. Cortó la comunicación con un gesto de contrariedad y se quedó mirando hacia el pasillo con expresión ausente.

—Marc opina que tener un hijo en nuestra situación es una irresponsabilidad —dijo, y las lágrimas afloraron a sus ojos.

Andrea se acercó a ella y la abrazó, pero no pudo dejar de pensar en la

expresión de terror del guardia de seguridad.

Sin dejar de mirar hacia las luces del vecindario, Andrea pulsó de nuevo el botón de llamada a Michael, pero volvió a saltarle el contestador. Empezaba a preocuparse, y la preocupación fue en aumento cuando en los telediarios de todas las cadenas se daba como noticia de apertura lo que se había dado en llamar «el pánico». Calles cada vez con menos tráfico, caras de miedo, edificios donde gente aparentemente normal pegaba la cara a los cristales sin atreverse a dar un paso al exterior, coches abandonados en las carreteras y en las calles. Había aeropuertos cerrados al tráfico, corte de comunicaciones y una sensación general de que algo muy grave estaba sucediendo. «Los sistemas sanitarios de toda la Unión Europea se encuentran en estado de alerta a causa de lo que se ha dado en llamar “Síndrome de Pánico”, que ya está afectando a un número creciente de ciudadanos. La OMS estudia la posibilidad de declarar una pandemia en gran parte del hemisferio norte...» Las imágenes eran todavía más terribles, pues lo de menos eran las bellas panorámicas de un volcán en erupción. Las cámaras mostraban algunas personas tendidas en las calles de varias ciudades, aparentemente muertas, y escenas de pánico tras las paredes acristaladas del aeropuerto de Oslo.

—¿Qué pasa, hija? —preguntó la madre de Andrea.

—No lo sé. Algo que tiene que ver con agorafobia, o eso creo, pero no lo dicen.

—¿No ibas a salir esta noche?

—Iba. Tenía una cita pero me han dado plantón.

—Pues quédate conmigo. Te hago un chocolate, vemos una película en la tele, y cuando te duermas te arroparé.

Andrea sonrió, se acercó hasta su madre y depositó un beso en su mejilla.

—Es muy tentador, pero me voy a dar una vuelta, a ver qué se dice por ahí.

El bar de costumbre no parecía afectado por el cierre de los aeropuertos o el pánico general. Estaba tan lleno como siempre, con muchas caras conocidas y otras nuevas, pero nada fuera de lo habitual. Andrea se tomó el primer whisky mientras charlaba con el camarero, y todavía hizo otro intento de localizar a

Michael, pero fue tan inútil como los anteriores. Iba a salir a la calle cuando de pronto un sonoro frenazo y una serie de violentos crujidos a continuación hicieron que los clientes del bar se abalanzaran hacia la puerta y los ventanales. En el cruce más cercano se acababa de producir un tremendo accidente: un autobús de línea se había empotrado contra una fachada y bajo sus ruedas delanteras podían verse los restos aplastados de un turismo. Un poco más lejos, otro vehículo, con el capó chafado, derramaba la gasolina sobre el asfalto en medio del silencio casi sepulcral que había seguido a la colisión. El autobús aún tenía las luces interiores encendidas y los viajeros trataban de recuperarse del golpe y de salir al exterior, forzando las puertas desde dentro y desde fuera con la ayuda de algunos transeúntes. Pero lo que más llamó la atención de Andrea fue que el conductor del autobús, apenas a unos metros de ella, se retorció en suelo presa del pánico o del dolor. No parecía herido, al menos no sangraba, pero estaba siendo víctima de un violento ataque, con los ojos enloquecidos, los mismos ojos que el guardia de seguridad del centro comercial.

Incapaz de decir una palabra ni de hacer nada, Andrea fue retrocediendo, asustada, con mil ideas y terrores pasándole por la cabeza. Tropezó con el bordillo y unos brazos la sujetaron antes de que cayera al suelo.

—Ya está aquí —dijo una voz junto a su oído—. Ya lo tenemos aquí.

Era un hombre de edad indefinida, con aspecto tranquilo, bien vestido, y sus manos fuertes habían evitado su caída, pero a Andrea le pareció el ser más terrorífico del mundo. Se desembarazó de él como pudo y luego corrió hasta alcanzar la parada de taxis.

Cuando el coche se detuvo ante la entrada del edificio de apartamentos todavía le temblaban las manos, y le costó un enorme esfuerzo encontrar el billeteo dentro del bolso. Estaban en la plaza de Europa, en uno de los grandes bloques pensados para empresarios de alto nivel, asistentes a las ferias y exposiciones de la Barcelona de principios del siglo XXI. Cuando Michael le abrió la puerta del apartamento, Andrea sintió que el corazón se le encogía.

—Hola —dijo él, extrañamente frío.

Apenas unas horas antes, Michael Jones estaba sentado sobre un incómodo taburete, tras el mostrador de su tienda del centro comercial. Michael era un

auténtico londinense. Londres era su espacio natural hasta que empezó a poner en práctica su idea de Baggs. A su alrededor, la tienda mostraba todo el catálogo de bolsos, maletas y carteras que amigos, conocidos y noveles habían diseñado para él. Había abierto una primera tienda en Londres, claro, y sólo entonces había empezado a viajar, primero a París, luego por otras ciudades europeas y, finalmente, por España. París y Barcelona habían sido los lugares elegidos para abrir sus dos siguientes tiendas, y en Barcelona había optado por vivir en un hotel, nada de establecerse; un hotel cercano al centro comercial y al aeropuerto, a un par de horas de avión de su casa, su barrio, su pub, su ex esposa y su grupo de amigos.

Al otro lado del pasillo del centro comercial, en el piso de arriba, solía ver a Andrea acodada en la barandilla; una muchacha atractiva, seguramente de poco más de veinte años. Y un día, por pura curiosidad, había accedido al piso superior con la esperanza de que trabajara en alguna de las tiendas.

Y la chica había resultado ser dependienta y socia de la tienda de marionetas. Alegre, divertida, inteligente y curiosa.

Para Michael, aquella mañana, su última mañana, había empezado todo lo aburrida que era de esperar. Un día marcado por la ausencia de clientes, los problemas con los transportistas y una avería en el sistema de aire acondicionado que lo obligaba a usar artículos tan pasados de moda como un ventilador y un abanico. Lo del abanico había sido idea de Andrea, igual que lo de salir juntos un par de veces. Nada serio. Una cita en una discoteca habitual para ella y de ambiente un poco demasiado joven para él. Pensaba en ella aquella mañana cuando la vio en su postura habitual, arriba, acodada en la barandilla, mirándolo con aquella sonrisa luminosa a la que no se le podía negar nada. Michael levantó la mano, la saludó y vio como ella se llevaba los dedos a los labios y le lanzaba un beso, en un gesto que, de no venir de ella, se le habría antojado algo cursi. Moviendo exageradamente los labios, sin sonido, Andrea le dijo: «Esta noche», y él respondió con un gesto de asentimiento y una sonrisa. Pero esa noche..., cuando Michael salió a pie del centro comercial, empezó a notar algo extraño. No era persona que se ilusionara fácilmente, y mucho menos por una cita, pero tampoco parecía lógico que una sensación de angustia lo fuera ganando a medida que se acercaba la hora de ver a Andrea. ¿O no era Andrea la causante de su

desasosiego? El sol aún no se había puesto, y de un vistazo Michael se percató de su extraño color rojo. Cuando entró en el hall del hotel respiró aliviado, y se dirigió al ascensor sin atreverse a mirar hacia atrás.

En el televisor del despacho del director, un presentador con ojeras y sin maquillar hablaba de algo parecido a una epidemia que se extendía rápidamente. Sentados en el sofá, en el suelo o en la incómoda silla reservada a los alumnos, el grupo de muchachos encerrados en el instituto de bachillerato escuchó en silencio las opiniones de expertos, los reportajes y las entrevistas con la gente de la calle. Algunas imágenes mostraban desoladores panoramas de calles vacías y accidentes de tráfico.

—¿Qué está pasando? —murmuró Mireia, francamente asustada.

Era una chica delgada, rubia, con cierto estilo. A su lado, Pep miraba la pantalla como alucinado, tocándose de vez en cuando el vendaje que cubría el corte de su frente. Hacía apenas un par de horas que no había podido resistir la visión del exterior y se había apartado de la puerta con tal violencia que había ido a chocar contra una vitrina que se había hecho añicos sobre su cabeza. Sara, vestida de negro, como correspondía a su militancia siniestra, estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas y escuchaba lo que tenía que decirle un presentador de televisión tan asustado como ella.

—Tal vez mañana haya pasado todo —dijo Gabi, siempre positivo, haciendo un movimiento que agitó su larga melena—. Puede que sea una nube tóxica o algo así.

—Esto no tiene pinta de nube tóxica —lo contradijo Jaume. Todo el mundo se volvió a mirarlo. Nadie lo expresaba nunca ni se atrevía a preguntarle nada, pero todos estaban seguros de que siempre sabía lo que decía y que conocía cosas que los demás ignoraban—. Más bien parece algo psíquico —añadió.

—¿Y cuál es la diferencia? —gruñó uno de los gemelos Baquer.

—Pues que a ti no te afectará —le espetó Charlie, el punky—, dado que no tienes psique...

En otro momento todos se habrían reído o Baquer se le hubiera lanzado al cuello, pero en aquel momento nadie hizo ningún ademán ni le prestó atención.

—¿Habéis llamado a casa? —preguntó Gerard Casas, otro de los presentes.

Hubo respuestas de todos los colores. Algunos no habían podido hablar

con sus padres, otros lo habían hecho, pero éstos les habían explicado, de un modo u otro, que no podían salir de casa. La llamada de emergencias sólo consiguió la promesa de que enviarían a alguien. Otros móviles no daban señal y las llamadas se repetían una y otra vez sin recibir respuesta. Gerard consiguió hablar con su madre y cambiar apenas unas palabras con su hermana pequeña, pero luego se había cortado y le había sido imposible contactar de nuevo. Una voz muy amable le decía que las líneas estaban saturadas. No hubo forma de poner en marcha el ordenador del despacho del director a falta de la clave de acceso, y tampoco el servidor mediante el cual los alumnos tenían acceso al wi-fi. Los móviles no daban señal de conexión a internet, y poco a poco empezaron a ser conscientes de que las comunicaciones les estaban jugando una mala pasada.

—Supongo que tendremos que pasar la noche aquí —anunció Gerard—. Mañana veremos, ¿no?

—Excelente —frunció los labios Jaume—. Estamos salvados. ¿Tenemos algo para comer?

—Las máquinas están llenas y podemos subir a la cafetería —dijo Pep. Se miraron unos a otros, todavía con la idea de que despanzurrar una máquina o asaltar la cafetería no era algo que pudieran hacer alegremente.

—Estoy asustada —dijo Mireia con ojos llorosos. Ella y Gabi dormían en el suelo del despacho del director. Charlie en el sofá, a dos palmos sobre su cabeza, y el resto se había acomodado en el despacho de los informáticos.

—Tranquila —susurró Gabi—. Todo se arreglará.

Gerard se acercó despacio a la entrada del edificio. La luz del sol, apenas a las ocho de la mañana, dibujaba sombras alargadas en el pasillo. El resto de sus compañeros todavía dormía, o al menos eso creía, aunque no le habría extrañado que les hubiera pasado como a él, que no había podido pegar ojo en toda la noche. Ni siquiera la proximidad de Sara (la primera noche que pasaba con ella) le había permitido dejar de pensar en algo que no entendía y que se cernía sobre ellos con una violencia inusual. Plantado allí, frente a la agresiva luz del sol, ni siquiera la separación de sus padres o los peligros que pudiera correr su hermana Aitana eran más apremiantes que aquella sensación de pánico que lo atacaba hasta lo más profundo.

—No puedes acercarte, ¿verdad? —dijo Jaume.

Gerard se sorprendió al oírlo, y eso le permitió dejar de mirar a la puerta entreabierta por la que se filtraban los rayos del sol. Dio unos pasos atrás y metió las manos en los bolsillos, tratando de encontrar un precario punto de apoyo.

—Parece que nada ha cambiado —murmuró.

—Eso creo. La tele empieza a fallar. He dormido en el cuarto del bedel. Por cierto, que si él abrió el insti ayer, ¿dónde debe de estar? Me preocupa. ¿Has telefonado a tu familia?

—Mi padre se ha cambiado de móvil y no sé el número nuevo —dijo Gerard—, y mi madre me ha contestado desde el centro comercial y luego se ha cortado. Tengo miedo por mi hermana. Es muy pequeña y depende de mí.

—Estamos atrapados en el instituto. ¡Maldita sea! Como en una mala película de extraterrestres.

—¿Qué vamos a hacer?

—No lo sé. No tengo ni puta idea.

El día en que el pánico sorprendió a Jaume había amanecido para él como uno cualquiera. Un sábado soleado y tranquilo de otoño. Desde la ventana de su cuarto, Jaume vio salir el sol por la línea del horizonte, sobre el Mediterráneo. Había pasado toda la noche frente a la pantalla del ordenador preparando la práctica de química del día siguiente, y finalmente se había rendido a la evidencia de que lo que no había aprendido hasta el momento no lo iba a aprender en unas cuantas horas. Antes de ponerse en marcha se tumbó en la cama y se dispuso a dar una cabezada hasta la hora de ir a la clase extraordinaria. En el calendario con la foto de Green Day, colgado en la pared, estaba señalado el pasado día 12, su decimoséptimo cumpleaños, y el día 15, la fecha de la importante práctica de química en la que se jugaba el curso. Cerró los ojos y se sumió en uno de los sueños que calificaba como «de tamaño medio», un par de horas, suficiente para sentirse bien si le añadía luego un café bien cargado y un par de Red Bulls para acompañar el desayuno.

Lo despertó el pitido del móvil una hora antes de lo previsto con un WhatsApp de Xavi, su mecánico: «Tengo la moto lista.» Eran poco más de las siete. «¿Por qué diablos madruga tanto un mecánico?», se preguntó. Tenía tiempo de sobra para comer algo, ir a buscar la moto y llegar a tiempo a la práctica en el instituto.

Había dos chicos apoyados en la barandilla del parque. Y uno de ellos era el salvadoreño al que llamaban Sandy. Al otro no lo conocía, pero su aspecto era tan siniestro como el del salvadoreño. Los dos tenían la pinta indudable de haber pasado la noche en blanco, y no precisamente estudiando. No tenía ningún interés en hablar con ellos, así que enfiló la calle en dirección al taller, con tan mala suerte que Sandy se percató de su presencia a pesar de la cantidad de química, orgánica e inorgánica, que debía de llevar encima.

—¡Eh! Es Jaume. Mira Óscar, nuestro amigo Jaume. ¡Tengo algo para ti!

—No me interesa Sandy. Tengo prisa.

—Esto te interesará colega. Calidad. Ven a verlo.

—Te he dicho que no, colega.

—¡Un poco de respeto! Si te digo que lo veas, por lo menos le podrías echar un vistazo.

Respeto, la palabra mágica que entre la banda de Sandy quería decir «haz lo que yo quiero o tendrás problemas». El amigo de Sandy, casi tan alto como Jaume y dos veces más pesado, se puso en pie y Jaume pudo ver la cicatriz que le cruzaba la cara; una cuchillada, sin duda. Sin asustarse, Jaume calculó sus posibilidades. No tenía intención de salir corriendo, pero tampoco de meterse en una pelea con dos individuos hasta el culo de crack o algo parecido. Asintió y cruzó la calle en línea recta hasta donde estaban los dos amigos. Sandy debía rondar los veinte años y vivía en el barrio desde hacía tres o cuatro. Desde el día en que lo conoció, Jaume sabía que no era una buena idea tratar con él, pero así eran las cosas. Era un eficaz proveedor, sí, pero mantenerlo lejos, a distancia, era la mejor opción cuando se trataba de tipos como Sandy.

—Esto es de calidad —le dijo mostrándole su mercancía—, no como lo que venden esos comemierda de negros, o esos marroquíes maricones. ¿Lo hueles? Tú sabes distinguir.

—No tengo dinero, Sandy. Estoy escurrido.

—¿Y quién te pide dinero? Cuando lo tengas me lo pagas. Yo a los amigos les fío, ¿verdad Óscar? Esto es calidad, pata negra, una super skunk que te cagas. Te la voy a dejar a ocho pavos el gramo, ochenta el lote.

—No sé cuándo te voy a poder pagar. No tengo una lata.

—Cuando puedas, colega. Mañana, o pasado mañana.

—De acuerdo. Pasado mañana.

—Eso es —le palmeó la espalda Sandy—. Pasado mañana. Ochenta pavos dentro de dos días. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —concedió Jaume.

Tomó el paquete y chocó la mano de Sandy y la de su colega. Se alejó después con la convicción de que la había cagado. No tenía manera de conseguir los ochenta pavos en dos días, salvo revendiendo la mercancía. Consultó la hora e hizo un cálculo. Si recogía la moto en seguida podría hacer su recorrido habitual en una o dos horas y colocar el paquete, o al menos intentarlo, y todavía le quedaría el domingo para acabar el negocio si es que no podía. Si todo iba bien llegaría a tiempo a la práctica de química. Con inquietud vio como Sandy y su monumental amigo se metían en su coche, probablemente robado, y lo seguían lentamente, a cierta distancia.

Eran casi las ocho cuando llegó al taller. El coche de Sandy aparcó un poco más lejos y Jaume sintió más que vio los ojos malévolos del salvadoreño fijos en él. Xavi estaba nervioso como un flan y le dio un montón de explicaciones sobre lo que le pasaba a su Yamaha. Se la hizo probar y revisar mientras le recitaba los detalles de la reparación. Fue entonces, mientras oía sin escuchar lo que Xavi le decía, cuando empezó a sentir algo extraño, como un desasosiego, una especie de ataque de ansiedad que, en un principio, achacó a la proximidad de Sandy. Murmuró unas palabras para Xavi y luego se colocó el casco, puso en marcha la moto y salió del taller. El malestar fue en aumento, pero todavía peor era pensar qué le podía pasar si no reunía el dinero para Sandy. No tenía el menor interés en hacer negocio; de hecho, incluso pensaba en fundirse el poco dinero que tenía ahorrado para cubrir la diferencia, si ése era el caso. Presentía la presencia de Sandy, aunque no vio el coche tras él.

La primera parada, en el bar donde solía acudir por las noches, fue un absoluto fracaso. Estaba abierto, pero no había nadie dentro, ni un alma. Se metió hasta la trastienda y la cocina, pero no encontró a nadie. Fue entonces cuando cayó en la cuenta del escaso tráfico que había visto por la calle para ser un sábado por la mañana. No sólo escaso, sino casi inexistente. Salió del bar y llamó desde el móvil al siguiente contacto.

—Colega, ¿quieres un poco de tabaco? —preguntó.

No entendió nada de la respuesta de su amigo, estudiante en otro instituto. Jaume tenía la norma de no vender nunca en el suyo. Lo mantenía a rajatabla y eso le estaba evitando muchos problemas. Insistió en la calidad de lo que le ofrecía, pero tuvo que colgar cuando su amigo se echó a llorar sin motivo

aparente. «Lo han pillado», pensó. Ya eran dos fracasos aquella mañana. El tercero de sus clientes estaba más lejos, en la parte alta de la ciudad, y se dirigió hacia allí a pesar de que empezaba a encontrarse cada vez peor, con un dolor de cabeza creciente. Llamó a la puerta de servicio, y cuando la criada le abrió, la muchacha se echó hacia atrás absolutamente aterrorizada y desapareció de su vista.

—¿Qué le pasa? —le preguntó Jaume a David, el chico de buena familia al que había conocido en una fiesta de verano, ansioso siempre por experimentar nuevas sensaciones.

Pero David no parecía el mismo. No llevaba puestas las gafas y eso hacía que su miopía le hiciera achicar los ojos, como si su interlocutor estuviera tratando con un topo.

—Tengo una buena mercancía. Setenta pavos y es todo tuyo. Ochenta gramos de lo mejor.

—Sí, sí, claro —respondió David, y se quedó de pie en el interior de la cocina, sin atreverse a acercarse.

—¿Estás bien?

—Yo..., No, no sé. Y tú, ¿estás bien?

—Bueno. No sabría decirte... ¿Me lo compras o qué?

—Sí, claro, sí. —David sacó un billete del bolsillo del pantalón y se lo tendió a Jaume.

Era un billete de cien euros, algo que Jaume no había visto nunca. Lo cogió y lo observó con gesto de preocupación.

—No tengo para devolverte... —dijo.

—Es igual... ¿Puedes hacerme un favor?

—Claro.

—Cierra la puerta cuando te vayas...

—¿Qué? —preguntó Jaume sin entender nada.

—La puerta —señaló—. Si la puedes cerrar.

—Oye. Tengo que irme. Toma. —Le tendió el paquete que Sandy le había dado, pero David no hizo intención de cogerlo.

Cayó al suelo cuando Jaume lo soltó y su amigo se quedó mirándolo fijamente, sin atreverse a dar un paso hacia él.

Jaume salió cerrando la puerta. El sol mostraba un color rojizo y su dolor de cabeza iba en aumento, aunque había conseguido conjurar el peligro de Sandy, o eso creía. Se subió a la moto y se encaminó al instituto. Cuando atravesó la plaza de España notó como el malestar iba en aumento. No dejó de

mirar por el retrovisor, buscando la presencia de su peligroso amigo, pero no supo si es que se ocultaba mejor o que había dejado de seguirlo. Se pasó un semáforo en rojo sin oír el habitual escándalo de claxons y gritos a su alrededor, y al atravesar las callejuelas de l'Hospitalet pensó que no podría llegar. No supo explicar qué le pasaba pero un terror infinito lo iba ganando por momentos. Lanzó un grito y un sollozo y varias veces estuvo a punto de estrellarse o de llevarse por delante a alguno de los pocos transeúntes. Lo salvó el hecho de que el tráfico de vehículos y personas en un día como aquél era muy inferior a lo habitual. Cuando vio la fachada del instituto al final de la calle sintió un momento de alivio, pero fue incapaz de detener la moto y bajarse de ella. Con un sollozo contenido, giró el acelerador y se lanzó contra la puerta entreabierta.

Después de casi cuarenta años de servicio, Manuel Clos había aprendido muchas cosas sobre los seres humanos, delincuentes o no. Y una de ellas era darse cuenta de cuando las decisiones que tomaban eran irrevocables y no había vuelta atrás. Y eso era lo que veía en los ojos de su mujer y madre de su único hijo. Tenía la mirada como velada, sin expresión alguna. Respondía a las preguntas, hablaba, se movía por la casa como siempre, pero Manuel sabía que ya no era la misma persona. Y de senilidad, nada. Mercè, su mujer, seguía lúcida como siempre, no tenía pequeños despistes como Manuel había leído en diversas páginas sobre la enfermedad de Alzheimer u otras demencias seniles. Desde el momento en que él había dicho que se ocuparía de hacer la compra o de las gestiones fuera de casa, ella parecía haberse animado, pero eso era todo.

—No quiero... no puedo salir a la calle —le dijo ella sin mirarlo a la cara.

—Bueno... yo pensé que querrías venir a hacer la compra al centro comercial...

Mercè lo miró con una sonrisa desmañada, y por un instante Manuel vio en sus ojos la chispa que siempre habían tenido, pero fue un espejismo, y luego volvieron a la nada.

Un instante después subió en silencio al coche de su hijo y se sumió en un mutismo absoluto hasta que enfilaron la salida de la ciudad, hacia el centro comercial.

En su fuero interno, Manuel Clos trataba de convencerse de que aquello, fuera lo que fuera, sería algo pasajero. Tal vez un virus, o un problema psicológico. No se sentía con fuerzas como para comentar todo aquello con su hijo. En realidad, hacía mucho tiempo que no sentía la necesidad de compartir nada con él, si es que la había sentido alguna vez. Lo miró de reojo mientras Ferran, al volante, internaba el coche en una calle adyacente para enfilarse luego en línea recta hacia el centro comercial. No vivían muy lejos de allí, pero cruzar una autovía a pleno sol no era lo más agradable en aquella mañana de junio.

—Hay muchos casos como el de ella —dijo Ferran.

—¿Y eso qué quiere decir? —inquirió Clos.

—No lo sé, es sólo una reflexión —repuso Ferran, aunque no quiso explicar lo que sabía. Miles de casos en toda Europa y Norteamérica, a falta de datos del resto del mundo. Desconcierto de las autoridades sanitarias. Histeria en algunos de los lugares más afectados, Reikiavik, Bergen, Oslo, Vancouver... La lista era interminable, y desde China y Japón empezaban a llegar noticias alarmantes.

—Tu madre me ha hecho la lista de la compra —dijo Manuel tratando de buscar otro tema de conversación.

—Aún es pronto, vamos a tomar un café hasta que abran las tiendas.

Bajaron la rampa en dirección al aparcamiento del centro comercial y Ferran buscó un espacio para aparcar, lo más cómodo posible para cargar la compra, un lugar cercano a la escalera. Un lugar donde su vehículo pudiera permanecer todo el tiempo que hiciera falta.

El día amaneció gris, con una tonalidad sucia. Desde la ventana del apartamento nada parecía diferente de un lunes cualquiera. El telediario parecía estar pensado para atemorizar a la población. Epidemia, erupción, pánico y, sobre todo, consejos de las autoridades para que nadie se alarmara, señal inequívoca de que había que alarmarse. Andrea contempló a Michael, todavía dormido, con un brazo doblado sobre la cabeza, el cabello revuelto y los labios entreabiertos. Así, dormido, parecía mucho más joven, o tal vez era la expresión relajada de su cara, la respiración tranquila y acompasada. «Ha estado bien», pensó Andrea. Tal y como lo había imaginado. Divertido, alegre. No podría hacer el amor con un hombre que no tuviera sentido del humor, y

Michael lo tenía. Era capaz de hacer un chiste en el momento más íntimo, algo que la desconcentraba pero que la hacía reír como una loca, y luego tenían todo el tiempo del mundo para volver a empezar.

Le acarició la mejilla con cuidado, luego se acercó a la ventana y contempló el paisaje urbano, algo atípico para la hora. Nada de los habituales atascos de tráfico o autobuses llenos, o casi llenos... Eran las ocho de la mañana, hora punta, y había un accidente, un coche empotrado contra la mediana, lo que hizo que se le encogiera el corazón al recordar el del sábado por la noche. Lo extraño es que no había nadie alrededor del coche siniestrado. Ni policías, ni ambulancias..., nadie.

—¿Estás bien? —le preguntó Michael.

Andrea se volvió y se acercó hasta la cama. No llevaba encima nada de ropa, y él la admiró, sonriendo de aquella manera que la había cautivado.

—¿Tú qué crees? Llevamos metidos en la cama desde el sábado de madrugada y me tengo que ir a trabajar. O sea que estoy bien... —Un agudo dolor de cabeza le cortó la frase e hizo que se encogiera. El pinchazo fue tan fuerte que por un momento le faltó el aire y casi perdió de vista la habitación.

—¿Qué te pasa? —preguntó él.

—Es... la cabeza... ¡Dios! Como si me la hubiera atravesado... ¡Joder!

—Es curioso... El sábado... Todavía no te he dado una explicación...

—No importa —dijo ella, sujetándose todavía la cabeza.

—Tengo analgésicos y café, si quieres.

—Café sí, analgésicos no —respondió. Michael se levantó de la cama y puso la cafetera sobre el fuego.

El sol apenas si había podido asomar entre las nubes bajas y grises.

—El día fue normal, pero por la noche, cuando intenté salir... no sé qué me pasó —le explicó él mientras tomaban café—. Me sentía bien, un poco cansado quizá, pero nada más. Llegué hasta el hall y entonces...

Andrea escuchó su relato sin encontrarle ningún sentido. Michael no había podido traspasar la puerta del edificio y había vuelto a su apartamento, donde ella lo encontró horas después. ¿Tenía algo que ver con lo que habían visto en los telediarios?

—¿Vamos a trabajar? —preguntó ella.

—No me apetece, pero te acompañaré. Me vendrá bien un paseo. La verdad es que me asusté.

Bajaron en silencio hasta el amplio hall del edificio. En aquel momento sólo había una mujer frente a la puerta de cristal, y entonces ocurrió algo. Un

camión frenó violentamente unos metros a su izquierda. El semáforo estaba verde para los vehículos, así que el súbito frenazo provocó un accidente en cadena con un estrépito de metal y cristales rotos, pero el conductor del camión salió corriendo, despavorido, y desapareció en el interior del edificio contiguo.

—¡Ay Dios! —exclamó la mujer.

Andrea iba a decir algo cuando su teléfono móvil zumbó en el fondo del bolso.

—¿Julia? —dijo Andrea. Al otro lado de la línea sólo oyó algo parecido a un sollozo—. ¿Qué dices?

—No puedo salir —musitó Julia con un hilo de voz.

—¿Cómo?

—No puedo salir, Andrea. ¡No puedo!

—Pero..., —balbució Andrea.

Mientras oía llorar a Julia, miró a Michael tratando de explicarse lo que estaba pasando.

En el hall habían aparecido dos o tres personas más que se acercaron a ellos como buscando algo.

—¿Dónde estás? —preguntó Andrea.

—Ha ido al médico, al ginecólogo...

—Julia, mira, haremos una cosa. No abrimos hoy, ¿vale? No pasa nada, nos tomamos el día libre y voy a verte. ¿De acuerdo? Cojo un taxi y voy a verte...

Andrea colgó. Por alguna razón que no alcanzaba a comprender se le saltaron las lágrimas y trató de limpiárselas de un manotazo. Fuera parecía que, finalmente, el sol había ganado la partida a un día que había amanecido triste y gris.

—Tengo que irme. Nos vemos luego, ¿vale? —dijo mirando a Michael a los ojos, pero había algo extraño en ellos, algo que aterrorizó a Andrea.

Se dirigió a la salida y entonces ocurrió. Primero fue otra vez el dolor de cabeza, agudo, taladrante, como si un clavo ardiendo le estuviera atravesando el cerebro de parte a parte. Le fallaron las piernas y estuvo a punto de caer. Michael trató de sujetarla, pero Andrea se enfureció, se soltó de sus brazos y dio unos cuantos pasos más. Alguien gritó a su espalda, y entonces fue la respiración lo que le faltó, una opresión brutal en el pecho que la hizo detenerse en seco. Ante ella, el sol, el aire exterior, la avenida luminosa y cálida era como un muro brillante y ardiente que amenazaba con devorarla.

Fue incapaz de dar un paso más cuando un pánico irracional y desconocido la hizo lanzarse al suelo. Todavía intentó avanzar hacia la calle, pero el terror que la embargó la hizo derrumbarse jadeando sobre las frías baldosas.

Oyó algo. La voz de Michael. Un zumbido cercano. Intentó comprender qué estaba pasando, pensar con lógica. Cerró los ojos y se esforzó por ponerse en pie. Se deshizo de los brazos de Michael con la esperanza de que todo pasara y pugnó por salir fuera. Dio un paso, luego otro, dos más y sintió los rayos del sol en la cara, sonrió, abrió los ojos y fue como si un mazo de hierro le golpeará la cara con una fuerza feroz. Lanzó un grito desgarrador, jadeó buscando aire y sintió como si el corazón le fuera a estallar. Cayó al suelo, y luego todo se volvió negro.

Andrea se despertó de golpe, pero tardó unos segundos en hacerse una composición de lugar. Le pasó por la cabeza aquella tontería típica de las películas, «¿dónde estoy?», pero cuando vio a varias personas a su alrededor fue consciente de que podía ser cualquier cosa menos una tontería.

—¡Dios mío! —exclamó el intentar erguirse en el sofá donde la habían colocado. Sintió los pies dormidos y un dolor agudo en la espalda.

—¿Cómo estás?

—No lo sé —respondió Andrea—. ¿Qué ha pasado?

—Has intentado salir —dijo Michael.

—Voy a intentarlo otra vez. Puede que ya se me haya pasado.

—No vale la pena —le aseguró una mujer de mediana edad y rostro afable—. Es como una epidemia. Nadie sabe de qué va, pero se agrava por momentos. Lo han dicho en la tele.

—Yo también lo intenté, dos veces —añadió Michael—. Me aterroriza sólo mirar por la ventana.

—Los teléfonos están fallando. Se habla de muertos... —dijo el hombre que acompañaba a la mujer. Se alejaron cogidos del brazo hacia la puerta del edificio donde se agolpaban varias personas.

—Es una locura —musitó Andrea.

—Locura o no, es lo que está pasando.

—¿Y qué vamos a hacer? —musitó ella tras un silencio.

—Volvamos al apartamento, aquí no hacemos nada.

La nevera de Michael ofrecía un aspecto deprimente. Sólo había una

botella de leche y se la bebieron de pie, tratando de no mirar hacia la ventana velada por las cortinas. Luego deliberaron sobre lo que más les convenía. Michael era un solitario, autosuficiente y convencido de que podía encontrar una solución, y así se lo hizo saber a Andrea, pero ella era de la opinión de que un grupo de gente con los mismos problemas tenía más posibilidades. Así que finalmente acordaron volver al hall y tratar de organizar algo de acuerdo con el resto de encerrados, si es que a todo el mundo le ocurría lo mismo.

—Tal vez esto no afecta a todos por igual y alguien puede salir y pedir ayuda... —dijo ella, poco convencida.

—Está bien, pero lo primero es buscar algo de comida por aquí, ¿no crees? Deberíamos hacer algo al respecto.

Andrea fue incapaz de decir ni de pensar nada coherente. Siguió a Michael cuando éste salió al pasillo. Lo recorrieron llamando a las puertas, sin resultado. Finalmente Michael colocó el oído sobre una de ellas y luego retrocedió un poco. Antes de que Andrea supiera qué estaba haciendo, Michael golpeó la puerta con la planta del pie y ésta se abrió de par en par.

Era un apartamento semejante al suyo, sólo que orientado hacia el mar. Andrea sintió un espasmo que le recorrió el cuerpo antes de que Michael echara las cortinas y desapareciera de su vista el cielo azul, el sol inmisericorde y el mar, lejano y amenazador.

—A ver qué encontramos —dijo él.

El apartamento debía de estar ocupado, desde luego, aunque no había nadie en aquel momento. La única cama estaba deshecha, el televisor encendido, aunque sin voz, y había comida en la nevera y café en una alacena. Desayunaron todo lo que su cuerpo admitió y luego se quedaron en la mesa, frente a frente, sin saber qué decir o qué hacer.

—Es como una patética luna de miel —dijo ella.

Por un momento Michael la miró alucinado, y finalmente se echó a reír. Muy a su pesar, Andrea se contagió y estalló también en una carcajada.

—Supongo que esto no va a durar —comentó Michael cuando se calmaron—. ¿Qué podemos hacer mientras tanto?

—Por el momento volver abajo, con el resto de la gente. Mi móvil se ha quedado sin batería...

—El mío aún tiene —dijo él—, pero no parece que haya cobertura. Podemos buscar un teléfono fijo. Hay una oficina abajo.

—¿No tienes un ordenador? —preguntó Andrea.

—En la tienda.

—Pues estamos jodidos. Volvamos al hall.

—De acuerdo —asintió él—. No hay muchas opciones.

En el hall se había reunido un grupo de personas. Nadie decía nada y todo el mundo miraba hacia fuera. Los cristales, tintados, tamizaban la luz exterior. Andrea no conocía a nadie, naturalmente, pero Michael intercambió unas palabras en inglés con otro hombre, de más edad y aspecto elegante.

—Al parecer hay unas cincuenta personas en el edificio —le explicó Michael—, y por lo que parece todo el mundo está como nosotros.

—Deberíamos reunirnos todos y pensar en qué hacer.

—Es gente muy diversa. No creo que tengan interés en formar un... comité. Ya ves, aquí estamos... cinco personas contándonos a nosotros.

—¿Y los ordenadores? En este edificio debe de haber unos cuantos.

Michael se lo preguntó al hombre elegante y luego transmitió a Andrea la mala noticia. Sí, había ordenadores, incluso habían conectado los de las oficinas del edificio, pero unos no se ponían en marcha y otros, si lo hacían, no encontraban interlocutores ni a través del correo electrónico ni de Skype u otro programa de comunicaciones.

—Será mejor que volvamos a nuestro apartamento —sugirió Michael—. Buscaremos algo de comer. Volveremos aquí por la mañana a ver cómo están las cosas.

Cuando volvieron al apartamento habían conseguido algo más de comida mediante el mismo sistema empleado por la mañana. Se tumbaron en la estrecha cama, abrazados, y la noche los sorprendió todavía despiertos, en la misma postura y con la mente sumergida en un mar de confusión.

La carta del Instituto Oncológico le llegó a Alicia la mañana del jueves. Le temblaba la mano cuando abrió el buzón del piso que compartía con dos paisanas más, y el logotipo del centro dedicado al cáncer resaltó de inmediato ante sus ojos. Era un sobre corriente, rectangular, muy ligero, lo que indicaba que sólo llevaba una carta, y Alicia no supo si lo debía interpretar en un sentido positivo o todo lo contrario. «Le enviaremos una carta con los resultados», le había dicho la enfermera tras la sencilla biopsia efectuada, y había añadido que, en cualquier caso, debía acudir en seguida al centro para tomar las medidas oportunas. «¿No me pueden llamar por teléfono?», había preguntado ella, pero la respuesta había sido negativa. «No es la política de

nuestro centro», le había respondido.

Alicia tenía miedo, mucho miedo. «Es lo lógico —pensaba— cuando tu abuela y tu madre han muerto de cáncer». Pertenecía a una rancia y tradicional familia judía de Buenos Aires, de origen europeo, claro, joyeros de profesión, y ella era algo así como el patito feo, y en lugar de seguir las tradiciones familiares y buscar un marido entre la comunidad judía, o al menos dedicarse al negocio familiar, había optado por el lado proletario de la joyería (si es que eso existe), es decir, la bisutería, convirtiéndose en artesana y comercializadora a la vez: montaba una mesa donde realizaba vistosos collares y pendientes a la vista de los clientes y los vendía sobre la marcha. La crisis la había expulsado de Argentina y devuelto a Europa, la tierra de sus antepasados recientes, porque los más antiguos ya se sabe de dónde provenían. Aquel jueves colocó el sobre del Instituto Oncológico sobre la mesilla de noche de su habitación, se sentó en el suelo frente a él y lo estuvo observando un buen rato. En algún momento se le ocurrió encender unos palitos de incienso y ponerlos a ambos lados, pero finalmente se lió un porro y disfrutó del humo y del buen rollo durante un lapso de tiempo indefinido. Salió a la zona común donde sus dos compañeras de piso veían la televisión y comentó con ellas algo de un programa de gente gritando. No les había dicho nada de su problema, al fin y al cabo no eran amigas suyas, sólo compañeras de piso, y aunque las dos también eran argentinas, resultaban demasiado aristócratas para su gusto. Una de ellas era editora en una revista, y la otra estudiante de máster de algo relacionado también con los medios de comunicación, pero según pensaba Alicia, su interés prioritario radicaba en pescar un marido con pasaporte de la Unión Europea. Aquella noche, Alicia decidió que no abriría el sobre y que trataría de pasarlo lo mejor posible, como si fuera su última juerga, así que sacó los cien euros que le quedaban del jarrón donde los guardaba y llamó a otros amigos más afines. El lugar elegido, un local habitual de los argentinos en la zona alta de la ciudad, le podía proporcionar todo lo necesario, incluido, si había suerte, algún tipo interesante con el que pasar la noche sin que luego le creara problemas, porque eso sí, Alicia no quería problemas.

No tenía claro si hubo suerte o no. Pero sí que después de bailar, fumar, beber y otras delicias conectó con un chico tal vez más joven que ella, no estaba segura, pero extraordinariamente divertido e inconsciente. Cuando despertó por la mañana en su cama, la de ella, lo tenía al lado, dormido como un bebé, ambos desnudos y con un vago recuerdo de una gran noche. En la

mesilla seguía el sobre, tal y como lo había dejado, pero aún no era el momento. Se dio una ducha, preparó sus cosas para el trabajo, es decir, su gran bolso con los materiales, la mochila con el género acabado, la mesa y la silla plegables, y luego se plantó frente a la mesilla de noche.

Rasgó el sobre con cuidado, tratando de no destruirlo, y con manos temblorosas desdobló la carta plegada en tres partes. Cerró los ojos antes de leerla, tomó aire y luego dejó resbalar los ojos por apenas diez líneas: «Tumor... melanocítico... neoplasia...benigno..., Póngase en contacto con este centro para reservar hora...»

—Benigno —dijo en voz baja.

Volvió a meter la carta en el sobre y lo guardó en la mesilla de noche. Luego se inclinó sobre el chico, que aún dormía, lo besó en los labios mientras repetía «benigno, benigno, benigno, benigno...». Después salió del piso, cargada como siempre, y se encaminó a su lugar habitual de venta frente al centro comercial. Miró al cielo, donde lucía un extraño sol rojizo y pensó: «¡Qué caramba, hoy será un buen día!»

En el pasillo del gran centro comercial, totalmente iluminado, no había nadie, pero un poco más lejos, frente al Zara Home, algunas personas habían sacado al exterior mantas y edredones organizando un improvisado campamento. Ferran supuso que eran clientes atrapados sin posibilidad de salir al exterior. «¿Era aquello posible?», se dijo. Todavía le costaba trabajo creer que lo que estaba viviendo fuera realidad y mucho menos una realidad irreversible. Recorrió los metros que lo separaban de la salida y se plantó en mitad del corto pasillo, enfrente a la calle, soleada, con un cielo especialmente azul. Echó a andar decidido, tratando de no pensar en nada, pero a cada paso que daba era como si sus piernas ganaran una tonelada de peso. Tropezó... con nada, simplemente sus pies se negaron a avanzar y cayó de rodillas mientras una opresión le iba subiendo desde la boca del estómago hasta aplastar de tal modo su garganta que temió ahogarse. Regresó lentamente hacia el interior luchando por meter aire en sus pulmones y se encontró con una mujer joven que le ofreció una sonrisa y un vaso de café humeante.

—Se lo he traído con leche. Las máquinas de café aún funcionan. ¿Qué es lo que ocurre?

—Nada —negó él con la cabeza.

—Lo ha vuelto a intentar, ¿verdad? Soy Alicia —añadió extendiendo una mano que Ferran estrechó sin calor—. ¿Va a venir a la reunión?

—¿Reunión?

—Alguien la ha convocado para ver qué hacemos. Hay mucha gente en la misma situación.

Ferran calculó que habría unas doscientas personas en total entre clientes, empleados y comerciantes del complejo. El único médico que había entre ellos, el doctor Roure, parecía presidir la reunión. Ferran se sentó en el suelo, en un extremo y trató de prestar atención a lo que decían algunos de los que se atrevían a hablar: miedo, ansiedad y argumentos como defender las propiedades, organizar una especie de patrulla ciudadana o pedir ayuda al exterior.

—En el hospital están como nosotros, bloqueados —afirmó Roure—. No se conoce el alcance de la epidemia porque la gente no puede desplazarse hasta allí. Se habla de muchos accidentes de tráfico, de algún incendio descontrolado y de miles de afectados.

—¿Usted tampoco...?

—Yo tampoco.

—¿Qué piensa hacer?

—No lo sé —reconoció el doctor—. Por el momento he montado una consulta en la parafarmacia.

—He oído que hay algún restaurante abierto pero no tienen demasiado que ofrecer —dijo alguien.

—¿Saben si alguien lo ha intentado en coche? —preguntó el doctor.

—El domingo intentó salir un cliente y sufrió un ataque nada más cruzar la puerta. Su coche aún está al final de la rampa... —Ferran no quiso decir que con el cadáver dentro—. La televisión dice que el coche no supone una barrera para el pánico...

—Esto no puede continuar. Pronto vendrá ayuda del exterior —declaró una mujer.

—¿Ayuda del exterior? —estalló Alicia—. Algunos teléfonos aún funcionan. ¿No han hablado ustedes con sus familias?, ¿no está todo el mundo igual? Hace casi una semana que estamos aquí, sin poder salir, ¿Ha venido alguien?

—Sí, eso es —dijo un hombre entrado en años—. Dos personas intentaron salir el primer día, ¿no os acordáis? El guardia de seguridad ha llamado a su central más de veinte veces y no ha venido nadie. Ahí —señaló a

Manuel Clos— hay un ex policía que ha telefonado a sus compañeros, y ¡tampoco ha venido nadie!

—Estamos solos —desgranó lentamente las palabras Manuel Clos—. Cuanto antes seamos conscientes de ello, mejor. Yo lo que propongo es que empecemos a pensar con la cabeza.

—¡Pero qué dice! —exclamó Alicia—. Habrá pasado algo y ya está. Alguna de esas cosas que pasan en el metro, o un gas... ¡Eso!, un gas como...

Sin decir ni una palabra, Ferran miró a Alicia, luego sonrió para sí y se encaminó a la máquina de bebidas más próxima. No le apetecía asistir a una asamblea de gente que ignoraba cualquier cosa relativa a lo que estaba pasando. Juntando piezas, Ferran estaba casi seguro de que les estaba pasando aquello de lo que hablaban el *conseller* y el delegado de la OMS. Y que era así de grave.

Rebuscó en sus bolsillos, pero la única moneda que encontró era a todas luces insuficiente. Se quedó de pie, frente a la hostil máquina de bebidas iluminada por los primeros rayos de sol, y dio unos pasos hacia atrás hasta que tropezó con algo, un palo de madera con un garfio, de los usados para bajar las persianas sin motor. De un modo mecánico tomó el palo y lo sopesó en la mano, como quien valora sus posibilidades.

—¿Qué está esperando? —dijo un hombre joven, alto, delgado y de aspecto inquietante.

Llevaba una barba de varios días, la ropa nueva y tatuajes en los brazos. Todo él daba la impresión de peligro, empezando por sus ojos hundidos y fríos. Se había levantado del suelo como si de pronto algo lo impulsara a tomar una decisión.

Sin pensarlo más, Ferran descargó el palo con todas sus fuerzas contra la máquina haciendo añicos el cristal. El ruido hizo moverse al grupo de personas que dormitaba un poco más lejos, y una niña de poco más de diez años se acercó despacio hasta la máquina.

—¡Muy bien! —aplaudió el hombre de los tatuajes. Tomó una de las botellas de la máquina despanzurrada y se la alargó a la niña.

—¿Quieres una? —dijo. La niña la tomó con cuidado y se alejó sin decir una palabra.

—¿Les parece bonito? —graznó la voz del guardia de seguridad.

Había aparecido desde la escalera mecánica. Era un muchacho joven, el mismo que Ferran había visto a punto de sucumbir cuando intentaba salir a la calle. Curiosamente iba bien afeitado, aunque su uniforme estaba necesitado

de un buen planchado. El hombre, desafiante, tomó otra de las botellas, la abrió y luego echó un largo trago mientras Ferran dejaba caer el palo al suelo.

—¿Quieres un poco? —dijo al guardia el hombre de los tatuajes.

—No creo que ésta sea una actitud responsable. No son ustedes unos niños.

—Te llamas Tomás, ¿no? Yo soy Richard. Tomás, ¿le vas a decir a Richard lo que tiene que hacer?

—Mi trabajo es cuidar de que se respeten las instalaciones del centro —respondió el guardia—. No vamos a estar aquí toda la vida. Dentro de poco vendrán a sacarnos y luego todo volverá a la normalidad.

—¿Normalidad? —gruñó el hombre. Un murmullo de apoyo salió del grupo de personas al oírlo—. ¿Qué mierda de normalidad? ¿Has intentado salir de aquí? ¡Ah sí, perdona, lo intentaste y casi te mueres!

—La televisión dice...

—¿La televisión? Deberías saber que no te puedes creer nada de lo que dice la televisión.

—Será mejor que se calme —intervino Ferran.

—¿Que me calme? No me voy a calmar. Esto se ha convertido en un asunto entre este señor del uniforme y yo.

—Es un asunto de todos —respondió Ferran con voz tranquila—, no sólo suyo.

—¿No es sólo mío? —bramó Richard—. ¡Claro que no es sólo mío! Estamos encerrados, nos sirven bazofia en una mierda de restaurantes y encima apuntan lo que debemos. No es sólo asunto mío. —Se volvió hacia el resto de gente, una tribu de hombres y mujeres de aspecto descuidado. Hubo algunos murmullos de aprobación, y otro hombre, más bajo y de aspecto fornido se colocó a su lado.

—Intentemos no portarnos como salvajes, ¿de acuerdo? —señaló Tomás.

—¡Nos llama salvajes! —le espetó el hombre bajo y grueso.

—Yo no lo he llamado salvaje, no tienen ustedes derecho...

—¿No tenemos derecho? —volvió a chillar Richard—. Lo que no hay derecho es que nos tengan aquí como animales enjaulados. ¿Saben lo que les digo?, que aquí hay todo un supermercado y ¡es hora de cenar!

Como si hubiera sido una orden largamente esperada, el grupo se arremolinó y los más decididos dieron unos pasos hacia el hipermercado al otro lado del pasillo.

—¡No entrarán ahí! —gritó Tomás echando mano de la porra que colgaba

de su cinturón—. No lo permitiré.

—¿No lo permitirá? —lo desafió, furioso, el hombre llamado Richard—. Ya lo creo que lo permitirá.

Con un movimiento rápido tomó el palo que Ferran había usado contra la máquina y se abalanzó sobre el joven guardia cuando éste blandió su porra. Ferran reaccionó con rapidez e intentó separarlos, pero Richard lo amenazó con el palo, lanzó un golpe en círculo hacia delante y antes de que nadie pudiera llegar a percatarse de lo que pasaba le asestó un golpe a Tomás haciendo volar la porra por los aires y provocando un crujido espantoso en el brazo derecho del guardia. Cuando Tomás intentó revolverse, aullando de dolor, Richard hundió el extremo del palo en el cráneo del guardia. Por un momento se hizo un silencio opresivo. Ferran se quedó paralizado, contemplando la sangre que salpicaba su camisa. ¿Qué sentido tenía todo aquello? «¡Lo ha matado!», exclamó alguien, y aquello resonó en la cabeza de Ferran, como si fuera la señal de que algo había cambiado, no sólo en su vida, sino en las relaciones entre las personas.

—¿A qué estamos esperando? —preguntó otra voz.

Richard había bajado el palo y miraba desafiante a Ferran. Primero fue uno de los más decididos, luego otro. Por fin, un numeroso grupo se lanzó hacia el interior del hipermercado. Una veintena de personas, como depredadores, se desplegó lanzándose sobre las estanterías repletas.

Un piso más arriba, un chico apareció ante la tienda de electrodomésticos donde había varias personas reunidas.

—Han matado a Tomás. Están asaltando el Carrefour.

Tomás, el guardia de seguridad, estaba tendido en medio de un gran charco de sangre mientras los asaltantes, en perfecto desorden, corrían por el amplio espacio del hipermercado llenando carritos metálicos con paquetes de sopa, conservas, bebidas y cualquier cosa que pudieran colocar en ellos.

—Está muerto —exclamó el doctor Roure inclinado sobre el guardia.

De la herida de la cabeza manaba lentamente la sangre. Manuel Clos y varias personas más aparecieron en aquel momento trotando por la escalera mecánica paralizada.

—El guardia ha intentado detenerlos... —dijo Ferran a su padre.

Por el amplio espacio de la entrada al supermercado empezaban a salir los primeros asaltantes con sus carritos llenos.

—¿Adónde vais? —gritó de pronto Manuel Clos plantándose ante ellos.

Por un momento, el doctor Roure pensó que se había vuelto loco. En

cabeza de los saqueadores iba Richard, el hombre que había matado a Tomás. Todavía enarbolaba el grueso palo que había acabado con la vida del guardia de seguridad. Tenía los ojos inyectados en sangre, la mandíbula apretada y una actitud que no presagiaba nada bueno.

—¿Tú, viejo, me vas a detener?

—Sólo he preguntado que adónde vais —repitió Clos con frialdad—. ¿Al piso de arriba? ¿Y cuando se acabe lo que llevas matarás a otra persona y volverás al súper?

—Si es necesario..., —farfulló Richard.

—Señor Clos, déjelo —murmuró el doctor Roure en voz baja.

—No irás a ninguna parte —dijo el ex policía acercándose a él.

Ferran puso la mano sobre el brazo de su padre, intentando disuadirlo. Richard se apartó del carro lleno de comida y empuñó el palo con las dos manos arqueando el cuerpo hacia delante.

—Señor Clos —insistió el doctor Roure—, no tiene sentido que se enfrente a él. No irá a ninguna parte. Alguien vendrá a sacarnos y entonces lo denunciaremos.

—¿Vienes con nosotros? —preguntó Richard mirando a Ferran. Éste no contestó—. Entonces de acuerdo —añadió mirando a Manuel Clos—. Me voy, y que nadie trate de impedírmelo.

—Hará bien en irse —respondió Clos con voz helada—. No queremos a un asesino entre nosotros.

Dos días antes, su último día antes del pánico, Ricardo Planas García, al que todos conocían como Richard, deambulaba por el patio exterior de la cárcel Modelo de Barcelona con los cinco sentidos puestos en el guardia que parecía dormir junto a la torreta. El reloj de la torre central de la prisión marcaba las siete y cincuenta minutos, y Richard apretaba los dientes, tenso, agarrado a la rudimentaria escoba con la que fingía barrer el suelo, contando los segundos que faltaban para las ocho. El plan había requerido conseguir una plaza de barrendero, algo nada fácil y que le había costado mucho dinero. Ésa era su parte del programa, el resto correspondía a sus amigos de fuera. El camión de la lavandería, el coche esperando a unas manzanas de distancia con las llaves puestas y luego el piso franco en Tarragona, donde se escondería hasta que pasara lo peor. Aquella fría mañana de octubre podía ser la del último día de

su encierro si todo salía como estaba previsto. A las ocho en punto, Richard hizo un barrido rápido y se colocó junto a la entrada al interior del recinto. De haberse situado junto a la puerta de salida, cualquiera de los vigilantes lo habría localizado en seguida, pero en aquel punto, muy bien estudiado, estaba fuera del ángulo de visión de todos ellos, y desde luego a nadie le preocuparía si lo veían.

Apenas dos minutos después de las ocho, el portón exterior se abrió para dar paso al camión de la lavandería y Richard suspiró profundamente cogiendo aire. Dejó la escoba apoyada en la pared y sacó el paquete de cigarrillos del bolsillo, observando a su alrededor mientras encendía un pitillo. El vehículo se detuvo un instante mientras se abría el portón interior, y el conductor le hizo una seña a Richard para que esperara. Las risas del conductor y del guardia interior, al que Richard no podía ver, le llegaron con claridad, y cuando el chófer le volvió a hacer una seña, Richard se coló con agilidad bajo el vehículo. Tanteando, consiguió dar con las correas instaladas en los bajos. Con gran esfuerzo enganchó los pies y luego, haciendo poco menos que un ejercicio de gimnasta, consiguió aplastarse contra los bajos del vehículo y sujetar las manos en las correas colocadas con este propósito. El esfuerzo para mantenerse pegado al coche fue inmenso, y temió que, al ponerse en marcha la furgoneta, no pudiera aguantar su propio peso y se arrastrara por el suelo, pero era demasiado lo que había en juego, así que cerró los ojos y aguantó el peso, el roce áspero contra el suelo y el sofocante olor a gasolina.

Cuando planeó la fuga, su contacto lo había tranquilizado: «No te preocupes por la inspección a la salida.» No consiguió librarse de la preocupación. Más aún, en algún momento estuvo seguro de que lo descubrirían y todo se iría al traste. Sus cinco años de condena se transformarían en ocho o diez sin posibilidad de reducción, y alguien lo esperaría fuera dispuesto a hacerle pagar un retraso del que no era culpable. La cuestión era simple: él era el único que conocía el paradero de un importante alijo. Ése era su seguro de vida y lo que le había facilitado la huida, pero al mismo tiempo era su condena si no lo entregaba a tiempo. Si algo salía mal no se le perdonarían, y alguien lo sorprendería un día, de espaldas, en la ducha o en un rincón del patio. Tenía que salir bien. Y luego debía recuperar el cargamento y entregarlo a su legítimo propietario, ya cabreado, sumamente cabreado, porque Richard no quería decir dónde estaba si no lo ayudaban a salir de la Modelo.

Contuvo la respiración y, tenso como la cuerda de un arco, soportó el

movimiento de la furgoneta al ser descargada y vuelta a cargar, la marcha atrás, el giro en el patio exterior y la salida por el portón, que lo obsequió con un golpe de la espalda en el suelo del que pensó que nunca se recuperaría. Sudando y con lágrimas de dolor brotándole de los ojos aún tuvo un instante para pensar. «¿Y la inspección?»

¿Cómo era posible que saliera bien algo tan complicado? Cuando oyó a su alrededor el ruido del tráfico tuvo un ataque de euforia. «¡Ya está! —se dijo—. He salido.» Pero nada era seguro todavía. Los brazos se le habían dormido a causa del esfuerzo y sentía un lacerante dolor en la espalda, donde había chocado contra el suelo. Con gran esfuerzo podía ver a ambos lados del furgón; poco más que el asfalto, las ruedas de algún vehículo o la hierba de los arcenes. A intervalos la furgoneta se detenía, seguramente en los cruces, y finalmente observó el bordillo de una acera muy cerca y luego el furgón se detuvo. No pudo aguantar más y sus brazos cedieron. Se apoyó en el suelo mientras oía como se cerraba la puerta del vehículo, y luego unos pies se colocaron junto a él.

—Ya puede salir —dijo la voz del conductor.

Le costó un enorme esfuerzo deshacerse de las correas de las manos y soltar las de los pies, pero finalmente salió de debajo del vehículo. Estaban en una calle solitaria, junto a la tapia de lo que parecía ser una fábrica, y habían aparcado detrás de un Opel gris de cuatro puertas. El chófer del furgón lo miraba como si observara a un insecto. Llevaba en la mano un envoltorio de ropa que le alargó sin mirarlo.

—Estamos a las afueras de Sitges —le dijo señalando hacia la derecha—. Ahí tienes el coche. Y eso es todo por mi parte. Que tengas suerte.

Eso era algo en lo que Richard todavía no confiaba, la suerte, sobre todo cuando enfiló la carretera del Garraf al volante del Opel. En el último momento había decidido tomar el camino contrario. Nada de ir a Tarragona, prefería buscarse él mismo el escondite en Barcelona, pero no había tenido en cuenta un detalle: la policía.

Se topó con el control de los Mossos d'Esquadra al final de la ligera pendiente, en el lado derecho de la calzada por la que circulaba. Por un momento pensó en pisar el acelerador y llevárselos por delante, pero el coche patrulla estaba demasiado centrado y era él quien corría peligro de caer por el precipicio. A simple vista eran sólo dos policías y no parecían detener a todos los conductores, sólo les hacían reducir la velocidad y echaban un vistazo al interior. Era obvio que sabían a quién buscaban. De modo casi inconsciente

alargó la mano y sacó la pistola que había encontrado en la guantera. El tráfico era bastante denso y la presencia de los policías ralentizaba el avance, así que aún tenía un par de minutos antes de tomar una decisión. Cuando llegaba al final del repecho, con dos vehículos por delante, vio el largo descenso en dirección a la playa de Castelldefels. Conocía bien el lugar, y allí, girando a la izquierda, podría meterse en el dedalo de calles empinadas y dejar el coche en algún sitio. Sus compinches habían hecho bien el trabajo. Era un buen coche, pero no tendría más remedio que deshacerse de él. Todavía sentía la excitación del peligro. Tenía los brazos prácticamente deshechos del esfuerzo y un largo y doloroso verdugón en la espalda.

Richard tenía muy claras sus opciones. No podía volver a la cárcel. Cuando le tocó el turno, uno de los policías se acercó a su ventanilla mientras el otro permanecía de espaldas, dirigiendo el tráfico en dirección contraria. Richard hizo un solo disparo, al pecho del agente que se inclinaba sobre su ventanilla, luego dio un volantazo y arrolló al otro. Estuvo a punto de chocar con un vehículo de frente, pero el otro conductor resultó ser muy hábil y lo esquivó. Luego, Richard apretó al acelerador y se lanzó a toda velocidad cuesta abajo, en dirección a Castelldefels. Tomó el desvío a la izquierda, provocando el frenazo de varios vehículos, y luego se internó montaña arriba, cada vez más despacio, hasta que se detuvo en una estrecha calle lateral. Sudaba copiosamente y le temblaban ligeramente las manos cuando las colocó sobre el volante. Recuperó el aliento y una gran sonrisa iluminó su cara. «Ahora sí he pasado la línea», se dijo. Una cosa eran pequeños trapicheos, peleas o atracos sin víctimas. Pero ahora, probablemente había matado a un agente, tal vez a dos. Y eso era ya un camino sin retorno. «No podía volver a la cárcel», murmuró para sí.

Despacio, controlando los nervios, salió del coche y encendió un cigarrillo. Luego, con calma, colocó el seguro de la pistola, limpió sus huellas cuidadosamente y la dejó sobre el asiento del copiloto. Mientras enfilaba la autovía de acceso a Barcelona hizo algunas paradas para asegurarse de que nadie lo seguía mientras notaba como, poco a poco, se sentía mejor consigo mismo. Cuando vio el letrero del gran centro comercial volvió a mirar por el retrovisor, aflojó la marcha para dejar pasar a los vehículos que tenía inmediatamente detrás y luego enfiló el aparcamiento subterráneo.

El restaurante presentaba un aspecto lamentable, con sólo tres mesas ocupadas, una de ellas por un hombre de gran envergadura y cabello rubio y escaso. Se sentó frente a él sin decir palabra, sonrió a la camarera y le guiñó

un ojo cuando ella le lanzó una mirada de interés.

—¿Ha ido todo bien? —le preguntó el hombre en español con un acento extraño.

—Naturalmente. Sois muy eficaces.

—Ahora te toca a ti.

—¿Me dejarás comer primero? —dijo Richard con una sonrisa. Hizo un gesto hacia la camarera y luego le fue señalando la carta y pidiendo todo lo que se le ocurrió.

Se terminó el café en silencio cuando observó a dos jovencitos, con aspecto algo desharrapado, que entraban en el restaurante echando una ojeada a su alrededor. No hacía falta ser muy listo para darse cuenta que buscaban alguna víctima. Uno de ellos llevaba un periódico en la mano y el otro un manojito de folios cogidos con una grapa sobre una tablilla de madera. Richard sonrió. A simple vista se veía que el periódico podía pasar por un pergamino antiguo de tan manoseado y sucio, y que las hojas, supuestamente de recogida de firmas, no eran más que un señuelo. En una de las mesas junto a la puerta, uno de los tres comensales había dejado su teléfono móvil sobre la mesa mientras discutía acaloradamente con los otros. Desde su privilegiado punto de vista, Richard pudo ver cómo los dos muchachos intentaban, sin éxito, hacerse con el teléfono móvil y cómo el camarero los echaba del local.

—Les conozco —dijo el rubio—. Un par de... ¿pringados, decís aquí? ¿Nos vamos?

—No tengas prisa —replicó Richard.

En los lavabos del local, hizo un repaso a su aspecto personal. Sus facciones, ya de por sí delgadas, ofrecían un aspecto penoso después de dos días casi sin dormir y con la barba sin afeitar. Tampoco la ropa era muy adecuada, de una talla o dos menos, de manera que su metro ochenta parecía embutido en el traje de un hobbit. Echó una ojeada a los billetes que llevaba en la cartera; suficiente para vestirse de un modo un poco más decente, así que salió del restaurante y, seguido del rubio, se dirigió a la tienda de moda masculina más cercana. Estaba abierta al público, pero no parecía haber nadie en ella, ni clientes ni empleados.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó—. ¿Dónde está la gente?

—No lo sé. Y no me gusta nada —respondió el rubio.

—Habrán ido a almorzar.

—¿Dónde está la mercancía, Richard?

—¿Tienes coche? —El otro asintió—. Pues ahora iremos al parking y te

llevaré hasta el sitio. Tomarás lo que es tuyo y luego nos separaremos como buenos amigos. Si alguna vez necesitas algo, recuerda no llamarme en absoluto.

Richard se vistió del modo más discreto que pudo y después de unos minutos esperando en la caja sin que apareciera nadie salió al pasillo. Se disparó la alarma, pero nadie pareció prestar interés. Como dos buenos amigos se dirigieron a los ascensores y descendieron hasta el tercer nivel del aparcamiento. No había demasiados vehículos, y el rubio se dirigió a un Scénic con una silla de bebé.

—Yo conduciré —dijo Richard.

Arrancó, ajustó el asiento a su estatura y luego enfiló la salida del aparcamiento. Hacía un par de horas que había entrado en el centro comercial y el cielo estaba igual de limpio que entonces. El sol lucía radiante, agresivo, iluminando con fuerza el exterior. Empezó a notar que algo iba mal cuando sus pies se negaron a obedecerle y el motor ronroneó pidiendo una marcha más corta.

—Vas demasiado despacio —dijo el rubio.

Algo no funcionaba en los movimientos de Richard, los que todo conductor hace casi sin pensar. Los brazos le pesaban enormemente. Paró el vehículo y trató de recuperar el aliento.

—¿Qué estás haciendo? —bramó el rubio—. Si intentas...

Richard jadeaba. El coche se había calado, así que lo volvió a poner en marcha y trató de subir la pendiente, pero esta vez sintió como si todo él chocara contra un muro blanco y brillante. Soltó una maldición y lo intentó por tercera vez, pero sólo consiguió que el coche se deslizara hacia atrás, cada vez más de prisa, hasta que chocó contra la pared. Respiró hondo y se encontró con las manazas del rubio cogiéndolo por las solapas y levantándolo del suelo.

—¡Te dije que no jugaras conmigo! ¡Estás muerto, estúpido!

De un modo instintivo, Richard empuñó la pistola que hasta entonces había permanecido oculta y aplastó la boca del cañón contra la barriga del rubio. De nuevo dentro del aparcamiento, en semioscuridad, Richard se sentía bien. Obligó al rubio a retroceder hacia el interior con las manos en alto. No había nadie y sólo unos cuantos vehículos aparcados.

—Vuélvete —le dijo.

No era su intención, pero aunque todavía no entendía lo que le pasaba, lo que sí empezaba a estar claro era que el rubio, el ruso Dimitri, era un mal

enemigo, y también era una mala idea dejarlo con vida. Pensó rápidamente, pero no tenía muchas opciones. El ruso se volvió de espaldas lentamente y aún trató de decir algo, pero Richard vio clara como la luz del día la única solución al conflicto. Del maletero del Scénic sacó la palanca del gato hidráulico y, sin mediar palabra, golpeó la nuca del ruso con todas sus fuerzas. Cuando le puso los dedos en el cuello supo que había sido suficiente con un solo golpe. Lo arrastró hasta el extremo más alejado del aparcamiento, casi en total oscuridad, y cuando observó a su alrededor no pudo por menos que exclamar: «¡Joder, estoy de suerte!» A sus pies había una losa con un agujero en el centro, como las que tapan las alcantarillas. Richard utilizó el gato para moverla y apareció lo que podría ser la embocadura de un desagüe, una abertura suficiente para que entrara el corpachón de Dimitri. Sacó la pistola, limpió sus huellas, y la metió en el bolsillo del ruso. Luego, con un enorme esfuerzo, lanzó el cadáver por el boquete y, para su sorpresa, tardó varios segundos en oír el estruendo al chocar con un curso de agua.

El esfuerzo había sido considerable, así que buscó los lavabos, donde se refrescó la cara y recompuso un poco su aspecto. No sabía si todo saldría bien, pero por el momento se había librado de la presión de Dimitri y le había endosado la pistola empleada contra los policías. Y además tenía el cargamento, con el que podía seguir negociando. Sonrió a su imagen en el espejo y luego salió de los lavabos encaminándose hacia la salida del aparcamiento. «Todo va bien», se dijo. Pero todo no iba bien.

—¿Qué harán cuando se les acabe lo que se han llevado? —se preguntó Manuel Clos mientras observaba a los saqueadores empujando sus carritos.

—¿Qué quieres decir? —quiso saber su hijo.

—Sólo eso, que lo que se han llevado se acabará.

—O sea, que crees que esto va para largo.

—¿Y tú no? Yo creo que lo más práctico sería que nos quedáramos aquí.

— El ex policía señaló hacia el interior del supermercado—. Hay suficiente comida para todos, productos de limpieza, agua. Los lavabos están allí, al fondo. Hay ordenadores y teléfonos conectados. Podemos pedir ayuda...

—No me has contestado —insistió Ferran Clos.

—No sé nada, hijo. No sé más que tú, ¿qué quieres que te diga? He tenido un presentimiento. Eso es todo. Has estado viendo la televisión, como

yo. Nos podemos quedar todos aquí, en el Carrefour Planet —sonrió haciendo un gesto ampuloso con las manos—. Nos organizamos un poco, nos ponemos en contacto con el exterior y cuidamos los unos de los otros.

«¿Cuidar los unos de los otros? —se dijo Ferran—. ¿Cuándo has cuidado tú de alguien?» Ferran lanzó una mirada a su alrededor. Contó veintinueve personas. El de más edad era probablemente su padre, que había pasado ya de los setenta años, y el más joven debía de ser el chico de la hamburguesería, del que ni siquiera sabía el nombre, y había decenas más diseminados por todo el centro comercial. Todos ellos, incluido él mismo, tenían aspecto cansado. Las luces del hipermercado seguían encendidas, aunque no todas, y la semipenumbra les confería el patético aspecto de un grupo de náufragos urbanos.

—Yo me voy arriba —dijo un chico llamado Pàmies, empleado de la tienda de electrónica.

—Yo... tengo que recibir un género... —balbució la encargada de una de las tiendas de ropa.

—¿Un género? ¿Estás esperando un género? —estalló una voz femenina en una risa histérica.

—Todavía no entienden lo que pasa, ¿no es cierto? —preguntó Manuel Clos.

—No pienso encerrarme en una mierda de súper. —Pàmies negó con la cabeza.

—Ya estamos encerrados —le replicó el ex policía como quien le explica algo a un niño pequeño—. No sabemos lo que pasa, pero no podemos salir al exterior.

—¿Y usted qué sabe? —le lanzó Pàmies apuntándolo con el dedo—. ¿Se cree más listo que nosotros?

—No creo que sea una buena idea encerrarse aquí —apuntó Ferran Clos—. Es como aceptar que esto es irreversible, que ésta va a ser nuestra vida...

No quiso mirar directamente a los ojos de su padre, que lo observaba como siempre lo había observado, con aquella expresión del policía que busca la mentira más allá de las palabras.

—Yo creo que deberíamos actuar como si ésta fuera a ser nuestra vida —intervino por primera vez el doctor Roure—. Y si no lo es, tanto mejor, pero éste es el mejor sitio para esperar una solución.

—Yo no lo creo —repuso Ferran—. Estaríamos mucho mejor arriba, junto a las salidas. Alguien aparecerá. Había un helicóptero por ahí. Deben de

estar buscando a otros atrapados como nosotros.

—¿Eso es lo que has aprendido en la Escuela de la Policía? —insistió su padre—. Pensé que habrías madurado un poco. Ésta es otra de tus estupideces, ¿no?

—Yo me voy arriba, a la tienda —decidió Pàmies.

Ferran se había quedado lívido, con los puños apretados. Si había tenido alguna duda de quedarse y colaborar con su padre, se había disipado.

—Espera. Iré contigo —dijo Ferran dirigiéndose a Pàmies.

—Es una pésima idea —negó con la cabeza Manuel Clos.

—¿Sabes lo que te digo? Me importa un carajo tu opinión.

Un silencio casi sepulcral reinaba en el gran hipermercado. En algún lugar parpadeaba un fluorescente, y decenas de personas dormían aprovechando los rincones menos incómodos del inmenso local. A última hora de la tarde, algunas mujeres habían subido al piso superior y habían traído mantas, almohadas y sacos de dormir. Parecía la imagen de una de aquellas estaciones de ferrocarril en la España de los años sesenta, la España de la emigración, de la vendimia en Francia, de las fábricas en Alemania o Suiza, de las promesas de la Europa rica y próspera. Grupos de hombres y de mujeres esperando algo que los llevara hacia la esperanza.

—No se lleva muy bien con su hijo, ¿verdad? —le preguntó Joan, el chico de la hamburguesería.

—¿Se nota?

—No debería meterme en sus asuntos. Lo siento.

—No pasa nada. ¿Conoces bien este sitio?

—¿El Carrefour? Bueno, sí —asintió Joan—, bastante bien. Hace dos años que trabajo ahí arriba. Conozco a los encargados. Por cierto, uno de ellos se ha ido arriba con el carrito lleno.

—Un modo de vengarse de sus jefes —sonrió Clos—. Si no te importa, podríamos dar una vuelta y me enseñas el lugar.

Echaron a andar por los pasillos todavía iluminados. El zumbido de las cámaras frigoríficas los acompañaba, como antes la música de fondo que hacía rato se había evaporado. Los dos ascensores tenían las puertas abiertas y alguien había colocado pesadas cajas que impedían que se cerraran.

—Eso es una buena idea —dijo Clos señalando los ascensores—. Y deberíamos bloquear también las rampas.

—¿Por qué? —inquirió Joan, alarmado.

—Créeme. Deberíamos hacerlo. ¿Qué hay ahí? —Clos señaló dos grandes portones cerrados con persianas metálicas.

—Los almacenes del hiper.

—Ahí habrá... Vamos a verlo. ¿Conoces a alguien?, de las personas que están con nosotros quiero decir.

—A la gente del centro comercial sí, a casi todos. A los clientes, no.

Habían llegado ante las puertas de los almacenes. A un lado de una de ellas colgaba un mando con varios botones rojos y verdes. Clos lo manipuló y una de las persianas empezó a elevarse con un chirrido que sonó como una explosión en el silencio de la noche. Nada más empezar a subir la persiana las luces del almacén se encendieron una tras otra y mostraron un local todavía más grande que el dedicado a la venta. Las pilas de cajas y los palés llegaban hasta el techo, a una altura que Clos calculó en más de diez metros. Entró con decisión seguido de Joan. A juicio de éste, para tener más de setenta años era un hombre de gran fuerza y agilidad, pero sobre todo de una determinación apabullante.

—¿Qué buscamos? —preguntó el chico.

—Eso, por ejemplo —Clos señaló dos toros mecánicos perfectamente aparcados contra una pared.

—Con nosotros está uno de los mozos de almacén —sonrió Joan—, él sabrá conducir esos trastos. Pero ¿qué quiere hacer?

—Todavía no lo sé, pero en cuanto lo tenga claro te lo contaré, ¿de acuerdo?

Iban a abandonar el lugar cuando algo atrajo la atención de Clos. En un principio pensó que había sido su imaginación y las escasas horas de sueño, pero cuando volvió a ver la sombra recortada contra la pared del fondo puso un dedo sobre los labios y señaló con la cabeza hacia el lugar. Uno por cada lado del pasillo, se fueron acercando al rincón donde Clos había visto la sombra, y de pronto el chico se paró en seco y estuvo a punto de sufrir un ataque de risa. Allí estaban los dos, él y un hombre que podía ser su abuelo y que además cojeaba ligeramente, avanzando hacia el peligro, como en una mala película de policías y ladrones.

Lo que les había llamado la atención no era más que un grupo de gente acurrucada en el muelle de descarga. Restos de comida, mantas en el suelo y unas bolsas de deporte abiertas mostraban el lugar donde el pequeño grupo había acampado. Mientras Joan hablaba con ellos, Clos caminó por el muelle hasta el gran portón abierto a la noche y se quedó quieto, paralizado, a unos metros de la salida. Una sensación de pánico lo invadió desde lo más profundo, las manos le temblaron y tuvo que agarrarse a la pared para no caer al suelo. Al otro lado, en la calle, la oscuridad era total, y por más que se esforzó no logró ver nada.

—Son los mozos de almacén y algunos transportistas atrapados. ¿Qué hay ahí fuera? —preguntó Joan.

—Sólo oscuridad. Ahí está la oficina del almacén. —Clos señaló con la cabeza—. ¿Entiendes algo de ordenadores?

—Claro —respondió Joan.

—Pues deberíamos empezar por echar un vistazo para hacernos una idea de los inventarios.

—Y eso, ¿de qué nos servirá?

—Intendencia, hijo. Supongamos que esto va para largo. Hay que tener unas normas de convivencia... organizarse. Mañana hablaremos con la gente.

—No creo que le hagan caso.

—Yo creo que sí —repuso Clos.

—Pero saldremos de aquí, ¿no? —preguntó Joan tras un momento de silencio.

—No lo sé, pero será mejor irse acostumbrando. Los de ahí arriba — señaló con el dedo— no saben lo que hacen. A veces hay que aceptar las cosas como son.

Si de algo estaba seguro Ferran Clos era de que no iba a someterse a su padre y a sus normas. Otra cosa era pensar que las autoridades, fueran de la OMS, de la Unión Europea o lo que sea ya estarían tomando medidas para atajar la crisis. Sentado frente al televisor en la tienda de electrónica, consiguió sintonizar un telediario de la RTF, donde la única información era un locutor, sin maquillar y con profundas ojeras, que relataba las crónicas llegadas por teléfono con escasas imágenes en directo, siempre desde ventanas cerradas o con cámaras fijas, obviamente sin operador, situadas en lugares estratégicos. Autopistas paralizadas, edificios en llamas, túneles del metro repletos de viajeros esperando convoyes que no llegaban.

—¿Es una epidemia? —le preguntó Pàmies, el chico de la tienda de electrónica.

—Me temo que sí. ¿Has intentado comunicar con alguien?

—He llamado a todos los teléfonos de mis colegas y todo el mundo está igual. Algunos no han contestado. En el 112 me han dicho que me calme, los he mandado a tomar por... ya sabe.

—Sí. Me lo imagino —Ferran no supo si echarse a reír o a llorar—. Esta noche he oído un alboroto un poco más allá, por la zona del Decathlon.

—Hay una tribu chungu —afirmó Pàmies—, por eso no quería irme de la

tienda. Creo que ya han saqueado alguna.

—Vaya, no sabía que eras un héroe. Deberíamos acercarnos a las salidas. Tal vez venga algún vehículo. —Nada más decirlo, Ferran se dio cuenta del absurdo. Todo el mundo sabía que los vehículos no servían de nada.

—¿Su padre...?

—¿Qué?

—Es policía, ¿no?

—Era. Está jubilado, pero algunas maneras no se pierden.

—¿Usted también es poli? —Ferran lo miró frunciendo el ceño y asintió —. Entonces ¿lleva pistola?

—Pues no. No voy por ahí con la pistola.

—Creo que el joyero, Sardà, tiene una. Lo han atracado un par de veces... ¿Cree que nos hará falta?

—Lo que sí nos va a hacer falta es algo de comida, ¡y ya!

El recorrido por los bares del piso superior sólo les proporcionó algunas botellas de zumo, pan seco y frutas y verduras al borde de la descomposición. Por todas partes había grupos de gente y muchas de las tiendas habían sido saqueadas. Sí funcionaba, curiosamente, una de las máquinas de café.

—Ahí está la joyería —señaló Pàmies. A Ferran no le extrañó que fuera uno de los comercios asaltados.

—Hay quien no pierde oportunidad —sentenció.

Los estantes estaban vacíos, los cristales de los mostradores hechos añicos y el suelo cubierto de cajas vacías, plásticos y papeles. Tras los cristales del pequeño espacio utilizado como oficina podía verse, todavía cerrada, la caja fuerte que, obviamente, los saqueadores no habían podido abrir. Los cajones de la única mesa estaban vacíos y su contenido esparcido por el suelo.

—Creo que está en la caja fuerte —apuntó Pàmies.

Al fondo de la tienda, en un pequeño espacio cuadrado, había un diminuto lavabo, un toallero y una caja con una cruz roja colgada de la pared. Ferran se acercó hasta ella. Estaba cerrada, pero sin cerradura ni candado, lo que quería indicar que era lo que parecía ser: un botiquín.

—Vigila por si viene alguien —dijo Ferran con autoridad.

Pàmies se acomodó junto a la puerta no sin antes echar una ojeada de prevención hacia Ferran, pero lo que más le llamó la atención fue verlo mirar fijamente el teclado de la caja fuerte sin cerradura y aspecto inexpugnable. Luego lo vio rebuscar en los cajones y meter la mano bajo la mesa.

—¿Qué te parece? —sonrió Ferran mostrando una fina tira metálica blanca con unos números anotados—. Los humanos somos muy previsible.

—Viene alguien —avisó Pàmies.

Ferran tecleó el número anotado en la tira metálica y la caja fuerte se abrió con un chasquido.

—¡Es Richard! —exclamó Pàmies al tiempo que se colocaba junto a Ferran.

—Aquí está —murmuro Ferran.

No tardó ni un segundo en darse cuenta de que era un revólver de imitación, pero confió en que nadie se percatara.

—Vaya, así que la has abierto —dijo Richard.

Iba flanqueado por dos muchachos muy jóvenes, y desde el lugar donde estaban los recién llegados, la puerta de la caja les impedía ver lo que había dentro.

—Sí. La he abierto —asintió Ferran.

—Pues me gustaría ver qué hay dentro. Nunca se sabe si podría sernos útil. Estamos empezando a organizarnos y es necesario tomar posiciones. ¿Este pardillo es tu ayudante? —señaló a Pàmies.

—Me llamo Pàmies.

—A mí puedes llamarme Richard. Todo el mundo me llama Richard. Y no me gusta que se metan en mi terreno.

—¿Su terreno? Supongo que es usted una persona lista —dijo Ferran—, y sabe que tal como estamos, las joyas o cualquier otra chuchería no sirven de nada.

—Eso es. Pero algo como esto —esgrimió una navaja— sí que sirve.

Se volvió hacia sus dos acompañantes buscando su asentimiento. Sólo entonces Ferran se fijó en los chicos. Parecían dos mozalbetes de barrio marginal a los que la casualidad, o algún trabajo inconfesable, había sorprendido en el centro comercial. Lentamente cerró la puerta de la caja fuerte y apareció su mano empuñando el revólver.

—Y esto, ¿qué te parece?

Richard ensayó una sonrisa mientras miraba fijamente el arma.

—¿Es auténtico?

—Smith & Wesson del 38 —mintió Ferran—. Creo que es el modelo 642. Cinco o seis disparos, no estoy seguro.

—No son muchos disparos.

—Suficientes.

—Tienes razón. ¿Por qué no hacemos algo? Guardamos estas cosas tan desagradables y hablamos de hombre a hombre.

—Haremos algo mejor. Tú dejas la navaja sobre el mostrador y esos dos críos se van a dar una vuelta.

Por alguna razón, Richard aceptó la idea como buena. Ordenó a sus acompañantes que se fueran y luego dejó la navaja, abierta, sobre el mostrador, junto a los restos de cajas y envoltorios. Ferran se situó entre Richard y su arma y luego guardó el revólver en el bolsillo del pantalón. Richard sonrió inclinando la cabeza y luego se sentó en una de las sillas frente al mostrador de la joyería, dando la espalda a Pàmies.

—Oye... esto es... un malentendido —se justificó Richard—. No sé qué mierda está pasando, pero no estoy dispuesto a ser un pringado, ¿lo entiendes? Por eso estoy intentando hacerme respetar.

—Mira, Richard. Es Richard, ¿no? Analicemos la situación. Estamos encerrados y escasea la comida. Estamos cerca de las puertas de salida, lo que me temo que es más malo que bueno. Hay agua por ahí. Los lavabos, ¿no?

—Sí, y hemos encontrado el almacén de uno de los restaurantes. Hemos ido recogiendo la comida de los otros.

—¿Hemos?

—Sí. Tengo mis amigos. —Señaló con la cabeza hacia el pasillo—. Yo diría que de lo más escogido. Hemos ido de compras al Decathlon. Hay bebidas energéticas, herramientas... ya sabes.

—¿Ha intentado salir alguno de los tuyos? —preguntó Ferran.

—Ayer, uno. Para ir a ver a su mujer a la peluquería. No se puede ir desde dentro... En fin, le dio un ataque, volvió pero ya era tarde. Creo que se le paró el corazón.

—Bien. Abajo hay comida suficiente y yo puedo conseguirla. Hagamos un trato y seremos amigos, pero quiero algo a cambio.

—¿Qué quieres?

—Seré yo quien mande. ¿Está claro?

—Tú estás solo... con el pardillo. ¿Por qué tienes que mandar tú?

—Porque tengo esto. —Ferran esgrimió el revólver.

—Es muy convincente. Y no me gusta la violencia.

—Añadamos otro detalle al trato —dijo Ferran moviendo el arma ante los ojos de Richard—. No me tomes por imbécil.

Michael abrió los ojos de golpe, como si algo o alguien lo hubiera despertado de improviso. Frente a él, mirándolo con una expresión curiosa y la cabeza inclinada a un lado había un perro, un fox terrier pequeño, con el pelo negro y blanco. El animal lo olfateó un instante y luego salió corriendo hacia algún lugar en la oscuridad. Michael se incorporó en el asiento trasero del Hummer en el que se había instalado y contempló a Andrea, todavía dormida a su lado. La chica tenía el cabello revuelto sobre la cara y los dientes apretados, como si hubiera sido incapaz de relajarse para dormir. Michael se levantó despacio y observó cómo el inglés llamado Jordan, al que había conocido días atrás en el hall, manipulaba en los paneles luminosos junto a la puerta de acceso al parking. Claro que lo de luminoso había cambiado, pues ahora estaban apagados y silenciosos.

La alarma de incendios había sorprendido a Michael y a Andrea tres días después de que el pánico los aprisionara en una trampa de vidrio y acero de treinta plantas de altura. Al principio habían pensado que se trataba de una falsa alarma. No se veía humo por ninguna parte, pero lo que sí notaron fue un fuerte olor a gas nada más salir de su apartamento.

Estuvieron de acuerdo en que debían alejarse de allí y que bajar era la mejor opción. En la mochila de Michael cargaron la comida que habían podido reunir, y luego, tapándose la nariz y la boca con pañuelos húmedos, alcanzaron la escalera principal.

—Gas y alarma eléctrica son mal... —fue lo último que Michael dijo antes de que una tremenda explosión sacudiera el piso que acababan de dejar.

Rodaron los dos por el suelo y una lengua de fuego les pasó por encima de la cabeza chamuscando la pared. La puerta de uno de los apartamentos se abrió y una mujer aterrorizada salió al pasillo.

—Será mejor que venga con nosotros —le aconsejó Andrea.

La explosión había destrozado el extintor situado junto a la escalera y el fuego crepitaba en el piso de arriba. Siguieron bajando, y cuando Michael intentó utilizar una de las mangueras contra incendios quedó claro que la presión del agua era absolutamente insuficiente.

—Creo que sería mejor seguir hacia abajo —sugirió Andrea.

No lo dijo, pero no tenía intención de dormir en ningún lugar con un fuego sobre su cabeza.

En los días que llevaban atrapados, Michael y Andrea no habían reaccionado todavía. Ninguno de los dos podía pensar en algo que fuera más allá de conseguir comida para sobrevivir un día más, por eso no habían caído

en la cuenta de que había más personas atrapadas en el edificio, y descubrieron para su sorpresa que, al menos en lo que se refería a la explosión y el incendio, habían decidido colaborar. Varios hombres armados con extintores atacaron las llamas en lo alto de la escalera entre los pisos once y doce. Después de más de una hora de trabajo inútil y de agotar la carga de los extintores, se dieron cuenta de lo difícil, duro e ingrato del trabajo de los bomberos. Renunciaron a seguir peleando contra el fuego, y sin posibilidad de parar su avance habían tenido que ir retrocediendo hasta refugiarse en el aparcamiento subterráneo.

—¿Se ha estropeado? —preguntó Michael señalando el panel.

—No estoy seguro... Se ha apagado de pronto, y eso es mala señal.

—¿El fuego?

—Eso creo —afirmó Jordan—. El ordenador central está ahí arriba, en la recepción. Si ha llegado hasta allí el fuego lo habrá destruido, y eso puede significar que las llamas avanzan hacia abajo.

—Pero el fuego tiende a subir, ¿no? Y aquí no es fácil que llegue...

—Sí, claro —concedió Jordan—, pero el fuego es imprevisible. Y la puerta metálica... ¿No lo nota?

—El calor —asintió Michael.

Agrupados entre los coches, con las puertas abiertas, había cerca de un centenar de personas. En realidad, Michael se sentía lejos de todos ellos, ejecutivos y personal de servicio, y durante los días que llevaba encerrado en aquel edificio se había preocupado únicamente de sus propios problemas, que básicamente consistían en asimilar aquella especie de nueva vida, si es que se podía llamar vida, y conseguir lo necesario para que él y Andrea pudieran sobrevivir. Pero había algo que sí compartía, y era la casi absoluta seguridad de que el fuego representaba un peligro claro y evidente.

El aparcamiento era realmente inmenso, y estaba vacío a excepción de la zona más cercana a los ascensores, donde se acumulaban medio centenar de vehículos, la mayoría abiertos y utilizados como improvisados dormitorios.

—Escuchen un momento —anunció Jordan en su mal español—. Los ordenadores y los sistemas de alarma están en la planta baja, junto a la recepción. Se han colapsado. Eso quiere decir que el fuego ha llegado allí...

—¿Y qué vamos a hacer? —dijo la mujer madura de aspecto afable.

—No lo sé, pero tendríamos que intentar encontrar una salida... —respondió Jordan.

—¿Salida? No hay salida —murmuró un hombre apoyado en un brillante

BMW.

—Yo creo que sí la hay —dijo otro hombre que llevaba el uniforme de mantenimiento—. Los aparcamientos de todos los edificios están conectados. Hay colectores de uno a otro y un depósito pluvial. No sé bien dónde está todo eso, pero está.

—Si es usted tan listo, búsquelo —dijo alguien.

—En la intranet del edificio deben de estar los planos —apuntó Michael.

—¿Y cómo accedemos a ella? —preguntó otra voz.

—Es seguro que los ordenadores se han quemado —remarcó Jordan—. No hay posibilidad de recuperar planos. Si existen esos conductos, hay que buscarlos.

Al pasar frente a la salida del aparcamiento, Andrea sintió que un escalofrío le recorría todo el cuerpo. Fuera brillaba el sol, aunque una humareda gris lo ocultaba parcialmente. La rampa de salida era como un camino al infierno, lisa, sin apenas pendiente, ancha, terminando en una pesadilla exterior que la encogió por dentro hasta casi dolerle.

—¿Estás bien? —le preguntó Michael.

Jordan había formado grupos para buscar un sumidero, una puerta disimulada o un pozo, algo que comunicara el aparcamiento con el entramado subterráneo, pero o no existía o siempre eran pequeñas alcantarillas insuficientes a todas luces para permitir el paso de una persona.

—Sí, estoy bien. Es... la luz.

—Hay también algún caso de fotofobia —declaró Laura, la mujer de aspecto afable que se había unido a ellos—. Lo oí en la radio antes de salir de casa... Antes de llevar a mi nieto a la guardería... —Un sollozo la interrumpió.

Andrea sintió una súbita simpatía hacia ella, con su traje de chaqueta ya arrugado, su pelo teñido con cuidadas mechas y su maquillaje casi perfecto a pesar de las dificultades.

—Necesitaríamos algo para perforar junto a esos sumideros —dijo Michael—. Algo que no tenemos. Hay que buscar una entrada.

—Siempre hay una forma de acceder, para limpieza y todo eso, ¿no? —apuntó Andrea, como para darse confianza a sí misma. Desde que habían decidido bajar hasta el aparcamiento huyendo del fuego su única preocupación había sido encontrar algo para comer. En cierto modo, todo el mundo se había

solidarizado, aportando lo que habían podido traer desde sus apartamentos. Pero era insuficiente a todas luces, y la cafetería situada en la terraza era ya inalcanzable a causa del fuego, sin contar con que había que salir al aire libre para llegar a ella.

Andrea todavía tenía presentes los últimos acontecimientos, menos de una semana en la que su vida había dado un cambio radical. El largo fin de semana pasado con Michael y luego el ataque de pánico, la imposibilidad de salir del edificio, la búsqueda angustiada de comida después de un día sin apenas probar bocado. Todo eso había hecho de ella una persona diferente. «¿En qué me he convertido?», se preguntaba en los momentos de silencio y de enrocamiento sobre sí misma. A veces, cuando se había detenido a darle una moneda a un indigente, o cuando veía escenas de campos de refugiados en la televisión, había pensado en la desgracia de vivir al día, de tener como único pensamiento encontrar algo para comer y dormirse pensando: ¡un día más! Y ahora se veía a sí misma de ese modo. La desconcertaba no saber si aquello iba a terminar igual que había empezado o si ése era su futuro: vivir sin esperanza.

El aparcamiento era ciertamente amplio, pero en contra de lo que habían pensado en un principio no tenía más que un piso. Los desagües eran apenas unas rejillas en el suelo, suficientes para que circularan las ratas, pero nada más. Andrea se quedó un momento frente a la rampa de salida hasta que los ojos se le acostumbraron a la luz. Frente a ella, en la superficie, no se veía nada más que asfalto, una calle ancha y recta en dirección sur a juzgar por la hora y la altura del sol.

—Allí está el centro comercial —dijo.

—Sí —asintió Michael.

Andrea lo vio dar unos pasos hacia delante y detenerse aterrorizado. Luego, Michael cerró los ojos y retrocedió poco a poco hasta regresar a la seguridad del aparcamiento, donde recuperó el aliento. Cuando pudo abrir los ojos, se encontró con los de Andrea clavados en ellos.

—Apenas debe de haber un kilómetro hasta la entrada al aparcamiento —dijo ella.

—Estás loca. Nunca llegaríamos. Los coches no protegen del pánico. Lo dijeron en la televisión.

—Pero allí hay comida. Y todo lo que necesitamos, ¡es un centro comercial! ¿Cuánto puede correr un coche como el Hummer?

—Podría ser... Tardaríamos unos treinta segundos yendo a toda

velocidad. Estás loca.

—¿Y quedarnos aquí? ¿No es eso una locura?

Cuando volvieron al improvisado campamento el desaliento era total. Los exploradores regresaban uno tras otro sin ninguna novedad. Por un momento, al mirar la puerta metálica, la de acceso al hall del edificio, Andrea creyó ver que adquiriría un cierto color rojo, aunque podía ser fruto de su imaginación. Lo cierto era que la temperatura había subido notablemente y que los crujidos sobre sus cabezas, que antes eran anecdóticos, se iban haciendo cada vez más frecuentes.

—Es nuestra única oportunidad —insistió Andrea.

En las caras de sus compañeros de encierro vio miedo, desconfianza. Uno de los ejecutivos, todavía con el traje y la corbata, como si se dirigiera a su trabajo, sonrió sin ganas y dijo: «Para ir adónde.»

—No es para ir adónde, es para salir de aquí —respondió Andrea—. Está ardiendo el edificio.

—No sabemos si el fuego llegará aquí —argumentó alguien.

—Eso es seguro. Y hay un montón de coches con los depósitos de gasolina llenos —afirmó Michael—. Explíqueselo, Jordan.

—Podemos apartar los coches de la puerta y no correremos peligro —replicó otro de los encerrados.

—Eso no lo podemos asegurar —repuso Jordan—. Depende de la presión sobre la puerta. Puede sobrevenir una explosión y alcanzar todo el aparcamiento, pero... también puede que no.

—O se nos puede caer encima todo el edificio —soltó Andrea—. No me quedaré para verlo.

—Todo eso son teorías. Lo único cierto es que no podemos salir al exterior —afirmó el ejecutivo.

Michael entró en el Hummer que habían ocupado como su dormitorio particular y buscó en la guantera. No estaban las llaves, pero sí había una botella de whisky, nueva, todavía con sus precintos. La abrió y echó un largo trago que lo reconfortó lo suficiente como para seguir buscando las llaves. Estaban en el lugar habitual, sobre el parasol. La colocó en la ranura y luego se reclinó en el asiento cerrando los ojos. Cuando los abrió Andrea estaba frente a él. Lo miraba con expresión ansiosa. Se acercó hasta la portezuela

abierta del vehículo y se inclinó para hablarle en voz baja.

—Lo podemos hacer —dijo.

—Tienen razón. Estaremos muertos nada más salir.

—No será más de medio minuto.

—Pero... moriremos —insistió Michael.

—¿Y qué? —le espetó ella haciendo un gesto con la cabeza hacia el grupo—. ¿Nos limitaremos a hacer lo que hacen ellos?

Jordan, el ingeniero, hablaba con dos personas más y escribía algo en una hoja de papel sobre el capó de uno de los coches. La puerta, ahora sí, empezaba a tomar un evidente color rojo por la parte baja. La mayor parte de los encerrados movía los coches apartándolos de la puerta. Otros lloraban.

—Cuando se haga de noche —lo apremió ella.

—Te lo repito, vamos a morir. Lo sabes, ¿no?

Andrea asintió con un gesto nervioso. Michael cerró la puerta del vehículo y le señaló con la cabeza el asiento del acompañante. Apenas si llamaron la atención. Una pareja en un coche. ¿A quién le importaba? Michael reclinó la cabeza en el asiento y cerró los ojos.

—Unos metros hacia delante —murmuró Andrea—, luego un giro a la izquierda, otro a la derecha para enfilear la rampa, después el acelerador a fondo. ¿Se puede?

—Esto es un Hummer —respondió él—. Acelera a cien kilómetros por hora en menos de ocho segundos, tiene casi cuatrocientos caballos de potencia. Puede llegar al centro comercial tal vez en veinte segundos, incluso menos si conseguimos acelerar lo suficiente antes de salir a la superficie. ¿Y luego qué?

—No lo sé.

—Tal vez no pueda frenar al llegar allí —advirtió Michael—. Hay una curva pronunciada al entrar en el parking. Y si lo conseguimos, ¿de qué nos va a servir?

—Al menos lo habremos intentado —suspiró Andrea.

—Huir del fuego... ¿Cómo era el resto del refrán español?

—... para caer en las brasas... —terminó ella.

Andrea despertó cuando una mano, fría como el hielo, se posó sobre su brazo.

—Ya es de noche —murmuró él.

El techo crujía espantosamente. Alguien lloraba a lo lejos. No había nadie cerca de la puerta metálica. Los coches estaban vacíos y el aparcamiento completamente a oscuras. La puerta metálica comenzó a emitir un silbido agudo, un siseo acompañado de una columna de vapor que se filtraba por el ojo de la cerradura, por los goznes y por los bajos.

—Eso va a estallar —dijo Andrea.— Ahora o nunca.

Con un rugido, el Hummer arrancó su potente motor y sus faros iluminaron el entorno. Michael lo movió haciéndolo girar a la izquierda más de lo que había pensado en un principio, dirigiéndose casi en perpendicular a la rampa. Oyó voces al fondo del aparcamiento.

—Abróchate el cinturón —ordenó apremiante.

Al llegar a la altura de la rampa giró el volante a la derecha y encaró la salida, como el piloto que se dispone a rodar por la pista de despegue.

—No puedo hacerlo. —Negó con la cabeza.

—Inténtalo. Sólo tienes que acelerar —suplicó ella.

Michael temblaba. Se desabrochó el cinturón y salió del coche. Se quedó un instante mirando la salida, el cielo negro tachonado de estrellas todavía con un leve resplandor del sol, del enemigo.

—No puedo —repitió.

—¡Sube! —le gritó Andrea poniéndose al volante—. Yo lo haré.

—¡Te he dicho que no puedo! —gritó Michael.

Retrocedió unos pasos y se pegó de espaldas a la pared, aterrorizado. Andrea lo contempló con los ojos arrasados en lágrimas. Cerró la puerta del vehículo y suspiró profundamente. Michael la miraba.

—Ha sido un placer —dijo él.

Andrea apagó las luces del vehículo, cerró los ojos y luego apretó el acelerador a fondo haciendo chirriar las ruedas. Soltó el embrague del todo y el potente vehículo salió disparado como un cohete hacia la rampa de salida.

Ferran Clos estaba frente al ordenador, tratando de enfocar las cámaras de seguridad del recinto, cuando la pantalla se quedó en negro y el ventilador colocado sobre la mesa dejó de funcionar, girando cada vez más lentamente. Uno de los muchachos que acompañaban siempre a Richard despertó de improviso y se incorporó en el sofá donde se había acurrucado.

—¿Otra vez? —exclamó Richard.

En el amplio restaurante, con las mesas llenas de restos y un olor algo más que desagradable, sólo eran cinco las personas reunidas alrededor de una de ellas: Ferran, Richard, Pàmies y los dos hermanos de origen desconocido. Los fluorescentes y las luces cenitales se habían vuelto a encender, pero el ronroneo de las cámaras frigoríficas había cesado.

—Otra vez —maldijo Ferran.

—Iré a echar un vistazo—dijo Richard.

—Ve con él —ordenó Ferran mirando a Pàmies. El joven se levantó y salió detrás de Richard.

El cuarto de contadores de la planta estaba en el mismo pasillo de los lavabos. Como siempre, había tres o cuatro personas usando los servicios o los grifos, cada vez más avaros de agua. Richard revisó los relés y fusibles, arrugó el ceño y volvió a conectar el sistema.

—¿Ya está? —preguntó Pàmies con un dejo de admiración.

—Hasta la próxima. Y tú, ¿siempre te dejas mandar así?

—¿Por Ferran?... Bueno, tú también te dejas.

—Yo he hecho un pacto, no me dejas mandar.

—Sí, claro. Un pacto. ¿Qué clase de pacto?

—Uno de esos que se mantienen porque alguien tiene un revólver, ¿me captas?

—Ya está —anunció Richard cuando volvieron al restaurante—, pero la instalación se joderá del todo cualquier día de estos. Y hay otro problema. El agua empieza a escasear en los lavabos. Si dejamos a todo el mundo lavarse y sacar la que quieran, nos vamos a quedar secos dentro de nada.

—Sí, Richard, tenemos muchos problemas. Y el principal es que se nos está agotando la comida mientras abajo están rodeados de ella.

—¿Y a qué estamos esperando? —exclamó Richard—. No hay más que ir a buscarla, ¿no?

—No lo entiendes, ¿verdad? —Ferran sonrió—. No entiendes nada.

—¿Y qué es lo que no entiendo, señor Clos?

—Esto es así y no tiene remedio. Mientras seamos cuatro gatos mal avenidos no podremos con esa especie de comunidad de ahí abajo. Mi padre es muy listo, sabe lo que se hace, y los tendrá comiendo en su mano todo el tiempo que quiera...

—O el que le dure la comida —dijo Richard.

—Eso puede ser un año o dos. No estoy dispuesto a pasarme la vida esperando mi turno para que mi padre me llene un plato de latón. ¿Está claro?

Desde la ventana, Ferran Clos podía ver una imagen insólita de la autovía de Castelldefels. Una vía, en otro momento atestada de vehículos, y que aquella mañana un patinador o un ciclista podían haber recorrido todo lo que la vista abarcaba sin tener que sortear ningún obstáculo. Los únicos que había, tres o cuatro en todo el tramo visible, estaban abandonados, un par de ellos empotrados en los laterales de la autovía. Despacio, entornando los ojos, Clos tomó un sorbo de whisky, el único modo de poder mirar al exterior durante unos minutos. Se volvió luego de espaldas al vacío y se sentó a una de las mesas, inclinando la cabeza mientras repasaba una vez más su plan. Lo sobresaltó el zumbido de su teléfono móvil, como si de pronto llegara una llamada del más allá, pero era sólo el anuncio de que a la batería le quedaban escasos segundos, un lapso de tiempo tan válido como cualquier otro. Todo dependía de la esperanza de vida. «¿Cuál es mi esperanza de vida? —se preguntó—. Pueden ser unos minutos si decido que ya está bien de vivir encerrado. O menos, si tuviera un arma de verdad y no sólo esta mierda de imitación que únicamente sirve para asustar a los tontos. Puede ser de unas semanas o unos meses, depende de la comida que pueda conseguir. O puede ser un interminable desfile de años vacíos, oscuros, huyendo siempre del exterior, del maldito aire libre, de la maldita libertad.»

Por el fondo del pasillo, saliendo de la penumbra, vio aparecer la figura de su padre. Le costaba trabajo formar una imagen de padre, o de lo que la gente normal debía de tener como un padre. Un hombre seco para el que un gesto de cariño era lo mismo que una señal de debilidad. Un hombre cuya primera divisa era la disciplina y la segunda la disciplina. Y fuera de ella no había nada más. Un hombre violento, un maltratador, sólo de palabra, sí, pero maltratador. Aunque nunca, hasta un día dos años atrás, se había atrevido a decírselo a la cara. Fue la primera vez, y la única, que el inspector de policía Manuel Clos abofeteó a su hijo y le espetó: «Me avergüenzo de ti.» Y eso fue suficiente para que Ferran Clos decidiera que algún día demostraría a su padre cuánto lo despreciaba.

—¿Ferran?

—Sí. Soy yo.

Se sentaron frente a frente, a una de las mesas laterales, con la ventana detrás de Ferran, de modo que su padre sólo podía ver su silueta recortada contra la luz exterior.

—Sabes cómo hacer sentir incómodo a un interrogado —dijo el viejo policía.

—Esto no es un interrogatorio. ¿Has podido hablar con mi madre?

—Lo he intentado todos los días hasta que se me ha acabado la batería del móvil. Los teléfonos fijos no van. Y el invento ese, el Skype, tampoco funciona.

—¿Qué será de ella? No debimos dejarla sola.

—Eso no cambiaría nada —negó con la cabeza Manuel Clos.

—En eso tienes razón —replicó Ferran con un toque de agresividad. Estaba seguro de que la compañía de su padre no sería un consuelo para ella.

—¿Qué quieres? —preguntó Manuel Clos con aspereza.

—Hablar. Parece ser que hemos tomado el papel de... representantes, o algo así, de dos facciones. Tú la tuya y yo la mía. Tiene gracia. Dos servidores de la ley y enfrentados. ¿No te parece paradójico?

—Lo que me parece paradójico es que seas mi hijo y digas que estamos enfrentados. Tú y la gente que está contigo podéis venir cuando queráis. Estamos racionando la comida con un poco de cabeza. Y también el agua. Hemos organizado comités para ocuparse de la limpieza, del orden...

—¿Del orden? ¿Has hecho tu propia policía?

—Y tú te has juntado con delincuentes. ¿Quién es ese tipo, el tal Richard? Me da mala espina. Conozco a la gente como él, con sus tatuajes y su labia. Y ha matado a un hombre.

—Hay otras cosas además de matar. —Ferran desgranó lentamente las palabras.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Manuel Clos tras un instante de silencio.

—¿Qué quiero decir? En este momento no tiene importancia. Tengo algo que proponerte.

—Qué.

—Unirnos todos. Hacer ahí abajo una especie de comunidad...

—Ya la hemos hecho. Hemos racionado la comida, nos hemos organizado y tenemos una disciplina. No vamos por ahí matando guardias de seguridad.

—Oye, no he venido a...

—¿Qué quieres exactamente? —lo interrumpió Manuel Clos.

—¿Tienes un arma?

—¿Un arma? —se sorprendió Clos—. ¿Qué importa eso ahora?

—Siempre vas con tu arma reglamentaria. Dámela y me haré con el control de los dos pisos, el de arriba y el de abajo.

—Si la tuviera no te la daría —declaró Manuel Clos—. Además, ya llevas una. Sé ver debajo de una camisa.

—Estoy aquí para negociar contigo un arreglo, ¡maldita sea! Ahí arriba hay al menos un centenar de personas. No tenemos comida suficiente con lo que hemos encontrado en los restaurantes. Se han formado grupos con muy malas intenciones. Lo único que queremos es algo de comida. Si colaboramos tendréis acceso al Decathlon y a la parte de arriba de Carrefour. Hay ropa, utensilios, herramientas, de todo...

—Y mi oferta es que bajéis y que aceptéis mis normas.

—¿No entiendes que ya no eres tú el que manda? No eres el comisario Clos, dueño y señor del barrio. Eso se acabó. Se acabó la impunidad y el maltrato. ¿No lo entiendes? Y hasta que esto se arregle, si es que se arregla, lo único que tenemos es nuestro ingenio y nuestros medios. La gente está pasando hambre y tú te has apoderado de un supermercado lleno de comida.

Manuel Clos se levantó de la silla y se irguió frente a su hijo, desafiante, con la barbilla lanzada hacia delante, tal y como él lo conocía. Impertérrito, duro, inflexible.

—No tenemos nada más que hablar. Si queréis comida tendréis que aceptar mis condiciones. Ya lo sabes.

Ferran lo vio alejarse, cojeando pero sin perder el aire de dignidad que, a pesar de todo, seguía conservando.

El pánico había sorprendido a Bernat López varios días atrás, cuando Sardà, uno de sus clientes, lo invitó a tomar algo en la terraza del centro comercial. Era un viernes a primera hora, pero la aventura del último día había empezado mucho antes, en la mañana del jueves, cuando López entro en la joyería Díaz de Zaragoza. O sería más exacto decir cuando intentó entrar en la joyería Díaz de Zaragoza, pues un amplio cordón policial se lo impidió. Después de un tira y afloja con un agente que le cerraba el paso, acabó discutiendo con un inspector de paisano que lo despachó con cajas destempladas. Acababa de

tener lugar un atraco en la joyería con el resultado de una persona herida, y el inspector no estaba dispuesto a atender sus ruegos.

—Por favor. Es una venta importantísima para mí —le rogó López—. Son miles de euros. Sólo tengo que entrar un momento, me firmará el contrato y ya está.

—¿Está usted mal de la cabeza? No se puede entrar. Además, el dueño está en el hospital, herido de bala.

Para López la operación con la joyería Díaz era de una prioridad absoluta. Llevaba todo el mes sin vender ni un euro, lo acosaban los créditos, las hipotecas y la pensión a su ex esposa, en orden inverso. Pasándose algún que otro semáforo en rojo voló hasta el hospital y pidió ver al herido en el atraco, pero en la puerta de la habitación se encontró con otro policía de uniforme, tan adusto como los anteriores, y varios familiares aún más desagradables que no quisieron atender a sus razones. Se dejó caer en un asiento de la sala de espera valorando sus posibilidades, que iban desde el suicidio hasta irse a tomar una copa y esperar tiempos mejores.

Finalmente, sentado en la sala de espera del hospital, López decidió intentar un salto en el vacío. Tomó el móvil y telefoneó a Sardà, de Barcelona, con la esperanza de colocar todo el género que Díaz no iba a recibir.

Como el salvavidas lanzado a un naufrago, Sardà accedió a quedarse con una parte del material con la condición de hacer sólo un pago a cuenta, pero López, después de unos segundos de duda para fingir que se lo pensaba, aceptó de inmediato. Todo parecía arreglarse después de la tormenta.

Cuando enfilaba la entrada a Barcelona, López observó un tráfico menos denso que de costumbre, pero su cabeza iba a cien tratando de preparar una estrategia para convencer a su viejo conocido, Miquel Sardà. No lo encontró en su joyería principal, en la Diagonal de Barcelona, y de allí lo remitieron a la tienda recién abierta en el gran centro comercial de la salida sur de la ciudad, de modo que condujo hacia allá mientras observaba un sol rojizo y extraño y sentía una cierta opresión en el pecho.

Cuando llegó al aparcamiento subterráneo, sin ninguna explicación lógica, empezó a encontrarse mal, pero lo peor fue cuando Sardà lo invitó al café en la terraza. Primero había sido un sudor frío y una opresión en el pecho, luego un temblor incontrolable que lo había hecho huir al interior del centro comercial murmurando una excusa. No era hombre que se asustara fácilmente, así que lo había intentado varias veces volver a salir, pero después de tres tentativas infructuosas se había tenido que rendir a la evidencia: no podía salir

al exterior. Ni siquiera lo consoló el hecho de que había muchas otras personas en su situación. Atravesó todo el complejo comercial y en la salida que daba a la Gran Vía lo intentó de nuevo, pero fue como si se estrellara contra un muro, y tuvo que retroceder ante la mirada vacua de otras personas que contemplaban la calle como si estuvieran viendo un planeta desconocido.

—¿Qué pasa? —preguntó completamente desolado.

Una mujer se encogió de hombros y se echó a llorar, así que Bernat López, representante de joyería, pensó que lo mejor sería volver al aparcamiento e instalarse en su coche hasta que pasara todo aquello, fuera lo que fuera.

—Es Andrea —dijo Joan, el chico de la hamburguesería—. Trabaja en la tienda de marionetas.

—Se recuperará —anunció el doctor Roure—. Las constantes ya son normales.

—Deberíamos ir a ver si hay alguien más en el coche —dijo Manuel Clos. A su lado, Bernat López negó con la cabeza.

—Estaba sola.

—¿De dónde vendrá? —se preguntó Clos—. No puede ser de muy lejos; los coches no sirven como defensa contra el pánico.

—No ha podido tardar en llegar más de medio minuto o algo así —afirmó Roure—. De lo contrario le habría dado un infarto, eso suponiendo que hubiera decidido salir sabiendo que iba a tardar más de eso.

—Una chica valiente —afirmó Clos.

—Sí, y con suerte —apostilló López.

Me llamo Andrea. Tengo veintitrés años y estoy encerrada en un gran centro comercial desde hace veintidós días. Llegué aquí desde el edificio de apartamentos un kilómetro más al norte, a bordo de un Hummer. Antes de llegar aquí intenté salir al exterior dos veces, y me fue imposible. De hecho, la primera vez estuve a punto de morir. La primera semana en el edificio de apartamentos vi cómo la desesperación embargaba a todos los que nos habíamos quedado encerrados. Madres lejos de sus hijos, esposos separados de sus esposas, mujeres sin sus seres queridos. En esos primeros días

veíamos las noticias de la televisión, oíamos algunos coches circular por la autovía, vimos varios accidentes, incluso entraron algunas personas desesperadas a punto de sufrir un infarto. He visto algunos cadáveres y miradas perdidas, muchas miradas perdidas. A finales de semana se declaró un incendio en la planta 12, y eso es lo que me impulsó al acto suicida de huir en un coche. Estamos aislados del mundo. No se oyen circular coches, y desde las ventanas vemos algunos incendios. Desde que llegué sólo hay silencio. Lo peor de todo es que he perdido a Michael. Se quedó allí porque fue incapaz de salir a pesar de que el fuego estaba llegando hasta el sótano. Me siento culpable por no haberme quedado con él.

Andrea cerró el diario y se quedó pensativa. No tenía ni idea de quién iba a leer aquello, o de si realmente quería que alguien lo leyera, aunque fuera en un futuro incierto y lejano. Jamás había pensado en escribir un diario, pero le había parecido que tal vez era un modo de no volverse loca. Al fin y al cabo Ana Frank lo había hecho antes que ella.

El último piso del instituto, la cuarta planta, tenía grandes ventanales abiertos a los cuatro vientos, por lo que la luz del día entraba a raudales. Jaume y Sara se quedaron dentro del ascensor cuando éste abrió las puertas. La cafetería quedaba justo frente a ellos, pero ninguno de los dos se atrevió a cruzar el pasillo iluminado que tenían delante.

—¿Qué hacemos? —preguntó Sara.

—Sólo hay que cruzar el pasillo. Dentro de la cafetería estaremos a salvo.

La voz de Jaume sonó muy poco convincente. No obstante, el chico dio unos pasos y salió del ascensor. El pasillo era corto y estrecho, con ventanales a ambos lados y una gran puerta al frente que daba acceso a la cafetería. Naturalmente estaba solitaria, con las sillas colocadas sobre las mesas, los mostradores relucientes y los estantes vacíos.

Jaume estaba literalmente aterrorizado y no se atrevió a mirar a los lados. Al dar los primeros pasos notó una corriente de aire que venía de la derecha. Tal vez era una ventana abierta o un cristal roto, pero sintió cómo el sudor le resbalaba por las sienes. El corazón le latía tan de prisa que pensó que se iba a desmayar. Miró de reojo el cielo azul, el vacío exterior, y sintió un nudo en la garganta que casi le impedía respirar. Sus pies se negaban a avanzar y se reclinó contra la pared, tratando de recuperar el aliento.

—¿Qué pasa? —gritó Sara desde el ascensor.

Se había quedado quieta, bloqueando la puerta y tan asustada como Jaume. El chico cerró los ojos, se dejó caer al suelo y empezó a arrastrarse hacia la cafetería. Sobre las frías baldosas no sentía la corriente de aire. Consiguió respirar con regularidad, y sin abrir los ojos siguió arrastrándose hasta alcanzar la puerta acristalada y entrar en la oscura cafetería. Hizo un gesto de triunfo a Sara y luego la animó a seguirlo con un movimiento de cabeza, pero ella se negó, aterrorizada.

Sobre uno de los carritos de servir, Jaume amontonó todo lo que se le ocurrió para un desayuno colectivo. Tuvo la precaución de coger una gran perola para calentar agua, y con todo ello volvió trabajosamente al ascensor, arrastrándose a ciegas y empujando el carrito. Cuando estuvo dentro, Sara se

abrazó a él echándose a llorar.

—Hay mucho más, para varios días —anunció Jaume al llegar a la sala de profesores, donde se habían instalado.

También allí había un televisor, y todo lo que pudieron ver fueron series enlatadas y telediarios que parecían improvisados con informaciones deslavazadas y sin sentido.

—¿Qué dicen de erupciones? —preguntó alguien.

—No se aclaran. ¿Alguien ha conseguido hablar con su casa? —Nadie contestó.

Gerard y Sara se encargaron de distribuir el desayuno. Sólo Mireia se mantuvo lejos de todo. Se quedó sentada en el suelo, en un rincón de la sala, moviéndose adelante y atrás, como si estuviera rezando ante el Muro de las Lamentaciones. Cuando Sara intentó hablar con ella todo fue inútil, y la chica, sin levantar la vista del suelo, continuó con sus movimientos, absolutamente ensimismada.

—Está muy afectada —explicó Sara—. No quiere hablar con nadie.

La segunda noche se oyó llorar a alguien, aunque Gerard no supo determinar quién era. La mayoría seguía ocupando el despacho del director, pero los Baquer y Jaume se habían buscado su propio dormitorio en algún otro lugar.

A primera hora del lunes, como de mutuo acuerdo, se reunieron todos frente a la puerta del instituto. Seguía semicerrada, y haciendo un gran esfuerzo, Jaume se acercó hasta ella y la abrió de par en par. Fuera, la parada de autobús estaba desierta, y al fondo se recortaban los bloques de viviendas. Había coches aparcados, pero no se movía ni un alma. No había mujeres arrastrando los carritos de la compra, ni jubilados cabizbajos, ni grupos de niños encaminándose al colegio. Nadie se acercaba a la puerta del instituto, ni tampoco había aviones que surcaran el cielo hacia o desde el cercano aeropuerto.

—¿Qué está pasando? —musitó Charlie.

—Lo mismo que en todas partes —respondió Jaume—. La gente no puede salir a la calle. Así de sencillo.

—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó Sara.

—Eso ya lo has preguntado —respondió Gerard moviendo la cabeza en un gesto de reproche—. Podemos intentar salir. ¿Quién se atreve? A lo mejor ya ha pasado todo.

—¿Ah, sí? —terció uno de los Baquer—. ¿Y dónde está la gente

entonces?

—Acojonados, como nosotros —decidió Gerard.

—Yo lo haré —se ofreció Jaume.

Lo primero que hizo fue recoger su moto del suelo, pero no intentó subir a ella; sólo se limitó a apoyarla en la pared. Lo vieron acercarse a la salida. Un paso, otro y... luego una fuerza descomunal paralizó sus pies cuando ya estaba a punto de alcanzar la puerta. Desde atrás, todos pudieron ver el enorme esfuerzo que hizo para intentar salir a la calle, pero fue todo inútil. Mireia se colocó tras él, a cubierto de la amenaza exterior.

—Déjalo ya —le susurró.

—Volvamos dentro —sugirió Gerard—. Si os parece, vamos a hablar... y nos organizamos un poco.

La sala de profesores estaba presidida por una gran mesa rectangular, suficiente para que cupieran todos. Gerard echó un vistazo a sus compañeros y luego frunció el ceño.

—Me preocupa el bedel —dijo.

Se miraron unos a otros.

—¿Narcís? —preguntó alguien.

—Bueno. No es seguro que esté aquí —dijo uno de los Baquer—. Nadie lo ha visto.

—¿Y quién ha abierto las puertas, y las luces? ¿Y quién ha puesto el laboratorio en marcha? Hay que buscarlo. Lo que tenemos que decidir nos concierne a todos.

Lo encontraron en el sótano. Y el bedel, Narcís, había encontrado una gruesa cuerda utilizada por los obreros para elevar pesos con una polea. Y también había encontrado algo más: el modo de escapar de aquel encierro.

—Narcís, son las once, tengo que cerrar.

Narcís, bedel del Instituto de Bachillerato número 6 de Barcelona, contempló el vaso alargado, todavía con dos dedos de cubalibre, e hizo una mueca que pretendía ser una sonrisa. Era el único parroquiano del bar cuyo propietario ya había colocado las sillas sobre las rústicas mesas de madera y se movía entre ellas escoba en mano.

—Ponme otro. El último y me voy.

Se tomó el último cubalibre de un solo trago y luego dejó un billete sobre

el mostrador ya limpio y reluciente. El televisor seguía emitiendo imágenes en silencio sobre ciudades semidesiertas, y la máquina de café emitía un silbido al tiempo que dejaba escapar un hilo de vapor que se elevaba en el aire como las cenizas de un volcán.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó el dueño del bar.

—Sí. Muy bien. ¿Te debía algo, no? Cóbratelo.

—No hay prisa. ¿Mañana trabajas?

—Sí. Mañana trabajo. Buenas noches...

El ambiente era húmedo y frío, y Narcís se detuvo un instante junto a la farola más cercana. Encendió un cigarrillo y aspiró el humo con deleite, mirando al cielo, ligeramente nublado, intentando encontrar alguna estrella. La calle no estaba muy transitada, algo extraño para un viernes por la noche, pero se veían luces en las ventanas, allí donde las personas tenían una vida, donde las mujeres aguardaban a sus maridos o donde los bebedores como él tenían alguien que los esperara. Caminó despacio, tratando de mantener el equilibrio. Narcís siempre había dicho que era un profesional del alcohol. Por muy borracho que fuera siempre era capaz de mantener el equilibrio y la coherencia cuando hablaba. No era de esos individuos a los que no se les entiende nada o que van dando tumbos de un lado a otro de la calle. Tenía por norma que, si era incapaz de aguantarse derecho, se tumbaba. Nada de dar el espectáculo. Siempre había pensado que eso era suficiente para que su mujer lo aceptara. Narcís no era un hombre violento, ni siquiera cuando iba muy bebido, porque el alcohol era para él un modo de superar la depresión; el único modo que conocía. Claro que era lo bastante inteligente como para saber que todo era un engaño, que era el alcohol el que le producía la depresión, el culpable de que pasara horas y horas fuera de casa, lejos de Ana, el culpable de que no fueran una pareja, sino dos compañeros de piso que compartían gastos. Todo eso lo sabía, pero no acertaba a comprender por qué continuaba bebiendo, por qué no aceptaba la ayuda que su mujer, o sus amigos, le ofrecían. Y aquella mañana, cuando se habían despedido en la puerta para dirigirse a sus trabajos respectivos, ella lo había besado en la mejilla y le había dicho:

—Esta noche hablaremos.

Narcís llegó al portal de su casa cuando estaban a punto de dar las doce. Había hecho el camino despacio, procurando mantenerse erguido y andar en línea recta. Incluso había saludado a un vecino por el camino, aunque fue el vecino el que no le devolvió el saludo y desapareció con una expresión de

miedo en el rostro, como si le fuera a pasar algo.

Al volver del bar, siempre vivía el regreso a casa como una liberación. Le gustaba ver a Ana esperándolo en la entrada, aunque él siempre prefería entrar con su llave, «por su propio pie», como él mismo decía. Ella estaba como siempre, en el recibidor, pero había algo diferente. Llevaba puesto un vestido de calle y los zapatos que solía llevar en las grandes ocasiones. Y en el recibidor había una maleta, la roja, regalo de su madre. Narcís pensó que era una bonita maleta, grande aunque no demasiado, cómoda de llevar.

—Has bebido —dijo ella.

—Sí... bueno. Unos cubatas con los amigos... pero no pasa nada.

Intentó hacerle una caricia, pero ella se echó hacia atrás. Narcís creyó ver que lloraba, pero posiblemente, pensó, era su imaginación.

—Te dije esta mañana que teníamos que hablar.

—¿Sí? Lo siento, no me encuentro bien. ¿Te importa si hablamos mañana? —dijo, e intentó deslizarse hacia el dormitorio, pero Ana se interpuso, lo tomó del brazo y lo llevó al salón.

El televisor estaba apagado, las cortinas echadas y el ambiente demasiado cargado. Narcís se sentó en el sofá sin saber a ciencia cierta qué estaba pasando. Ana se sentó frente a él. Entonces se fijó en que estaba peinada y maquillada, como si fuera a una fiesta. Se quedó mirando sus ojos verde oscuro que a veces, como en aquel momento, le parecían negros en la penumbra del salón.

—Narcís. Me voy.

—¿Que te vas? Te vas. ¿Adónde?

—No importa adónde. Lo que importa es que me voy. Esto se ha terminado. Te dejo y no voy a volver. Hace demasiado tiempo que espero un milagro, y el milagro no se produce, ¿lo entiendes?

—Te vas. —Narcís parpadeó, incrédulo.

Por un momento deseó ardientemente un trago, pero no encontró la manera de decírselo. «Se iba a enfadar con él», pensó.

—De momento me voy a casa de mi madre. Me llevo sólo parte de mi ropa. Ya vendré a buscar el resto. Te he dejado dinero en el cajón de la mesilla, donde siempre, pero me llevo algo para estos días.

—Te vas —repitió Narcís—. Pero... así, sin más...

—¿Sin más? Ni siquiera puedo hablar contigo. Ni siquiera has podido mantenerte sobrio hoy para que habláramos. No puedo más. —Las lágrimas afloraron a sus ojos—. Se ha terminado, Narcís. Lo siento porque te quiero

mucho, pero hasta aquí hemos llegado.

—No... no lo hagas. Te prometo que cambiaré. Ha sido la última vez. ¡No podré vivir sin ti!

—Sí. Sí podrás —dijo ella poniéndose en pie—. Has podido todos estos años. Con el alcohol tienes suficiente para ir tirando, pero yo no. Lo siento. Lo siento mucho.

Y Narcís la vio coger su maleta, salir y cerrar la puerta tras ella. No tenía fuerzas para moverse del sofá, pero lo intentó. Consiguió levantarse y caminar hasta el mueble bar, pero no había nada que le sirviera de consuelo. Sólo encontró una cerveza en la nevera y la apuró de un trago. En un instante tuvo un pensamiento y corrió hasta el balcón del salón. Se asomó a la calle y la llamó, pero ya no pudo verla. La calle estaba solitaria, extrañamente solitaria, y el cielo permanecía encapotado, sin permitirle ver las estrellas. Sacó el teléfono móvil del bolsillo y la llamó, pero una voz femenina le advirtió que estaba apagado o fuera de cobertura.

Volvió al salón y se dejó caer en el sofá con la sensación de que el mundo se había acabado. «¡Qué voy a hacer!», se dijo. Se cogió la cara entre las manos y notó como el dolor le recorría el cuerpo, desde el cerebro hasta las puntas de los dedos, inundándolo todo. Mientras una voz interna le decía que todo había terminado.

Se asomó de nuevo al balcón, decidido a acabar con aquel dolor que lo traspasaba, adueñándose de él como si fuera una segunda personalidad, una personalidad que rápidamente se convertía en la primera y única. Se encaramó en la barandilla, como el trapecista dispuesto a dar el salto de su vida, y entonces recordó algo: «Los chicos. Los chicos necesitan que abra y ponga en marcha el laboratorio.» Bajó del balcón, tomó las llaves del cajón de la entrada y salió a la calle dispuesto a coger un taxi que lo llevara al instituto.

El sótano tenía una parte del suelo levantado, y allí, con picos y palas, pudieron cavar una fosa lo bastante grande para acoger el cuerpo del bedel. Una vez más habían tenido que recurrir a Jaume para el desagradable trabajo de descolgar el cadáver. Los Baquer lo habían ayudado, y por primera vez parecía que los dos gemelos estaban afectados por algo. Nadie tenía ni idea de qué hacer en un funeral, por lo que se limitaron a permanecer cabizbajos, y fue Gerard el encargado de exponer lo que era evidente para todos, que no sabían

nada de Narcís y que entendían que hubiera tomado ese camino para salir de aquella situación. Por las mejillas de los muchachos rodaron algunas lágrimas, aunque nadie podía estar seguro de si eran por el fallecido o si lloraban por ellos mismos.

—Yo creo que podemos abrir boquetes en los muros y pasar a los edificios de al lado —propuso Jaume—. Este barrio lo construyeron muy rápidamente, con paneles prefabricados y paredes delgadas. En algún momento podemos tropezar con hormigón, pero mientras no ocurra eso podemos pasar de un edificio a otro.

—¿Y para qué? —preguntó Charlie.

Se habían reunido en la sala de profesores y alguien había traído café de las máquinas expendedoras.

—No seas tonto, Charlie —lo regañó Gerard—. Comida, agua, linternas, mantas. Todo lo que podamos conseguir.

—Sobre todo comida —apuntó Jaume—. Tenemos un taladro industrial, pero no sé si será suficiente.

—Tenemos nitrocelulosa —señaló Pep.

Todo el mundo se volvió para mirarlo, pero Pep aguantó las miradas elevando las cejas como si hubiera dicho algo obvio.

—¿Qué dices! —exclamó Charlie.

—Yo preferiría no volar paredes si lo podemos evitar —dijo Gerard.

—Yo no estoy seguro de poderlo evitar —añadió Jaume—. Un taladro hace un agujero, pero un boquete para pasar una persona nos puede llevar una semana, con suerte, si no se rompe antes.

—Bien —concedió Gerard—. Lo que haga falta.

—Entonces, ¿volamos una pared? —se entusiasmó Pep.

—¿Podemos fabricar ese explosivo? —preguntó Charlie.

—Tenemos un laboratorio de química a nuestra disposición —dijo Pep—. Y manuales. Entre todos sabemos suficiente química, ¿no? Estamos aquí porque teníamos que hacer una práctica. Pues la hacemos.

Finalmente, el sentido común había decidido que sólo Pep, Jaume y Mireia se encargaran de trabajar en el laboratorio. Mireia como estudiante más destacada, Pep como promotor de la idea y con conocimientos suficientes y Jaume por su gran capacidad y su versatilidad para todo. De un modo natural,

Pep se encargó de dirigir la maniobra con el manual en la mano mientras los otros dos seguían escrupulosamente sus instrucciones.

—Ni un gramo ni un centímetro más de lo que digo —les exigió Pep—, ¿vale?

—Vale —asintieron al unísono sus dos ayudantes.

—Primero hay que mezclar el ácido nítrico y el sulfúrico. Atentos a las instrucciones.

Lo que en un principio ya les había parecido difícil, se convirtió en algo extraordinariamente difícil. Cuando quisieron darse cuenta habían transcurrido más de tres horas hasta que consiguieron dar con la mezcla satisfactoria.

—¿Estás seguro de que lo hemos hecho bien? —preguntó Jaume observando el gran recipiente lleno de un líquido marrón—. Está muy caliente.

—Por supuesto —asintió Pep con escasa convicción—. Ahora hay que dejarlo enfriar.

Fuera del laboratorio, el resto del grupo permanecía ocioso. Gerard, sentado frente a una incongruente pecera sin peces, no acababa de comprender cuál era la situación, y eso lo ponía nervioso. Acostumbrado a tomar decisiones, a veces demasiado responsables para su edad, se sentía incómodo sin saber exactamente qué debía hacer. Pensó en su padre, hacia el cual tenía sentimientos ambivalentes, y trató de imaginar qué haría o qué estaría haciendo en sus circunstancias.

—¿Sabéis lo que pienso? —dijo en voz alta dirigiéndose a Gabi y a Sara, que estaban sentados a su lado—. Que esto nos mantiene ocupados y con algo que hacer aunque no sirva para nada.

Pero el caso es que un par de horas después la puerta del laboratorio se abrió y Mireia apareció con la expresión del científico de la NASA que ha colocado un artefacto en Marte.

—Ya está, lo tenemos.

—Material para volar media ciudad —añadió Pep a su espalda.

—Pues ahora el siguiente paso —dijo Gerard poniéndose en pie.

Inclinados sobre la mesa, Gerard, Jaume y Gabi podían pasar por la versión adolescente de unos generales planeando la próxima operación. Mapas del barrio y planos del instituto para la labor de abrirse un camino fuera del edificio.

—A la derecha del insti, ahí —señaló Jaume—, está la tienda de muebles.

—Es enorme —observó Gerard—, como un almacén.

—Excelente. Un campamento con camas, sillones, sillas, mesas... ¿Y al otro lado?

—La calle. Estamos en una esquina. Y por la parte de atrás tampoco hay nada.

—En un almacén de muebles no habrá mucha comida, ¿no? —apuntó Gabi.

—No, pero al otro lado del almacén empiezan los bloques de viviendas, y os aseguro que su construcción es bastante mala. —Jaume hizo esa afirmación con tal seguridad que Gerard lo miró frunciendo el ceño, y le hizo la pregunta que nunca antes se había atrevido a hacer.

—Oye, ¿tú de dónde sales? ¿Cómo hostias sabes tantas cosas?

—Soy un autodidacta —respondió Jaume, y añadió—: ¿Tú sabes lo que es un autodidacta, Pep?

—Claro —rió el aludido—. Es uno que se dicta él solo.

—Y aquí estamos, riéndonos —reprochó Gerard—, y acabamos de enterrar a un compañero...

—Y no sabemos qué será de nosotros mañana —añadió Mireia.

En el lugar elegido habían establecido un cordón delimitando una zona de cinco o seis metros de radio. Era una de las aulas, sin ventanas, con la pared lindante con el gran almacén de muebles, y lo primero había sido despejarla de estanterías repletas de libros. Todo el mundo se había puesto a la labor, y un par de chicos se habían encargado de traer el taladro y prepararlo para horadar la pared. Gerard, en un momento de descanso, volvió a pensar en su hermana pequeña, y en algo tan «nimio» como cuál sería el siguiente paso después de que aquella aventura, la de pasar al otro lado, hubiera llegado a buen fin. «¿Qué vamos a hacer?», se preguntó. La comida conseguida en el bar y en las máquinas expendedoras no podía durar demasiado, y más entre jóvenes con una capacidad de consumo desorbitada.

—Cuando quieras —dijo uno de los Baquer empuñando el taladro.

—Bien —asintió Gerard—. Apóyalo ahí, en la señal que hemos hecho. Y cuidado, lo he visto funcionar y tiene una fuerza del copón.

—Yo también —presumió Baquer.

Nada más apretar el encendido la pesada máquina resbaló en la pared y con una fuerza brutal lanzó a Baquer contra ella. El taladro salió disparado

por el suelo, por suerte apagándose automáticamente, y Baquer quedó tendido en el suelo sacudiendo la cabeza, noqueado por el golpe.

Cuando consiguieron reanimarlo, se oyó la voz de Charlie:

—Baquer, ¿no sois dos para todo? Pues hacedlo entre los dos, joder.

Curiosamente, los Baquer hicieron caso al punky. Con un hematoma en un lado de la frente, Baquer volvió a tomar el taladro, esta vez ayudado por su hermano, y entre los dos consiguieron que empezara a perforar.

En el reloj de Gerard eran las once de la noche cuando las cuatro perforaciones estuvieron listas. Luego, con mucho cuidado, colocaron los cuatro cartuchos preparados en el laboratorio: trozos de tubería de cobre rellenos del preparado de nitrocelulosa, con tapas soldadas y un larga mecha. Nadie tenía ni idea de cuál sería el efecto real del explosivo, pero todos confiaban en que, en el mejor de los casos, la explosión abriera un agujero suficiente para sentirse algo menos encerrados.

—Bien. Ahí vamos —dijo Jaume prendiendo la mecha.

Sólo él y Gerard se habían quedado en la misma sala, parapetados detrás de los sólidos muebles donde se guardaba el material escolar. El resto del grupo se había quedado lejos, al otro lado del pasillo, con orden expresa de no moverse de allí hasta que todo hubiera pasado. El siseo de la mecha ardiendo se oyó durante unos segundos, luego el silencio, y después el cataclismo más grande que aquel instituto había presenciado.

Sentada frente al ordenador, Andrea repasó una vez más la lista de mercancías. Lo más importante eran los alimentos, desde luego, pero también era necesario saber si contaban con productos de limpieza, con medicamentos o paliativos y con agua, especialmente agua. No era nada fácil distribuir todo aquello, distribuirlo teóricamente, claro, porque ése había sido el encargo. «¿Cuánto tiempo podemos aguantar en estas condiciones?», había preguntado. Alguien, con una pizca de sentido del humor, la había nombrado ministro de economía, pero a ella no le había hecho ninguna gracia.

—¿Cuántos somos? —preguntó Alicia.

—Somos ciento doce —respondió Andrea—. Y tenemos toneladas de alimentos. Sobre todo enlatados y embotellados, pero no tengo ni idea de si las cámaras frigoríficas funcionarán mucho tiempo más. Si se apagan, tendremos un grave problema con los alimentos descompuestos.

—Deberíamos empezar por consumir lo que está congelado —sugirió Joan—. Por si fallan y se pudre.

—Los de las hamburgueserías entendéis de comida podrida, ¿no? —sonrió Andrea.

El chico se encogió de hombros y luego se quedó frente al cuadro que adornaba la pared de la oficina del Carrefour. La pintura mostraba una oscura batalla naval, galeones con las velas desplegadas y filas de cañones humeantes, el mar agitado y las banderas tremolando al viento.

—Sólo hay un niño, una niña —precisó Andrea—. La hija de los Casas, Aitana.

—¿Están sus padres? —preguntó Alicia.

—Sólo la madre. Ahí viene Clos.

La pequeña estancia estaba en un rincón con dos accesos, uno desde dentro del almacén y otro, junto a la puerta de los lavabos, accesible desde el hipermercado. Con el viejo policía venían el doctor Roure y Olga, gerente de uno de los grandes hoteles de la zona a la que una visita previsiblemente rápida a la peluquería del centro comercial había convertido en inquilina permanente.

—Ciento doce personas, contando a una niña —anunció Alicia a los recién llegados.

—Yo me voy —dijo Joan.

—No es necesario —señaló Clos—. Esto no es un comité secreto.

—De todos modos es aburrido —añadió Joan, ya desde fuera de la oficina.

El muchacho salió al largo pasillo central del Carrefour e inspiró profundamente el aire con un olor cada vez más penetrante, indefinido, pero que no presagiaba nada bueno. Al fondo, sentados en el suelo, junto a las rampas de acceso al piso superior, había un grupo de personas. Del grupo salió Aitana, la niña de los Casas. Tenía apenas diez años y había hecho una buena amistad con Joan, que había cumplido recientemente dieciocho. A la niña le encantaban los juegos de manos de Joan, las caras que era capaz de poner, «como si fuera un payaso», decía ella. Y las onomatopeyas. «¿Qué son onomatopeyas?», le había preguntado ella. Joan se había liado tanto explicándoselo que al final la niña había optado por dejarlo correr.

—¿Quieres que te enseñe algo? —le preguntó Joan. La niña asintió con la cabeza—. Eres poco habladora, ¿verdad? —La niña volvió a asentir.

Joan le indicó que lo siguiera con un gesto del dedo y subieron al piso

superior, hasta la tienda de electrónica. Al margen de algunos fluorescentes fundidos, las luces seguían funcionando. Cinco o seis televisores estaban encendidos emitiendo una especie de nieve silenciosa con fondo blanco. La niña se quedó un rato contemplando uno de ellos mientras Joan se acercaba al lugar presidido por un cartel que rezaba: MÚSICA. De un pedestal situado en un rincón, tomó una guitarra eléctrica cuajada de estrellas brillantes con un precioso fondo azul.

—¿Habías visto una guitarra más bonita? —dijo.

—Mi hermano tiene una. Se llama Gerard.

—¿Ah, sí? ¿Y dónde está? —preguntó y se arrepintió al momento.

—Está ahí enfrente. —La niña señaló hacia la calle—. En su instituto. Tenía una... una cosa... y está allí..., pero esta guitarra es más bonita. ¿Sabes tocar?

Joan se colgó la guitarra, se aseguró que estaba enchufada al amplificador y luego, con uno de sus gestos mágicos, metió la mano en el bolsillo del vaquero y sacó una pequeña púa triangular que mostró a la niña. La pequeña, impresionada, se sentó en el suelo frente al improvisado guitarrista y lo observó con los ojos muy abiertos mientras Joan arremetía con los primeros acordes. Por un momento, el enorme centro comercial se convirtió en algo vivo y los acordes rockeros llenaron el ambiente despertando todos los rincones del refugio, poniendo color en la negrura y luz en la oscuridad.

—Se han formado varios grupos arriba —anunció Manuel Clos—. Lamento decirles que la cosa no pinta muy bien.

—¿Y eso? —preguntó Olga, la directora de hotel convertida en una de las dirigentes del naufragio—. ¿Qué le hace pensar así?

—Uno de esos grupos ha saqueado el Decathlon, entre otras cosas, y eso quiere decir que tienen... armas, o instrumentos que pueden usar como armas. Están los fusiles de pesca submarina, cuchillos de caza y cosas sí. Bueno, aquí abajo también hay armas... blancas, quiero decir cuchillos, principalmente de cocina.

—Pero ¿qué quiere decir con eso? —inquirió Olga—. No somos salvajes, no nos vamos a pelear a cuchilladas unos contra otros.

—¿Pondría usted la mano en el fuego? —preguntó Manuel Clos con

frialdad—. Estamos encerrados. No podemos salir al exterior y necesitamos comida, todos necesitamos comida para sobrevivir, y nosotros la tenemos.

—¿Y quiere decir que tenemos que comportarnos como una manada de lobos? —lo interpeló Andrea.

—Si quiere decirlo así... —concedió Clos.

—Eso es... —empezó a protestar Olga—. Y usted es el macho alfa, ¿no? ¿Es por eso que su hijo se ha ido con los de arriba?

Andrea iba a decir algo cuando un sonido insólito los paralizó a todos.

Alicia, fuera de la oficina, con los brazos cruzados y una sonrisa en la boca, se volvió hacia ellos.

—Es Joan. Toca la guitarra para su público infantil.

—Bien. —sonrió Andrea—. Está bien que alguien tenga humor para eso. Decía que estamos en el mejor sitio, pero eso, tarde o temprano, lo comprenderán los que están fuera.

—Si dejamos que entre toda esa chusma esto será un caos —expuso Olga—. Por el momento nos hemos quedado los más razonables. La prueba es que estamos aquí. Y eso ha hecho que nos organicemos pacíficamente. No podemos dejar que se nos metan aquí y...

—Son personas como nosotros —apuntó Andrea—. ¿Usted que opina señor Clos?

—Opino que si alguien ha de entrar aquí, con nosotros, ha de ser aceptando nuestras normas. Orden, colaboración, distribución de funciones, racionalización de todo lo que hagamos... y nada de armas. Mientras tanto deberíamos ir pensando en fortificar todo esto, cerrar accesos y controlar quien entra y...

De pronto un chasquido cortó en seco la frase de Clos, las luces se apagaron un instante para volver a encenderse después, pero algo, un zumbido casi inaudible por lo familiar, dejó de oírse. La pantalla del único ordenador de la oficina se había quedado en negro y el aire más o menos frío había dejado de salir por el respiradero.

—Otra vez. Era de esperar —dijo Clos.

—La maldita guitarra eléctrica —murmuró Olga.

—Eso u otra cosa, era de esperar —recalcó Andrea.

—Tal vez sólo sea un fusible, como siempre —aventuró Clos—. Habrá que ir a verlo. Las cámaras frigoríficas se paran cada vez, y eso es un mal asunto.

Joan casi ni se atrevió a mirar a Andrea cuando ésta requirió su ayuda.

—No creí que pudiera pasar nada...

—No te preocupes. Probablemente la guitarra no tenga nada que ver. ¿Te has fijado? — Señaló hacia una de las esquinas del pasillo que llevaba hacia el cuarto de fusibles.

Avanzaban en plena oscuridad, sólo atenuada por el resplandor que llegaba desde el hipermercado.

—¿Qué? ¿La humedad?

—Sí. —asintió ella—. Quizá se esté filtrando agua desde arriba. Eso jodería la instalación, ¿no?

—Claro —asintió el chico.

Llegaron hasta la pequeña habitación de los contadores y Andrea detuvo al muchacho poniéndole una mano sobre el hombro.

—Espera —dijo.

Del cuarto surgían destellos, y el suelo, anegado de agua, reflejaba los chispazos creando una atmósfera irreal, como si estuvieran en un escenario deslumbrados por los flashes de los fotógrafos.

—Ahí no podemos ni acercarnos —advirtió Joan—. Si tocamos el agua nos quedaremos tiesos y... ¡mira eso!

Iluminados a rachas, Andrea vio algunos bultos oscuros que flotaban sobre un palmo de agua.

—¡Ratas! —exclamó.

—Ahí hay un desagüe. —Señaló el chico—. Y el suelo está inclinado. Debería tragar toda esa agua y...

No había terminado la frase cuando una súbita explosión los lanzó a los dos contra la pared opuesta. El panel eléctrico empezó a arder entre chispas y alrededor de ellos se hizo la oscuridad total.

Richard prendió el encendedor, acercó la llama hasta el cigarrillo y aspiró el humo con deleite. Alguien había encendido un farol de butano en la puerta del Decathlon, y en otros puntos se veían moverse las luces de las linternas.

—Se acabó la luz eléctrica —dijo Ferran señalando las luces—. Y es una estupidez encender las linternas sin necesidad.

—Lo que es una estupidez es sobrevivir a base de patatas chips y café de

máquina, ¿no te parece?

—Propón algo mejor.

—Bajar al Carrefour y apoderarnos de él.

—No es tan fácil.

—Me dijiste que tu padre entraría en razón.

—Es posible, pero no se dejará doblegar fácilmente.

—Y no serás tú quien lo obligue, ¿verdad?

Richard tiró el cigarrillo al suelo, lo pisó y luego se alejó hacia el despacho de seguridad donde había establecido su base, acompañado siempre por los dos muchachos. Con un gesto de rabia, Ferran se puso en pie y salió del restaurante.

La noche y el apagón habían convertido el primer piso del complejo comercial en algo casi fantasmagórico. En algún lugar sonaba la «música de cañerías», y alrededor de un farol de gas butano varias personas disfrutaban de una opípara cena consistente en barritas de cereales, bolsas de caramelos y recipientes diversos llenos de agua. Con cuidado, Ferran avanzó por el pasillo desierto acercándose a la rampa que llevaba al piso inferior. Un poco más allá, el corredor a oscuras llegaba hasta la entrada del hipermercado. A todo lo largo habían acumulado bidones y grandes y pesados electrodomésticos, amontonados unos sobre otros. Al principio no sabía qué significado podía tener, pero empezaba a pensar que su padre sabía como organizarse y que estaba dispuesto a levantar un muro. No pasaría mucho tiempo antes de que estuviera completamente fortificado.

Del bolsillo del pantalón sacó la pequeña linterna, la única concesión que se había permitido en el Decathlon. Iba a darse la vuelta cuando observó que algo se movía al fondo, cerca de la escalera que llevaba al aparcamiento, y la linterna iluminó a una chica. Era joven, desde luego, y bonita, aunque estaba demasiado lejos para apreciar ningún detalle. Se acercó despacio y pudo ver que, efectivamente, era una chica muy bonita, delgada, con grandes ojos oscuros y el pelo muy corto y liso. La recorrió con la linterna de arriba abajo, y entonces, de pronto, ella encendió una mucho más potente que hizo que Ferran tuviera que protegerse los ojos.

—Vale, me rindo —dijo apagando su linterna—. No era mi intención molestarla.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Ferran. Vivo aquí —respondió con un toque de cinismo.

—Eso no me extraña. ¿Es de los de arriba?

—Bueno... si lo quiere decir así... ¿Usted es de los privilegiados?

—¿Privilegiados?

—Sí. Los que tiene comida para todo el día y se la niegan a los demás.

—Yo no le niego nada. Sólo tiene que venir y obedecer las reglas.

—Obedecer las reglas, sí. Ya sé. ¿Le importaría apagar eso?

Cuando la luz se apagó, Ferran tardó un rato en acostumbrarse a la oscuridad, aunque no había gran cosa que ver. Sólo algunas luces aquí y allá, improvisados hogares con lámparas de camping, linternas, velas o cualquier otra cosa que mostraba a una humanidad que había retrocedido a una era anterior.

—¿Hace usted de centinela? —preguntó Ferran.

—¿Centinela? Sí, algo así. Me llamo Andrea —se presentó la muchacha.

Se había acercado unos pasos, pero era obvio que desconfiaba. Llevaba un pantalón vaquero ajustado, zapatillas de deporte y una sudadera no demasiado elegante, pero el conjunto, a juicio de Ferran, no era del todo desagradable.

—La invitaría a cenar, pero dadas las circunstancias... Veo que su ropa es nueva. ¿Ha ido de compras?

—Usted me recuerda a... alguien que conozco —dijo ella.

—Sí —asintió Ferran—, mi padre y yo nos parecemos.

—Clos —remarcó ella.

—Chica lista. Así que ya nos conocemos. Lo que quiere decir que debe de tener muy mal concepto de mí. Por cierto, ¿no han conseguido arreglar el cortocircuito? Otras veces sí lo han hecho.

—Se ha quemado la instalación —lo puso al corriente ella.

—Ya. Entiendo. —Ferran guardó silencio un instante, no sin percatarse de que la muchacha, Andrea, no había salido huyendo—. ¿No llevará usted encima algo de comer?

—¿Es usted ahora el que pide que lo invite a cenar?

—Algo así.

—Venga conmigo. Estoy segura de que su padre estará encantado de recibirlo.

—No, gracias. Yo no estoy tan seguro. ¿No le ha hablado de mí?

—No. Sólo sé que usted optó por quedarse arriba.

—Arriba. Sí. Bien. Es un modo de verlo.

—Lo siento —dijo ella tras un instante de silencio.

La joven desapareció tan misteriosamente como había aparecido, y

Ferran dudó un instante antes de avanzar por el estrecho pasillo entre dos tiendas. No estaba seguro de qué debía hacer, pero se decidió a llegar a un pequeño rellano sumido en total oscuridad. Encendió de nuevo la linterna, reconoció a su derecha la oficina de correos y luego enfocó la escalera que bajaba al aparcamiento. Tal vez era por allí por donde la muchacha había desaparecido, y si era así, probablemente era un modo alternativo de llegar hasta el hipermercado.

Descendió lentamente las escaleras, en absoluto silencio, y llegó hasta la expendedora de tickets del aparcamiento. Alguien la había despanzurrado, seguramente cuando todavía confiaba en salir del encierro. La oscuridad era todavía mayor.

—¿Andrea? —llamó en voz alta, pero sólo un ligero eco le respondió.

El haz de su pequeña linterna apenas si iluminaba unos metros por delante. Había unos cuantos vehículos aparcados. Instintivamente se dirigió al primero de ellos, un utilitario oscuro, e intentó sin suerte abrir el maletero. Intentó orientarse utilizando la lógica. Si a su derecha estaba la escalera, las rampas de acceso debían de estar un poco más adelante. Se dirigía hacia allí cuando la linterna empezó a parpadear. Soltó una imprecación y la apagó. Le podía hacer falta en otro momento. Permaneció unos minutos en el centro del aparcamiento hasta acostumbrarse a la oscuridad. Entonces vio un pequeño resplandor a lo lejos, a su izquierda, y otro muy tenue más cerca, apenas a unos pasos. El más cercano se trataba del cuadro de mandos de un coche, un Picasso. Alguien lo había dejado con las llaves puestas y las luces del salpicadero encendidas. Pudo abrir el maletero. Habían hecho la compra de la semana y se había quedado allí, esperando a una persona que nunca más había regresado.

—¡Por todos los diablos! —exclamó, y al momento alguien se levantó de un salto en el interior del Picasso.

—¡Qué está haciendo! ¿Quién es usted? —gritó una voz asustada.

—Tranquilo. Perdona, pensé que el coche estaba abandonado. No le voy a hacer ningún daño.

—Eso espero, por su bien —dijo el hombre intentando parecer agresivo.

Ferran se fijó en que llevaba en la mano un pequeño destornillador a modo de arma. Por un momento se sintió tentado de mostrarle el revólver simulado, pero finalmente sonrió y señaló el destornillador.

—¿Eso se come? Porque le advierto que no he probado bocado en todo el día. Me llamo Ferran —dijo, y le tendió la mano.

—Bernat López, representante —dijo éste sin soltar el destornillador.

—¿De ferretería? —sonrió Ferran.

—No, de... —Bernat soltó una risita—. Perdona. Así que no has cenado, ¿no?

Le hizo una seña con el dedo y Ferran pudo comprobar que nada mejor que una buena cena a base de embutidos, cerveza algo caliente y hasta café soluble en frío que Bernat preparó en un botellín de agua mineral.

—¿Desde cuándo estás aquí? —preguntó Ferran.

Ambos se había sentado en el suelo, apoyados en el coche y en total oscuridad.

—No lo sé. He perdido la cuenta. Unos veinte días tal vez. Vine con un muestrario y...

—Te quedaste.

—Me quedé —asintió Bernat—. Bueno, eso fue después. Primero busqué a Sardà...

—¿Sardà? ¿El joyero?

—Sí. ¡Ah!, no te lo había dicho, soy representante de joyería. ¿No te apetece atracarme? No sería la primera vez.

—¿Sabes si hay alguien más por aquí? —preguntó Ferran.

—No creo. Bajaron después del accidente y luego volvieron arriba, al hiper.

—¿Qué accidente?

Bernat le hizo un resumen de la violenta llegada del Hummer y de la chica que lo conducía.

—El médico dice que es un milagro que la chica sobreviviera a las dos cosas. Al exterior y al choque. Los hay con suerte.

—¿Suerte? ¿Tú crees que es tener suerte estar enterrado en vida en un sótano? ¿Y quién es esa chica con tanta suerte?

Hoy se ha cumplido un mes de mi encierro. Creo. Aunque no sé si llamarlo encierro o definirlo como mi nueva vida. En estos últimos días he pensado muchas veces en la gente encerrada en la cárcel. Todos los días pasaba por delante de la Modelo con el autobús y algunas veces me preguntaba lo que debía ser estar encerrada allí, sin más futuro que cuatro paredes y una vida sin aire libre, sin ver prácticamente el sol. De hecho, ahora es una

bendición no ver el sol, porque sólo pensarlo me pone enferma. Realmente es una nueva vida. El doctor Roure dice que tal vez esto sea pasajero, que tiene todo el aspecto de ser algo psicossomático, aunque no sé muy bien qué es eso o en qué me beneficia. Abro los ojos y agradezco que reine la oscuridad. Nada eléctrico funciona, salvo lo que va con pilas, de las que tenemos una buena reserva, pero no sabemos cuánto tiempo vamos a estar así. Hemos establecido contacto con otros grupos en el piso de arriba, y uno de ellos nos ha traído linternas muy potentes para cambiarlas por comida, pero no estoy segura que eso sea justo. ¿Por qué nosotros tenemos comida y ellos no? El señor Clos ha negociado con un grupo para que vengan a buscar alimentos, pero sigue siendo reacio a que entren dentro de nuestro fortín porque no se fía de ellos, ni siquiera de su hijo. ¿Qué está pasando? Parece un buen hombre y echa mucho de menos a su esposa.

Detrás de uno de los sofás más voluminosos, Pep se dispuso a unir los dos cables que provocarían la explosión. Sonrió un momento, pero inmediatamente borró la sonrisa de sus labios cuando Jaume le lanzó una de sus miradas.

—¿Quieres hacer el favor de dejar de sonreír y hacerlo de una vez?

Pep unió los cables, pero no sucedió nada. Volvió a hacerlo y el resultado fue el mismo. Unos metros por delante de él, la pared que los separaba del edificio contiguo aparecía horadada con seis agujeros regulares en forma de círculo. Habían acordado utilizar los cartuchos algo menos poderosos y colocar más cantidad para conseguir que el boquete fuera más regular y el resultado menos destructivo.

—¿Qué pasa? —gritó Gerard desde la segunda fila, unos metros por detrás de ellos.

Ni Jaume ni Pep respondieron, ocupados en desentrañar el misterio. Discutieron un rato sobre polaridad, alternancia y cebadores, y finalmente decidieron unos cambios de mutuo acuerdo.

—No os mováis del sitio —gritó Jaume. Luego asintió y Pep volvió a juntar los cables.

Esta vez el resultado fue el esperado, y una fuerte explosión voló toda una sección de pared. Pep no pudo reprimir una expresión de júbilo. La deflagración había destruido por completo un trozo de la pared del almacén sembrando de escombros un gran espacio alrededor, aunque en la pared contigua, la que correspondía al edificio colindante, sólo se había abierto un boquete apenas suficiente para el paso de una persona. Pep se acercó hasta allí apartando el polvo y el humo con la mano, asomó la cabeza y exclamó:

—¡Oh, oh!

Todo el grupo se había acercado y uno a uno fueron observando el resultado.

—Eso es una sala de estar —dijo Sara.

Armado de un pico, uno de los Baquer acabó de ampliar el boquete, y por el se deslizó la chica al interior de lo que, efectivamente, era una sala de estar parcialmente destruida por la explosión. Un montón de cascotes había hundido una mesita de café y un sillón, y la pantalla del televisor aparecía rajada y

llena de polvo. De las paredes habían desaparecido los cuadros, y una cortina ardía contribuyendo a llenar de humo la estancia.

—Esto es un destrozo —se lamentó Jaume una vez dentro—. Os dije que estas cosas nos pasarían.

—El caso es que ya estamos aquí —dijo Gerard—, pero habrá que tener en cuenta que esto es lo que ocurre. Por suerte no había nadie.

—Sí. No había nadie —confirmó uno de los Baquer—. ¿Qué iban a hacer aquí? ¿Ver la televisión?

—Bien. Ya está hecho —convino Gerard—. Ahora deberíamos formar un grupo de exploración, trazar un plan y movernos por aquí, pero con calma y sin prisas. ¿De acuerdo?

Sobre la mesilla de noche, la cara sonriente de su hijo Ferran parecía contemplarla lanzándole un mensaje de esperanza. La foto era de años atrás, cuando solían ir a la playa los domingos por la mañana, muy temprano, para poder estar en casa antes de que el «páter familias» volviera del trabajo. La foto la había tomado su marido murmurando algo acerca de la tontería de sacar fotos de uno mismo. Mercè se veía muy cambiada en aquellos dos años. O mejor dicho, en aquellas dos semanas. El pelo, encanecido, la hacía parecer mucho más vieja; las arrugas alrededor de los ojos y en las comisuras de los labios se habían hecho más pronunciadas, y toda ella tenía el aspecto de dejadez que había observado en otros vecinos en su misma situación. El mismo aspecto descuidado, la misma mirada huidiza, el mismo recelo. Finalmente, el pánico la había llevado a mantener las persianas echadas durante todo el día. Se sentía enferma sólo de ver el exterior a través de las rendijas, y otras veces, en cambio, se quedaba durante horas mirando la calle vacía y las hojas mecidas por el viento.

Una vez más revisó los cajones de la cocina, los armarios y el fondo de las bolsas de ir a la compra, pero parecía que ya nada podría sacar de ellos. Al menos todavía salía agua de los grifos. Iba a abrir uno cuando notó un temblor en todo el edificio, como una explosión.

—¿Ha empezado una guerra? —dijo en voz alta dirigiéndose a la foto de Ferran.

Luego se sentó a la mesa y comió un trozo de melocotón en conserva de su última lata. Después se quedó tan abstraída que le costó oír los golpes en la

puerta y la voz que la llamaba: «¡Mercè!» Cuando abrió se encontró con la cara de su vecina Maria, en todo semejante a ella misma, con aire derrotado, el cabello blanco mal peinado, los ojos con profundas ojeras y la ropa sin planchar llena de manchas.

—Hola, Maria, pase —dijo casi sin mirarla.

La mujer entró y cerró despacio la puerta tras ella. Se sentó a la mesa, mirando fijamente la lata de melocotón abierta hasta que Mercè le dijo: «*En vol una mica?*»

—*Què sap del seu fill?* —preguntó Maria después de engullir un discreto trozo de fruta.

—Nada. No contesta al móvil. También he llamado a su trabajo, a ver si saben algo, pero nada. Nadie contesta... no sé adónde ir —dijo Mercè con aire de desolación—. No me queda nada... sólo esto.

—Yo sí sé adónde —dijo Maria, súbitamente animada—. Podemos ir a casa de l'Esteve. *Té la seva botiga, no?*

—Maria. El colmado de l'Esteve está al otro lado de la calle.

—Toda la vida hemos comprado en su tienda —murmuró Maria, desolada.

—Sí, toda la vida.

—¿Y de su marido, tampoco sabe nada?

—Nada. —respondió Mercè.

—¿Quiere venir a mi casa? Al menos no estaremos solas.

—No gracias, Maria —dijo Mercè—. Quiero quedarme en mi casa. No me moveré de mi casa.

De nuevo sola, Mercè se sentó a la mesa de la cocina y contempló todas sus reservas: el bote de melocotón a medias, un paquete de galletas con sólo unas migas y un par de tomates todavía comestibles. Y eso era todo. Se levantó de la silla y se acercó hasta la ventana de la galería. Le costó un enorme esfuerzo mirar al exterior. Suspiró profundamente y se quedó mirando a un perro escuálido olisqueando entre los hierbajos. Salió de la cocina casi arrastrándose y no pudo reprimir las lágrimas. Luego, tomando una súbita decisión, fue hasta su dormitorio, cogió la foto de Ferran, se tumbó en la cama con ella abrazada contra su pecho y cerró los ojos.

Richard era un especialista en sobrevivir. Lo había hecho durante tres años en

la cárcel y con el duro trance de su huida. Después de unos cuantos días se había dado cuenta de que aquella situación iba para largo y que no tenía sentido hacerse con un paquete de joyas o con el dinero de las cajas de los restaurantes. A verlo de aquella manera lo había ayudado mucho su amistad, por llamarlo de alguna manera, con Ferran Clos. A solas, en el despacho que había tomado como su cuartel general, Richard acabó de redondear un plan. Tenía un grupo de seis hombres dispuestos, machetes, fusiles submarinos y una variedad de hachas y martillos. Y un objetivo, controlar el Carrefour con sus toneladas de alimentos.

—Creo que primero deberíamos negociar con tu padre —dijo apuntando con el dedo a Ferran.

—¿Y por qué lo crees ahora?

—Pues porque tenemos comida para una semana y ahí abajo tienen para meses.

Ferran trató de adivinar las intenciones de Richard mirándolo a los ojos, pero éste le aguantó la mirada impertérrito. Estaba seguro de que su aliado no pensaba someterse a las normas de su padre, pero tampoco podía saber cuáles eran sus intenciones, tal vez sólo ganar algo de tiempo. Tiempo ¿para qué?

—De acuerdo. Iremos a verlo.

—Todos —dijo Richard abarcando con un gesto de la mano a su grupo—. Nos ponemos en fila y recibimos nuestra ración, como en el talego.

—Todos. Y ahora escúchame. Te diré cuál es el plan.

En la mesa colocada a la entrada del hipermercado, Ferran distinguió a Andrea. La única iluminación eran algunos farolillos de butano colocados en lugares estratégicos y una potente linterna sobre la mesa a la que estaba sentada la joven. Dos hombres retiraron uno de los obstáculos de la entrada y el grupo de una veintena de personas llegadas desde el piso de arriba entró en el recinto del Carrefour, algunas de ellas con carritos de la compra. Manuel Clos hizo un gesto de bienvenida a su hijo y luego se encargó de que los recién llegados formaran una fila. Eran seis hombres jóvenes y el resto mujeres, además de Richard y Ferran. Deliberadamente, Ferran se quedó el último, cerca de Richard.

—Ahora —estaba diciendo Manuel Clos— se os dará a cada uno, como a todos nosotros, suministros para un día; es nuestra norma.

Andrea anotaba el nombre de las personas que debían recibir su parte, y a su lado, Joan era el encargado de coger las vituallas de un contenedor y entregarles el paquete. La chica vio la cara de agradecimiento de las dos primeras mujeres y luego se enfrentó al primero de los hombres, un individuo de mediana estatura, vestido con un traje arrugado y una corbata que había conocido tiempos mejores.

—¿Esta mierda es lo que toca? —refunfuñó el hombre.

—Es lo que toca —afirmó ella—. Que sea mierda o no es cuestión de opiniones.

—Con esto no tengo ni para un aperitivo.

—¿Qué le pasa? ¿Se ha creído que esto es la tierra de la abundancia? ¿Lo toma o lo deja?

El hombre soltó una blasfemia, lanzó al suelo el paquete y trató de abalanzarse sobre Andrea, pero ésta respondió empujando la mesa contra él, y Joan, saltando con agilidad, lo desplazó de un violento empujón. Ferran no se movió, y fue entonces cuando Richard, como si aquello no fuera con él, se colocó detrás de Manuel Clos.

—Quietos todos —dijo colocando el filo de su navaja en el cuello del ex policía.

—¿Estás loco? —gritó Ferran—. ¿Qué haces?

—¿Que qué hago? ¿Me has tomado por estúpido? Dame el revólver o le corto el cuello a tu padre.

—¿Que te dé qué?

Ferran vio con el rabillo del ojo como los hombres de Richard salían de la fila. Todos iban provistos de objetos contundentes, armas de un ejército de desharrapados, y demasiado tarde se dio cuenta de que era él el que había caído en la trampa. Lo peor era que uno de los que acompañaba a Richard llevaba un amenazador fusil submarino cargado con un arpón.

—No me hagas repetirlo —lo amenazó Richard—. Dame el revólver.

—Eres un estúpido —sonrió Ferran—. ¿Quieres el revólver? ¿Y qué vas a hacer con él?

—Eso no te importa, y me lo vas a dar.

—No te daré una mierda. Si le haces daño a mi padre no saldrás vivo de aquí.

—¿Ah, sí? —La respuesta de Ferran enfureció aún más a Richard, que apretó el cuchillo sobre el cuello de su padre—. No me jodas o te vas a quedar huérfano. ¡Dame el hierro ahora mismo!

—Está bien... está bien..., pero deberías saber algo sobre el revólver...

Lentamente, Ferran Clos llevó la mano hacia su espalda, sacó el revólver y Richard apretó todavía más la hoja contra el cuello de Clos.

—No hagas ninguna tontería o me lo cargo.

—Yo no quiero participar en esto —dijo el hombre del fusil submarino. Lo dejó caer al suelo y se alejó levantando las manos.

El hombre del traje esgrimía frente a Andrea con mano temblorosa una pequeña hacha, sacada de alguna de las vitrinas contra incendios. Andrea retrocedió unos pasos mientras la mayor parte de la gente hacía lo mismo, dejando a Richard y Ferran Clos frente a frente. El resto de los hombres de Richard, incluidos los dos jovencuelos, permanecieron a la expectativa.

—Suelta a mi padre —ordenó Clos, y elevó el arma de imitación en el aire—. Esto no sirve de nada...

—Le rebanaré el cuello si no me lo das ahora mismo.

—De acuerdo... —Despacio, Ferran Clos se inclinó y depositó el arma de imitación en el suelo. Luego lo empujó con el pie hacia Richard, y éste, sin soltar la navaja, se agachó para recogerla. Entonces ocurrió algo inesperado. Manuel Clos, ignorando, al igual que Richard, que era un arma simulada, intentó impedirsele. Ferran no pudo hacer nada. Gritó para detener a su padre, pero ya era tarde. Richard lanzó una puñalada al frente. La navaja se hundió en el pecho de Manuel Clos un segundo antes de que Ferran se apoderara del fusil submarino y disparara sobre Richard. Un silencio opresivo se cernió sobre el amplio espacio del Carrefour Planet. Richard, con la navaja ensangrentada todavía en la mano, abrió mucho los ojos y cayó al suelo con el costado atravesado por el arpón. Ferran Clos dejó caer el fusil y corrió hacia su padre. El viejo policía yacía en el suelo, sujetándose la herida con ambas manos y el rostro contraído en una mueca de dolor. Ferran se inclinó sobre él y trató de contener la hemorragia mientras el doctor Roure daba unas cuantas órdenes rápidas.

—Andrea, atiende a Richard. Joan, mi maletín.

—Vamos, padre —murmuró Ferran—, todo irá bien. Tenemos un buen médico...

Del maletín que Joan dejó a sus pies, el doctor Roure sacó compresas que oprimió sobre la herida. Andrea taponaba con un fular la herida de Richard, tendido unos metros más lejos. Ojos todavía incrédulos contemplaban el espectáculo, y de todos los rincones del amplio espacio llegaban para contemplar el resultado del primer motín.

—Aprieta aquí —ordenó Roure a Ferran mientras preparaba una jeringuilla—. ¡Por Dios!, que alguien disponga una camilla en algún sitio. ¡Andrea!

—Padre, ¡por favor! —sollozó Ferran—, tienes que vivir...

Por un momento, Manuel Clos abrió los ojos y su cara se iluminó con una sonrisa. Levantó la mano y con la punta de los dedos acarició el rostro de su hijo, luego se quedó inerte antes de que Roure pudiera inyectarle el contenido de la jeringuilla. Todo lo que el doctor pudo hacer por él fue cerrarle los párpados y colocar las manos cruzadas sobre el pecho.

—¡Padre! —exclamó Ferran en voz baja mientras le cogía la mano.

—Doctor, no deja de sangrar —dijo Andrea.

Richard tenía los ojos en blanco y su cuerpo, desmadejado, parecía sufrir ligeros temblores. Inclinado todavía sobre el cuerpo de su padre, Ferran Clos, pálido como el papel, le lanzó una mirada indefinible.

—Déjalo que se muera —dijo.

Entretanto, Roure se había inclinado ya sobre el herido e hizo una indicación a varios hombres.

—Ayudadme a llevarlo allí —señaló la improvisada enfermería habilitada en un recodo del gran almacén.

Ferran Clos los dejó hacer mientras seguía apretando la mano de su padre.

Todavía aturdidos, malherido el que los había llevado allí, el grupo del piso superior se removió buscando una salida. Los dos hermanos fueron retrocediendo hacia la entrada mirando desafiantes a su alrededor. El hombre del hacha, pálido y tenso, parecía dispuesto todavía a plantar cara, pero Ferran volvió a tomar el fusil del suelo y colocó en él otro de los arpones.

—¡Ferran! —gritó Roure—. Ya está bien de muertes.

—Tú los has traído aquí —dijo Andrea dirigiéndose a Ferran—. Llévatelos de una vez. ¡Marchaos todos!

—Es mi padre —replicó Ferran—. No lo abandonaré.

Como un solo hombre, el grupo de invasores retrocedió. Uno a uno fueron saliendo del hipermercado y Ferran volvió junto al cadáver de su padre. Roure estaba atendiendo a Richard, y cuando Andrea se acercó a él, dijo: «Volverán. Esto no ha hecho más que empezar.»

—Pues los estaremos esperando —respondió ella.

—¿Qué va a pasar ahora? —dijo Andrea de pie frente al cadáver de Manuel Clos.

—Todo ha sido culpa mía —murmuró Ferran—. Debí apoyarlo cuando decidió quedarse aquí.

Andrea retrocedió unos pasos y se sentó, desmoralizada, sobre una de las cajas de madera.

—En eso tienes razón. Ha sido culpa tuya. ¿Sabes cómo llegué yo aquí? —preguntó en un susurro.

—No. Supongo que como todos.

—Vine en un coche que se estrelló contra el muro...

—¡Ah! Tú eres la chica de la suerte.

—Sí. La chica de la suerte —sonrió ella con un gesto de resignación—. Iba a venir con otra persona, pero...

—Pero qué...

—No pudo ser.

—Y esa persona era...

—No sé lo que era. Sólo sé que me gustaba y que... se llamaba Micky. —Andrea se echó a llorar—. Lo dejé allí. El edificio estaba ardiendo y lo dejé allí. ¿Sabes lo que me dijo antes de... antes de que pisara el acelerador? Dijo... «ha sido un placer...»

Ferran la vio deshacerse en lágrimas, incapaz de hacer un movimiento que los acercara. Se puso en pie y observó una vez más el cadáver de su padre, tendido sobre una manta en el suelo del almacén. «Es curioso —pensó—, algo tan simple como enterrar a los muertos se convierte en un problema.»

—Según creo, tú llevas el control de las existencias..., los números —dijo Ferran.

—Sí, me ha tocado —asintió Andrea—. Sobre la gente que somos no sabría decirte, pero hay alimentos para meses. Claro que las cámaras ya no funcionan y estamos consumiendo todo lo percedero. Supongo que también tendremos que aprender a fabricar pan y a... hacer ahumados o lo que sea para conservar lo que tenemos. Tu padre decía que todas las conservas debían mantenerse como reserva.

—Mi padre era un gran organizador. No un buen padre, pero un gran organizador.

—¿También eres policía?

—Escolta.

Andrea asintió. En aquel momento parecía como si todo fuera de lo más

natural. Un par de amigos charlando en un gran almacén, rodeados de palés llenos de cajas y sacos de alimentos, productos químicos y mil y un objetos inútiles. A unos metros del cuerpo de un buen hombre al que había cogido cariño y que no dejaba de ser un perfecto desconocido.

—¿Crees que tenemos futuro? —preguntó ella.

—Poco antes de entrar aquí estuve en una reunión. Gente importante, entendidos en todo este asunto. ¿Y sabes qué? Me dio la impresión que no había salida, que no tenían ni idea de lo que pasaba ni de la manera de solucionarlo.

—Me aterroriza —dijo ella—. Tanto como la idea de salir al exterior.

—¿Lo has intentado?

—Tres veces.

—Y estás viva.

—Sí. Es una manera de verlo. Las dos primeras fui incapaz de dar un paso afuera, y la última..., la última no sé cómo sobreviví. El doctor Roure dice que se me paró el corazón. Por suerte me encontró a tiempo ese hombre, el que vive abajo, en el coche.

—López.

—¿Se llama López?

—Sí. Y es un tío con recursos. Deberíamos incluirlo en el grupo..., en el comité de notables...

—Eres tan cínico como yo —sonrió Andrea—. Podríamos entendernos.

—¿Y qué tal esa mujer?, Olga.

—Una ejecutiva pura y dura. Lleva... llevaba uno de los hoteles. Por lo que sé es una mujer interesante, tiene ideas y es resolutiva.

—Sí, me parece interesante —asintió Ferran.

—Ya lo veo —respondió Andrea tratando de encontrar el sentido de la afirmación de Ferran.

—Deberíamos reunirnos y hablar. Hay muchas cosas que decidir.

—Dime una cosa, Ferran.

—¿Qué?

—¿Por qué nos tenemos que fiar de ti?

—¿Qué quieres decir?

—Has estado con los de arriba desde el principio. Hoy has venido con ellos. Claro, ese tipo ha matado a tu padre, pero ¿eso te hace cambiar de idea y aceptar las cosas como están aquí?

—¿Qué importa eso? Se trata de sobrevivir, ¿no?

—Le he sacado el arpón, o como se llame, y lo hemos encerrado en una de las cámaras frigoríficas —dijo el doctor Roure—. Hay que abrirle la puerta de vez en cuando para que no se ahogue.

—¿De verdad? —preguntó, escéptico, Ferran—. ¿Es necesario?

—¿Qué vamos a hacer? Con él, quiero decir —quiso saber Andrea.

—¿Usted qué opina, doctor?

—No lo sé. ¿Tenemos que erigirnos también en jueces?

—No podemos permitir que vaya por ahí matando gente —masculló Ferran.

—Pues habrá que decidir qué hacer con él —insistió Roure.

La reunión del pequeño comité que incluía a Olga, Roure y Andrea contaba ahora con la presencia de Bernat López y la de Ferran Clos. Todo el mundo había aceptado como algo natural que Ferran sustituyera a su padre, y tampoco les parecía mal la presencia del representante de joyería.

—Y también hay que pensar en el cadáver —dijo Andrea mirando de soslayo a Ferran.

—Deberíamos decir los cadáveres —puntualizó López—. Porque habrá más.

—¿Qué quiere decir que habrá más? —frunció el ceño Andrea.

—Pues que no parece que vayamos a salir de aquí y que la gente se muere, ¿no, doctor?

—Desde luego —respondió Roure—. No creo que esta situación vaya a cambiar. De momento nos deshicimos del cadáver del pobre Tomás...

—¿Cómo? —preguntó Ferran.

—Una especie de... funeral vikingo —masculló Olga—, y perdonad la irreverencia. Y no es algo que podamos hacer habitualmente. Necesitamos el petróleo y la gasolina de los coches para otros menesteres, ¿no?

—Y además, es un peligro hacer un fuego de esas dimensiones —apuntó Andrea—. Os lo aseguro. Puede ser un desastre.

—Sí —asintió Olga—. Y no podemos llamar a los bomberos.

—Hay otro medio —intervino López.

Todas las miradas se volvieron hacia él. En circunstancias normales, López habría pasado desapercibido. Estatura media, un traje anticuado, cabello ralo, una cara vulgar a la que la barba apenas le confería un color gris. Sus ojos, un poco adormilados, parecían no querer afrontar la realidad,

cubiertos siempre por una tela de escepticismo.

—¿Qué medio? —preguntó Andrea.

—Verá. Como saben hay dos pisos más de aparcamiento. Dos sótanos. Que yo sepa nadie vive allí, pero he dado algunas vueltas, ya saben, para encontrar algo útil en los coches aparcados. De hecho... Bueno, hay un camión de reparto de bebidas y una furgoneta llena de fruta.

—¡Vaya! —exclamó Olga.

Su melena extrañamente bien cuidada se agitó, y Ferran se fijó entonces en sus grandes ojos, azules y expresivos, su cuerpo delgado y aparentemente frágil y un mentón cuadrado y audaz.

—Déjelo terminar —dijo—. Siga... por favor.

—Sí. Bueno, pues resulta que en la tercera planta, en la más inferior, hay una especie de pozo ciego. Supongo que es donde van a parar las aguas residuales. Hay suficiente espacio para que pueda pasar un cuerpo por el agujero...

—¿Está diciendo que echemos por allí los cuerpos de los fallecidos? —se escandalizó Andrea.

—Yo sólo digo lo que he visto.

—No me parece muy digno —apuntó Roure.

—¿Y qué le parece vivir como ratas, asustados del aire libre y de la luz del sol? —le espetó López.

—A mí me parece la única solución —dijo Ferran.

—Bueno —concedió Roure—, seguramente usted es la persona con más autoridad para tomar esa decisión. Al menos hasta ahora.

—¿Y lo del tipo de arriba? —inquirió Andrea.

—Richard, se llama Richard —apuntó Ferran.

—¿Y qué que se llame Richard? ¿Qué vamos a hacer con él?

—¿Qué propones? —quiso saber Olga.

—No podemos dejarlo ir, ni podemos mantenerlo encerrado en una cámara frigorífica sin aire y sin ventilación —dijo Andrea.

—Lo de la ventilación se puede arreglar —apuntó Ferran—. ¿Verdad, doctor?

—Si se refiere a abrir los conductos de aire, se puede. Pero eso quiere decir que nos constituimos en jueces y lo condenamos a... ¿cuánto? ¿A cadena perpetua? ¿O unos meses y luego lo dejamos ir? ¿O a veinte años? ¿Alguien espera quedarse aquí veinte años?

—También lo podemos ejecutar —replicó López con absoluta

tranquilidad.

Ferran lo miró fijamente hasta convencerse que López había hablado con total seriedad. Andrea se recostó en la silla que ocupaba y luego, por primera vez desde que estaba encerrada, sacó el paquete de cigarrillos y encendió uno.

—¿Alguien fuma? —preguntó ofreciendo el paquete. Nadie se movió y lo volvió a guardar.

—Yo propongo que reflexionemos un poco sobre el asunto —manifestó Roure—. Y que tratemos los otros asuntos que nos interesan: lo de convocar una asamblea de todos los encerrados en el hipermercado... y los próximos pasos en materia de... seguridad.

—Sí. Será lo mejor —coincidió Ferran—. Y ya hablaremos más adelante del asunto de Richard.

Hacía muchos años, cuando apenas acababa de cumplir los quince, Andrea había presenciado por primera vez una escena de violencia. Era un chico de su edad. Robert, el chico con el que había nacido su primera ilusión. Por alguna razón, Andrea lo había preferido a cualquier otro, y eso que era más bien gordito, un poco raro, solitario y poco sociable. Tal vez por eso. Tal vez es que era un muchacho extraordinario, con algo que Andrea no sabía definir; puede que vida interior, bondad, imaginación, sentido del humor... y epilepsia. «La enfermedad de los grandes hombres», decía él, y citaba a Alejandro, a César, a Dostoyevski. Y un día le dio un ataque en plena clase de imagen y se enredó en los cables del equipo. Nadie pudo evitar que se electrocutara y que su corazón, o su cerebro, o los dos, sufrieran una destructiva descarga. Después de aquello, Robert dejó de ser aquel muchacho sensible e inteligente y el tiempo los fue separando.

Todo eso pensaba Andrea a la luz de las linternas, frente al pozo ciego que Bernat López había descubierto. Al parecer, había una mina de agua subterránea bajo los cimientos del centro comercial, y los constructores habían dejado abierto aquel pozo como desagüe en caso de inundación.

Alguien tiró un objeto pesado para calcular la profundidad, pero apenas si habían oído un chapoteo lejano, lo que quería decir que era muy profundo. Habían envuelto el cadáver de Manuel Clos en unas sábanas nuevas, que nadie nunca había estrenado porque nunca nadie las había comprado en el Carrefour Planet. Lo acercaron hasta el borde del pozo en un carro metálico, plano, de

los utilizados para trasladar grandes pesos, y Andrea pudo contar una decena de personas en el precario funeral. Nada de ceremonias, pero el caso es que todos los presentes, por alguna razón, habían considerado oportuno estar allí. Su hijo Ferran, el doctor Roure, Joan, Bernat López, Olga y Pilar con su hija Aitana. ¿Qué hacía allí una niña de diez años?

Ferran contempló el cuerpo de su padre, y Andrea creyó ver que una lágrima brillaba en sus ojos. Sólo ella y los más cercanos oyeron sus palabras susurradas: «Te echaré de menos, viejo.» Andrea también habría querido decir unas palabras. ¿Para qué?, pues para sentirse mejor consigo misma, para mostrar que todavía no se había perdido la humanidad en aquella tribu que rozaba ya la prehistoria. «Es curioso —reflexionaba mientras Ferran y Joan acercaban el cadáver al pozo—, es como si estuviéramos evolucionando al revés. Primero perdiendo los adelantos como la televisión, internet y el teléfono móvil, luego la electricidad; dentro de poco perderemos el agua corriente, la higiene, nos vestiremos con andrajos y tendremos que aprender agricultura de subsistencia, si es que somos capaces. Ya vivimos en la oscuridad, como en la Edad Media. ¿Qué nos espera ahora?»

Se encaminó hacia la escalera cuando notó a su lado la presencia del doctor Roure.

—¿Qué tal, doctor?

—Consternado... y preocupado...

—Ya. Preocupado.

—Sí, pero con algo añadido —dijo en voz baja asegurándose que nadie los oía.

El resto de asistentes al sencillo funeral caminaba detrás de ellos algo más lejos.

—¿Y qué es?

—Todo me parece muy extraño. ¿De dónde ha salido esa pistola?

—No lo sé —dijo Andrea—. ¿Eso es importante?

—Es todo como si hubiera habido un plan. Un plan que ha salido mal — reflexionó en voz alta Roure—. No me ha gustado nada. No me fío de Ferran. Al fin y al cabo estaba con los de arriba, ¿no?

En la explanada frente al tanatorio de Montjuïc apenas había un vehículo más. Los últimos en llegar habían sido precisamente el coche fúnebre con los restos

mortales de Carmen Llanes y la limusina que conducía a su viudo, el doctor Mateu Roure. La afluencia de asistentes al sepelio no se explicaba sólo por familiares o amigos, sino que también tenía su razón de ser por la personalidad de la fallecida, miembro de una de las familias más pudientes de Oviedo y afincada en Barcelona desde su boda con el doctor Roure.

Destacado cirujano, el doctor Roure había visto como la vida de su querida esposa se había apagado cuando un cáncer fulminante había acabado con ella y lo había dejado solo en el mundo, tan solo como puede quedarse un hombre cerca de los setenta años, sin hijos, absorto completamente en su trabajo y sin más relaciones que la mujer con la que había compartido más de cuarenta años de vida. No era persona dada a las lágrimas, ni tan siquiera a mostrar sus emociones, así que los más allegados, la familia de su esposa y algunos primos lejanos, eran de la opinión de que Roure no se había sentido especialmente dolido por la pérdida. Craso error, porque el doctor había acariciado incluso la idea de irse con ella, de alguna manera elegante, como los antiguos patricios romanos. Finalmente, la dedicación a su trabajo lo había hecho desistir. Había mucha gente que aún lo necesitaba, estaba seguro de ello. Aquella misma tarde de viernes tenía una importante intervención para reparar en lo posible, un traumatismo craneoencefálico en una joven a la que un accidente de tráfico había dejado al borde de la muerte.

Sentado en un incómodo sillón metálico en la sala del tanatorio, Roure se iba levantando de vez en cuando para recibir las condolencias de personas más o menos conocidas. Los médicos y enfermeras de su departamento, los directivos del hospital, algún que otro personaje de la administración, vecinos, algunos de sus compañeros de golf, un deporte que odiaba pero que practicaba porque un colega le insistía que era ideal como ejercicio. Una de las personas de las que más agradeció la presencia para darle el pésame fue Julián, el quiosquero al que le compraba el periódico todos los días desde hacía una eternidad. Era un hombre bajo, sólido y con una nariz rota que anunciaba una juventud dedicada al boxeo. Lo había conocido muchísimos años atrás, cuando una serie de combates oscuros, amañados y perdidos le habían hecho abandonar su carrera deportiva. Roure veía en Julián a una de esas personas que no parecen cambiar nunca y a las que no sabría uno atribuir una edad, pero que siempre había sido un perdedor, alguien al que la vida se le escapaba inevitablemente de las manos. Podría decirse que era lo contrario a él, un triunfador en su profesión, casado con la rica mujer a la que amaba. Y fue en ese momento, cuando aquel hombre le dio la mano, cuando Roure no

pudo reprimir las lágrimas. Se puso en pie y abrazó a Julián, también lloroso, ante la extrañeza de los parientes o de otros amigos presuntamente más cercanos. «¿Qué clase de vida he llevado que mi mejor amigo es el quiosquero?», se dijo el doctor.

Al acto de la inhumación acudieron sólo un puñado de personas. Básicamente los parientes de Carmen, entre los que se encontraba algún prominente banquero y un par de políticos muy bien relacionados. El panteón donde colocaron el féretro de su esposa era un prodigio de mal gusto. Un angelote al que hubiera diagnosticado obesidad sin dudarlo ni un instante, una especie de dragón o de serpiente fruto de la imaginación calenturienta del autor y una cruz, curiosamente en una esquina del mausoleo en lugar de estar en el centro, como parecía lo lógico. Roure no tuvo más remedio que entrar en el estrecho habitáculo, aunque llamarlo habitáculo era una tétrica paradoja. Agnóstico militante, Roure había transigido con el funeral religioso dado que su querida esposa era creyente, pero al parecer la familia de ella no estaba dispuesta a entender que era necesaria una tregua en una tensa relación. Lo notó cuando una de las hermanas de Carmen se le acercó con la barbilla elevada, los ojos enrojecidos y los labios apretados en una mueca de desprecio.

—Estarás satisfecho —le espetó en voz baja, intentando ensayar una sonrisa con la evidente intención de disimular ante los asistentes.

—¿Qué estás diciendo? ¿No sería posible que por una vez tuvieras un poco de respeto?

—¿Respeto? Mi hermana habría querido un funeral como Dios manda, en una iglesia, no en este... almacén —fue la palabra más ofensiva que pudo encontrar—, pero claro, el señor ateo no podía convertirse en un hombre de bien de la noche a la mañana.

—Agnóstico —replicó Roure sin perder la calma.

—¿Qué?

—Que no soy ateo. Soy agnóstico, o sea, que no me creo cualquier cosa, ni siquiera que Dios no existe.

—¡Ah! —exclamó ella sin entender nada cuando Roure le dio la espalda—. Mi hermana sí creía.

Roure dudaba de que Carmen creyera lo mismo que su hermana, o que las viejas beatas que pasaban por delante de su puerta los domingos camino de la cercana iglesia. Se desentendió de su cuñada, y de un modo casi obsesivo, Roure fue anotando en su mente todos los detalles de aquellos últimos

momentos, de aquel último día en el que la vida parecía la de siempre y sin embargo ya no lo era. El ronroneo casi inaudible del tractor que llevaba el féretro. «¿Dónde están los seis caballeros que debían llevar el féretro de la princesa?», se dijo. Las flores, frescas y presuntamente recién cortadas, aunque estaba seguro de que procedían de algún vivero en el que se las rociaba con un aerosol para devolverles la lozanía. Y las velas que no eran tales, sino tubos metálicos con una resistencia temblorosa en la punta a modo de llama. «¡Cuanta falsedad! —se decía a sí mismo—, ¡cuánta simulación!»

Cuando todo aquello terminó, Roure se acomodó en el coche con la mirada perdida. Pasaban unos minutos de las once de la mañana y Roure empezó a acusar la profunda depresión del momento. Muy cerca de allí, en los jardines junto al MNAC, se había declarado a Carmen un día de mayo de 1969.

—¿Lo llevo a su casa, doctor? —preguntó el chófer.

—¿A casa? No. Al hospital. Tengo una operación dentro de una hora. — El chófer, el de toda la vida, puso en marcha el vehículo y Roure vio su cara, muy pálida, y sus ojos, muy expresivos, mirándolo por el espejo retrovisor—. ¿Qué ocurre, Pere?

—Nada, señor. ¡Dios me libre de decirle nada!

—Vamos, hombre. Hace quince años que nos conocemos. Dime lo que sea.

—Pues que sus cuñadas... han organizado una especie de... recepción en casa. Ya sabe, esas cosas que se hacen después de un entierro. Me han encargado que lo llevara allí rápidamente.

—Ya. ¿Y tú qué opinas?

—Yo... —Pere dudó un instante—. Yo opino, si es que me lo pregunta, que debería usted ir al hospital a salvar la vida de quien sea que lo necesite.

—Pues vamos para allá. No puedo llegar tarde.

Roure elevó la mano, como deteniendo el tráfico, cuando el primer miembro de su equipo le dio el pésame, cortando de raíz el flujo de sentimientos. Luego estudió las radiografías del paciente y dio las primeras instrucciones al anestesista y a sus ayudantes. Colocó a modo de saludo una mano en el hombro a su máspreciado colega e hizo una inclinación de cabeza dirigida al resto.

—Vamos allá —dijo.

Pasaban las diez de la noche cuando volvió a sentarse en la trasera del Mercedes, agotado pero medianamente satisfecho por el trabajo realizado. La muchacha nunca volvería a ser la misma, pero al menos no tendría que sentirse avergonzada por su aspecto.

—¿Ha ido todo bien, doctor?

—Todo lo bien que podía ir. ¿Alguna novedad?

—He perdido la cuenta de las veces que han llamado sus cuñadas. ¿Quiere que le repita los recados?

—No, gracias. ¿Dónde podría ir a tomar una cerveza bien fría?

—A estas horas no sé, doctor. Yo suelo ir con mi mujer al centro comercial de la Gran Vía. Mientras ella va de compras yo me tomo una cerveza en algún local de por allí. Seguro que aún hay alguno abierto.

—Pues me llevas allí, me dejas y te vas a casa. Ya llamaré un taxi para volver.

Durante todo un día, Mercè había permanecido tumbada en su cama, con la decisión tomada de que no volvería a levantarse. Lejos de su hijo Ferran, sin saber si estaba vivo o muerto, si estaba a salvo o se encontraba en peligro, la vida había dejado de tener interés para ella, sobre todo si vivir significaba arrastrarse por un bloque de viviendas buscando restos de comida o un bocado fruto de la caridad. Pero al amanecer del segundo día las cosas habían cambiado. Primero fue la explosión que sacudió el edificio de cuatro plantas, y poco después la llegada de un grupo de jóvenes que la sacaron de su piso, de la vivienda que había compartido durante años con los suyos. No supo muy bien cómo, pero se encontró en un amplio espacio que debía de haber sido un almacén de muebles o algo así. Le habían dado un bol de sopa caliente y un cómodo sillón con reposapiés. El lugar tenía ventanales, que estaban cubiertos con una elaborada cortina a base de cartones, trozos de tela y tiras de papel de embalar, por lo que la atmósfera era de una penumbra que a ratos incluso parecía agradable.

—¿Y la señora Maria? —fue lo primero que preguntó.

Nadie supo darle una respuesta, y poco a poco se fue enterando de que el grupo de chicos que había volado parte de la pared en el vestíbulo de su edificio la había encontrado a punto de morir. Entre los jóvenes estaba Gerard, un muchacho con gafas y el pelo largo que parecía ser el jefe, o el más decidido entre ellos. Desde el cómodo sillón, Mercè podía ver su nuevo hogar, el conglomerado de sofás, sillones, estanterías de madera y una gran cantidad de lámparas y jarrones. Y desparramados por el lugar, un puñado de chicos y chicas del instituto contiguo.

Gerard acabó de apurar el agua de su botellín y luego se encaminó a la zona reservada para el descanso. Desde que habían conseguido entrar en el almacén de muebles, se había instalado en un colchón bajo una ventana. Una gruesa tela de arpillera la cubría por completo y sólo dejaba entrar un ligero resplandor.

—Debe de estar anocheciendo —dijo Charlie señalándole el ventanal.

—¿Cuántos días llevamos aquí? —preguntó.

—Ni idea. Sara dice que llevamos tres semanas, pero vete tú a saber. A

lo mejor lo cuenta por la regla.

—¡Eres gilipollas! —gritó Sara levantando la cabeza desde su estrecha cama de campaña colocada un poco más lejos.

—No es para tomarlo a broma —gruñó Gerard—. Esto es una mierda.

—Si al menos funcionara internet... —se lamentó Charlie.

—¿Eso te preocupa? —se burló Sara.

—Si hemos de vivir aquí para siempre necesitaremos algo más que comida, ¿no crees? —apuntó Gerard.

—Yo lo que quiero ahora es dormir —murmuró Sara—, y si no os calláis no hay manera.

Gerard se dejó caer en su colchón y colocó las manos cruzadas bajo la nuca. El techo, lejano y oscuro, no le iba a dar demasiadas respuestas. El generador del instituto les proporcionaba electricidad, pero la escasez de combustible era algo a tener en cuenta, y habían decidido encender las luces sólo en caso de necesidad.

Por más que lo intentó, Gerard no pudo conciliar el sueño. Todavía no tenía muy claro qué iba a ser de su vida en un futuro, aunque bien pensado, eso era algo a lo que estaba acostumbrado. A su juicio, estudiar el último año en un instituto y cuidar de su hermana pequeña no era un proyecto de futuro. Se levantó despacio y pasó por delante de la estrecha cama de Sara, que dormía como siempre, abrazada a la almohada y envuelta en una manta, como si quisiera empaquetarse a sí misma. A su lado, en una gran cama apta para tríos o cuartetos, dormían los gemelos Baquer. Más allá, al otro lado del pasillo, estaba el resto de alumnos a los que una clase práctica de química había atrapado en el flamante edificio una mañana de sábado. En su sillón de siempre seguía la señora Mercè, con los ojos cerrados, y Gerard se sentó a su lado.

—¿Está dormida?

—No hijo, sólo descansaba. ¿Cuántos años tienes, Gerard? —le preguntó ella.

—Voy a cumplir diecisiete.

—Mi hijo tiene... treinta y cuatro. ¿Qué estudias?

—El último curso de ESO.

Guardaron silencio un instante. Gerard no estaba seguro que la señora Mercè conservara la lucidez. Al fin y al cabo, el pánico podía afectar a las personas de forma diferente...

—¿No piensas seguir estudiando? —preguntó Mercè.

—¿Estudiando? ¿Cómo...?

—Sí, lo sé, hijo. Pensarás que estoy tonta, pero esto que nos pasa no debe ser el final. No debes dejar de estudiar. Tienes libros, ¿no? Y algún compañero te puede ayudar.

—Alguno, sí. ¿Y usted? La encontraron en su cama sin...

—Lo mío es diferente.

—¿Sólo porque es mayor?

—No, hijo, no sólo por eso. No tengo buen recuerdo de mi marido, y ahora me siento culpable porque algunas veces había rezado para que desapareciera.

—¡Joder!, lo siento. ¿Qué pasaba? ¿Le pegaba?

—No, a eso no había llegado —dijo lentamente, como arrastrando las palabras.

—¿Quiere decir que...?

—Quiero decir que no quería seguir viviendo.

—¿Dónde está él ahora?

—No lo sé. Él y mi hijo salieron juntos y ya no los he vuelto a ver. ¿Entiendes? Por un lado quiero ver a mi hijo, pero por otro no quiero volver a verlo a él.

—Por lo que yo sé, no volverá a ver a ninguno de los dos. Vaya, perdone, no era mi intención...

—No, no te disculpes. ¿Crees que no lo sé? Lo supe antes que nadie. ¿Y tú? ¿Qué sabes de tus padres?

—Nada. Supongo que mi padre estaba trabajando. Tengo una hermana pequeña que debería estar en su clase de ballet cuando todo ocurrió. Se llama Aitana. Y mi madre estaba en casa cuando salí; iba a llevar a la niña al ensayo, pero como siempre llegó tarde y ahora están en el centro comercial, creo...

—Yo siempre quise tener una niña, pero Manuel se opuso. Sólo quería un hijo que fuera policía como él.

—¿Y su hijo no sabía... lo que ocurría?

—Se daba cuenta, sí. Él también sufrió mucho, hasta que se marchó de casa.

—¿Y no hizo nada por evitarlo?

—¿Qué podía hacer? Era su padre y él era un crío.

—Yo habría hecho algo si mi padre hubiese maltratado a mi madre.

—Eres un buen chico. —Mercè le acarició la mejilla—. ¿Entiendes por

qué no quería seguir viviendo? Yo solía salir bastante de casa; iba a la iglesia, a pasear con mis amigas por el parque, a hacer la compra en los sitios de siempre... Y de pronto ya no pude hacerlo más. Todo el día encerrada, con él. Toda la vida.

—¿Nunca le había pegado?

—No. Pero es igual. Era el mismo. El mismo hombre...

—¡Qué putada!

—Sí, hijo —musitó Mercè cerrando los ojos—. Tú lo has dicho.

No tengo ni idea de la fecha. Estamos en otoño, pero no funciona ningún reloj; al menos yo estoy convencida de ello. No obstante, hay un grupo que conserva un aparato de esos que dan la temperatura, el día, el año y la hora y mantienen que hoy es 29 de octubre. En realidad, ¿qué importa? La sucesión de días y noches ha perdido sentido, al menos para mí. Ferran considera que es importante seguir con la disciplina del día y de la noche, y lo que él dice a todo el mundo le parece bien. El doctor Roure se ha autoexcluido del comité. Ahora somos seis, Ferran, López, Olga, Joan y César Torras, el tipo trajeado que bajó con Richard y que ha resultado ser un personaje inteligente, con las ideas muy claras. Yo sigo, aunque cada vez me interesa menos. Joan parece que haya sido seducido por Ferran. No sé por qué le es tan fiel, tal vez porque es muy joven y necesita alguien a quien aferrarse, alguien que tenga las cosas claras. Y Ferran las tiene, aunque no estoy segura de que sea una buena persona. Ferran va a todas partes con López y con Joan, menos a la cama, que eso lo hace con Olga, aunque ella sigue viviendo en la tienda, conmigo.

Nada más colgar el teléfono, Olga Llauder apretó los dientes con fuerza y trató de no explotar en un llanto muy poco acorde con sus responsabilidades. Se sentía indignada, dolida y, en cierto modo, un poco perdida. El gran despacho, diáfano y abierto a los cuatro vientos, no significaba nada en aquel momento. Se recostó en el sillón y cerró los ojos, tratando de recapitular para ver dónde se había equivocado, porque estaba segura de que, en algún momento, había cometido un error. Tal vez fue el mismo día que decidió casarse con Miquel, o cuando lo incluyó como miembro de pleno derecho en su empresa gestora, o

cuando lo había echado de casa después de sorprenderlo en la cama con su mejor amiga. Y ahora tenía no sólo un ex esposo lleno de rencor, sino también un socio que había clavado los dientes en el negocio y no iba a dejarse desplazar así como así.

El zumbido del teléfono la distrajo y no tuvo más remedio que centrarse en la conversación con su hija. Le costaba un enorme esfuerzo mantener la serenidad y tratar de que Mireia viviera el drama de la mejor manera posible. Pero algo así era difícil cuando todos sus planes de futuro se podían ir al traste. Tenía un matrimonio feliz, una hija preciosa e inteligente y estaba preparada para entrar como accionista del hotel cuando la infidelidad de su esposo hizo que se cerniera sobre ella el desastre en forma de indemnización millonaria a su aún marido y socio, que la había engañado y que no había aportado nada en absoluto, ni siquiera unas horas de dedicación.

De modo mecánico, acarició la exquisita tarjeta de Rafael García, su abogado, la volvió a guardar en el bolso y salió del despacho dispuesta a la lucha más feroz de sus últimos tiempos.

—Ya no volveré hoy —le dijo a su secretaria—. Cancela todas las citas de esta tarde y mi visita al traumatólogo. Nos veremos mañana.

El lugar elegido para la cita había sido elegido con todo cuidado, un sofisticado hotel en la salida sur de Barcelona, con amplias salas para reuniones, un restaurante que podía marear a cualquiera girando sobre sí mismo y una decoración más cercana a *Star Trek* que a lo más moderno del siglo XXI. En el hall la estaba esperando su abogado, y se saludaron con un apretón de manos y unas palabras de lo más convencional.

—¿Preparada?

—Preparada.

—Ya sabes. Ni una palabra. No te dejes enredar en una discusión absurda. Esto es una cuestión de negocios. Ni siquiera tiene nada que ver con el divorcio, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Ya sé que es difícil y que todo está entremezclado, pero nuestra ventaja radica en que su postura como socio es frágil.

—¿Conoces a su abogado?

—Sí. Viñals. Es bueno y un sinvergüenza.

La sala de reuniones era tan aséptica como cabía esperar del hotel. Olga tomó asiento, pero no frente a su marido, sino que se sentó ante el abogado contrario, un hombre orondo y sudoroso que lucía un traje de esos que podrían

costar el sueldo de un año de alguien no corrupto. Olga escuchó la exposición que hizo el abogado sin mirar a Miquel, su marido, escondida tras las gafas de sol. Finalizada la disertación, su abogado soltó una sonrisa educada y dijo:

—¿Todo eso te lo has creído, Viñals? Pues escúchame ahora. Esa sociedad de la que hablas no resistirá el análisis de ningún magistrado. Fue un acuerdo verbal del que sólo existe una cuenta corriente conjunta. No hay documentos firmados por mi cliente ni, permite que te lo diga, ninguna actividad de tu cliente que se pueda llamar así, salvo sacar dinero de la cuenta. Nadie se va a creer que eran socios. Pero no obstante, seremos generosos. Ella le compra su parte por un precio razonable y se deshace la sociedad.

—¿Qué sociedad, si me has dicho que no existe? —respondió Viñals.

Olga se dignó entonces mirar a su marido, sumido en un hosco silencio. Iba pulcramente afeitado y elegantemente vestido, pero tenía algo extraño en la mirada, como si estuviera asustado. No dejaba de lanzar miradas hacia la ventana, a través de la cual el sol inundaba la estancia, y a pesar del aire acondicionado, muy fuerte, ligeras gotas de sudor le perlaban la frente.

García y Viñals seguían enzarzados en una discusión sobre las posibilidades de uno y de otro, tomando posiciones, hasta que Viñals hizo un gesto teatral y se levantó de la mesa.

—Así no llegaremos a ninguna parte. Estamos tratando de una sociedad...

—No, Viñals, no hay tal sociedad. Hablamos de un acuerdo de separación en el que mi clienta puede ser generosa. Y tú lo sabes.

—Perdonen —los interrumpió Miquel en aquel momento.

Olga lo vio levantarse, demudado, y salir de la habitación murmurando una excusa. Olga salió tras él, más preocupada por el que había creído el hombre de su vida que por el resultado de la discusión.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó. Miquel se había pegado a la pared, junto a los ascensores, y todavía miraba con prevención hacia la única ventana del pasillo—. ¿Te encuentras mal? Lo podemos dejar.

—No... no sé. No es nada. ¿Hemos terminado?

—No lo sé. Dímelo tú. ¿Hemos terminado? ¿Dónde has pasado la noche?

—Aquí. En este hotel. Vine a verlo ayer y... me quedé.

—Te dije que podías quedarte en casa. No soy un monstruo.

En aquel momento los abogados salían de la sala charlando como dos buenos amigos.

—¿Cómo ha ido? —preguntó ella, ya en el ascensor.

—Bien. Viñals ha aceptado nuestras condiciones. No es idiota. Hemos acordado dilucidar el asunto en el proceso de divorcio. De mutuo acuerdo, naturalmente. Desde el punto de vista empresarial eres libre. ¿Sabes qué? —añadió él—, deberíamos celebrarlo. Podíamos ir a cenar a algún sitio.

—¿Pretendes que me líe con mi abogado?

—No necesariamente.

—¿Tienen peluquería en el hotel? —le preguntó a la recepcionista.

—No, lo siento, pero encontrará varias en el centro comercial, al otro lado de la autovía.

—Recógeme dentro de un par de horas ahí enfrente, ¿de acuerdo? —le dijo a García.

Olga renunció a ir en coche. Iba a perder más tiempo sacando el coche del aparcamiento y metiéndolo después en el del centro comercial. Así que, desafiando el día lluvioso y desapacible, hizo el recorrido a pie. Cuando llegaba a la entrada del gran edificio echó un vistazo al cielo nuboso, ansiosa por ponerse a cubierto.

Tendido sobre un montón de mantas y alfombras, Ferran Clos contempló la espalda desnuda de Olga. Una larga y tenue cicatriz la recorría desde las vértebras cervicales casi hasta la cintura, marcando un camino sonrosado, ligeramente más oscuro que el resto de la piel, blanca y suave.

—¿Cómo te has hecho eso?

—¡Ah! ¿Te gusta? —dijo ella volviéndose a medias.

—Claro que me gusta. Es una decoración muy sugerente.

—Un accidente. Barranquismo, ¿te suena?

—Pues debió de ser un buen batacazo, ¿no?

—Me fue de un pelo quedarme paralítica, clavada para siempre en una silla de ruedas... —se interrumpió antes de terminar la frase y se echó sobre Ferran.

—¿Y esto? —le preguntó ella leyendo la chapa que colgaba de su cuello—. ¿Tu madre?

—Sí. Mi madre. La hizo grabar cuando nació y me la regaló cuando cumplí dieciocho. ¿Sabes lo que decía mi madre? —dijo él—. Que cuando estás en un barco en medio del mar, si te identificas con el barco jamás tendrás claustrofobia, pero si sigues encerrado en ti mismo te ahogará la falta de

espacio.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que disfrutes de lo que tienes...

—¿La echas de menos? A tu madre, quiero decir.

—No sabes cuánto —Ferran desgranó lentamente las palabras—. ¿Estás casada?

—Lo estaba.

—Entonces tú no echas de menos a nadie.

—A mi hija, a Mireia. Dime una cosa, ¿qué opinas de Andrea?

—Que es una chica un poco incordiante. Siempre parece saberlo todo —murmuró Ferran—. ¿Por qué me haces esa pregunta?

—Porque creía que íbamos a formar un trío.

—¿Siempre has sido así de cínica?

—Sólo desde que descubrí que mi marido me engañaba.

—Un clásico.

—¿Y tú, estás casado?

—Tampoco.

—Entonces no tenemos ataduras —dijo Olga acurrucándose contra él.

—No. Somos absolutamente libres de ir adonde queramos, siempre que no sea fuera del centro comercial. Nos espera una vida maravillosa.

—Si vas a zarpar en ese barco, avísame —dijo ella cerrando los ojos—, igual me voy contigo.

Ferran hizo una seña al hombre que vigilaba la puerta de la cámara frigorífica y éste se apartó dejándole paso. En poco tiempo, Ferran Clos había conseguido que los encerrados en el Carrefour lo reconocieran y lo respetaran, al menos tanto como a su padre. Posiblemente el revólver tenía algo que ver, pero Ferran era consciente de que ese respeto duraría el tiempo que tardaran en descubrir que era de fogeo, así que le urgía crearse otro tipo de fidelidad.

—¿Has entrado a verlo? —le preguntó al hombre mientras le ofrecía un cigarrillo.

—N...no. ¿Debería?

—¡Ah! No, no, en absoluto. De hecho, yo tampoco sé muy bien qué hacer con él. No somos partidarios de la pena de muerte —sonrió—, ¿verdad?

—Desde luego que no.

—Perdona, ¿cómo te llamas?

—Pablo. Nunca habíamos hablado... pero siento lo de tu padre. Era un buen hombre.

—Sí. Lo era. Uno aprendía mucho de él. Sobre todo a rodearse de amigos. ¿De qué trabajas? Bueno... —volvió a sonreírle— de qué trabajabas...

—Soy camionero. Me dirigía a Barcelona, a la Zona Franca... y tuve que salir del camión. Por poco no lo cuento.

—Oye, Pablo, tengo que hablar con ese cabrón. ¿Vigilarás que no entre nadie?

—Claro. Confía en mí.

—Y, sobre todo, ábreme la puerta cuando te llame.

—¡Faltaría más! —rió Pablo mientras le abría.

La puerta de la cámara frigorífica se cerró tras él. El interior estaba iluminado por un farol de gas butano, suficiente para proporcionar una luz blanca y espectral. Los estantes estaban vacíos y el movimiento de las cintas de papel mostraba que por el respiradero entraba suficiente aire. El doctor Roure había metido una de las camillas plegables que habían encontrado en la parafarmacia, y Richard estaba tendido en ella con los ojos cerrados y una palidez cadavérica.

Ferran se acercó a él y lo observó durante unos instantes, luego se inclinó para hablarle al oído.

—Eres un cabrón malnacido. No debí fiarme de ti, y tienes suerte de que no tenga mucha puntería como pescador submarino.

Richard abrió los ojos trabajosamente y ensayó una sonrisa.

—Yo también me alegro de verte...

—¿Creíste que podías hacerte el amo? ¿El capo mafioso del hipermercado? Me reiría a gusto si no hubieras matado a mi padre.

Richard respiró con dificultad y volvió a cerrar los ojos.

—Vete al infierno —musitó.

—Ya estamos en el infierno —le susurró Ferran—. ¿No lo sabías? Debería matarte y terminar el trabajo.

Richard lo miró de nuevo. Ferran aguantó la mirada de su antiguo aliado con una expresión extraña. El herido hizo un gesto de dolor, trató de incorporarse sin conseguirlo y volvió a dejarse caer en la camilla.

—Eres tan culpable como yo.

—Roure dice que el arpón te atravesó y que no ha afectado a ningún órgano importante. Debí apuntar mejor. Y ahora escúchame bien: si haces o

dices algo que me contraríe, aunque sea una señal en la dirección equivocada, acabaré contigo. ¿Está claro?

Pablo cerró la puerta de la cámara cuando Ferran salió, y se quedó esperando mientras éste encendía otro cigarrillo.

—Te aseguro que antes de esto había dejado de fumar —afirmó—, pero ¿qué hace un tío normal encerrado en un hipermercado?

—Tienes razón —concedió Pablo—, siempre nos queda el tabaco, ¿no?

—Sí —sonrió Ferran—. Algo queda. ¿Ha venido alguien a ver a ese tipo?

—El médico. Nadie más. Ni mujeres ni hombres.

—Si no te importa. Será mejor que no hable con nadie. Tiene mucha labia el muy cabrón, y algún alma cándida podría ayudarlo.

—Confía en mí. No dejaré entrar a nadie.

—Luego te mandaré un relevo y veré si puedo conseguir una botella de whisky.

Ferran se alejó mientras en su cabeza rondaban las diferentes posibilidades con respecto a Richard.

En la entrada al Decathlon, Andrea vio algo parecido al caos perfecto. Las estanterías parecían haber sufrido un vendaval, con cajas abiertas y reventadas. El suelo estaba cubierto de cartones y plásticos, envoltorios de artículos deportivos, ropas pisoteadas y calzados desparramados por todas partes. Los haces de luz de las linternas iluminaban un escenario deprimente, reflejo de una situación algo más que deprimente.

—No hay que desanimarse —dijo Ferran—, seguro que encontramos algo útil. Ya sabéis —añadió dirigiéndose al grupo de personas que los acompañaban—, herramientas, utensilios y, sobre todo, linternas o alimentos energéticos.

—Si es que queda algo —añadió Andrea en voz baja.

Junto a ella iba Olga, la animosa ejecutiva que se había pegado a Ferran desde hacía días.

—No seas agorera, seguro que encontramos algo útil.

«Tú sí que has encontrado algo útil», pensó Andrea. El pasillo donde debían estar los aparatos eléctricos había sufrido un saqueo más sistemático. Infinidad de aparatos como antimosquitos, GPS, básculas o estaciones

meteorológicas aparecían destrozados y sin pilas. También habían desaparecido los botiquines y los alimentos energéticos. Con el grupo, una docena de personas, venía uno de los toros mecánicos abrazando un contenedor vacío, y allí iban arrojando todo aquello que les parecía útil. Andrea observó cómo Ferran rebuscaba entre las cajas de cartón vacías. Cuando terminó la operación, el grupo había conseguido una buena provisión de objetos más o menos útiles y a un par de chicas asustadas que habían encontrado en un rincón.

—A Ferran no le gustará que traigamos más gente —apuntó Olga cuando las vio.

—¿Y a quién le importa lo que le guste a Ferran? —replicó Andrea.

Salieron al pasillo donde, escondido en un rincón, el muchacho llamado Roman los observaba en silencio.

El último día de Roman Antonescu al aire libre había empezado como otro cualquiera, es decir, con un hambre que ocupaba todos sus pensamientos. Se había despertado con una punzada en el estómago vacío, y cuando se incorporó en la atmósfera sofocante de la chabola se encontró a Nicolai de pie frente a él, mirándolo con aquella mirada suya vacía y carente de toda emoción. Aun así, Roman sabía interpretar perfectamente a su hermano y reconocía en él el hambre, igual que la furia o el cansancio. A su lado dormía todavía su hermana Raluca, boca arriba para proteger su prominente barriga de embarazada.

Lo primero era llenar el estómago con algo, así que Roman se puso en pie, despertó a Raluca e hizo una seña a Nicolai para que lo siguiera. Acababa de amanecer y la temperatura todavía era soportable. El lugar donde habían instalado su campamento era un descampado lleno de hierbajos y de escombros, con varias chabolas hechas de cartones, placas de aglomerado y algunos ladrillos. Había una familia acampada un poco más lejos, con varios críos todavía durmiendo a la intemperie. Caminaron los tres hasta la cercana avenida, todavía con tráfico escaso, y Roman y Nicolai empezaron a rebuscar entre los contenedores de basura hasta dar con algunos restos comestibles. Podían ser los desperdicios de algún restaurante cercano, o de alguna tienda, pero el caso es que había pan y algunas frutas todavía comestibles que Raluca devoró como si estuviera comiendo para dos. Se terminaron en un parque

cercano lo que Raluca había dejado, y luego Roman empezó a planear las actividades del día. No tenían un céntimo, así que desplazarse implicaba colarse en el transporte público o caminar. En uno de los contenedores encontraron una caja de cartón vacía lo bastante limpia y Raluca se sentó con ella en una esquina, frente a la salida de un mercado. Roman esperaba obtener al menos unos euros para comprar algo de comida y trasladarse a algún lugar como una atracción turística o un centro comercial donde podrían poner en marcha otra de sus actividades diarias. Mientras esperaba junto a Nicolai, a unos pasos de distancia, le gustaba observar a la gente, e incluso apostar consigo mismo si la persona a la que seguía con la mirada dejaría o no unas monedas frente a su hermana. Desde luego, Roman la colocaba siempre a ella como gancho, aunque algunas veces hacía el papel Nicolai. A todas luces, Nicolai no tenía aspecto de saber ganarse la vida, y su cara regordeta, sus ojos siempre perdidos y su inmovilidad casi absoluta despertaban más la piedad de las amas de casa que cualquier gemido o cántico a los que recurrían otros competidores.

A eso de las doce de la mañana Nicolai empezó a murmurar y a quejarse del sol, y Roman sintió como si le hubiera transmitido también su malestar. En la caja de Raluca habían recogido ya unos quince euros en calderilla, un buen día, y con eso Roman decidió que era el momento de pasar a la acción. Del bolsillo del pantalón sacó la hoja de papel donde un compatriota le había anotado, previo pago, los centros comerciales de la ciudad y su entorno, y luego se dirigió a la cercana estación de metro, donde planeó el recorrido hasta un centro que le pareció de lo más interesante. El problema se presentó cuando volvían a la esquina donde Raluca seguía con su labor. A su lado, de pie y amenazadores, había dos guardias armados y vestidos de azul. Roman tenía malos recuerdos de los guardias, tanto de los rumanos como de los italianos y los franceses. Y aunque hacía muy poco que estaba en España, también sabía que no le iría mejor con aquéllos si lo atrapaban, así que hizo un gesto de silencio a Nicolai y le indicó que lo siguiera.

—¿Qué hacemos con Raluca? —le preguntó Nicolai.

—No te preocupes. No le harán nada. A lo mejor hasta le dan de comer y todo.

Sentados a la entrada de la estación de metro aguardaron para ver el desenlace del incidente. Roman no sabía qué hacer, y mucho menos cuando vio cómo los guardias ayudaban a levantarse a Raluca y la metían en el coche patrulla. Resignado, hizo un gesto a Nicolai y ambos entraron en el metro para

dirigirse al centro comercial.

Roman, nacido en Bucarest hacía quince años, había hecho un gran esfuerzo por aprender español, y su tenacidad se había traducido en una comprensión bastante buena del idioma y un modo precario de expresarse. Todo lo contrario de su hermano Nicolai, un año menor y absolutamente negado para aprender nada que no fuera mecánico y repetitivo. Por eso Roman se había encargado de quedarse con las instrucciones de Richard, su protector, bien grabadas en la cabeza en perfecto español: «Iréis abajo, os pondréis en la fila para recibir alimentos y le pediréis a la persona que esté allí que os deje quedar. ¿Entendido?»

Roman se lo tradujo a Nicolai y con un pescozón hizo que se lo grabara en sus cortas entendederas. Antes de bajar al piso inferior, Roman se preocupó de poner a buen recaudo sus tesoros en un viejo armario de madera oculto a la vista. En una caja de cartón había guardado algunos cuchillos, objetos de camping y una buena provisión de walkie-talkies en sus cajas, algo que, acostumbrado a trapichear, pensó que podría ser interesante en algún momento. En la parte alta del centro comercial, la que estaba al mismo nivel de la calle, el aspecto era muy diferente a la de abajo. La cercanía de las puertas abiertas al exterior hacía que las personas se amontonaran lejos de ellas, en los locales pertenecientes a las antiguas tiendas, velados y protegidos con mantas, sábanas o cualquier otro sistema. Las tiendas de campaña, encontradas a decenas en el Decathlon, proliferaban por todas partes, pero siempre lejos de las salidas y la mayor parte de las veces encaradas hacia el interior. Roman todavía tenía valor para colocarse frente a alguna de las puertas, pero era incapaz de dar un paso en su dirección, aunque no todos los encerrados respondían de la misma manera. Algunos podía llegar incluso hasta alguna de las puertas, cerradas, eso sí, y pegar la cara a los cristales contemplando la calle, pero no podían soportar el contacto del exterior. Otros, como él, podían situarse frente a las puertas abiertas y notar el aire en la cara, pero siempre de lejos, a más de diez pasos. Roman cerró los ojos y aspiró el aire con olor a hierba que le recordaba a su Rumanía natal.

Cuando Andrea vio colocarse a Roman y a Nicolai en la fila, con su expresión

de perritos perdidos, buscó con la mirada a Ferran, pero éste no estaba en los alrededores, y el doctor Roure, a su lado, se encogió de hombros. Ninguno de los muchachos iba armado, y su aspecto denotaba las privaciones que poco a poco iban minando su fortaleza.

—Estos críos necesitan una sobrealimentación —dijo Roure—. Tenemos leche infantil, ¿no?

—La tenemos —asintió Andrea—, aunque lo mejor sería encerrarlos con su amigo Richard, ¿no cree?

—Veremos qué opina el señor Clos.

—¿Por qué todo el mundo tiene que pedir permiso a Ferran Clos para hacer cualquier cosa?

Las cosas habían cambiado un poco desde que Ferran Clos había tomado el mando, aunque la expresión «tomar el mando» para Andrea no era más que una referencia. Aparentemente Ferran no daba órdenes a nadie, pero lo cierto era que las cosas se estaban haciendo como él decía. Teóricamente, la asamblea de todos los encerrados en el piso inferior del Carrefour tomaba las decisiones, pero en la práctica, Ferran actuaba como un cónsul romano con su equipo de asesores. El sistema de reparto de comida se había organizado buscando mejorar. Ahora, un grupo de abnegados voluntarios designados por Ferran se habían parapetado tras los antiguos mostradores de la carnicería, y desde allí entregaban los suministros no individualmente, sino a grupos en los que un responsable, también designado por Ferran, era el encargado de administrarlos.

—Señorita, señorita. Me llamo Roman y éste es mi hermano Nicolai. Queremos quedarnos aquí.

—¿Y por qué me lo decís a mí?

—Usted responsable. Usted reparte la comida.

—No —negó Andrea—, yo no reparto nada. Tomaré nota de vuestros nombres y los pasaré a los responsables. —«¿Cómo debo llamarlos?», se preguntó, «¿responsables?, ¿comité central?, ¿directivos?». Roure había dejado voluntariamente el comité directivo y Ferran había encargado a Alicia que se ocupara de supervisar el reparto, lo que la mantenía siempre alejada de las reuniones.

Sentado sobre un palé de madera, el doctor Roure colocaba en aquel momento una tirita en el brazo de la pequeña Aitana. Dio un golpecito cariñoso en el hombro de la niña y la despidió con una sonrisa:

—Ve con cuidado. Si andas por ahí metiéndote por todas partes te harás

daño. ¿Has visto? —dijo dirigiéndose a Andrea—. Ella no parece sufrir como nosotros. Todos los días se las arregla para ir arriba y mirar hacia el otro lado de la autovía. Dice que su hermano está allí... He ido a ver a nuestro amigo Richard, ¿y sabes qué?, el hombre que lo vigila, el camionero, no sé cómo se llama, me ha... identificado.

—¿Qué quiere decir eso?

—Pues que cuando me he acercado ha simulado que no me conocía, hasta que he llegado a la puerta de la cámara, y entonces me ha dicho: «¡Ah!, es el doctor, usted sí puede pasar.»

—¡Gilipollas!

—No sé si me equivoco, Andrea, pero no me gusta Ferran. Estoy seguro de que eso también es cosa suya, como el nuevo modo de controlar la comida...

—... o la llegada de esos dos —añadió Andrea señalando con la cabeza a Roman y a Nicolai.

Los dos muchachos se habían instalado en un rincón, en uno de los pasillos y comían ávidamente de un par de latas. En algunos puntos del gran hipermercado se podían ver pequeños fuegos en el suelo donde grupos reducidos habían empezado a preparar sus propias comidas. Todo el lugar daba la sensación de un sitio donde la gente esperaba, sin esperanza, a que se produjera un milagro.

—¿Crees que esos chicos son un peligro?

—No lo sé. Pero no creo que sean ellos el peligro.

El hombre que montaba guardia en la puerta de la cámara frigorífica era un perfecto desconocido para Andrea. Llevaba ropa deportiva, seguramente obtenida del paseo por el Decathlon, y lucía un cuchillo de submarinista sujeto al cinturón. Andrea lo miró como si estuviera contemplando a un extraterrestre, y se quedó parada frente a él cuando el hombre, de unos cuarenta años, extendió la mano como si fuera un guardia de tráfico.

—Aquí no puede entrar nadie.

—No tenía intención de hacerlo. ¿Y quién dice que no puede entrar nadie?

—El señor Clos.

—¿Y quién es el señor Clos para impedir la entrada de nadie adonde

sea?

—Mire, señorita, yo no sé nada. Sólo me han dicho que ahí dentro está ese tipo peligroso y que no deje entrar a nadie.

—Ese tipo peligroso, ya. ¿Cómo te llamas?

—Jordi.

—Muy bien, Jordi. Un placer.

Ferran estaba en el despacho que utilizaban como punto de reunión y con él su ahora íntimo Bernat López. Guardaron silencio cuando Andrea entró, y ella vio como Ferran doblaba el mapa que tenía extendido sobre la mesa.

—Qué querías —dijo él.

—¿Podemos hablar?

—Claro. ¿De qué quieres hablar?

—A solas —dijo sin mirar a López.

A Andrea no se le escapó que Ferran no tuvo que hacer ninguna señal. Miró a López y éste salió del despacho cerrando la puerta tras él.

—Es muy obediente el tal López.

—¿Qué pasa?

—Eso quería preguntarte yo. ¿Qué pasa?

—No sé a qué te refieres.

—¿Ah, no? Me da la impresión de que has cambiado. Que estás empezando a comportarte como un dictador. No niego que has puesto un poco de orden y que formamos una comunidad con cierta seguridad, pero hay cosas que no entiendo.

—¿De qué cosas hablas? —preguntó Ferran sin perder la calma.

—¿Me puedes explicar por qué nadie puede entrar a ver a Richard? Y de paso, a qué se debe ese cambio en la organización de las comidas, esos jefes de equipo... y tal vez también por qué Roure ya no está en el grupo de responsables.

—Lo llamamos Comité de Dirección.

—¿Comité de Dirección? —Andrea soltó una carcajada—. ¿Como el Comité Central? ¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—Richard mató a mi padre, ¿lo recuerdas? No estoy dispuesto a que ninguno de sus amigos entre allí y lo ayude a escapar. ¿Te parece bien? El doctor Roure entra a verlo para controlar si sigue vivo, cosa que no me interesa en absoluto. Pero mientras no decidamos qué hacer con él es mi responsabilidad. Y en cuanto a Roure, sabes perfectamente que ha sido él quien ha decidido dejar la responsabilidad del Comité. Ha sido una decisión

propia.

—Es posible. Pero no estaría mal una reunión para decidir qué hacemos con Richard y para que nos expliques por qué esos cambios en el reparto de comida.

—Te he nombrado responsable de uno de los grupos, ¿qué problemas le ves?

—¿Que me has nombrado? ¿Y quién eres tú para nombrar nada? Nadie discute que sea una buena idea, pero eso se propone a la gente, se habla y luego se toma una decisión. Sólo estamos jodidos, no somos unos gilipollas inútiles. Y tú estás tan jodido como nosotros. Tu padre nos ayudaba a organizarnos, no estaba interesado en darnos órdenes.

—¿Eso es lo que crees? No tengo intención de discutir contigo, Andrea. Alguien tiene que tomar las decisiones. ¿Has visto lo que tenemos entre manos? Hay casi doscientas personas aquí dentro, gente deprimida y asustada, sin futuro. Tenemos la comida racionada, y por ahí fuera corren decenas de desesperados que nos lo pueden arrebatar todo. Hace falta un poco de disciplina y de organización. Y si hay una cosa que veo clara no voy a convocar una asamblea para tomar una decisión. Lo siento, me ha tocado tomar las riendas. ¿Quieres hacerlo tú? Porque si es eso no tienes más que decirlo. O mejor, me vuelvo al piso de arriba con la gente que no tiene para comer y nos ve aquí, encerrados con todo un hipermercado.

—La comida del hipermercado se acabará algún día —dijo Andrea, sombría.

—¿Y eso qué? ¿Qué cambia eso? Ayúdame. Eres una chica lista. Tienes ideas y energía. Entre los dos podemos tomar el mando de todo esto y salir adelante. Tú y yo —le rozó la mejilla con los dedos en una caricia reprimida—. Me jode decirlo, pero esto es un nuevo mundo. Sólo los más fuertes sobreviviremos. Ayúdame y...

Antes de que terminara la frase la puerta de la oficina se abrió y apareció el doctor Roure.

—Hola, Andrea. Ferran, tenemos que hablar.

Andrea salió del despacho sin decir palabra y se encaminó hacia la zona central del hiper.

En el tiempo que llevaban encerrados en el centro comercial, la vida del centenar largo de personas había ido cambiando hasta convertirse en algo difícilmente reconocible. Todo el mundo se había instalado de la manera más cómoda posible, pero lo que en un principio habían sido individuos solitarios,

desperdigados aquí y allá, se habían ido convirtiendo en pequeños grupos, a veces de sólo una pareja; otras, de una decena de personas. Por lo general se habían ido agrupando alrededor de un fogón de gas butano, de una pequeña tienda de campaña o de un colchón hinchable. Desde el primer momento, los más lúcidos habían recomendado ahorrar pilas y no utilizar las linternas sin un motivo, por lo que todo el mundo se estaba acostumbrando a la oscuridad, algo que, en el fondo, era como una liberación. No faltaban quienes de vez en cuando subían al piso superior y contemplaban el exterior desde las puertas, siempre abiertas, o desde las ventanas. Había hombres que ya habían prescindido de afeitarse, aunque todavía manaba agua de los grifos, pero también se aconsejaba tener cuidado, ahorrarla en la medida de lo posible y no usarla más que para las necesidades más urgentes. Eso, claro está, había conducido a que la higiene no fuera ya una prioridad, al menos de la manera a la que todos estaban acostumbrados.

Como siempre, el foro, la zona central, estaba llena de hombres y mujeres silenciosos, de miradas huidizas y expresiones hoscas. Sólo se hablaba en cuchicheos, y seguramente sólo de derrota. Andrea se sentó en un tonel vacío y encendió un cigarrillo. Eso, el regreso del tabaco, era una de las señales de que las normas de vida habían cambiado. El estanco de la planta superior había sido uno de los primeros negocios asaltados y desvalijados, y los cigarrillos se convirtieron rápidamente en moneda de cambio. Como en la cárcel, había dicho alguien. Otra de las señales de cambio era la soledad. Ni siquiera los grupos podían hacer desaparecer la sensación de la extrema individualidad. Muy pocos habían tenido la suerte de quedarse encerrados con algún ser querido. De ahí, el pensamiento de Andrea se fue a Michael. ¿Qué habría sido de él y de las personas encerradas en el hotel, bajo un pavoroso incendio? Y estaba Ferran Clos. Él había tenido el privilegio de quedarse encerrado con su padre y sin embargo se había negado. Manuel Clos era un buen hombre. ¿O no lo era? En realidad, ¿qué sabía ella de Manuel Clos?, ex policía y hábil organizador. Por un momento le pasó la peregrina idea de consultar en cualquier base de datos o red social de internet... sólo que internet ya no existía. Se encontró con que ella misma admitía en su fuero interno que internet no es que hubiera dejado de funcionar; era, simple y llanamente, que ya no existía.

Por debajo de la puerta de la oficina salía un leve rayo de luz, seguramente un farolillo de camping con su llama amarillenta y oscilante. ¿De qué estarían hablando? El doctor Roure no era persona que se dejara manejar

fácilmente, pero había que reconocer que Ferran había conseguido una posición destacada entre toda aquella gente. Andrea apagó el cigarrillo con un gesto de rabia y luego se dirigió hacia el pasillo donde se había instalado con su pequeño grupo. Cuando Ferran le había encomendado que se encargara de ellos lo había hecho con tal sutileza que Andrea no se había dado cuenta hasta horas después de que estaba colaborando en algo nuevo y sospechoso. Su grupo lo formaban cuatro personas además de ella: Olga, Aitana y su madre Pilar y Joan. Joan había conseguido un par de tiendas de campaña y las había instalado sobre unos palés de madera, cerca de los ascensores ahora inservibles. Era un lugar relativamente apartado, aunque todo el mundo se movía por donde le parecía sin prestar demasiada atención a la intimidad.

Cuando Roure salió del despacho Andrea vio en su rostro una expresión de preocupación.

—¿Qué está pasando, doctor?

—De todo. Pienso en el futuro. El agua puede escasear, las medicinas... He ido recogiendo todo lo que había en los botiquines de las tiendas, pero habría que ir arriba a ver qué encontramos. Y luego está lo de... Richard. — Roure bajó la voz y miró a su alrededor antes de hablar—. Tiene un agujero, sí, pero tarde o temprano se curará.

—¿Qué quiere decir?

—Que en pocos días estará sano como un roble, y entonces ¿qué haremos con él?

—¿Se lo ha dicho a Ferran?

—Se lo he dicho y está empezando a volverse paranoico. No se fía de mí.

—¿Y qué cree usted que está pasando?

—No lo sé. Le disparó con gran sangre fría, a menos de tres metros, y es un profesional. No quiso matarlo... y sin embargo ahora. Es como si fuera otra persona.

—Estoy de acuerdo con usted —dijo Andrea—, pero la verdad es que no estoy segura de si eso nos conviene o no.

—A eso me refería. No creo que pretendiera que mataran a su padre, pero sí que algo ha cambiado en él. Actúa como un general y cada día tiene más adeptos.

—La gente necesita alguien que le diga lo que tiene que hacer.

—A veces creo que sí, Andrea, y eso me preocupa.

Ferran lanzó una maldición cuando vio la puerta de la cámara frigorífica abierta de par en par. No había nadie vigilando y dentro se veía luz.

—No dejes que se acerque nadie —le indicó a López, siempre pegado a él.

La luz era escasa pero suficiente, y el lugar había ganado una mesa pequeña, una silla y un impropio sillón hinchable. Había también una pila de libros en la mesa junto al farolillo de gas butano, pero nada más. Richard había desaparecido.

—¡Maldita sea! Busca al idiota que estaba de guardia.

El camionero llamado Pablo ni siquiera estaba muy lejos, sólo unos metros más allá, en uno de los lavabos todavía con agua corriente que usaban todos los encerrados.

—¿Fugado? —exclamó Pablo con los ojos muy abiertos.

—Eso es. Se ha largado y alguien ha tenido que ayudarlo —masculló Ferran al borde de la ira—. ¿Sabes por casualidad quién ha podido ser?

—Te juro que yo no... Sólo he ido un momento... El doctor se acababa de ir y me dijo que estaba sedado... Yo...

—El doctor —afirmó más que preguntó Ferran.

—No creerás que ha sido el doctor —dijo López cuando ambos se alejaban hacia la zona más concurrida del hiper.

—Yo no creo nada... —Ferran iba a añadir que era el único que podía entrar ahí, pero vista la férrea vigilancia de Pablo, ya no estaba tan seguro.

—Yo opino que es un tipo peligroso —dijo López—. Tendrías que haberlo liquidado.

—Aún estoy a tiempo. Voy a ver al doctor. Reúne a unos cuantos hombres de confianza y espérame junto a la escalera.

—¿Se ha fugado?! —exclamó el doctor.

A su lado, Andrea cerró la puerta del pequeño despacho y se colocó junto a Roure, como si quisiera hacer causa común con él.

—Eso es. Y alguien ha tenido que ayudarlo. Ese tipo ha matado a dos personas, y una de ellas era mi padre. Cualquiera que lo haya ayudado se las tendrá que ver conmigo.

—¿Sospecha de alguien? —preguntó el doctor aguantándole la mirada—. Tal vez tiene usted alguna idea.

—Si la tuviera estaría muerto —le espetó Ferran.

—¿En qué te diferencias de Richard? —dijo Andrea tras un segundo de silencio—. Al fin y al cabo estabais juntos.

—Nadie te ha preguntado nada, Andrea. Tienes la mala costumbre de meterte en las conversaciones de los demás.

—Le dejé sedado no hace ni dos horas —afirmó Roure—. Y su hombre cerró la puerta cuando yo salí, como siempre. No lo llevaba en un bolsillo. Se lo puede preguntar.

—Ya lo hemos hecho —señaló López.

—Entonces, ¿qué es esto? —protestó Roure dirigiéndose a Ferran—, ¿la Gestapo? ¿No ves lo que te está pasando?

—¿Qué me está pasando según usted, doctor?

—Te estás convirtiendo en una especie de dictadorzuelo. ¿De qué se trata, rebelión contra la autoridad paterna?

—¿Y usted qué sabe? Richard mató a mi padre —manifestó Ferran, y Andrea percibió el frío a dos metros de distancia.

—No tengo nada más que decir. —El doctor Roure salió del despacho bajo la mirada inquisitiva de Ferran.

—Adiós, doctor —murmuró Ferran—. ¿Y tú, Andrea?

—¡Vete a la mierda! —exclamó ella, y también salió del despacho.

—Lo han matado —dijo Andrea cuando alcanzó al doctor.

—Eso no lo sabes. Tal vez es cierto y se ha fugado, aunque...

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Andrea.

—Nada —contestó, desolado, Roure—, no podemos hacer nada. Míranos. Es como si la raza humana se hubiera transformado. Tememos a la superficie cuando antes temíamos a un sótano. Nos da pánico el espacio abierto cuando antes no podíamos estar encerrados.

—¿Y eso justifica algo? —respondió ella, furiosa—. Estamos hablando de un hombre al que posiblemente han matado. ¿Qué somos ahora, ratas *sapiens*? Me causaría risa si no fuera por el drama que vivimos.

—Te preocupas por un criminal, Andrea. Por un individuo que ha matado a dos personas y quién sabe a cuántas más. De la noche a la mañana todo lo que habíamos conocido ha desaparecido. ¿Qué sabes de tus seres queridos?

—Sólo tengo a mi madre. La dejé en casa... Es extraño, porque al salir no piensas en si vas a volver a verla o no. ¡Cómo lo vas a pensar! Es lo natural. Cenar con ella, charlar sobre las vecinas, sobre lo que has hecho durante el día... Bueno, y Julia.

—¿Julia?

—Sí. Llevábamos juntas la tienda de juguetes y marionetas. Estábamos juntas desde el instituto, y ahora... tampoco sé dónde está, si ha podido sobrevivir, si tiene esperanza.

—Es muy triste. Sí.

—Ahora cualquier momento pasado me parece lo mejor del mundo. ¿Y a usted?

—¿Yo? Apenas si puedo... Acababa de enterrar a la mujer de mi vida.

—¡Oh! Lo siento —exclamó Andrea—. No tenía ni idea...

—Al menos sé que no está sufriendo, encerrada... Perdona, no debería hablar así. Míranos. Estamos en una precariedad absoluta, vivimos acampados como indigentes, con la comida racionada. Hemos vuelto al trueque. ¿Te das cuenta de lo que nos ha pasado? Es como tú dices, somos ratas *sapiens*.

—¿Y eso nos convierte en salvajes y asesinos?

—Cosas así hacen salir lo mejor y lo peor del ser humano, deberías saberlo —afirmó Roure.

—Ferran ha matado a ese hombre.

—No lo puedes saber. Y no sé si lo malo es que esté muerto o que ande por ahí suelto y con vida.

Sigo sin fiarme de Ferran Clos. Al principio me cayó bien, pero he reflexionado sobre su actitud y Roure tiene razón, no me cuadra el hecho de que se enfrentara a su padre y ahora esté aquí con nosotros, ocupando un puesto dirigente. La gente lo aprecia. Y en la asamblea se hizo fácilmente con el control. Se nota que sabe cómo desenvolverse en estas circunstancias. Hace semanas que no consigo dormir más de tres horas seguidas. Me despierto sudando como si estuviera en un horno, y es en ese momento, de la noche cuando la desesperación se hace más presente. He llorado tanto que me parece que nunca más podré derramar una lágrima. Tengo miedo por mí, por mi madre. ¿Qué será de ella? Es ahora cuando más la echo de menos. ¿Y qué habrá sido de Michael? ¿Habrá sobrevivido? Hace días que he dejado de tener el deseo irrefrenable de salir a la calle. ¿Para qué? Sólo pensarlo me pone enferma. He perdido la noción del tiempo y cada vez me interesa menos la sucesión de días y de noches. ¿Qué es el día? Terror, miedo y muerte. Soy como una criatura de la noche, asustada y recelosa. A veces me gustaría ser una niña, como Aitana, y vivir esto como una aventura.

Era como un cuento. Una calle repleta de juguetes casi hasta el cielo. Aunque el cielo era un techo muy alto, oscuro, donde danzaban reflejos rojos y amarillos. Aitana caminaba muy despacio, con cuidado para no despertar a los cientos de muñecos y animales que poblaban las estanterías. En una de ellas, muy por encima de su cabeza, había alguien durmiendo, o tumbado, y Aitana se preguntó qué clase de hombre dormiría colgado en lo alto. Trató de pasar a su lado de puntillas, para no despertarlo, y tropezó de pronto con alguien que estaba en el suelo y hasta entonces no había visto.

—¡No te asustes! —dijo un chico de cabello largo y ojos risueños—. Soy Roman. Y éste es mi hermano Nicolai.

A Aitana no le gustó Nicolai porque no podía verle los ojos. Miraba al suelo y movía la cabeza de un lado a otro, como si estuviera olfateando algo. En cambio, el otro, el que le había hablado, parecía simpático. La presencia de los dos chicos le hizo olvidar al hombre que dormía más arriba.

—Yo me llamo Aitana. Y tengo un hermano que está ahí —señaló como siempre—, en el instituto.

—¿Y tus padres?

—Mi madre está ahí —señaló hacia el final del pasillo—. Mi padre no lo sé.

—¿Tienes un caramelo?

—No. Andrea me da uno por las mañanas después del desayuno.

—¿Y por qué no los coges? Por ahí está lleno de cajas de caramelos y de eso que se chupa, y también chicles.

—No se pueden coger las cosas. Las tienes que pedir.

—Yo no las tengo que pedir —le aseguró Roman.

—¿Ah, no?

—Claro que no.

—¿Me darás un caramelo?

—¿Y tú qué me darás a cambio?

—No tengo nada... Pero te puedo enseñar una cosa.

—No tienes nada que me interese —dijo Roman en tono despectivo.

—Sí que lo tengo. Sé dónde hay un pozo.

—¿Qué? —exclamó Roman, súbitamente interesado. Dirigió unas palabras a su hermano en rumano y éste levantó los ojos del suelo por primera vez con una chispa de atención en ellos—. No me lo creo —añadió Roman.

—Pues ven y verás.

Aitana echó correr pasillo adelante seguida por los dos hermanos. Al llegar al tramo final del hiper, oscuro como boca de lobo, la niña se coló ágilmente por debajo de una persiana oxidada. Roman lo pudo hacer no sin dificultades, pero Nicolai fue incapaz de lograr que su cuerpo, más grande y pesado, pasara al otro lado.

—Espéranos aquí —le ordenó Roman.

Tras la persiana se abría un pasillo inclinado, estrecho y de techo bajo, cortado por tramos de escaleras descendentes, más pensado para cableado y tuberías que para el paso de una persona, pero Aitana, pequeña y ágil, lo recorría con una agilidad notable mientras Roman la seguía, sudando y luchando para no quedarse atascado. Desembocaron en el último piso del aparcamiento, y la niña le hizo una seña para que se acercara.

—Está ahí —dijo.

Al principio Roman no vio nada, pero la pequeña linterna le descubrió un coche aparcado, y algo más lejos, donde señalaba Aitana, la oscura boca de un

pozo con una gran losa a su lado. La niña no era consciente del peligro, pero Roman sí, y se acercó con mucho cuidado, tratando de no resbalar en el suelo húmedo ni de tropezar con algunos hierros esparcidos por el suelo. El pozo era absolutamente oscuro, como una boca negra y desdentada.

—¿Adónde va eso? —preguntó Roman.

Aitana se encogió de hombros. Roman frunció los labios y luego prefirió prestar atención al coche con las portezuelas abiertas. Fue entonces cuando Aitana lanzó un grito agudo y tan fuerte que Roman se tapó los oídos, y cuando se volvió para ver qué pasaba, él mismo gritó con todas sus fuerzas. Del interior del pozo, como un cadáver que volviera de la tumba, apareció la figura de un hombre.

—¿Has visto a mi hija? —le preguntó Pilar.

—¿Aitana? No. Bueno, hace rato la vi por ahí...

—Tengo miedo. Me tiene asustada. Sé que a menudo se va arriba. Está empeñada en que vayamos a ver a su hermano, al otro lado de la autovía. ¡No me ocupo de ella lo suficiente!

—No le pasará nada...

—Me da miedo, y pasa mucho tiempo allí.

—Está bien, iré a buscarla.

—Eso es peligroso —apuntó Joan—. Te acompañaré.

Subieron por la rampa y saludaron a los dos hombres que parecían pasar el rato, fumando tranquilamente, sin nada mejor que hacer. Andrea no dijo nada, pero Joan vio en sus ojos una expresión de reproche.

—¿Qué pasa? —dijo él sin mirarla.

—Nada. ¿Tú estás de acuerdo con eso?

—¿Con qué?

—Ya sabes con qué. Con no dejar bajar a los de arriba.

—Sí que los dejamos, pero con nuestras condiciones.

—No es eso lo que me han dicho —replicó Andrea.

—¿Y qué te han dicho?

—Que no dejáis bajar a nadie. Que si les dais comida es a cambio de algo, como pilas, ropa, butano...

—¿Has visto como nos miran? —señaló Joan.

Las miradas de la gente agazapada en el primer piso era diferente. Sus

ojos parecían más encendidos, e iban acompañados de gestos nerviosos y expresiones hoscas.

—Nos consideran privilegiados —dijo Andrea—, y no se lo reprocho.

—Pues por eso hay que vigilar.

Las cosas habían cambiado en el piso de arriba. Al principio era un espacio abierto, donde convivían el grupo del Carrefour, cada vez más cerrado, y «los de arriba», pero poco a poco aquella zona se había ido convirtiendo en un lugar muy peligroso.

Unos gritos llamaron su atención. Dos hombres se enzarzaron de pronto en una pelea y Joan tiró de ella para alejarla. Tropezaron con una mujer con los ojos como extraviados y Andrea murmuró unas palabras de disculpa mientras la mujer trataba de cogerla por el brazo.

—¿Tienes algo de comer? —le preguntó.

Se alejaron por uno de los pasillos convertido en un caos de cajas vacías, ropa desparramada y objetos diversos, pero no había ni rastro de Aitana. En un rincón, Andrea creyó reconocer a una de las dependientas de Zara. Su aspecto era deprimente, con la mirada vacía, el pelo revuelto y un movimiento convulsivo en los labios.

—Hola. ¿Me conoces? —preguntó Andrea inclinándose frente a ella—. ¿Me recuerdas? Estamos buscando a una niña...

—Suele estar por ahí al fondo —dijo una voz masculina.

—Hola, Pàmies —lo saludó Joan—. ¿La has visto?

—Hace un rato. Iba con los dos rumanos. ¿Tenéis algo de comer? —Joan sacó del bolsillo un puñado de cacahuetes y se los tendió a Pàmies, que los devoró al instante—. ¡Como un monito de feria! —dijo el chico con una sonrisa cargada de sufrimiento.

—¿Por dónde han ido? —preguntó Andrea.

—La niña se esconde por ahí. —Pàmies señaló hacia el fondo del pasillo—. Debe de haber algo que le llama la atención.

—¡Mira, los privilegiados! —exclamó un hombre alto y fuerte que apareció de repente. Puso los brazos en jarras y se encaró con Andrea, mirándola de un modo que inquietó a la muchacha.

—Vámonos —dijo Joan cogiéndola del brazo.

Se movieron con rapidez hacia el fondo del local, esquivando montones de desperdicios, grupos de personas y pequeñas fogatas donde se cocinaban magras raciones.

En aquel punto se formaba un recodo oscuro y solitario. Andrea encendió

la linterna y entonces vio a Aitana. Estaba sentada en el suelo, con la espalda apoyada en una persiana herrumbrosa. Tenía los ojos muy abiertos y permanecía inmóvil, como si hubiera visto un fantasma.

—No le pasa nada —dijo Roure guardando el fonendoscopio—. Nada físico, quiero decir. Ha tenido un *shock*. ¿Dónde la habéis encontrado?

—Arriba. Al final, junto a una persiana forzada —dijo Joan.

—¿Os ha dicho algo? —preguntó Ferran.

—No tiene ningún daño —dijo Andrea mirando a Ferran con expresión pétrea—, sólo algunos arañazos, ha debido de meterse por debajo de la persiana.

—¡Mi niña! —exclamó Pilar abrazándola.

La niña estaba tumbada en la camilla improvisada por Roure. Tenía los ojos muy abiertos y no parecía darse cuenta de lo que sucedía a su alrededor.

—Cosas de críos —apuntó Ferran.

—¿Tenéis idea de adónde da la persiana? Tal vez ha visto algo... —aventuró el doctor Roure.

—Hay un túnel. Puede que llegue al exterior y eso la haya afectado —sugirió Joan.

—Podría ser —señaló Roure—. No conocemos bien cómo funciona... esto. Pilar, no se separe de ella. Llévesela a un sitio tranquilo y que no vea a nadie. Sobre todo a esos dos críos con los que se junta.

—Si no le importa, doctor, me gustaría que la niña nos mostrara dónde ha visto el fantasma —dijo Ferran.

Tocó la cabeza de la niña con un gesto que pretendió ser afectuoso y luego esperó una respuesta.

—La niña está asustada —murmuró Andrea en voz baja.

—Yo sé dónde están los críos —aseguró Joan—. Ellos nos dirán lo que han visto.

—Está bien —asintió Ferran después de un momento de reflexión.

Alguien había puesto al pasillo central el nombre de Campos Elíseos, pero a Andrea le parecía un sarcasmo. Poco a poco el espacio se había ido transformando, y ahora las enormes estanterías habían sido modificadas y en algunos casos desplazadas, de modo que se habían organizado en auténticas calles y plazas, con espacios cerrados donde los diferentes grupos hacían

vida. Joan se dirigió sin dudarle hacia la escalera donde dos hombres montaban guardia armados con sendos bates de beisbol, los saludó y luego le dijo a Andrea:

—Ya sé que esto no te gusta, pero así son las cosas. Sin disciplina no sobreviviremos.

—Me parece estar oyendo a Ferran —respondió ella malhumorada.

Tras ellos, a unos pasos, Ferran, López y dos hombres más del séquito habitual parecían formar un piquete de ejecución o algo parecido. El grupo ascendió hasta el piso superior y allí Joan los condujo hasta uno de los pasillos laterales del Carrefour.

Los dos hermanos estaban en un rincón, con su aire de animalillos asustados. Se habían construido una cabaña con cartones y se protegían con una especie de barrera hecha con libros. Roman, el mayor, se puso de pie cuando los vio llegar y puso las manos por delante, como si quisiera defenderse. Alrededor del grupo de recién llegados se empezó a formar otro grupo de ceñudos refugiados que los miraban con rencor.

—¿Dónde habéis visto el fantasma? —le espetó Joan.

Sólo entonces Andrea se dio cuenta de que a quien estaban buscando era a Richard.

—Ella nos llevar a... parking, sótano.

—¿Al parking? —dijo Ferran—. ¿Cómo que os llevó al parking?

—Al parking. Pozo de cadáveres. Ella enseña pozo y...

—¿Os ha enseñado el pozo de cadáveres? —repitió Joan—. Esto... ¿y qué habéis visto?

—Visto... un cadáver —dijo Roman, blanco como un papel.

—¿Habéis visto un cadáver? —preguntó Ferran, escéptico—. ¿Qué te parece? —inquirió dirigiéndose a López.

—Que podría ser Richard...

El aparcamiento inferior era si cabe más solitario que los de arriba. O al menos eso les pareció. Ferran y López avanzaron con cierta precaución, iluminando el camino con sendas linternas que barrían el enorme espacio vacío. Un poco más atrás, Andrea y Joan los seguían con prevención. Los dos hombres que acompañaban a Ferran se quedaron junto a la escalera, como fuerza de retaguardia. Andrea no había vuelto allí desde el día de la

exhumación del cadáver de Manuel Clos, y tenía la extraña sensación de estar entrando en un territorio inexplorado. Joan caminaba a su lado, tenso, lanzando en torno ojeadas de aprensión. Ferran y López se habían detenido al llegar al único coche que había en todo el aparcamiento. Tenía las portezuelas abiertas y dentro no había nada ni nadie. Avanzaron unos metros en dirección al pozo, despacio, midiendo sus pasos. Andrea creyó notar una ligera vacilación en Joan.

Lo primero que percibió fue un destello al pasar el haz de luz de Ferran por la zona cercana al pozo. Más que un destello se trataba de una serie de destellos, como puntos de luz. Andrea sólo fue consciente de que eran ojos cuando se dio cuenta de que iban agrupados de dos en dos.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó.

—¡Joder! —fue la respuesta de Joan— ¿No notas el olor?

En verdad el olor era repugnante. Avanzaron unos pasos y Andrea vio cómo Ferran descolgaba el fusil submarino de su hombro.

—¡Quién hay ahí! —gritó Ferran al tiempo que lo cargaba.

—¡Qué coño quieres hacer! —le espetó Andrea—, ¿matar a más gente?

—¡Por favor! —exclamó una voz suplicante—. ¡Por favor! ¿Tenéis algo de comida?

Andrea dio unos pasos atrás, hasta el coche, se metió en él y trató de encender los faros, pero hacía tiempo que las baterías de los coches habían sido trasladadas arriba para ser utilizadas. De la oscuridad, iluminado poco a poco por las linternas, fue apareciendo un puñado de personas con las ropas empapadas, los cabellos enmarañados y expresiones ausentes. La misma voz volvió a preguntarles si tenían algo de comida, y entonces Andrea se quedó paralizada, con los ojos muy abiertos e incapaz de moverse.

—¿Qué te pasa? —gruñó Ferran—. ¿Tú también has visto un fantasma? ¿De dónde coño salís vosotros?

—¿Michael? —musitó Andrea.

—Un poco de comida...

—¡Michael!

Antes de que pudiera acercarse más, Michael puso los ojos en blanco y se derrumbó como un muñeco.

El aparcamiento estaba lleno a medias, y Jaume y Sara se movían entre los vehículos hasta que el chico señaló uno de ellos.

—Ése es un diésel.

—¿Seguro?

—Claro. —Jaume la miró extrañado señalándole la marca—. ¿No lo ves?

—No entiendo nada de coches. Y ahora qué.

—Pues ahora hay que ver si el depósito está lleno y sacar el gasoil. Con un poco de suerte lo podremos usar para el generador.

—¿Y cómo lo vamos a sacar?

—¿Para qué crees que llevo la goma? —Se la mostró—. Ahora hay que intentar encontrar unas latas.

Cuando Jaume y Sara aparecieron con varias latas llenas de gasoil, del grupo de chicos y chicas salieron vítores y aplausos. Mercè sonrió y echó a andar por el espacio central. Echaba de menos su casa, pero al menos allí tenía más espacio y podía pasear rodeada de chicos jóvenes y animosos. Se acercó hasta el grupo formado por Gerard y el chico llamado Jaume, alto y fuerte como un oso. Estaban acucillados frente a unos gruesos cables que, desde un agujero en la pared, llegaban hasta una caja de fusibles a media altura, ya en el interior del almacén.

—Tenga cuidado —la advirtió Gerard—. Esto no es muy seguro.

—¿Hasta cuándo nos durará el gasoil? —preguntó Jaume.

—Tendré cuidado —dijo Mercè sonriendo.

—No lo sé. Buscaremos más en el aparcamiento. Por lo menos para seguir usando el taladro.

—Gerard, ¿podemos hablar un momento? —le preguntó Mercè.

—Claro. Luego volvemos al aparcamiento —añadió dirigiéndose a su compañero.

—Cuando me encontrasteis... —empezó Mercè mientras caminaban juntos— ¿no visteis a nadie más?

—¿En su bloque? No... bueno, no entramos en todos los pisos. En el suyo sí porque la puerta estaba abierta.

—En el mismo rellano. La puerta dos. Allí vive sola mi amiga Maria. No tenía nada, se le había acabado la comida y...

—De eso hace ya varios días.

—¿Quieres decir que ya habrá muerto?

—No lo sé, señora Mercè. ¿Quiere que vayamos a buscarla?

—¿Se puede?

—Las cosas han cambiado. Hay grupos que no están con nosotros y que pasan de un bloque a otro por agujeros, por los aparcamientos... y no todo el mundo se comporta. Es un poco peligroso.

—Mi marido guardaba un arma en casa. Está en lo alto del armario del dormitorio. Donde me encontrasteis.

—¿Qué arma? ¿Una pistola?

—Sí, una pistola. Yo no entiendo mucho, pero era la suya. La reglamentaria.

—¿Era un poli? —Mercè asintió y esperó—. ¿Su amiga se llama Maria...?

—Eso es.

—Bueno... voy a hablar con los chicos. Haré lo que pueda.

—¿Una pistola? —exclamó Pep, el pelirrojo.

—Sí —asintió Gerard—. Nos podría ser útil, pero lo que importa es ver si localizamos a esa mujer.

—A estas horas estará muerta —dijo Sara.

—Las siniestras siempre pensando lo mejor —le soltó Mireia, la rubia.

—Y las pijas siempre pensando en Disneylandia.

—Callaos, por favor —pidió Gerard—. La cuestión es si decidimos volver a ese bloque a encontrar a esa señora... y de paso nos hacemos con la pistola y alguna otra cosa que nos pueda ser útil.

—Eso es como desvalijar las casas de la gente —apuntó Pep.

—Eso creo yo —corroboró Gabi—, aunque mola.

—Las cosas han cambiado —les recordó Gerard—. La otra vez no sabíamos bien qué pasaba. Ahora está claro que nos las tenemos que arreglar como sea. Ya no es desvalijar. Si no hay nadie, quiere decir que nadie va a volver.

—¿Y quién se quedará la pistola? —dijo uno de los gemelos Baquer.

—Eso sólo lo puede preguntar un subnormal —le espetó Sara.

—¡Mira quién habla, la putita de Gerard! —respondieron a coro los gemelos.

De no haberse interpuesto Gerard, Sara habría alcanzado a uno de ellos con las uñas pintadas de negro.

—¡Queréis dejar de portaros como estúpidos! —gritó Gerard—. ¿Qué

pensará la señora Mercè? En lugar de decidir si vamos a por su amiga estamos haciendo el gilipollas como si estuviéramos en clase.

—¿Vamos a ir a por ella o no? —quiso saber Pep.

—Cuando volvisteis la otra vez dijisteis que era peligroso moverse fuera de aquí —dijo Mireia.

—Y lo es —asintió Gerard—. Pero creo que tenemos que hacerlo. Además, necesitamos hacer acopio de todo lo que podamos. Tenemos electricidad, por el momento, pero necesitamos muchas más cosas.

Al colarse en el edificio contiguo, Gerard habría dado cualquier cosa por que hubiera luz eléctrica. La pobre linterna que llevaba apenas si le dejaba ver un pequeño círculo delante de él, y estaba seguro de que de entre las sombras podía aparecer cualquier cosa. El hueco abierto en la pared llevaba directamente al sótano del bloque contiguo, un amplio espacio oscuro y silencioso con una ventana superior de hierro y cristal desde la que se filtraba la luz del día. Gerard, Pep y Sara se quedaron agazapados en el suelo, mirando con prevención hacia el exterior.

—Algo se mueve fuera —dijo Sara.

—No puede ser —murmuró Pep.

—¿Por qué no puede ser? —aventuró Gerard—. ¿Quién dice que esto le está pasando a todo el mundo?

—Sigue ahí. Está junto a la ventana.

—Podíamos abrir y ver qué es —dijo Pep—. Sin salir, claro. A lo mejor es alguien que puede vivir en el exterior.

Nadie dijo nada. Gerard sintió que debía ser él el que hiciera el esfuerzo, pero cuando intentó buscar algo para acceder al ventanuco fue como si todo el cuerpo se le hubiera paralizado. Y entonces la sombra que había tras los cristales desapareció.

—Vamos —dijo Gerard, liberado del estrés.

Se movieron con rapidez subiendo por la escalera hacia el interior del edificio. Era un edificio de cierta prestancia, tal vez por eso abrir el boquete les había costado algo más que los anteriores. Todo estaba oscuro y fueron subiendo la escalera con precaución.

—¿Qué piso era? —preguntó Pep.

—El cuarto. ¿Estás bien? —añadió Gerard dirigiéndose a Sara.

—¿Si estoy bien? ¿Por qué, porque soy una chica? ¿Estás bien, tú?

—Perdona. También me preocupa Pep.

—Yo estoy bien —dijo éste.

En el cuarto piso seguía abierta la puerta del apartamento de Mercè. Gerard les indicó que guardaran silencio llevándose un dedo a los labios. Todo estaba igual que el día en que la encontraron a ella. Salvo que había un olor en el aire que no presagiaba nada bueno.

—Primero iremos a ver el apartamento de Maria. Es aquél.

Gerard no había forzado nunca una puerta, pero en previsión se había agenciado una palanca de entre las herramientas del maletero de un coche. Forzó la puerta del apartamento haciendo palanca en las bisagras, como le habían enseñado en alguna charla poco recomendable.

—¡Mira lo que sabe hacer! —exclamó Pep—. Se nota que eres amigo de Jaume.

El olor repugnante venía sin duda del apartamento de Maria, y Gerard sintió que se le revolvía el estómago. Era un piso interior, con un pasillo largo y estrecho que terminaba en un comedor tan antiguo que Gerard no había visto nunca uno igual. Había fotografías en blanco y negro en la pared, un espejo con un marco absolutamente barroco y una gran mesa de comedor en el centro. La tele, de las antiguas, ocupaba un rincón con una especie de mantelito por encima. El olor era allí más fuerte, y Gerard estaba seguro de que provenía de una habitación a la izquierda.

—Quedaos aquí —dijo.

Cruzó la puerta tapándose la nariz y enfocó la linterna hacia la cama apenas iluminada por la luz que entraba a través de una ventana con las cortinas echadas. Cuando salió tapándose la boca para no vomitar tropezó con Sara, la empujó para quitarla de en medio y soltó una bocanada de vómito sobre el televisor y la mesa que lo sustentaba.

—No entréis ahí —pudo articular—. No entréis.

Gerard recuperó el aliento en el descansillo, frente a la puerta donde habían encontrado a Mercè. Cerró los ojos e inspiró un poco de aire ligeramente más limpio. Se enjugó la boca con la manga de la camisa y luego trató de recomponerse.

—¿Era ella? —musitó Pep.

—Supongo. Pero te aseguro que era difícil de identificar.

—¿Puedo ir a verla? —preguntó Sara.

—¡No! No puedes ir a verla. Esto no es un juego, ¿sabes? A veces me das

miedo, Sara.

El apartamento de Mercè estaba tal y como lo encontraron la primera vez.

—Iré al dormitorio —dijo Gerard—. Echad un vistazo por si queda algo interesante.

El dormitorio olía a cerrado y a un perfume de esos típicos de la tercera edad. Gerard cogió la única silla y se encaramó para buscar sobre el armario.

Sara y Pep recorrieron el apartamento sin encontrar nada útil. El cuarto de baño ya había sido registrado y el botiquín y el armario de los perfumes estaban vacíos. Bajo la escalera que conducía a la terraza había un pequeño trastero, pero aparte de los utensilios para planchar no quedaba nada en absoluto.

—Aquí no hay una mierda —se quejó Sara.

—¡Mirad esto! —exclamó Gerard. En su mano relucía una pistola, negra y compacta—. Estaba exactamente donde dijo Mercè. Es una pasada.

—¿A ver? —dijo Pep, excitado. Tomó la pistola en la mano y la sopesó—. Pesa mogollón. ¿Está cargada?

—¡Eh! No me apuntes. —Gerard se la quitó de la mano—. Habrá que ver cómo funciona. Esto es el seguro...

—¿Te la quedarás? —preguntó Sara, que estaba mirándola fascinada.

—Nos puede ser muy útil. De momento vámonos de aquí y ya veremos.

Fuera del apartamento, Pep encendió la linterna y al momento dio un respingo saltando hacia atrás hasta pegar con la espalda contra la pared.

—¡Joder! —gritó.

Frente a él, deslumbrado por la luz de la linterna había un hombre. Se había cubierto la cara con el brazo y musitaba algo ininteligible. Los tres muchachos se quedaron paralizados mientras por la escalera ascendían en silencio un grupo de adultos y niños.

—¿Tenéis algo de comida? —preguntó una áspera voz de hombre.

—No, no señor. Venimos de buscar algo, pero no hay nada —respondió Pep con tono amable.

Hubo un murmullo y luego todo el grupo se acercó acorralándolos contra la pared.

—¡No tenemos nada! —gritó Sara.

Unas manos tiraron de ella tratando de abrirle la chaqueta, y en ese momento Gerard esgrimió la pistola.

—Será mejor que nos dejéis en paz —advirtió.

La linterna de Pep enfocó alternativamente a la pistola y al grupo de

personas. Había mujeres y niños, y dos de los hombres iban armados con sendas estacas de madera que a Gerard se le antojaron las patas de una silla o de una mesa. El hombre que sujetaba a Sara se quedó mirando la pistola, incrédulo, y retrocedió elevando las manos en el aire. Uno de los niños se echó a llorar y Gerard tiró de Sara para apartarla de las manos del hombre.

—Si nos dejáis en paz no os pasará nada —dijo—. Ahora nos iremos, no queremos líos.

—Eso no dispara —masculló uno de los hombres señalando la pistola—. Es de juguete.

—Déjenos en paz —sollozó Sara.

—¿Qué llevas ahí? —preguntó el primero de los hombres señalando la mochila de Pep.

—No te importa lo que llevamos —replicó Gerard—. Y ahora os vais a apartar de la escalera y nos iremos.

—¡Dame eso! —gritó otro de los hombres plantándose frente a Gerard.

Lo que ocurrió entonces fue una rápida sucesión de hechos. Gerard apuntó al techo y apretó el gatillo del arma, pero ni él ni nadie se esperaba el estruendo del disparo. Hubo carreras y gritos histéricos, y los tres, Gerard, Sara y Pep, tan asustados como el grupo de personas corrieron escaleras abajo. Dos de los hombres reaccionaron al momento y echaron a correr tras ellos, pero antes de llegar al piso inferior Gerard se volvió, la linterna de Pep lo iluminó de lleno y los hombres que lo perseguían vieron la pistola temblando en su mano.

—El próximo os dará a uno de los dos —los amenazó Gerard.

Transcurrieron unos segundos de tensión, y finalmente los dos hombres, con las manos en alto, fueron retrocediendo por la escalera hasta perderse de vista en el rellano.

Al llegar al sótano, Sara se sentó en el suelo, se cubrió la cara con las manos y estalló en un profundo sollozo.

—Oh, vamos, Sara —intentó tranquilizarla Gerard—. No te derrumbes ahora. Tenemos mucho por hacer.

—¿Hacer? ¿Qué vamos a hacer?

—Hay que pasar a otros edificios, buscar en todos los pisos. Encontraremos comida, cosas para limpieza, linternas. La gente tiene cosas en sus casas. Incluso podríamos encontrar maquillajes, ya sabes, pinturas y todo eso.

—¿Ibas a dispararles de verdad? —preguntó Pep, excitado.

—¿Tú qué crees? Casi me meo en los pantalones
Sara lo miró con los ojos arrasados en lágrimas y el rímel corrido casi
hasta la barbilla.

—¡Eres gilipollas! —dijo con una gran sonrisa.
Los tres rieron y luego se fundieron en un abrazo.

El sueño se iniciaba en una piscina un día de verano. Pero no era un baño de placer, sino una huida hacia delante. Luego venía la negrura, la oscuridad absoluta y la presencia de cadáveres. Se despertaba bañado en sudor, o quizá no era sudor, sino agua sucia y putrefacta.

—Ya vuelve en sí —dijo una voz de hombre.

Luego vio algo de luz, una luz inestable y rojiza. Se incorporó y se miró las manos, secas, como la ropa.

—¿Dónde estoy? —preguntó Michael, y al momento oyó una risa de mujer a la que siguieron otras.

—Estás en el Carrefour Planet —dijo la mujer de la risa.

—¿Andrea?

El lugar era tan acogedor como podía serlo un hogar. Había un farol de gas, una cortina y un techo alto cruzado por vigas de hierro y tuberías. Y estaba Andrea.

—Así que te ha reconocido —sonrió el doctor Roure.

—Es un milagro —respondió Andrea. Tomó la mano de Michael después de limpiarse las lágrimas de un manotazo—. Estabas muerto. Estaba segura de que habías muerto.

—Ahí viene Ferran con su séquito —dijo Roure.

Por el pasillo se aproximaba Ferran acompañado de López y de Joan. Avanzaron entre la decena de recién llegados, famélicos y en los huesos. Ferran tomó una de las sillas de plástico y se sentó a horcajadas frente a Michael.

—¿Quiénes sois? —preguntó abruptamente—. ¿De dónde salís?

—Viene del hotel de la plaza de Europa —dijo Andrea.

—Le he preguntado a él.

—Estábamos en el hotel y encontramos un modo de descender al sistema de cloacas —respondió Michael—. El hotel ardía por los cuatro costados y se nos vino encima... Éramos unos cincuenta.

Ferran echó un vistazo al grupo y luego se volvió a Michael.

—¿Qué les pasó a los otros?

—Déjalo respirar —protestó Andrea.

—Tú cállate. ¿Qué les pasó?

—La mayoría no llegó a tiempo de meterse por los desagües... El hotel se derrumbó.

—¿Cómo habéis sobrevivido ahí abajo?

Michael miró a Andrea, le apretó la mano y luego relató el viaje a través de las cloacas, perdidos, rodeados de ratas y de aguas putrefactas, comiendo lo poco que habían sacado en las mochilas y los bolsillos hasta que todo se agotó.

—Bolsas de frutos secos, patatas fritas, dulces para niños y refrescos... hasta que llegamos al depósito.

—Te refieres al pozo ciego —lo interrumpió Joan.

—Déjalo terminar —ordenó Ferran.

—No es un pozo ciego, ni mucho menos, es un depósito de aguas pluviales, uno de esos macrodepósitos contra inundaciones. Es inmenso. Dentro hay algunas zonas secas y llegan cursos de agua subterránea. Enorme. Hemos vagado perdidos... durante días, no sé cuantos y...

Un silencio cortó el relato de Michael. Ferran respiró hondo y luego sacó un paquete de cigarrillos.

—¿Fumas? —preguntó ofreciéndoselo.

Michael negó con la cabeza. Andrea le apretó la mano, casi en los huesos y lanzó una mirada de súplica a Ferran.

—¿Cómo habéis podido subir? —preguntó López—. El pozo... bueno, no se ve el fondo.

—Hay una escalera metálica. Al principio no la vimos, bueno, no veíamos nada. El techo está muy alto, pero se puede llegar de modo escalonado. Descubrimos el pozo por casualidad y que había una escalerilla empotrada en la pared, difícil de ver y de subir... Hay quien no lo consiguió..., pero está.

Ferran se levantó de la silla y aguantó la mirada inquisitiva de Andrea.

—Son sólo cuatro personas —dijo ella.

—De acuerdo. Podéis quedaros tú y tu grupo. Andrea te explicará las normas. Descansa un rato y luego vienes a verme a la oficina. —Después añadió en voz baja al oído de Andrea—: Pero se han acabado las excepciones.

El reencuentro con Michael me ha emocionado, pero momentos después la prioridad vuelve a ser conseguir alimentos cada día. Todo está estrictamente racionado y contamos con recursos para meses, pero no entra nada nuevo, sólo consumimos. Y eso tiene un fin. Todo lo contrario que nuestra vida, que no parece tener un fin concreto. Rata sapiens. Sé que en el piso de arriba ya dan caza a las ratas. Aún pienso de vez en cuando en mi madre y en Julia. ¿Qué será de Julia y de Marc? ¿Estarán juntos y a salvo? Estoy empezando a sentirme incomoda con Olga. Sólo pensar que se acuesta con Ferran ya la hace odiosa. Ahora que ha aparecido Michael tal vez sea el momento de buscar otra tienda e instalarme con él. Sé que hay un mercado negro, más o menos, en el pasillo exterior, y que se puede conseguir una tienda cambiándola por algo de comida, baterías o pilas eléctricas, que son la mercancía más preciada. Al menos estar con él me alejará un poco de esta espantosa soledad.

Michael se recostó sobre una improvisada almohada y cerró los ojos, pero la oscuridad parecía peor que la precaria luz y los volvió a abrir respirando con agitación.

—Creí que estabas muerto —dijo Andrea acurrucada bajo su brazo—. Estaba segura de que habías muerto...

—Yo también pensé que no lo habías conseguido.

Se acurrucó aún más notando la fragilidad de su amigo. Por un momento revivió aquellos instantes en los que él se había bajado del Hummer, aterrizado, y cómo ella, con los ojos cerrados, había apretado a fondo el acelerador. Michael se había instalado en la tienda que ella compartía con Alicia después de que Roure, no sin sentido del humor, lo hubiera dado de alta. El resto de refugiados habían formado un único grupo y se habían instalado en uno de los pasillos menos poblados.

—El doctor Roure me devolvió a la vida, literalmente, te lo aseguro —le explicó Andrea.

Se incorporó en la improvisada cama y alcanzó el paquete de cigarrillos. La luz que entraba del exterior, proveniente de una lámpara de gas, recortaba la figura de Andrea contra la tienda.

—Es increíble... que lo lograras. Lo siento. Siento haberte fallado.

—No digas eso —protestó ella volviéndose medio enfadada—. Estamos

enfermos. No podemos controlar el pánico. Si hubiera alguna posibilidad estaríamos fuera y no encerrados aquí.

—Pero tú lo hiciste.

—Y vosotros. Yo sería incapaz de moverme por las cloacas. ¿Cómo habéis podido sobrevivir ahí abajo?

—La mayor parte del tiempo en el agua, agarrados a cosas que flotaban, como náufragos. Ateridos de frío, apretados unos contra otros, turnándonos para subir a algún sitio seco, o casi seco, bebiendo agua directamente del depósito. Al menos no pasamos sed... Tropezamos con dos cadáveres el último... no, el penúltimo día... El hedor, el frío, el hambre... ¿Recuerdas al ingeniero, el inglés?

—Sí, vagamente.

—Desapareció en el agua. Se hundió, sin más. No sé si murió antes o después, o si se dejó ir...

—Olvidalo. Ahora estás a salvo, al menos tan a salvo como nosotros.

Se abrazaron y Andrea le contó en pocas palabras como estaba la situación en su pequeño mundo superpoblado, cómo habían formado una especie de comunidad férreamente organizada y dirigida, cómo habían creado lo que alguien llamó «el reino de la tristeza», donde incluso a Aitana, la única niña, se le había desdibujado la sonrisa desde hacía tiempo. Le hizo mucho bien contarle a Michael aquellas cosas, porque era como un modo de repasar la realidad y de entenderla mucho mejor.

—Alguien me dijo que vivimos en un espacio relativamente grande y que el secreto está en considerar que vivimos encerrados en una vivienda, sólo que nuestra vivienda tiene dos mil metros cuadrados. Si pensamos que estamos encerrados y que no podemos salir al exterior nos volveremos locos. Así pues, somos nosotros y nuestra casa. ¿No sobreviven los reclusos de una cárcel con mucho menos espacio?

Cuando terminó de hablar, o de filosofar, Andrea se dio cuenta que Michael se había quedado dormido. Se acurrucó de nuevo junto a él y trató de conciliar el sueño.

Sobre la mesa de la improvisada oficina habían extendido su más preciado tesoro, una brújula y el plano de l'Hospitalet de Llobregat, una joya encontrada en la librería del Carrefour. Bernat López, César Torras y Ferran

estaban inclinados sobre él cuando apareció Michael en la puerta. Olga, sentada en un rincón, observó que su aspecto había cambiado para mejor. Llevaba ropa nueva y limpia, el pelo recién cortado y las facciones relajadas de la persona que ha descansado lo suficiente.

—Nos alegramos de verte —lo saludó Ferran con su mejor sonrisa—. Pasa, Michael. Éste es Bernat y éste César. Estamos estudiando la situación... digamos geográfica.

—¡Tenéis un mapa! —exclamó Michael.

—Sí. Una suerte. Y tenemos una brújula, bueno, en realidad varias brújulas. Venían incorporadas en algunas maletas que estaban a la venta. Las hemos recogido todas... Bien. Necesitamos que nos indiques lo mejor posible dónde está ese depósito de agua. Hasta ahora nosotros pensábamos que se trataba de un pozo ciego, pero según parece es algo así como un lago subterráneo.

—Es un lugar horrible —dijo Michael.

—Desde luego. En vuestras condiciones desde luego, pero con luz, con algo que flote y un poco de organización nos puede servir como... —miró a sus ayudantes— nudo de comunicaciones.

—No sé...

—¿Lo puedes situar en el mapa? —preguntó Torras.

—El depósito creo que sí, más o menos. —Tomó un lápiz que le tendió Torras e hizo un croquis aproximado—. Debe de estar por aquí, pero no sé qué forma tiene, eso es imposible de saber.

—Apostaría algo a que es un cuadrado —aventuró López—, o un rectángulo. Es lo más probable. Se trata de un depósito pluvial y no creo que se anduvieran con florituras al construirlo.

—Sí, yo también lo creo —confirmó Michael—. Recuerdo canales, o túneles aquí y aquí —señaló— pero luego nos perdimos y empezamos a andar en círculo. Todo el lugar está salpicado de columnas; tienen la base más ancha y eso crea zonas secas a las que se puede acceder, pero es difícil saber si el agua las cubrirá o no...

—Lo veremos cuando bajemos ahí. Tú nos acompañarás.

—No creo que...

—No será difícil bajar por el pozo, ¿no? Vosotros subisteis.

—Perdimos a dos personas mientras subíamos —recordó Michael, sombrío—, y bajar puede ser peor. No se ve nada y la escalera está resbaladiza y faltan algunos trozos. Haría falta...

—Haría falta alguien que entendiera algo de descenso o de barranquismo —dijo Olga.

—No creo que debas bajar tú —rehusó Ferran tras una pausa.

—¿Por qué? ¿Por qué soy una mujer? Soy la única que sabe algo de descenso o de espeleología.

—Tiene razón —intervino López—. Podría ayudar a bajar en mejores condiciones, y a subir después.

—¿Qué podemos usar para surcar ese mar, Bernat? —preguntó Ferran.

—Hay botes neumáticos que hemos recuperado del Decathlon —respondió Bernat Torras.

—Perfecto. Entonces de acuerdo. Olga se encargará de organizar el descenso. Ahora Michael, concéntrate, tienes que intentar colocar en el mapa todos los túneles que recuerdes con una idea de su amplitud. Puede ser nuestro modo de salir de aquí.

Pàmies se sentó en el suelo, no lejos de la entrada al almacén. Metió la mano en la mochila y aferró con fuerza la llave inglesa que había cogido de uno de los estantes. Lanzó una mirada torva al hombre que custodiaba la puerta de acceso y luego se aproximó a su espalda, arrastrándose con cuidado. Sólo tuvo que esperar, una hora tal vez, pero el tiempo era algo que no contaba en un recinto cerrado del que no había posibilidades de escapar. En un descuido de pocos segundos, Pàmies se coló en el interior del almacén y corrió a refugiarse detrás de unos estantes repletos de paquetes de pasta y pañales de bebé. De un montón de cajas de cartón recuperó una vacía y la fue llenando con todo lo que era capaz de coger. Su cerebro, embotado por el sueño, el hambre, el frío y el pánico no era capaz de pensar en el modo en que podría salir de allí con su preciado tesoro. Acabó de llenar la caja y salió al pasillo central del oscuro almacén.

—Suelta eso —dijo la voz suave de Ferran.

Pàmies apretó la caja contra su pecho, como si se tratara de un bebé. Tenía los ojos enloquecidos, girando sin control en las órbitas. Bernat López y Joan flanqueaban a Ferran, y se movieron, uno a cada lado, tratando de rodear al intruso. Pàmies era más bien delgado, casi escuálido, llevaba el pelo encrespado y sucio y todo él daba sensación de abandono. Sin decir una palabra, con los labios apretados, retrocedió unos pasos, como buscando

apoyo en la oscuridad.

—Esto es mío —musitó al fin—. No tienes ningún derecho a decir lo que podemos o no podemos coger.

—Te he dicho que lo sueltes. Después, si quieres, lo discutimos. Ahora haz lo que te digo y suéltalo.

Por la izquierda de Ferran, Joan se deslizó con cuidado ocultando a su espalda un sólido martillo de escalada. Pàmies sudaba copiosamente pero no hizo ademán de soltar su preciado tesoro, antes bien se replegó sobre sí mismo mirando nerviosamente hacia uno y otro lado. Poco a poco se fue acercando hasta una de las estructuras metálicas mientras Joan y López le cortaban toda posibilidad de huida.

—Vamos, tío —dijo Joan—, suelta la caja y la mochila. ¿Adónde vas a ir con todo eso?

—Dejadme en paz.

—Te dejaremos cuando la sueltes —replicó López, amenazante, al tiempo que esgrimía su bate de beisbol.

—Escúchame —dijo Ferran—. No puedes entrar en el almacén y apropiarte de lo que quieras, ¿lo entiendes? Tenemos unas normas. Hay que racionar la comida. No puedes llevarte lo que quieras. ¿Qué llevas ahí? ¿Comida para dos días? Y luego ¿qué? Ya hemos pasado por eso. Ahora tenemos normas y sobrevivimos. La gente que está aquí lo sabe desde hace tiempo, tú lo sabes. No quisiste quedarte con nosotros y ya te lo advertimos. No se entra en el almacén y se coge lo que a uno le da la gana. Esto no va así. Esperas tu turno y recibes tu ración.

—Pero vosotros tenéis lo que queréis. Y la gente sólo lo que vosotros queréis darle...

—Eso no es verdad. ¿Nos ves a nosotros cargando paquetes?

—Démosle una lección y acabemos con esto —gruñó López.

—Venga, deja el paquete —le insistió Joan.

En ese momento, López hizo intención de acercarse y Pàmies estalló. De improviso lanzó la pesada caja contra López y se precipitó sobre él aullando como un loco. López recibió el proyectil en el pecho y cayó de espaldas mientras Joan, con el martillo en alto, trataba de alcanzar a Pàmies. El primer golpe le acertó en el hombro y Pàmies se revolvió lanzándole un puñetazo que alcanzó de lleno a Joan en la cara. López se levantó y recuperó el bate de beisbol que había soltado al caer al suelo.

—Se acabó. Ahora... —no terminó la frase porque Pàmies, furioso, se

lanzó con la cabeza baja contra él aplastándolo contra la pared y haciéndole perder de nuevo el bate.

Joan, recuperado del puñetazo, mantenía empuñado el martillo y volvió al ataque. Joan, López y el hombre intercambiaban golpes y jadeos. Eran dos contra uno, pero Pàmies estaba rabioso y enloquecido.

—No podemos dejar que esto se nos vaya de las manos —murmuró Ferran.

Con movimientos lentos descolgó el fusil submarino de su hombro, apuntó cuidadosamente y apretó el gatillo. Sin un grito, Pàmies cayó de rodillas con el pecho atravesado a la altura del corazón.

Fuera, nadie oyó el siseo de la flecha ni el golpe sordo al atravesar al pobre muchacho, y si lo oyó alguien, no hizo ningún movimiento. La gente tenía otros problemas de los que ocuparse.

Ferran eligió lo que él llamaba «la noche artificial» para sacar el cuerpo del desgraciado. El nombre de noche artificial se lo daba Ferran en su fuero interno, aunque sabía que fuera, al otro lado de las puertas, la noche era auténtica. Lo de mantener la sucesión de días y noches funcionaba de momento, pero cada vez eran más los que perdían el ritmo vital y dormían simplemente cuando tenían sueño. No sabía nada del tipo al que había matado, ni tenía interés en saberlo. Lo más probable era que el resto de la colonia tampoco lo supiera.

De un modo que a mucha gente le hubiera parecido irrespetuoso, López y él colocaron el cuerpo de Pàmies sobre un carrito metálico de los usados para las compras, y con gran dificultad lo bajaron por la escalera hasta el tercer aparcamiento, en las profundidades de sus dominios. Desde hacía tiempo, algunos se habían instalado permanentemente en el primer nivel; al fin y al cabo el interior de un coche podía ser un dormitorio tan cómodo como otro cualquiera, y mucho más íntimo, pero los dos siguientes niveles permanecían despoblados.

—¿Te has fijado en los coches? —dijo López mientras se secaba el sudor de la frente—. Todo el mundo está buscando pareja, pero creo que hay más mujeres que hombres. Al fin y al cabo les gustan más las compras que a los tíos.

—¿Quieres dejar de decir tonterías y seguir empujando? —le soltó

Ferran.

En algunos momentos pensaba que su nuevo amigo era una especie de extraterrestre que aún no había comprendido cuál era su futuro. Si es que había un futuro. O tal vez era como un pez, con una memoria que le duraba sólo unos segundos.

Llegaron junto a la boca del pozo, en el tercer sótano, y se detuvieron jadeando. Pàmies, o su cuerpo, debía de pesar más de setenta kilos, un peso insuficiente para escapar a la muerte y demasiado para ser transportado en un carrito de la compra.

—¿Es de los que llegó por el pozo? —preguntó López.

—¿Quieres ayudarme a sacarlo de aquí?

—¿Y por qué? Es mucho más fácil empujarlo con carrito y todo.

En mala hora Ferran creyó que era una buena idea. Empujaron el carrito por el estrecho boquete para comprobar inmediatamente que el artefacto se había quedado atascado, ni dentro ni fuera, con el cuerpo colgando en una postura extraña, los ojos semiabiertos, mirándolos como si les reprochara su incompetencia.

—¡Maldita sea! —gritó Ferran.

Dio una violenta patada al carrito, pero éste ni se inmutó, atascado en mitad de la abertura. Para acabarlo de arreglar, Bernat López empezó a reír de un modo histérico, y Ferran a punto estuvo de lanzarlo también a él al pozo.

—En mi coche tengo una cuerda —dijo López cuando consiguió dejar de reír.

Ferran se sentó en el suelo a esperar mientras López volvía dos pisos más arriba. Apagó la linterna para ahorrar batería y se quedó allí, en total oscuridad, acompañado sólo por el silencio. Afinando un poco el oído creyó oír un chapoteo lejano, probablemente proveniente del fondo del pozo, y se imaginó el cadáver de su padre flotando a veinte o treinta metros de distancia, o tal vez depositado sobre un lecho de fango, roído por las ratas o cualquier otro bicho capaz de sobrevivir en el fondo de un pozo; un ser humano, por ejemplo.

López tardó una eternidad en regresar con la cuerda, y Ferran encendió su linterna para iluminarlo mientras ataba un extremo al carrito y el otro al único coche cercano. Desvió un instante la linterna para asegurarse de que el carrito seguía en la misma posición, y la mirada perdida del cadáver le provocó una arcada. Vomitó todo el contenido de su estómago sin que López se inmutara, y luego éste manipuló el encendido del coche hasta que el motor arrancó, luego,

dando marcha atrás, tiró del carro. No fue nada fácil. No consiguió sacar el carrito de su atasco, y lo que ocurrió fue que arrancó de cuajo la parte en que había atado la cuerda. Con un crujido espantoso, salió volando un gran trozo de metal, el carrito se desmoronó y el cuerpo del desdichado desapareció en las profundidades con un chapoteo sordo y lejano.

—Bueno —jadeó López—. Polvo al polvo, o lo que sea.

—Vámonos. Este sitio me pone los pelos de punta.

—A mí también.

Ferran dudó que algo llegara a poner los pelos de punta a Bernat López.

En la oficina reinaba un silencio tenso cuando entraron Ferran y López e hicieron un gesto de saludo con la cabeza dirigido a los presentes, Joan, Olga y Torras.

—Bien, ya estamos aquí —dijo Ferran.

—¿Va todo bien? —preguntó Torras.

—Todo bien. Ya sabéis como están marchando las cosas desde que llegó el nuevo grupo. Recogimos a esas once personas llegadas por el sótano porque pensamos que debíamos hacerlo, pero estaréis de acuerdo conmigo que eso se ha terminado. No podemos acoger a todo el que llegue, y, sobre todo, no podemos permitir que se descontrole el estatus que hemos establecido aquí. —Hubo un asentimiento general—. Así pues, ha llegado el momento de tomar decisiones drásticas. Es necesario mantener la disciplina y tomar medidas.

—¿Quieres decir que echaremos a quien se rebele? —preguntó Olga.

—Por supuesto, a cualquiera que altere nuestro estatus, ¿me explico?

—¿Y cómo evitaremos que se cuele mas gente? —preguntó Torras—. ¿O que los expulsados vuelvan a entrar?

—Fortifiquemos nuestro espacio —dijo López.

—¿Cómo? —preguntó Olga.

—¿Es una pregunta retórica? —Ferran contestó con otra pregunta—. Éste es nuestro mundo. Cuanto antes seamos todos conscientes de ello, mejor. Cortar los accesos, asegurar los aparcamientos, abandonar el primer piso. Allí no hay nada que nos interese. ¿Tú qué opinas? —preguntó dirigiéndose a Torras.

—Que no nos quedan muchas opciones.

—La clave es fortificar nuestro espacio y evitar que crezca la población

—dijo López.

—Tengo el último recuento de alimentos. —Torras consultó unas notas—. Con el actual nivel de racionamiento nos llega para doce meses, tal vez algo más. Eso no es nada, hay que buscar alternativas, poner en marcha el plan de explorar a través del subterráneo.

—¿Estamos de acuerdo? —inquirió Ferran. Todos asintieron—. Pues bien, pongamos manos a la obra.

Andrea se vistió despacio y salió de la tienda dejando a Michael profundamente dormido. Fuera, en una pequeña hoguera, Pilar calentaba un puchero con agua, y Aitana, a su lado, permanecía silenciosa, encerrada en sí misma, con los ojos perdidos mirando al suelo.

—¿Cómo está? —preguntó Andrea.

—Creo que un poco mejor —respondió Pilar—. Esta mañana me ha pedido galletas, pero no ha querido ir a jugar.

—¿Jugar? ¿Y con quién? Ni siquiera su amigo Joan le hace caso ya. ¿Quieres que vayamos a dar un paseo? —añadió volviéndose hacia a la niña, pero Aitana ya no estaba a su lado, sino que había salido corriendo y casi se había perdido de vista.

—¡Aitana! —gritó Pilar

—No te preocupes. Yo la alcanzaré —dijo Andrea, y salió corriendo tras la niña.

La vio dirigirse hacia el fondo del hiper, donde estaban los almacenes. Desde hacía varios días el acceso estaba ya totalmente cerrado. La gran persiana metálica estaba echada y un mostrador que habían trasladado desde la zona de las cámaras frigoríficas ocupaba todo el largo de la pared dejando sólo una pequeña entrada al almacén. Tras el mostrador, una sola persona, hombre o mujer, se encargaba de distribuir los alimentos, y dos más vigilaban por turnos a ambos lados. Aitana, rápida y ágil, corrió a lo largo del mostrador y luego se desvió a la derecha. Andrea corrió todo lo que pudo para no perderla de vista, y la vio dirigirse hacia la rampa de acceso al piso superior.

—¡Aitana! —le gritó—. ¡Espérame!

Los accesos al piso superior estaban obstaculizados por una maraña de cables y estructuras metálicas, pero aún se podía transitar por ellos, y más una

niña pequeña y espigada. A Andrea le costó un poco más, pero consiguió seguir a Aitana cuando la niña trepó al piso superior. Aitana echó a correr por el pasillo central atestado de gente y de desechos de todas clases. En la entrada de uno de los pasillos laterales Andrea vio una partida de dados organizada por los hermanos rumanos, y allí se detuvo Aitana. Roman animaba a los participantes a jugarse sus magras raciones, siempre acompañado del silencioso Nicolai. Roman le guiñó un ojo a Aitana cuando la niña se acercó, y ésta le respondió con una tímida sonrisa. Desde el encuentro con los zombies, como llamaban al grupo salido de las profundidades, la niña no había vuelto a hablar con ellos siguiendo las órdenes tajantes de su madre. Cuando los hermanos vieron a Andrea hubo un intercambio de miradas entre ellos. Roman dio un golpe en el hombro a Nicolai y ambos dejaron el juego para perderse en las profundidades de un pasillo oscuro.

—¿Adónde vas? —preguntó Andrea sin dejar de seguir a Aitana.

La niña corrió pasillo adelante, hacia la luz, y Andrea fue tras ella con cierta prevención. La puerta de cristal estaba cerrada, y el exterior, luminoso y soleado, no parecía en modo alguno amenazante. Andrea se detuvo a contemplarlo y vio como Aitana se sentaba en el suelo, frente a la puerta, y le señalaba los edificios al otro lado de la autovía.

—Mi hermano está ahí. En el instituto.

—¿Cómo lo sabes?

—Se lo dijo a mamá por teléfono. Está ahí. Me iré con él.

—Claro, cielo —dijo Andrea ayudándola a levantarse—. Ahora tenemos que volver abajo. Mamá te echará de menos.

—Ahí hay otro fantasma —le aseguró Aitana señalando al pasillo.

Volvieron sobre sus pasos y la niña la condujo hasta otro de los corredores laterales. Estaba totalmente a oscuras. Sólo al final, a más de cincuenta metros, se podía ver la luz de una pequeña hoguera, o tal vez de un farol de gas. Aitana tomó de la mano a Andrea y la arrastró al interior del oscuro corredor. Instintivamente, Andrea encendió su pequeña linterna e hizo un barrido frente a ella. Sin darse cuenta tropezó con alguien sentado en el suelo. Fuera quien fuese se removió inquieto, y una voz de mujer musitó:

—¿Tienes algo de comida?

Aitana siguió tirando de ella hasta que alcanzaron el primer cruce con otro de los corredores laterales. Hasta allí llegaba un ligero resplandor procedente de la lejana salida, más allá del acceso al hiper. Mediado el siguiente pasillo, Aitana se detuvo y señaló con el dedo hacia arriba, pero la

atención de Andrea se centró en los dos hermanos rumanos, plantados frente a ella como si quisieran cerrarle el paso.

—¿Qué buscas tú aquí? —preguntó Roman, el mayor.

El tiempo transcurrido no sólo le había hecho crecer desordenadamente el pelo, también lo había obsequiado con una expresión si cabe más dura de la que tenía al principio, cuando sólo era un raterillo a la búsqueda de un teléfono móvil o un billetero descuidado. Andrea notó en él algo parecido al miedo, pero al mismo tiempo no mostraba agresividad en su actitud. Y entonces se fijó en unas gotas de sangre en el suelo. No estaban únicamente junto a los pies de los muchachos, sino que en realidad venían del mismo pasillo que la había llevado hasta allí, sólo que no las había visto hasta entonces. Levantó la vista hacia arriba y entonces vio algo en lo más alto de la sólida estantería metálica. Era un saco de dormir con alguien dentro, acomodado en una estantería y del que salía una mano pálida y huesuda colgando en el vacío.

—¡Señor! —exclamó, y luego trepó como pudo hasta llegar a lo alto de la estantería.

—¡Vaya!, la chica afortunada —murmuró Richard con un jadeo.

Me gustaría poner una fecha o un día de la semana cada vez que empiezo a escribir, pero eso es algo que hace tiempo que dejó de tener importancia. Es curioso tener que usar un bolígrafo y papel para llevar un diario. O quizá es curioso llevar un diario en una situación como ésta. Ferran, Michael y ese individuo al que no soporto, López, se pasan horas en su guarida examinando los mapas y maquinando Dios sabe qué. Había pensado que con la llegada de Michael todo sería diferente, pero me equivoqué. Supongo que las circunstancias hacen cambiar a todo el mundo, seguramente también a mí. Sólo el doctor Roure parece ser el mismo de siempre, aunque más encerrado en sí mismo, pero sigue haciendo esfuerzos sobrehumanos para cuidar de nuestra salud. Me ha dicho que es posible que alguno de los llegados desde el pozo haya contraído el cólera, pero afirma que, de ser así, será una cepa no demasiado maligna y que tiene lo que necesita para controlarla. No obstante, ha recomendado hervir el agua antes de consumirla. Curiosamente, he empezado a acercarme un poco a Olga. No sé por qué se ha liado con Ferran... bueno, sí sé por qué. ¿Qué otra cosa se

puede hacer en esta soledad? Yo mantengo mi relación con Michael casi por inercia, pero ¿qué nos queda en estas circunstancias? He perdido toda ilusión, y cada día más mi preocupación es algo tan simple y tan descarnado como sobrevivir.

Desde detrás de la cristalera, Olga contempló la terraza casi desaparecida bajo una cortina de agua. Le temblaba todo el cuerpo de puro terror, pero la ausencia de sol y la distancia hasta la puerta de cristal, que permanecía cerrada, parecía suficiente para mantenerla a salvo. Antes de dirigirse al piso superior se había hecho a la idea de que aquélla sería la última vez que vería el exterior, al menos en un futuro próximo. Ferran se lo había advertido, «esto va a cambiar, no volveremos a subir». Tal vez por eso había decidido hacer esa última visita. El agua caía a raudales sobre la terraza, y varios baldes, atados con cuerdas y empujados al exterior por los más diversos métodos, recogían el precioso líquido. Un grupo de personas, sentadas en el suelo o apoyadas en la pared, observaban la lluvia, cautivados igual que ella. Desde hacía semanas, o meses, no había sentido algo así, una mezcla de nostalgia, de miedo y de felicidad. Veía estallar las gotas en el suelo, resbalar por los cristales, y oía el tamborilear sobre los tejados, lo que le producía una extraña sensación de paz. A lo lejos, a través de la espesa lluvia, podía vislumbrar la silueta del hotel que hasta hacía poco había dirigido. Aquello parecía tan lejano como si nunca hubiera existido. De no haber decidido ir a la peluquería ahora estaría en su hotel, al frente de un equipo de trabajadores que confiaban en ella, pero no habría conocido a Ferran; aunque, pensándolo bien, ¿qué otra cosa habría podido hacer?

Volvió lentamente hacia la escalera, y los dos hombres que la custodiaban en la entrada al Carrefour la saludaron con un gesto. «Es como si aquí también fuera alguien —se dijo—, sólo que mi reino es mi mundo y fuera de él no hay nada.»

—¿Dónde has estado? —le preguntó Ferran.

—Arriba. Mirando la lluvia.

—Tenemos que hablar de nuestra... excursión.

—Los de arriba están recogiendo agua de lluvia. En eso nos ganan.

—Bueno, no tanto. Ese deposito subterráneo nos dará el agua necesaria. El doctor Roure nos ayudará a purificarla o la herviremos para el consumo.

Por lo que dice Michael es inagotable, va recogiendo agua de los colectores, agua de lluvia.

—¿Y ya está? —dijo Olga.

—¿Qué quieres decir? ¿Tú también crees que todo esto es inútil?

—¿Qué vas a buscar ahí abajo?

—Un lago subterráneo que quizá nos comunique con la ciudad. Podríamos movernos a través del sistema de cloacas. Del mismo modo que llegaron desde el hotel puede que haya otras entradas a otros edificios. ¿Lo entiendes? Somos como... comunidades. Podemos entrar en contacto con otra gente que puede tener cosas que necesitamos... No me resigno a quedarme aquí para siempre.

Olga no supo qué contestar. En realidad ya había perdido la noción de lo que era útil y lo que no lo era. Desvió la mirada de Ferran, inquisitivo como siempre, y se fijó en su propia imagen en el espejo. Su peinado había desaparecido por completo, hacía días que había perdido interés en maquillarse o pintarse los ojos, ¿o ya eran semanas? La ropa, una blusa semitransparente y un pantalón de chándal, era el modelo de atentado al buen gusto que siempre había criticado. Tenía una expresión triste, y las arrugas de las comisuras de los labios, antes casi invisibles, ahora estaban profundamente marcadas. Y no obstante seguía teniendo un cuerpo que ella misma veía como agradable. Se puso de perfil al espejo, se palpó el vientre, plano, desde luego, y luego volvió a mirar a Ferran, que la observaba con el ceño fruncido.

—¿Qué miras? —le preguntó, como esperando algo.

—¿Tú qué crees? —respondió él, y se acercó hasta casi rozarla.

Le pasó un dedo por la mejilla, por los labios y luego lo deslizó por la barbilla y el cuello hasta hundirlo entre sus pechos.

—Creo que he perdido mucho de mi atractivo —dijo Olga.

Cerró los ojos y dejó que le desabrochara la camisa, lentamente, y le quitara el sujetador.

—No... no sé —respondió él—. Supongo que todos hemos cambiado...

Olga lo besó en la boca, tal vez para hacerlo callar, pero disfrutó de cada momento, desde remover los cabellos de Ferran con los dedos hasta sentirlo dentro de ella.

Lo dejó en la colchoneta, adormilado, y salió fuera del precario alojamiento que se habían construido a base de paneles y toldos.

Andrea contemplaba su precario mundo, sentada en unas cajas, cuando la vio acercarse, con el cigarrillo en los labios y expresión relajada. Junto a ella,

como casi siempre, Aitana permanecía sentada en el suelo, en silencio, escuchándolo todo y con los ojos muy abiertos, como si no quisiera perderse nada de su entorno.

—¿Sabes qué me ha dicho Ferran?, que todos hemos cambiado. Supongo que se refiere a mi aspecto físico. Es difícil que un hombre capte otro tipo de cambios.

Andrea la miró y no pudo evitar pensar que sí, que Olga había cambiado y que su aspecto físico había dejado de ser una prioridad para ella.

—¡Y qué otra cosa podíamos esperar! —exclamó Andrea—, nos hemos convertido en náufragos en una isla. No sabemos en qué día vivimos y ni siquiera eso tiene importancia. Nunca me había planteado lo que es el instinto de conservación, y creo que ahora lo he descubierto. Es esto que me hace seguir viva cuando no tengo ningún interés.

—¿Has pensado en suicidarte? —preguntó Olga del modo más natural, como si fuera otra posible opción.

—Todos los días —sonrió Andrea—. Por lo general antes de dormir. Pienso que sería un buen modo de acabar el día. Unas pastillas, o mejor un cuchillo... y ver correr la sangre.

—No sé cómo tenemos... fuerza para hablar de esto. Será porque somos mujeres.

—¿Sabes qué están intentado hacer en ese pozo? —inquirió Andrea.

—Explorar. Y no estoy segura de que vaya a ser algo útil. Dicen que por ahí abajo se puede cruzar la autovía y llegar a la ciudad. Aunque no he querido preguntar para qué.

Aitana abrió los ojos más que nunca.

Junto al pozo que conducía a las profundidades del depósito de agua se había formado una especie de campamento base. Entre el Decathlon y el trueque ya instituido el equipo disponía de cuerdas, chalecos salvavidas, linternas y un magnífico bote neumático. La luz la proporcionaba los faros del único coche aparcado en todo el sótano, al que habían reinstalado la batería. Ferran, Michael, Olga y Torras ultimaban los detalles de su aventura. Del modo suave y convincente en que hablaba siempre, Olga los instruía acerca de cómo usar el material y desenvolverse mientras descendían a las profundidades.

—Abajo, en la base del pozo, hay un espacio bastante amplio, podrás

quedarte ahí sin problemas... —le aseguró Michael a Olga.

—Y con esto —Ferran mostró dos walkie-talkie— estaremos en comunicación.

—¿De dónde los has sacado? —se asombró Olga.

—Los rumanos. A cambio de un par de latas de conserva, pero tienen muy poca batería. La reservaremos para comunicarnos desde el bote.

—De acuerdo —asintió ella.

—Sigo pensando que no es una buena idea que bajes ahí —insistió Ferran—. Ya tuviste un accidente. ¿No has tenido bastante? No te conviene ese esfuerzo.

—Bajaré yo primero —se ofreció Torras con decisión.

—Genial —replicó Olga cínicamente—. Bajáis los tres y yo os aseguro con mi extraordinaria fuerza física y mi columna vertebral dañada.

—Tiene razón —reconoció Michael—. Ella tiene más experiencia. Ganaremos mucho si desciende la primera.

—De acuerdo —aceptó Ferran, y señalando a Torras añadió—: Entonces tú te quedas aquí.

—Nos aseguramos mientras vamos bajando. —Olga le mostró a Torras cómo debía colocarse la cuerda—. Cuando lleguemos abajo haremos una señal con la linterna, nos soltamos y tú recuperas la cuerda.

—¿No es mejor bajar los tres juntos? —preguntó Michael—. Si cae uno los otros...

—Nadie se va a caer —le aseguró Olga—. De todos modos, si alguien cae es mejor que no se lleve a los otros dos por delante, ¿no? Tenemos que bajar despacio. Tardaremos unos cinco minutos cada uno en llegar abajo, puede que más, pero sin prisa.

—Bien, vamos allá —dijo Ferran.

Olga se colocó un arnés con agilidad y luego ayudó a Torras a atarse a una de las columnas y a colocarse la cuerda sobre el hombro para asegurarla a ella. A continuación le dio instrucciones de cómo mantenerla tensa e ir aflojando a medida de que ella bajaba. Pareció como si los cuatro contuvieran la respiración. Olga hizo un gesto parecido a una despedida y luego se deslizó al interior del pozo.

—Yo estaré al otro lado del hilo —le sonrió Ferran.

Olga sudaba copiosamente, y eso le hizo darse cuenta de que la temperatura era muy alta, como si al ir avanzando hacia las profundidades se fuera poniendo en contacto con el centro de la tierra. El repugnante olor que llegaba hasta la superficie del aparcamiento parecía hacerse más fuerte a medida que bajaba, y maldijo haber olvidado ponerse guantes. El contacto de la escalera era húmedo y resbaladizo y más de una vez perdió pie. Por un momento pensó en las personas que habían subido por aquella misma precaria escala, sin la seguridad de la cuerda sujeta a su cintura, hambrientos, ateridos por el agua helada y sin esperanza. Se detuvo un instante para recuperar la respiración. No era una persona físicamente fuerte; ágil sí, pero no muy fuerte, y el miedo hacía mella en ella. Cerró los ojos un momento y sintió una oleada de desesperación y de pánico, como el que había sentido cuando, semanas antes, había intentado salir del centro comercial. Se había sentido morir, con el corazón acelerado y el fantasma del accidente revoloteando sobre ella: «Nada de esfuerzos», le había dicho su terapeuta. ¡Qué estupidez! ¿Qué quería decir con esfuerzo? ¿Que no intentara salir a la calle o que desistiera de bajar por un pozo hasta un lago subterráneo? Había dejado de fumar, había reducido el whisky hasta extremos preocupantes, igual que las relaciones sexuales, pero ¿quién iba a pensar en un ataque de pánico con sólo asomarse a la calle? Allí, en la soledad de un pozo profundo y oscuro, el pánico insufrible había sido sustituido por un miedo soportable. «Todo irá bien», se dijo. Y aún lo pensaba cuando un falso apoyo le hizo perder pie de nuevo y su propio peso la precipitó hacia abajo con una fuerza brutal. Arriba, Torras lanzó una maldición cuando la cuerda se tensó tirando de él hacia el pozo. Ferran lo sujetó, aunque el arnés atado a la columna aguantó bien el tirón.

—Tranquilo, tranquilo. —Torras jadeaba por el esfuerzo—. La aguanto. Mirad en el pozo, a ver si la veis.

—Ahí está —dijo Michael enfocando con la linterna—. ¿Estás bien? —gritó.

Olga estaba todavía lo bastante cerca de la boca del pozo como para oírlo. Volvió a sujetarse a la escalera metálica y elevó el pulgar en el aire.

—Está muy resbaladizo —gritó—. No mováis un pie hasta tener el otro bien seguro y las dos manos en el hierro. Nada de sujetarse a la cuerda...

Olga recobró la estabilidad y el aliento y dejó de pensar en su historia reciente o lejana para seguir sus propios consejos y ocuparse de dónde colocaba los pies, de cómo sujetarse con las manos a los fríos escalones, tratando de olvidar al mismo tiempo el hedor de algo en descomposición. Tras

unos minutos que le parecieron eternos notó cómo los pies se asentaban en algo más plano y sólido que las barras metálicas. Estaba en uno de los dos descansillos que Michael le había señalado. Se sentó no sin cierta dificultad y trató de recuperar el aliento. El corazón le iba a cien, y se sintió igual que cuando practicaba barranquismo o rafting, con la misma sensación de la adrenalina corriendo por sus venas. Apagó la luz para ahorrar batería y se vio envuelta en una oscuridad tal que impresionaba, al igual que el silencio. Abajo creyó oír un chapoteo. No era probable que hubiera rachas de viento, aunque aguzando el oído creyó oír algo parecido a una corriente de agua.

El final del pozo estaba rodeado de un círculo, una base de poco más de medio metro de ancho. Se imaginó a diez o doce personas amontonadas en ese espacio. A la luz de su linterna frontal pudo ver la superficie del depósito de agua unos metros más abajo, y no supo si es que se había acostumbrado al olor o es que allí era más soportable que en todo el recorrido del pozo. El ruido, como de un curso de agua, era más fuerte, y aunque enfocó en la dirección de donde parecía provenir no logró ver nada, sólo la superficie del agua un poco rizada, muy oscura, y una serie de escalones tallados que hacían bastante fácil llegar hasta ella. Lo primero que hizo fue soltar la cuerda de su arnés, luego volvió la cabeza hacia arriba y lanzó un destello apagando y encendiendo la linterna frontal. Al momento notó cómo tiraban de la cuerda hacia arriba y se quedó sola, completamente aislada en el fondo del pozo.

Entre las aficiones de Michael no figuraban, ni mucho menos, el barranquismo o la espeleología. De hecho, había sentido siempre una aversión muy arraigada hacia la naturaleza, hasta el punto de convertirse en un individuo raro en una época en que los alimentos biológicos, el naturismo o la defensa del medio ambiente estaban de moda. Por todo ello y la amarga experiencia de su viaje infernal por las profundidades, Michael habría preferido encerrarse en algún rincón oscuro y dejar pasar la vida antes que volver a sumergirse en aquel pozo inmundo. La cuestión es que no le habían dado opción, aturdido todavía por el horror vivido, pero a medida que iba recuperando el control sobre sí mismo se daba cuenta de la inutilidad de aquel viaje a las profundidades. ¿Qué pretendía Ferran Clos? ¿Alcanzar los hoteles de la plaza de Europa? Su hotel había sido pasto de las llamas, y los otros edificios, si podían llegar a ellos, debían de estar ocupados por enfermos de pánico, igual

que ellos, con sus recursos esquilados y desesperados por salir de allí. ¿Tenía sentido buscar una salida de un gran almacén lleno de comida y de suministros?

Mientras Michael se ajustaba el arnés y la mochila con el bote neumático, Ferran tenía clavados los ojos en él, con aquella mirada inquisitiva heredada de su padre. En cierto modo era como si estuviera leyendo los pensamientos de Michael. De hecho, Ferran sospechaba que el inglés podía ser más un obstáculo que una ayuda. Aliado con Andrea, el otro peligro, podían suponer un estorbo en su proyecto de controlar un amplio territorio y asegurar el suministro para la gente de su grupo. Le reventaba aquella especie de caridad que Andrea parecía rezumar por todo su cuerpo, siempre ansiosa por acoger a cuanta más gente mejor. Dejar en sus manos el control de la colonia era acabar con ella. Sin pretenderlo, Ferran esbozó una sonrisa cuando se dio cuenta del término que había utilizado: ¡una colonia! «Es una idea magnífica. Formamos una colonia, con nuestras normas, nuestra dirección y nuestra seguridad.»

—Estoy listo —dijo Michael.

—Bien. Ya sabes, despacio y con cuidado. Cuando llegues abajo infla el bote. Me haces la señal y bajaré yo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Intentaré ir recomponiendo el camino que seguimos.

Michael hizo un gesto a Torras y éste lo ayudó a dar los primeros pasos por la escalera metálica. Luego volvió a sujetarse en la columna y aseguró la cuerda para que Michael iniciara el descenso.

—Ve con cuidado —advirtió Ferran a Torras—. Me da la impresión de que nuestro amigo no es muy hábil.

Torras fue soltando cuerda mientras Michael iniciaba el descenso. Inmediatamente, Torras notó la diferencia entre una persona experta como Olga y un aficionado como Michael. El inglés parecía que se dejaba caer a golpes, tirando de la cuerda a cada paso y haciendo que se le clavara en las manos a Torras, y que éste tuviera que esforzarse para aguantar su peso. En una de las frecuentes paradas de Michael, Torras se volvió a medias hacia Ferran.

—¿Crees que está enrollado con Andrea? —preguntó en voz baja.

—¡César, no fastidies! ¿Crees que es el momento?

—¿Sí o no?

—Desde luego que sí. ¿Qué te importa? ¡Ah!, vaya, el señor está interesado...

—Era sólo una pregunta. —Un violento tirón hizo que Torras volviera a

prestar atención a la cuerda.

—Vivimos en un mundo del todo diferente, César —le estaba diciendo Ferran—. Aquí hay cosas permitidas que en el viejo mundo serían impensables.

—¿Qué quieres decir? —Torras jadeó por el esfuerzo.

—Pues que cuando dé el próximo traspie, que lo dará, sólo tienes que soltar la cuerda y ya no tendrás rival.

En ese momento la cuerda se tensó con fuerza y Torras miró a Ferran con los ojos muy abiertos. Cuando éste se echó a reír, Torras también lo hizo, liberado, y sujetó con fuerza la cuerda. Por un momento había creído que Ferran hablaba en serio.

Cuando Michael llegó abajo sin ningún inconveniente, el inglés se encontró con la sonrisa de Olga.

—Todo bien, ¿no?

Michael asintió, descansó un momento tratando de recuperar la movilidad de sus manos agarrotadas y luego descolgó el pesado bote de su espalda. Colocararlo sobre el agua e hincharlo les costó sólo unos minutos.

—Es más pequeño de lo que pensaba —dijo Michael.

—Es un Waterstrider de pesca —le informó Olga—, para una o dos personas como máximo, pero es bueno y resistente. Por suerte no pesáis mucho.

En contra de lo que habían pensado fue Ferran quien tuvo un percance que pudo tener consecuencias. Fue en el segundo de los descansillos, a sólo unos veinte metros del final del pozo. En un principio, ninguno de los tres se había percatado de que aquello no era sólo una plataforma de unos centímetros, sino que al fondo se abría otro túnel, suficiente para que pasara una persona. Cuando se dio cuenta de lo que había dentro, Ferran deseó no haberse aventurado en él. Un bulto informe, del que salía un olor nauseabundo, se movía como si la vida todavía palpitara en él, pero la vida era sólo la de un puñado de ratas royendo un cadáver. Ferran no pudo evitar soltar un grito y retroceder hacia la salida del estrecho túnel. Vaciló un instante y la escalera metálica resbaló entre sus dedos. El tirón de la cuerda al sujetarlo fue tal que lo lanzó de bruces contra la pared, y su propio peso hizo que el arnés se le clavara en las ingles. Creyó oír que lo llamaban desde arriba, pero fue incapaz

de articular palabra. Trató de recobrar el aliento, y luego consiguió agarrarse de nuevo a la escalera. Supuso que Torras, arriba, notaría que la cuerda se destensaba, lo que debía ser la señal de que él seguía vivo y coleando. Respiró hondo y luego continuó descendiendo hasta alcanzar el final del pozo.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Olga.

—Nada. Todo ha ido bien. Nos esperarás aquí, ¿de acuerdo? Estaremos en comunicación hasta donde esto alcance —encendió el walkie-talkie—, pero no tengo ni idea de qué cobertura tiene ni si habrá suficiente batería. Sólo te llamaremos cuando haya algo que decir o si... hay dificultades...

—Bien —musitó ella.

—Llevaremos las linternas encendidas, de modo que podrás vernos. Tú mantén el farol encendido. Serás nuestro faro.

Olga asintió, se instaló cómodamente en la repisa, junto al farol de gas, y vio como Ferran remaba en dirección a la oscuridad con Michael como pasajero. Echó de menos algo así como una despedida.

El precario dispensario del doctor Roure había ganado en inquilinos. Tres camillas tenían otros tantos pacientes, uno de ellos con el único gota a gota que el doctor había podido conseguir. El médico estaba sentado sobre la única silla y leía atentamente sus propias notas con el ceño fruncido y tamborileando con los dedos sobre la repisa que, a su lado, contenía los escasos medicamentos con los que trataba de mantener la salud de lo que habían dado en llamar «la colonia». Andrea se sentó en un tonel de plástico vacío y contempló a Roure sin decir nada. En poco tiempo el doctor había envejecido notablemente, aunque seguía teniendo la misma mirada inquisitiva, como si el mundo siguiera interesándole. Su cabello había encanecido, y las arrugas alrededor de los ojos se habían hecho más profundas.

—¿Sabes que existen diferentes niveles en el pánico? —se dirigió a Andrea sin levantar la vista de sus notas—. Hay quien no puede soportar ni siquiera la proximidad a una ventana y otros que son capaces hasta de dar un paso o dos en el exterior. Claro que en ese caso es cuando se puede producir un infarto.

—¿En qué nos ayuda eso? —preguntó Andrea, escéptica.

—No lo sé —respondió el doctor levantando la vista—. La alternativa es rendirse y convertirse en otra especie. ¿Cómo dijiste?... *Rata sapiens*, ¿no?

—Ése es otro problema, por cierto. Todo empieza a estar infestado de ratas. O quizá sería más propio decir que nos hemos instalado en su hábitat.

Roure no quiso decir nada, pero desde hacía tiempo consideraba que sus compañeros de hábitat podrían ser una fuente alternativa de proteínas.

—¿Qué sabes de Michael y de Ferran?

—Nada. Bajaron hace dos días y sus gorilas no permiten acceder al tercer sótano. Y ese individuo... López. Me da escalofríos sólo verlo. ¿Qué tienen sus pacientes? —los señaló con un gesto.

—Diarreas. Supongo que es una versión de cólera no virulenta. Son del grupo que llegó desde ahí abajo. Es a causa de haber consumido agua contaminada.

—Necesito su consejo, doctor —dijo Andrea por fin.

El doctor Roure abrió mucho los ojos mientras escuchaba a Andrea. Dejó

a un lado sus notas y se mesó los cabellos mientras reflexionaba.

—¿Por qué no me lo has dicho antes? Esa herida bien cuidada no era mortal, pero sin limpiar o sin vigilar puede serlo.

—¿Y qué podía hacer? Mi otra alternativa era decírselo a Ferran.

—No somos criminales, Andrea. Llévame hasta él.

Roure metió en una bolsa de deporte su precario instrumental. Salieron al pasillo central y se dirigieron a la salida del hiper. Desde hacía un par de semanas los accesos al piso superior por las rampas y la escalera interior estaban cegados a conciencia y vigilados. La única forma de salir de la colonia era por los accesos principales, ahora fortificados y cerrados para impedir entradas «no autorizadas». De todos modos, aunque vigilado, el paso todavía no era del todo impermeable. En la entrada estaba Bernat López, siempre con su expresión fría y ausente, y fuera, un grupo de personas esperaban a que alguien decidiera si les iban a facilitar o no algo de comida a cambio de alguna otra cosa.

—Vamos arriba. El doctor va a atender una urgencia. —explicó Andrea antes de que López preguntara nada.

—Es curioso —dijo López con su voz adormilada—. ¿Cómo os habéis enterado? ¿Os han llamado por teléfono?

—Hay casos de diarrea y quiero ver si arriba también los hay —exigió Roure con autoridad.

López hizo un gesto y el adusto individuo que les cerraba el paso armado con un bastón de esquí los dejó pasar.

—Ese tipo era el responsable de mantenimiento —dijo Andrea—. Parece que ha ascendido, ahora es un gorila.

En el piso superior las condiciones de la gente eran mucho más precarias, y Andrea se sintió fascinada cuando vio la salida al exterior inundada de luz. Roure giró la cara mientras caminaban paralelos a la salida.

—Soy de los que no puede mirar la luz del sol —dijo.

Llegaron a la entrada del piso superior del Carrefour. Allí, la luz del día penetraba por los ventanales y las puertas abiertas y no había nada que obstaculizara el paso, ni tan sólo vigilantes, sólo grupos de gente en los que se alternaba la ropa recién saqueada con los andrajos. Lo que sí encontraron fueron miradas huidizas y ausentes, silencio y un ambiente de hostilidad que aceleró el pulso de Andrea.

—No sé si podría vivir aquí —dijo.

Avanzaron hacia el fondo del pasillo central sorteando grupos de

personas sentadas en el suelo, pequeños fuegos y restos de todo tipo esparcidos por el piso, maderas, papeles, montones de ropa y basura.

—Esto es un estercolero —dijo Roure.

—Es un polvorín —señaló Andrea—. Si estalla un fuego no habrá nada que hacer, como ocurrió en el hotel de Michael.

—¿Dónde está?

—Ahí —señaló Andrea.

En la confluencia de uno de los pasillos laterales estaba Roman, llevaba un cigarrillo en los labios que lanzó al suelo al verlos y una sonrisa iluminó su cara.

—¿Sabes que el tabaco no te hace ningún bien? —dijo Roure mientras pisaba la colilla encendida.

El chico sonrió sin ganas y les hizo una seña para que lo siguieran. Un poco más lejos, tumbados en el suelo, estaban Nicolai y dos chicas a las que Andrea creyó reconocer como aquellas que habían encontrado en el Decathlon. Un poco más lejos estaba Richard, sentado en el suelo, con una botella en la mano que elevó en el aire a modo de saludo.

—La chica de la suerte y el doctor. ¡A su salud!

—No deberías beber alcohol. Dificulta que cicatricen las heridas.

—¿Qué heridas, doctor?

—¿Te has vuelto sentimental? —dijo Roure mientras le abría la camisa—. ¡Por Dios! Estaremos de suerte si no se ha infectado. Necesito un poco de luz. —Roman encendió una linterna y el doctor retiró el vendaje.

Sin pedírsela, tomó la botella de vodka de las manos de Richard y echó un chorro sobre la herida. Richard hizo una mueca pero no dijo nada. Roure terminó de limpiarla, la secó con una gasa y luego le aplicó otro vendaje.

—¿Sobreviviré?

—Como todos. Más mal que bien. Procura no moverte demasiado en un par de días. Otro traslado como el que acabas de hacer y no lo contarás.

—No tengo adonde ir. No se preocupe.

—Dime una cosa, Richard —le preguntó el doctor mientras volvía a guardar su instrumental—. ¿Qué piensas hacer cuando estés restablecido?

—¿A qué se refiere?

—A Ferran y vuestra sólida amistad —le aclaró Andrea.

—¿Eso te importa?

—Me importa porque no queremos más violencias, ni más muertos.

—No fue culpa mía. Tu amigo Ferran es tan culpable como yo. Las cosas

simplemente se torcieron.

—¿Y lo de Tomás? —inquirió Roure—. ¿Eso también se torció?

—¿Cree que estoy aquí por gusto, doctor? Si tan malo soy no debería curarme la herida, sería mejor que me dejara morir, ¿no le parece?

—Yo no soy como tú —replicó el médico—. Vámonos, Andrea.

De regreso a la precaria seguridad del hiper, López les lanzó una mirada fría y distante. Las linternas y los faroles de gas ya estaban apagados, siguiendo las instrucciones de Ferran, aunque algunas pequeñas hogueras ofrecían una luz difusa por todo el recinto. Andrea se acomodó junto a una de ellas con Joan.

—¿Has tenido noticias? — le preguntó.

—Olga sigue en el fondo del pozo. Cada cuatro horas más o menos lanza un destello desde abajo. Eso quiere decir que sigue en contacto con ellos y que están bien. Y tú, ¿cómo estás?

—Cabreada. Pero supongo que eso me mantiene viva.

—Creo que Aitana está enferma. Se lo he oído decir a su madre. Algo de diarreas o vómitos.

Andrea suspiró. Cerró los ojos y trató de conciliar el sueño, pero en su cabeza no había mas que pensamientos terribles y desolación. Se quedó dormida mucho después, cuando el sol ya había puesto al descubierto el vacío de las calles de la ciudad.

Aitana estaba pálida, con los ojos perdidos en algún punto de la pared. Sonrió tímidamente cuando vio aparecer a Joan con la guitarra colgando y dispuesto a darle un recital.

—No soy tonta. Sé que no está enchufada.

—Claro que no —admitió él con aire triunfal—, pero se puede tocar, aunque hay que tener buen oído.

—Mi hermano siempre dice que tiene buen oído.

—Lo quieres mucho, ¿verdad?

—Siempre cuida de mí. Y me está esperando en el instituto.

—Pero no se puede ir al instituto, Aitana, ya lo sabes.

—Sí. Sí se puede ir. Se lo he oído decir al señor Ferran.

—¿Qué has oído?

—Que se puede ir por el pozo. Y por el agua. Navegando.

—Deberías descansar.

—Cuando esté buena me iré con él.

Gerard, a aquella misma hora, contemplaba la ancha calle que se abría al otro lado de la puerta acristalada. No veía más allá de cincuenta o sesenta metros, pero estaba seguro de que toda la ciudad debería de tener el mismo aspecto. El asfalto estaba lleno de restos, hojas de periódico traídas y llevadas por el viento, charcos de agua de la reciente lluvia, una moto tirada en el suelo, abandonada con un gran charco de combustible espeso a su alrededor. Junto al paso subterráneo había un carrito de bebé, probablemente vacío, o al menos tenía la esperanza de que así fuera, y un cesto de la compra tirado en el suelo con su contenido desparramado alrededor. Desde allí no podía ver de qué se trataba aquel precioso cargamento, pero no tenía importancia, pues a aquella distancia le habría sido absolutamente imposible acercarse siquiera. A su derecha, casi fuera de la vista, estaba la autovía, y al otro lado el centro comercial donde su hermana Aitana y su madre debían de haberse resguardado. Tal vez estaban bien, o tal vez no. ¡Quién podía saberlo!

—Eh, tío. Te estamos esperando —dijo la voz de Pep.

Gerard asintió, se dio media vuelta y sintió como recuperaba la respiración y el ritmo cardíaco al dejar de mirar hacia el exterior.

En el centro de la sala habían retirado los muebles de la exposición y dejado un gran espacio despejado. Estaba todo el grupo: Jaume, los Baquer, Mireia, Sara, Gabi, Charlie, Pep y Gerard. Sólo la señora Mercè se mantenía alejada, tumbada en su sillón con los ojos cerrados.

—Bueno —empezó Gerard—, como sabéis soy, o era, el delegado de nuestra clase, y por eso hasta ahora habéis confiado en mí para tomar algunas decisiones, pero las cosas han cambiado mucho. Así que habría que replantearse la cuestión y nombrar a alguien con autoridad para hacerse cargo de esa responsabilidad.

—¿Qué decisiones? —preguntó Mireia.

—Pues por ejemplo cómo nos organizamos, cómo administramos la poca comida que tenemos, adónde iremos a buscar más, cómo nos relacionaremos con otros grupos... si los encontramos...

—... y asuntos como el de la pistola —apuntó uno de los hermanos Baquer.

—... y qué hacemos si encontramos otras... señoras como Mercè, o alguien que no tiene nada... —añadió Pep.

—Eso es —asintió Gerard—. Así que habría que decidir ahora, antes de nada, quién va a tomar esa responsabilidad. Por votación.

—Yo propongo que siga Gerard —dijo Sara.

—¡Claro! —exclamó uno de los hermanos Baquer—. Pues yo propongo a mi hermano.

—Sí —bromeó Pep—, con eso tendríamos dos delegados en vez de uno, intercambiables.

Hubo un coro de risas y los Baquer miraron a Pep con algo más que desprecio.

—¿Quién es el mayor del grupo? —preguntó Charlie.

—El más grande es Jaume —apuntó Pep.

—Supongo que yo. —Sara levantó la mano—. Repito curso.

—Bien —concedió Gerard—. Sara es la mayor del grupo. ¿Queréis que sea Sara?

—¿Sin votar? —replicó ésta—. No estoy de acuerdo.

—Votemos si queremos que sea ella sin votar —dijo con la mano levantada Pep.

—A mí esto me aburre —murmuró Charlie.

—A Charlie lo aburre —se burló uno de los Baquer—. Es lo que pasa con los punkis y los anarcos.

—Y tú eres un bocazas —respondió Charlie enseñándole el dedo corazón—. Es lo que pasa con los fachas.

—¿Queréis centraros en nuestro asunto? —intervino Gerard—. Ya nos peharemos luego. Propongo que votemos si queremos a Sara como delegada. Los que estén a favor que levanten la mano.

—¡Esperad, esperad! —saltó Sara—, que estemos a favor de qué, ¿de votar que sea yo y luego votemos, o de que...?

—Joder, Sara. —Gerard extendió las manos hacia ella—. Votamos si queremos que seas la delegada. Votos a favor. —Sólo se alzó una mano, la de Gerard—. ¿En contra?

El resto de las manos mostraron su disconformidad.

—Te quedas sin mandar —dijo Pep—. Yo propongo a Gerard.

—¿Quién más quiere ser delegado? —preguntó éste, y uno de los hermanos Baquer levantó la mano.

—¿Quién eres, Baquer Uno o Baquer Dos? —se mofó Pep.

—¿Y si te doy una hostia? —lo amenazó uno de ellos.

—Luego —intervino Gerard—. Ahora acabemos. ¿Quién se presenta?

—Yo soy Martí —dijo el Baquer que había levantado la mano.

—Bien. ¿Alguien más quiere ser delegado? —Nadie respondió—. Pues

los que voten por Martí Baquer que levanten la mano.

Los dos hermanos Baquer levantaron la suya, pero nadie más lo hizo.

—Dos votos para Martí Baquer —declaró Pep con una sonrisa—. Y uno es el suyo. Que levanten la mano los que voten por Gerard. —Seis manos se alzaron. Sólo los hermanos Baquer y el mismo Gerard no lo hicieron—. De acuerdo —manifestó Pep pomposamente—, ¡proclamo a Gerard Casas como nuestro delegado, o lo que sea, por mayoría absoluta!

—Ahora hablemos de la pistola —dijo Gerard.

Se hizo un silencio. Gerard la sacó del bolsillo y la dejó en el suelo, frente a él.

—¿La puedo ver? —preguntó Charlie.

—No es un juguete —señaló Gerard—. Ayer nos salvó de un buen susto, o de algo más. Nos puede facilitar la vida si la usamos bien... o fastidiarla si lo hacemos mal.

—¿Tú la sabes manejar? —preguntó Charlie.

—Ni idea. ¿Alguien sabe...?

Sin decir una palabra, Jaume, sentado junto a Gerard, tomó el arma. Con gestos precisos sacó el cargador, quitó el seguro, montó la corredera para comprobar que no había una bala en la recámara y luego miró por el cañón. Con los mismos gestos decididos hizo saltar la corredera, metió el cargador y, sin montarla, volvió a poner el seguro.

—Está limpia y en condiciones —aclaró—. Es una Walther P99, la que utiliza la policía. Cargador de dieciséis balas. No sé si está completo, pero parece que sí. ¿De dónde la habéis sacado?

Hubo un silencio mientras todos los ojos, incrédulos, se quedaban fijos en Jaume. Finalmente Gerard respondió:

—Estaba en casa de la señora Mercè; su marido es, o era, policía.

—Bien. ¿Quién la va a llevar? —preguntó Jaume.

—Obviamente, creo que tú. —Gerard hizo una mueca—. Pero eso no se va a usar a menos que lo decidamos todos, y si hay que tomar una decisión rápida lo haré yo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo Jaume tras un asentimiento general—. Me pegaré a ti como si fueras mi novia.

—Y ahora vamos a planear un poco nuestro futuro, ¿no os parece?

Sentados en uno de los sofás, a oscuras, Gerard y Jaume se fumaban uno de los últimos porros que les quedaban. Al contrario de lo habitual, ninguno de los dos tenía ganas de reír, ni siquiera de hablar de chicas o de poner a parir a los Baquer.

—Por el lado del mar no se puede avanzar —decía Jaume.

—¿Qué has encontrado?

—Hormigón. Yo creo que es parte del túnel de la autovía. No hay manera de atravesarla ni con los explosivos, o sea que olvídate de llegar al centro comercial del otro lado, al Carrefour, el Decathlon y todo eso. No deben ser más de cuarenta o cincuenta metros, pero de hormigón y puede que columnas de acero. Hasta ahora hemos encontrado construcciones chungas, mucho prefabricado, ladrillo y cemento de mierda, pero yo sabía que no duraría... ¿Oyes?

—¿Qué?

—La lluvia. Pega fuerte, pero no sirve de una mierda que esté nublado. Charlie intentó salir esta mañana y hemos tenido que tirar de él, de los pies, para volverlo a meter. Echaba espuma por la boca.

—No nos hemos enterado —se sorprendió Gerard.

—Charlie no quiso. Se quiere hacer el duro... Nunca había llovido de esta manera, ¿no te parece?

—Deberíamos echar un vistazo. Esto es una planta baja y no hay nada construido encima, sólo nos faltaría tener goteras —apuntó Gerard poniéndose en pie.

La mayor parte del grupo dormía. Sólo se veían un par de linternas encendidas, y los dos muchachos se acercaron a uno de los ventanales cubiertos con improvisadas cortinas. Se miraron y finalmente fue Gerard el que se atrevió a levantar la punta de arpillera para mirar al exterior.

—¿Qué ves? —preguntó Jaume.

—Nada. Oscuro como boca de lobo. Es un alivio, pero por el ruido deben de estar cayendo toneladas de agua.

—Me dan escalofríos sólo de pensar en el exterior. ¡Qué mierda que nos haya tenido que pasar esto!

—No lo sé. Sólo sé que se acabó la vida que conocíamos.

La potente linterna frontal de Ferran apenas si permitía ver unos metros por

delante de ellos. La primera sorpresa había llegado al darse cuenta de que no estaban moviéndose por un lago subterráneo abierto y navegable, sino que era propiamente un depósito de agua repleto de columnas que hacían muy difícil moverse entre ellas. La segunda sorpresa había sido que en lugar de la superficie tranquila que esperaba encontrar se habían topado con unas aguas revueltas y salpicadas de remolinos que hacían difícil mantener la estabilidad del bote.

—Supongo que es cosa de las lluvias —dijo Michael, que sudaba por el esfuerzo con el remo.

Ferran lanzó al agua un trozo de madera que se había guardado en el bolsillo y lo enfocó con la linterna mientras se alejaba de ellos, a buena velocidad, por su derecha.

—Y por ahí deben de estar los desagües. —Consultó la brújula—. Ésa es la dirección del mar, o sea que por el otro lado estará la entrada de aguas.

—¿Qué hacemos?

—Vamos hacia tu antiguo hotel. Dices que salisteis por el sistema de cloacas.

—Sí. Dimos con una red.

Sin demasiado esfuerzo se deslizaron con relativa rapidez en la dirección de la corriente, maniobrando entre las columnas.

—Las repisas —señaló Michael—. Cuando salimos las cubría el agua y ahora ya se ven.

—Está bajando el nivel. Sale más agua de la que entra —corroboró Ferran.

Fue en aquel momento cuando el bote chocó con algo y Ferran tuvo que mantener el equilibrio para no caer al agua. Soltó una maldición y enfocó con la linterna. Al momento lanzó un grito ahogado y se dejó caer en el fondo del bote. La frágil embarcación pareció zozobrar mientras Ferran gritaba:

—¡Sal de aquí, joder, sal de aquí!

Michael tomó el remo y bogó por el lado derecho alejando el frágil bote del obstáculo y a punto estuvo de empotrarse contra una de las columnas. Pegó el bote a ella y se cogió con la punta de los dedos a un saliente mientras Ferran, blanco como una hoja de papel, escudriñaba la oscuridad con la linterna.

—¿Qué era? —gritó Michael.

—Un cuerpo, ¡joder! Un cuerpo flotando... ¡maldita sea!

—Puede haber una docena —musitó Michael—, si es que el agua no los

ha arrastrado hacia el mar.

Durante un tiempo que les pareció eterno remar en la dirección que, más o menos, Michael iba señalando. Hicieron una parada junto a otra de las columnas para recuperar un poco el aliento y volvieron a moverse, esta vez con mucha más precaución, avanzando lentamente y en silencio. Ferran dudó en hacer la pregunta, pero finalmente lo hizo.

—Tú y Andrea... —dijo— ¿estáis... juntos?

—Somos amigos —asintió Michael.

—Ya. Muy británico.

—¿Qué quieres decir?

—Nada en especial, que un español habría contestado «sí, estamos liados», o «no te importa una mierda».

—Sí, estamos liados, pero no lo estábamos. Al menos no de la manera que lo estamos ahora.

—Ahora nada es como antes —manifestó Ferran.

Hizo un gran esfuerzo con el remo para no chocar contra otra de las columnas. Aguzó el oído y percibió un gorgoteo cada vez más intenso. La superficie estaba cada vez más agitada y el bote parecía sufrir un empuje desde el lado izquierdo que los obligaba a remar sólo por la derecha para mantener el rumbo. Lo peor era esquivar las columnas, siempre por el costado derecho.

—Ahí hay otro colector —señaló Michael.

—¿Cuánto falta para el hotel?

—Debemos de estar llegando. Es un agujero que abrimos nosotros porque no encontramos el colector principal.

El muro norte del depósito apareció de la oscuridad casi de improviso. Michael lo recorrió con la linterna buscando el agujero abierto con tantas dificultades desde uno de los desagües del aparcamiento del hotel. Lo descubrió más arriba, a unos cuatro metros de la superficie.

—¡Maldita sea! —gruñó Ferran—. Tendríamos que valorar si vale la pena escalar eso, ¿no?

—Lo más probable es que todo el hotel se derrumbara sobre el aparcamiento, así que no debe de haber nada que podamos utilizar.

—Aun así habría que intentarlo, luego veremos qué hacemos... Supongo que no eres campeón de escalada ¿no?

—Subo bien las escaleras —ironizó Michael.

Ferran sonrió, se quitó la cazadora y la mochila y observó la pared de

ladrillo, rugosa y aparentemente fácil de escalar. Estaba extraordinariamente fría, hasta el punto que sintió un estremecimiento al tocarla.

—¿Cómo coño os pudisteis meter en el agua? Debe de estar congelada.

—No lo sé —admitió Michael—; tal vez es que el fuego era peor.

—Ilumíname, ¿quieres?

En contra de lo que esperaba Ferran, el ascenso fue más rápido de lo que había pensado. El agujero era suficiente para que pasara una persona, y los bordes irregulares y fragmentados mostraban a las claras que se había abierto desde dentro con herramientas rudimentarias. La linterna le mostró un túnel que se abría a izquierda y a derecha.

—A tu izquierda —le señaló Michael—, a no más de diez o doce metros, hay otro tubo más estrecho que sube. Hay posibilidades de agarrarse, pero es muy resbaladizo. Unos seis metros, no más. Cinco o seis. Hay una trampilla que dejamos abierta y es un falso sótano. Tienes que ir agachado...

—Sí, de acuerdo. Ya me lo sé de memoria. Lo peor será que todo ese camino lleve al exterior, porque entonces sí que la hemos jodido bien.

—Suerte —dijo Michael un instante antes de que Ferran se zambullera en el túnel.

Caminar los doce metros por un conducto circular no supuso ningún problema para Ferran, ni siquiera teniendo que aguantar la respiración a causa de la pestilencia. Lo único que le causaba una cierta aprensión era que apareciera algún cadáver, pero no fue así. No podía quitarse de la cabeza aquel contra el que había impactado el bote, y trató de convencerse de que no era el de su padre. El túnel ascendente era efectivamente sucio y resbaladizo y el olor era aún más repugnante. Avanzó ayudándose de mano y pies, como si subiera por una chimenea, y finalmente llegó a la trampilla abierta, tal y como le había anunciado su compañero de equipo.

El espacio al que llegó era, efectivamente, de una altura apenas practicable para ir de rodillas. Avanzó casi a rastras hasta que, unos metros más adelante, un rayo de luz mortecina le anunció el final del recorrido. Podía ser que la luz se filtrara desde algún punto lejano, no necesariamente que estuviera a un paso de la superficie. Empezó a sudar y el pánico lo agobió de tal manera que tuvo que detenerse.

Lentamente, aguantando la respiración, se acercó a un boquete rectangular abierto en la pared por el que se filtraba la luz del día. Empezó a temblar, y la sola idea de ver el sol le provocó una sensación insoportable. Finalmente sacó la cabeza por la abertura, con los ojos cerrados y las manos agarrotadas en los

bordes, listas para impulsarlo de nuevo al interior del boquete. Abrió los ojos con un esfuerzo de voluntad y al momento sonrió relajado.

—Bien, Ferran —dijo en voz alta.

Acabó de salir del boquete y trató de entrar en calor pateando el suelo y golpeándose con las manos en los costados. Estaba en lo que era sin duda un aparcamiento, pero con un techo que como mucho tendría un par de metros, con grandes bloques y amasijos de hierro colgando. La luz provenía de un socavón del tamaño de un camión al otro lado de lo que había sido el aparcamiento. Llovía torrencialmente y gruesos chorros de agua se precipitaban desde el exterior sobre un paisaje lunar en el que algunos vehículos estaban aplastados bajo montañas de escombros y otros eran sólo esqueletos consumidos por las llamas. Del bolsillo, Ferran sacó el plano dibujado por Michael y trató de orientarse, pero los puntos de referencia habían desaparecido. La impresión era que, efectivamente, el hotel se había derrumbado tras el incendio y que sólo la casualidad había permitido que accediera la luz del día. Iba a volver por donde había venido cuando unas fugaces sombras pasaron por delante del agujero abierto al exterior. Eran perros, tres o cuatro, pero se limitaron a corretear unos minutos entre los escombros y luego desaparecieron tan rápidamente como habían venido. Ferran estaba seguro de que no tenían problema para encontrar alimento.

—Arriba no hay nada —dijo cuando regresó—. Echemos un vistazo a ese laberinto de cloacas, ¿de acuerdo?

—El nivel del agua ha bajado todavía más —le advirtió Michael.

—No es posible. Está lloviendo a cántaros. Debería entrar más agua... Esto no me gusta...

—¿Qué es lo que no te gusta? —preguntó Michael, inquieto.

—Lo vi en una película. Un tapón en la parte alta del curso de agua la retiene hasta que se rompe y provoca un cataclismo.

—Eso suena muy mal, ¿no?

—Fatal. Y más nos valdría salir de aquí, porque si es eso nos podría pillar y enviarnos directamente al mar.

Ferran se acomodó en el pequeño bote. Tomaron los remos y empezaron a bogar cada vez con más soltura, a ambos lados de su precaria embarcación, adentrándose en el inmenso lago artificial. El nivel había bajado todavía más y la superficie estaba extrañamente tranquila. Por su izquierda, donde debían de estar los desagües, subía un rumor suave, y los dos hombres percibieron que algo malo, muy malo, estaba a punto de pasar.

—¿Y si nos pusiéramos los chalecos? —sugirió Michael.

Soltó el remo y alargó la mano para coger el chaleco que Ferran le tendía. En ese momento, a su derecha, desde el muro oeste del inmenso depósito, un fragor espantoso y creciente los hizo estremecer como si la tierra temblara.

—¡Oh mierda, oh mierda! —exclamó Ferran mientras se colocaba el chaleco a toda prisa.

Primero fue un golpe de viento, como si se hubiera desatado un huracán que casi levantó el bote en el aire, luego un muro de agua y restos de todas clases cayó sobre ellos con un rugido, volcando su precaria embarcación como si fuera un cascarón.

Nunca me habría imaginado que llegaría a echar de menos a Ferran. Ahora me doy cuenta de por qué la gente lo sigue. Es por esa extraordinaria seguridad en sí mismo que es capaz de transmitir a los demás. No creo que sea una buena persona, nunca le he visto ni la más leve muestra de sensibilidad, pero ¿quién la tiene en estas circunstancias? Aunque me cuesta llamar a esto circunstancias, porque las circunstancias son pasajeras y esto no es pasajero. Esto es nuestra vida. Ahora somos una especie diferente de la humana que vive en la oscuridad, pero no sólo eso, que vive encerrada en pocos metros cuadrados, sin posibilidad de ir a ninguna parte. La sucesión de días y noches se ha detenido. He visto mujeres a las que les han caído diez años encima en cuestión de ¿un día?, ¿de dos? ¿Cómo medir el tiempo? He pensado en hacer marcas en algún sitio para contar los días, pero para eso tendría que ser consciente de la sucesión de mañana y noche. Y ni siquiera eso puedo hacer. La vida en nuestra colonia sigue su curso. Casi sin darme cuenta me he encargado del control y la distribución de los alimentos. López no parece muy interesado, y a pesar de que es el hombre de confianza de Ferran no ha dudado en dejarme la responsabilidad. Joan, con sólo dieciocho años, es también una de las personas que más contribuyen a que esto se mantenga. Es como si de golpe hubiera crecido y se hubiera convertido en un hombre. Sigue tocando la guitarra, aunque naturalmente sin enchufar a la corriente. Sin embargo, consigue sacarle sonidos muy débiles pero agradables. Ha estado buscando una guitarra de las otras, clásicas, pero sólo encontró una destrozada que no pudo arreglar. En cuanto

a Pilar, la madre de Aitana, cada día parece más un alma en pena. No tiene ningún interés en vivir, ni siquiera por su hija. Bebe alcohol cuando lo consigue, apenas come ni hace nada por nadie. A menudo pienso en Julia y en Marc. Es posible que hayan sobrevivido y que estén en algún lugar, juntos. Daría cualquier cosa por saber de ella, de mi amiga. Me gustaría subir un día a ver nuestra vieja tienda, pero no me atrevo, tal y como están las cosas. Es como si arriba viviera una tribu de salvajes con los que no es posible hablar ni ponerse de acuerdo. Tal vez la culpa sea nuestra y de nuestro egoísmo.

Frente al espejo, con sólo la luz de una vela, Roman acabó de pintarse la cara de negro. En realidad no toda la cara, sino cuatro rayas paralelas, negras, en cada mejilla, conseguidas untando los dedos en una lata de betún. A su lado, una de las chicas encontradas en el Decathlon, sentada sobre la repisa del cambiador de bebés, lo contemplaba mientras ascendía hacia el techo la fina columna de humo de un cigarrillo a medio consumir.

—Te queda muy bien. Pareces uno de esos indios de las películas.

Roman la miró sin entender muy bien lo que había dicho, pero la expresión seria de la chica le hizo pensar que era algo importante. Después cogió el macuto, metió en él dos paquetes de naipes y salió de la tienda zigzagueando entre la gente que ocupaba el pasillo principal de la colonia. En la entrada, el vigilante echó un vistazo a los juegos de cartas y luego le indicó con la cabeza que podía pasar.

En el pasillo exterior, grupos de personas efectuaban sus transacciones en silencio. Una de las características de los nuevos tiempos era el silencio. Nadie parecía tener nada que decir y los gestos y los guiños habían ido sustituyendo el lenguaje. Las conversaciones se mantenían en voz baja y casi siempre se reservaban para los momentos de intimidad en las tiendas o en los rincones. Roman fue directo hasta uno de los grupos en el que tres hombres aguardaban en actitud expectante. Sin decir una palabra, Roman les entregó los dos paquetes de naipes, que uno de los hombres abrió. En su interior no había cartas, sino sendas latas de conserva. A cambio, Roman recibió un rollo de alambre todavía empaquetado y etiquetado. Luego se dirigió hasta la escalera que llevaba al piso superior. La actividad no era menor en aquel punto. Se movió con ligereza entre los grupos de gente, pasando con rapidez ante el

pasillo que llevaba al exterior. Como siempre, allí había un grupo expectante, contemplando el mundo exterior bien a cubierto. Los más valientes se encontraban en primera fila, con los ojos semicerrados, soñando tal vez en otros tiempos y otro mundo. Roman se paró un instante, cerró los ojos y dejó que un tímido rayo de sol le acariciara el rostro, pero inmediatamente un negro nubarrón se interpuso entre la luz y él y una lluvia espesa y pertinaz se desplomó sobre la calle solitaria.

Richard vio llegar al muchacho desde lejos. Su herida estaba cicatrizando bien aunque aún se sentía muy débil. Hacía días que el doctor Roure no lo visitaba. De hecho, entre la gente más próxima había aparecido una enfermera jubilada que había accedido a revisar su herida a cambio de pequeñas retribuciones, como una caja de cerillas o un paquete de pañuelos de papel susceptibles de ser cambiados después por unos caramelos o unos frutos secos.

—¿Qué se dice por ahí abajo? —preguntó después de inspeccionar el rollo de alambre.

—Clos no está. Dicen que instalado en parking —le explicó Roman en su rudimentario español.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Chica de la suerte.

De debajo de la litera en la que estaba sentado, Richard sacó un tubo metálico y unos alicates. Con habilidad, bajo la atenta mirada de Roman, terminó de confeccionar un lazo de más de dos metros de largo metido dentro del tubo.

—¿Qué es esto? —preguntó Roman.

—Ya lo verás. ¿Dónde está tu hermano?

—Con chica. En tienda.

—¿Qué chica?

—Chica de abajo, del hipermercado.

—Dile que lo necesitamos.

El acceso hasta el piso superior estaba despejado. A nadie parecía interesarle un espacio luminoso con sólo una cubierta de plástico transparente, pero la cubierta estaba rota, algo que Richard había descubierto hacía días, y en el interior del espacio donde estuvieron las terrazas y los cines revoloteaban las

palomas que habían colonizado el lugar como su nuevo hábitat. Como siempre, Nicolai se quedó al pie de la escalera, vigilando. Su aspecto poco tranquilizador era una garantía de que nadie los iba a molestar. En cuanto a Roman, más peligroso aunque menos obvio que su hermano, era siempre un buen ayudante en cualquier cometido.

Acababa de amanecer y el cielo estaba encapotado, igual que los últimos días. En aquel momento no llovía, y las palomas revoloteaban por el espacio cerrado de la terraza. Desde allí, Richard tuvo que dominar la sensación de vértigo al mirar al exterior. Sintió el impulso de atravesar la puerta y salir a la terraza semicubierta, pero le fue imposible dar un solo paso. A su lado, Roman temblaba sin poderse contener. Richard se tendió en el suelo con la vista fija en el exterior. La temperatura no debía de ser muy alta, pero él sudaba copiosamente. Incluso las manos le resbalaban por el largo tubo metálico. Lo primero era localizar la paloma en cuestión. No tenía ninguna preferencia, así que se fijó en una que parecía no moverse demasiado, a menos de dos metros de su posición. Se secó las manos en los pantalones y luego fue alargando poco a poco el tubo en dirección al animal. El primer intento resultó un fracaso cuando la paloma echó a volar. Richard maldijo en voz baja y trató de recuperar el aliento. Roman se tendió a su lado, todavía temblando violentamente, y le dijo algo en rumano. Al segundo intento, la paloma se quedó dentro del aro de alambre, quieta, moviendo la cabeza a un lado y a otro, ajena a lo que su futuro le iba a deparar. Richard se mordió los labios, contuvo la respiración y luego tiró con fuerza del alambre. El animal batió las alas pero ya era tarde, el lazo de fino alambre se había cerrado sobre sus patas y un fuerte tirón lo introdujo en el interior del edificio. La risa de Richard atronó en el lugar.

—¡Esta noche tendremos cena de lujo! —exclamó—. Vamos a por otra.

Cuando Richard bajó con tres palomas colgando del cinturón, Nicolai no estaba al pie de la escalera, vigilando, pero Richard estaba de muy buen humor y no le importó. Él y Roman se instalaron ante la tienda donde dormían los dos muchachos, y después de romperles el cuello a las palomas, encendieron un fuego e iniciaron la labor de desplumarlas.

Del interior de la tienda salió Nicolai, todavía a medio vestir, y una chica con una falda larga, una arrugada camisa floreada y el pelo muy negro y revuelto.

—Yo a ti te conozco —dijo Richard—. Te he visto abajo.

—Me llamo Alicia —dijo ella.

—¡Ah!, la vendedora de collares. ¿Qué haces aquí?

—Ha venido a comprar —dijo Nicolai haciendo el gesto de fumar.

Los tres hombres rieron, pero Alicia los miró con desprecio, dio media vuelta y se fue.

—¡Cuando quieras un intercambio de servicios me llamas! —gritó Richard y los tres volvieron a reír.

Jaume evaluó la pistola sopesándola y la levantó en el aire para verla mejor, recortada contra el techo iluminado. A su lado, Gerard leía atentamente un manual de medicina, y un poco más lejos Charlie y Sara intentaban montar una vieja tienda de campaña que habían encontrado en una de sus correrías por los bloques adyacentes.

—¿Y si la usáramos para cazar? —sugirió Jaume.

Gerard levantó la vista del libro e hizo una mueca.

—Ni un animal a la vista, a no ser alguna rata. Nosotros no salimos, pero los animales no entran aquí ni por casualidad. Eso sin contar con la puntería.

—No eres muy positivo —apuntó Jaume.

—¿Han vuelto los Baquer? —preguntó Gerard.

—Si hemos tenido suerte, no —murmuró Charlie—. No soporto a ese par de clones.

—¿Iba alguien más con ellos? —quiso saber Jaume.

—Gabi.

En aquel momento la tienda de campaña, que ya parecía estar montada, se derrumbó sobre sí misma, en silencio, expeliendo un sutil olor a moho.

—Eres estúpido, Charlie —le recriminó Sara—. Te dije que había que poner el palo primero...

—En las que yo he visto no hay palo...

—En ésta sí, gilipollas. Empecemos otra vez, y ahora pon el palo.

Gerard le hizo un gesto a Jaume. Éste guardó la pistola en el bolsillo y ambos se acercaron hasta el boquete de la pared donde Mireia montaba guardia.

—¿Ha habido algo? —preguntó Gerard.

—Nada. Ni un ruido.

—Hace mucho que salieron, ¿no? —dijo Jaume—. ¿Tu reloj funciona?

—Sí. Según él hace doce horas que se marcharon.

—¿Y si fuéramos a buscarlos?

—Sí —asintió Gerard—. Esperemos un poco más, y si no llegan saldremos a ver.

A un centenar de metros del campamento de los muchachos, Martí y David Baquer permanecían sentados en un saliente rocoso, frente al impetuoso torrente de agua que, por lo menos, no había subido de nivel en las últimas dos horas. Habían cruzado con apenas un palmo de agua desde la orilla norte del ancho canal subterráneo, justo a tiempo de ponerse a salvo de la impetuosa llegada de una avalancha de aguas revueltas. En la orilla que ellos acababan de abandonar, subido casi a la altura del techo en una cornisa, estaba su compañero, Gabi, al que la corriente había sorprendido antes de poder cruzar. La linterna de los Baquer lo iluminó, pero fue imposible comunicarse con él a causa del enorme estruendo del agua.

—¡No podemos dejarlo ahí! —gritó Martí por encima del ruido.

—¡Claro que podemos! Que se apañe. Que pase cuando baje el nivel.

Un gran trozo de madera pasó en aquel momento junto a ellos. Sobre él, como marineros en cubierta, se movía un puñado de ratas.

—¡Joder! —gritó uno de los gemelos—. Me dan asco las putas ratas.

—Tranquilo, no te van a morder —le aseguró su hermano.

—No soporto a las ratas.

—Ni tú ni nadie. Yo creo que no se soportan ni ellas.

—Dile que nos vamos, que ya bajará el agua.

—¿Y cómo coño se lo digo? ¿Por señas? No se oye una mierda.

Martí Baquer trató de hacerse entender por encima del estruendo. Le señaló a Gabi el túnel por el que habían llegado y le indicó que volvían atrás. No llegó a saber si su compañero lo entendió o no, porque apenas si podían verlo a aquella distancia, pero supusieron que sí y se pusieron en marcha.

—El agua bajará y podrá cruzar —dijo uno de ellos—. No le ocurrirá nada.

Al apagarse la linterna de los Baquer todo quedó sumido en la oscuridad, pero cuando sus ojos se acostumbraron, Gabi pudo reconocer el amplio túnel, las anchas aceras y el pasadizo por el que habían llegado hasta allí. Sentado sobre una repisa a varios metros sobre el suelo, Gabi perdió la noción del tiempo, hasta que un súbito silencio lo despertó de un sueño ligero. Era obvio que el nivel del agua había bajado, pero no tenía modo de saber si era posible cruzar andando hasta el otro lado. Desde su atalaya improvisada, Gabi trató de recordar cómo era el enorme colector. Construido con el suelo abovedado, el centro era menos profundo que los laterales, auténticos canales de apenas dos metros de ancho. No le sería difícil saltar sobre ellos. Sólo era cuestión de

esperar un poco hasta estar seguro de que el nivel del agua en el centro había bajado, y eso lo podía ir comprobando lanzando piedras al centro del colector.

La exploración no había sido de gran utilidad. Sólo habían explorado un par de túneles secundarios, y cuando volvían al principal para continuar su investigación, la llegada del torrente los había sorprendido y sólo los Baquer habían tenido tiempo de cruzar al centro del canal antes de que un muro de agua se abalanzara sobre ellos.

Gabi vio como sus compañeros se alejaban por el corredor que los había traído desde el campamento dejándolo colgado y aislado por el agua, pero en cierto modo lo encontraba natural tratándose de los Baquer. Y de todos modos sólo tenía que esperar a que bajara un poco el nivel del agua para ganar la otra orilla. «No importa —se dijo—, está bajando y en seguida podré...»

Se quedó a medias en su reflexión cuando observó dos o tres luces que se movían a lo lejos, por la parte alta del túnel. La primera idea fue descender hasta el curso de agua y tratar de cruzar al otro lado antes de que llegaran, pero finalmente decidió esperar, pues a la altura a la que se encontraba sería una casualidad que lo descubrieran. Lo que sí tenía claro era que por alguna razón que aún no acertaba a comprender lo mejor era no tratar con nadie e intentar pasar desapercibido.

A juzgar por las linternas eran tres hombres. Avanzaban por el centro del túnel, lo que evidenciaba que el nivel del agua era allí lo bastante bajo. Cuando estuvieron lo suficientemente cerca pudo comprobar que el que iba en cabeza era un hombre mayor, llevaba barba de varios días y luchaba para mantener el equilibrio sobre la corriente, todavía muy fuerte, que le llegaba más arriba de la rodilla. De haber tenido un poco de suerte podían haber pasado por su lado sin verlo, pero en uno de los recorridos que hacía el hombre con la linterna el haz de luz enfocó directamente a Gabi, encaramado en lo alto del túnel, empapado y tembloroso.

—¡Eh! ¿Qué tenemos ahí? ¿De dónde has salido tú?

—¿Tienes comida? —preguntó otro de ellos, un muchacho apenas mayor que Gabi.

—No tengo nada —respondió Gabi.

No supo si continuar agarrado a la roca, cerca del techo, o intentar bajar.

—¿De dónde vienes? —volvió a preguntar el primero de los hombres—. No estás viviendo ahí arriba como si fueras un murciélago, ¿verdad?

—No tengo comida y no quiero ningún problema.

—¿Crees que yo quiero algún problema? —chilló el hombre—. ¡Lo que

quiero es algo para comer! Baja de ahí o subiré a buscarte.

—¡Eh!, padre —dijo el chico más joven—, ahí hay un túnel.

—Has venido por ahí, ¿no? ¿Vas a bajar o tendré que bajarte?

El hombre se agachó, metió la mano en el agua y la volvió a sacar armada con una piedra del tamaño de un puño. La blandió con aire agresivo y volvió a ordenarle que bajara. Gabi dudó de nuevo, pero no tuvo tiempo de tomar una decisión. El hombre le lanzó una pedrada con toda su fuerza, y el proyectil impactó en la cabeza del muchacho haciéndole perder el equilibrio y caer al suelo, aún cubierto por un metro de agua, lo que afortunadamente amortiguó la caída. El hombre fue a acercarse a Gabi, y en ese momento un disparo atronador estalló en el túnel y el hombre y los dos chicos se quedaron paralizados de terror.

—Un movimiento y la próxima bala te volará la cabeza —amenazó Jaime.

La pistola apuntaba directa a la frente del hombre mayor, y tras él aparecieron las figuras de Gerard y Pep, que corrieron a socorrer a Gabi.

—Nosotros... no. Yo no... —murmuró el hombre levantando las manos. Le temblaba la voz. El hombre retrocedió unos pasos, extendió los brazos como intentando proteger a los jóvenes y un sollozo se escapó de sus labios—. Son mis hijos. No hemos comido nada desde ayer...

—Si lo habéis matado os mataré a los tres —masculló Jaime.

Gerard había levantado a Gabi y éste tosió lanzando una bocanada de agua.

—Está sangrando. Tenemos que llevarlo dentro —dijo Pep.

El nivel del agua había bajado ostensiblemente y Jaime se encaró de nuevo con el hombre.

—Ahora os vais a ir por donde habéis venido u os coso a balazos.

—¡No hay nada de donde venimos! Más vale que nos mates ahora.

—Es lo que haré si no empezáis a andar —amenazó Jaime.

—Largaos y que no os volvamos a ver —les advirtió Gerard.

Los tres dieron unos pasos inseguros hacia atrás, luego se volvieron de espaldas, con resignación, y emprendieron el regreso por la parte central del túnel anegado.

—¿Adónde iremos, papá? —preguntó el más joven de los tres.

Nadie le respondió y Jaime y Gerard los vieron alejarse. Sin decir una palabra y sin atreverse a mirarse a los ojos, los dos ayudaron a meter a Gabi en el túnel mientras el padre y sus dos hijos se diluían en la oscuridad.

—Había esto en el botiquín. —Pep le mostró la caja metálica.

Mercè removi6 el interior y una sonrisa le ilumin6 el rostro.

Con manos ágiles, Mercè limpi6 la herida de la cabeza y luego coloc6 tres grapas para cerrar la brecha. Lo cubri6 todo con una gasa sujeta con esparadrapo y contempl6 su obra, como el artista que acaba de pintar un cuadro.

—No es perfecto pero servirá. Cuando cicatrice ni siquiera se te va a notar.

—¿Es usted enfermera? —pregunt6 Pep.

—No, pero tengo muchos años y un hijo que era un trasto de pequeño, además de... otras experiencias —añadi6 sombría.

—Te pondrás bien —le dijo Gerard.

Gabi, todavía medio aturdido por el golpe, asintió con una sonrisa, y entre el resto de sus compañeros corri6 un sentimiento de alivio. El pequeño campamento en el almacén de muebles había sufrido un terremoto con la llegada del herido, y mientras Mercè y Mireia se ocupaban de él, Gerard, furioso, se plant6 frente a los Baquer.

—¿Y vosotros qué clase de compañeros sois? De haber estado allí nada de esto habría pasado. No me importan una mierda vuestras estúpidas ideas sobre las razas y los inmigrantes, ¿lo entendéis? Pero otra cosa es el compañerismo. Salisteis los tres y teníais que volver los tres. ¡Sois unos mierdas!

—No le iba a pasar nada. Sólo tenía que bajar el agua y ya está. ¿Cómo íbamos a saber que vendrían esos tíos?

—No teníais manera de saberlo —intervino Jaume—, pero no se abandona a un compañero. ¡Cómo nos vamos a fiar de vosotros! Será mejor que nos separemos, que os montéis la vida por vuestra cuenta y nos dejéis en paz.

—Sí. Tal vez sea lo mejor —asintió Martí Baquer, desafiante.

Se qued6 muy cerca de Jaume, pegado a su cara, pero éste no se inmut6. Así que Baquer hizo un gesto de desprecio y se alejó seguido de su hermano.

—Gilipollas —murmur6 Jaume.

Aquella misma tarde, la llegada de Sara y Charlie de otra excursión con las manos vacías confirm6 que explorar los sótanos de los alrededores tampoco les había proporcionado más comida.

—Tenemos que intentar movernos hacia el interior del barrio —decía Gerard al grupo reunido a su alrededor—. Es la única manera de encontrar algo. Hacia abajo, hacia la autovía, es imposible. Tenemos explosivos y podemos ir avanzando, pero no sirven contra el hormigón y no podemos llegar al centro comercial.

—Pues lo descartamos —opinó Jaume, siempre resolutivo—. Deberíamos seguir intentándolo por ese gran canal que hemos descubierto. Hay infinidad de túneles que desembocan en él.

—Nos volveremos a encontrar con esos tipos —dijo Gerard.

—Tenemos la pistola —apuntó Pep.

Jaume lo miró ceñudo.

—No nos los tenemos que encontrar necesariamente —opinó Sara—. Sería mucha causalidad. Podéis estar seguros de que encontraremos otra gente igual o peor por todos lados.

—Y buena gente también —aseguró Jaume.

—Y hablando de buenos tipos —señaló Charlie—. Vuelven los Baquer.

Jaume observó la actitud reflexiva de los gemelos, los ojos bajos y los andares lentos, lo que parecía indicar que no venían en son de guerra.

—No nos tenéis que tratar así, ¡joder, Jaume! No lo habríamos dejado si hubiéramos pensado que podía haber peligro; en ningún momento se nos pasó por la cabeza que podía ocurrirle algo.

—Lo sentimos —continuó el otro hermano—. No era nuestra intención que pasara eso. Y no queremos dejar el grupo. Ahora... somos como una familia.

—Por mí de acuerdo —aceptó Gerard—, pero si volvéis a hacer algo así no tendréis que irnos, os echaremos nosotros. —Los Baquer asintieron y se sentaron con el grupo.

Jaume les lanzó una mirada de desconfianza pero no dijo nada. «Al fin y al cabo —pensó—, lo importante no eran sus motivos, sino que estaban allí.»

—Hablábamos de si continuar horadando de casa en casa o explorar por el canal.

—Yo propongo que remontemos ese túnel lleno de agua —dijo uno de los Baquer—. Debe de llevar a la ciudad. Tiene que haber cloacas y sótanos para poder movernos.

—Esa gente —respondió Jaume—, los que han atacado a Gabi, venían de allí e iban locos buscando comida...

—Pero nosotros tenemos explosivos. Podemos agujerear donde nos

parezca... o dónde podamos.

—¿Y cómo sabes donde colocas el explosivo? —argumentó Gerard—. Ya nos metimos en una sala de estar. No tenemos mapas ni sabemos qué hay al otro lado de las paredes.

—Es un riesgo que corremos —señaló Pep—. Si es una pared de ladrillo es que lleva a un edificio. Si es de hormigón, pasamos de ella.

—Tiene razón —convino Sara—. Podemos hacerlo.

—Ya —asintió Gerard—, y si encontramos gente tenemos una pistola. Lo sé.

—Y un montón de balas —añadió uno de los Baquer.

—Catorce —le aclaró Jaume—, y no estoy dispuesto a dispararle a nadie para conseguir comida.

—Pues alguien tendrá que hacerlo —dijo Martí Baquer.

—No hay que ir tan de prisa —los hizo callar Gerard—. A ver, los que estén de acuerdo en explorar el túnel inundado que levanten la mano.

Las ausencias de Michael y de Ferran se están notando. A pesar de que Ferran nunca ha sido persona de mi agrado. O tal vez sí. Joan me ha explicado que están explorando por los subterráneos, supongo que para encontrar algo que nos saque de aquí. Olga sigue abajo, ayudándolos. Mientras regresa Ferran, Bernat y yo hemos tomado la dirección de nuestra colonia, pues la gente parece que nos hace caso y cada vez más formamos un grupo homogéneo. Se me ha ocurrido la idea de amontonar los carritos de la compra en todas las entradas de nuestro territorio, es decir, del antiguo hipermercado, y formar una barrera. Nunca pensé que pudiera haber tantos carritos. El caso es que llegan a una buena altura y una vez juntos es casi imposible superarlos. Bernat se ha dedicado a implementar (esa palabra es suya) armas con toda clase de objetos. Hemos establecido unas normas rígidas, más de las que alguna vez habían oído hablar a Ferran o su padre. Por ejemplo, hemos advertido a todos los colonos que está prohibido absolutamente sacar comida de nuestro territorio y que sólo se podrá hacer con un permiso especial para cambiarla por algo que nos sea útil. Hay un grupo de personas que están montando una bomba para extraer agua del pozo, pero el problema es que necesitamos muchos metros de tubería y los tubos metálicos y de PVC están arriba, en el piso superior,

donde manda Richard, o al menos eso creemos. A Joan se le ha ocurrido desmontar las tuberías del sistema eléctrico que no sirven para nada y usarlas para traer el agua desde el fondo del pozo. Puede que sea lo mejor. Toda nuestra vida ha sufrido una transformación radical en estos ¿meses?, ¿semanas?, que llevamos aquí. Tan radical que cuesta trabajo reconocerse. Hoy he hecho una escapada clandestina al piso de arriba por una ruta que me ha enseñado Aitana, apenas lo suficientemente amplia para una niña como ella y que a mí me ha costado un buen rato de sudor y algo de claustrofobia atravesarla. La tienda, nuestra tienda, está irreconocible, con las marionetas destrozadas y desparramadas por el suelo, los estantes arrancados y las paredes negras de humo. Había un grupo de tres personas instaladas allí, y en la hoguera que les daba luz y calor estaban quemando los muñecos que Julia hacía con tanto cariño, y hasta el álbum de fotografías de la inauguración que Julia y yo guardábamos como oro en paño. Me ha costado reconocermé en las fotos. Es como si fuera otra persona. Algo que ha cambiado sustancialmente en este tiempo son las relaciones personales. Da la impresión de que formamos un grupo de autoayuda compuesto por solitarios. Leí alguna vez que el instinto de supervivencia del ganado es colectivo, que lo importante es asegurar la especie, o el grupo, no el individuo, y puede que nos esté pasando eso. Todo es diferente. Pienso en Michael y ya no encuentro aquello que parecía ilusión. Estar con él es un modo de sentirme viva y nada más, porque cuando te vuelves a poner la ropa eres de nuevo una rata sapiens igual que antes, preocupada sólo por sobrevivir. Sigue habiendo comida suficiente, pero hay que pensar en el modo de sobrevivir cuando se acabe. Sobrevivir. Qué palabra tan socorrida.

Michael era sólo un punto de luz, el de la linterna de espeleólogo, que aparecía y desaparecía en medio de un caos de agua negra como la noche, ramas de árbol y objetos diversos e irreconocibles que saltaban como enloquecidos por la superficie del torrente. Ferran lo perdió de vista un par de veces y se desgañitó llamándolo a gritos por encima del estruendo. Del bote no había quedado ni rastro, arrastrado por una corriente turbulenta y destructiva. No supo cómo, pero se encontró empotrado contra una de las columnas, apenas unos centímetros por encima de la corriente. El golpe en la

cabeza había sido brutal y la lámpara salió disparada, al igual que una de sus botas, arrancada por una fuerza feroz y el golpe de algo duro y cortante. Cuando el frío empezó a paralizarle los músculos notó un dolor lacerante en el pie izquierdo y un hilo caliente sobre la frente que sólo podía ser sangre. Se agarró con fuerza a los salientes de la columna, en plena oscuridad, sintiendo un poco más abajo la furiosa corriente, pero al mismo tiempo que perdía la sensibilidad en los dedos iba notando cómo, lentamente, se apaciguaba el caos. Trató de recuperar la respiración y de moverse para adoptar una postura más cómoda, pero el pie descalzo le resbaló y estuvo a punto de caer al agua. No era consciente de cuánto tiempo había pasado, pero lo que sí notó fue como el gorgoteo del agua cedía, y cuando estiró las piernas no encontró la superficie. Trató de recordar cómo era la columna y el tamaño de la repisa donde podía sentarse una persona. Se deslizó poco a poco hasta apoyar los dos pies sobre el saliente y se aseguró de que era lo bastante ancho. Después de un tiempo indefinido, pero sin duda largo, sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad, y aunque no podía ver gran cosa, sí le pareció percibir una ligera claridad al fondo, lo que debía de ser sin duda el desagüe en dirección al mar. El resto no daba señales de nada, negro como el único futuro que podía esperar. Agotado, se acurrucó lo mejor que pudo y cerró los ojos en un intranquilo duermevela.

Lo despertó un grito, o eso creyó. No tenía modo de ver nada, pero un instante después creyó vislumbrar el punto de luz frente a él.

—¿Michael? —gritó.

Esperó unos instantes y luego repitió la llamada. El agua chapoteaba por debajo de él, no demasiado cerca, así que era evidente que el nivel había vuelto a bajar. Hacía mucho frío y todo él temblaba de pies a cabeza.

—¿Ferran? —respondió una voz casi inaudible.

Nadó hasta el punto de luz, la repisa de otra de las columnas donde Michael había logrado encaramarse, y cuando se colocó junto a él se dejó caer de espaldas absolutamente agotado.

Rebuscó en sus bolsillos y encontró un par de barritas energéticas, y después de darle una de ellas a Michael engulló la otra y se tendió sobre el saliente para tomar un sorbo de agua.

—No sé si es potable —dijo—, pero qué le vamos a hacer.

—Yo bebí durante un montón de días —jadeó Michael—. Es agua de lluvia, al menos eso creo, con lo que tenemos muchas posibilidades de coger cualquier infección.

Michael sonrió para sí al pensar en ello, como si coger una infección fuera su principal problema. Escudriñó a su alrededor tratando de ver algo, pero era absolutamente imposible. Nada, ni la más leve luz que le indicara hacia dónde ir. Ferran trataba de recuperar el aliento tendido en la estrecha repisa mientras Michael la rodeaba a cuatro patas hasta que consiguió situarse frente a lo que suponía era el desagüe del gran depósito.

—Si no me equivoco, por ahí está el desagüe.

—Lo que quiere decir que la base del pozo debe de estar por ahí —dijo Ferran señalando a la derecha—. Y... ¡Qué estúpido!, no he utilizado el walkie.

Lo sacó del bolsillo impermeable. Parecía estar en buenas condiciones, pero el resultado fue sólo ruidos de estática.

—Al menos funciona —comentó Michael.

—El pozo tiene que quedar a nuestra derecha, si no me equivoco. Tal vez unos doscientos metros como mucho. No hay más que meterse en el agua y nadar.

Antes de lanzarse a la oscuridad, Ferran se detuvo un instante a reflexionar y le vino a la mente el momento en el que el condenado a muerte espera la ejecución de la sentencia.

Debía de pasar por su cabeza algo así, como lo que él veía en aquel momento. A su padre herido de muerte, a su madre llena de cardenales y rasguños. Al desgraciado Pàmies atravesado por un arpón. Sintió un estremecimiento y respiró profundamente.

—¿Listo? —preguntó.

—Listo —respondió Michael.

Ferran se sumergió lentamente en el agua helada, luchando por mantener la cabeza clara más allá de la sensación de frío intenso. Ya en el agua volvió a orientarse con la luz difusa y lejana y con el movimiento del agua. Debería recibirla por el lado derecho, pero no podía estar seguro de nadar en la dirección correcta. Sólo unos centímetros mal orientado y jamás encontraría el pozo.

—Vamos allá —dijo cuando Michael entró en el agua.

Nadaron lentamente, ambos temblando de frío, observando en cada brazada, a la izquierda, la tenue luz del supuesto desagüe. La luz frontal de Michael oscilaba de un lado a otro, al compás de sus brazadas. A Ferran, buen nadador, le pareció que Michael también lo era, y apenas si se movía el agua alrededor de ambos. Cada brazada era un ejercicio de precisión a pesar del

frío intenso que casi los paralizaba. Al cabo de unos minutos notó cómo Michael se iba quedando atrás.

—¿Estás bien?

—Tú sigue. No te preocupes por mí.

—De eso nada, Michael. Hemos salido juntos y volveremos juntos.

Ferran se detuvo y dio un par de brazadas en dirección al inglés. Ya fuera por el agua en los ojos, por el cansancio, o por algo peor, Ferran se dio cuenta de que no veía ya aquel tenue resplandor al fondo, el que indicaba la dirección del mar. La luz de la cabeza de Michael parpadeó y se apagó. Alrededor de los dos náufragos no quedó más que oscuridad, y por primera vez Ferran sintió la desesperación de la persona que sabe que ya no le queda ninguna salida.

—¡No puedes hacerme esto! —le había gritado su padre dos años antes, cuando le comunicó que no se iba a presentar a las oposiciones a la policía.

—¿Hacerte? ¿Yo voy a hacerte algo? ¿Te has creído que el mundo gira a tu alrededor, que todo el mundo tiene que hacer lo que tú quieras y eso es lo natural? Es mi vida, y no quiero vivirla como tú. No quiero ser tú. ¡No quiero ser un maltratador!

Por toda respuesta, su padre, el viejo policía, lo había abofeteado, y Ferran sintió que aquélla era la última vez, que se habían terminado las bofetadas, los castigos, las noches pasadas en la escalera por llegar diez minutos después de la hora señalada por el comisario Clos.

—¿Esto te hace feliz? —le había dicho después de la bofetada—. Pues disfrútalo, porque es la última vez.

Después de eso había hecho la maleta y se había ido de casa despidiéndose de su madre con un beso y dando un sonoro portazo. En realidad sólo sentía todo aquello por ella, por su madre, aunque era consciente que desde hacía tiempo las cosas habían cambiado y la vejez había traído también una nueva etapa en la que Manuel Clos creía que había terminado la labor de educación de su esposa y de su hijo, una labor de educación que incluía el castigo físico, ¡cómo no!, cuando las cosas no salían como él quería.

Ya en la calle, con su maleta rodando tras él, Ferran Clos se dio cuenta que no tenía adónde ir, y lo primero que tenía que hacer era buscarse un lugar donde colgar sus trajes y enchufar su ordenador.

Y al día siguiente aprobó el examen para entrar en la policía, pero se

negó a solicitar el ingreso. Tumbado en la cama de un hotel reflexionó durante unos días sobre su futuro, y luego empezó a utilizar sus contactos hasta que alguien le recomendó la empresa de seguridad y protección de autoridades. Y luego llegó el pánico, el viaje sin retorno al centro comercial, la colonia en un maldito hipermercado y aquel sótano inmundos con una agua negra como la noche y una oscuridad que podía palpase.

Nadó con fuerza durante unos minutos, sin rumbo fijo, tirando de Michael. Podía estar haciéndolo en círculos, sin referencias, pero no le quedaba otra alternativa que seguir adelante.

Al cabo de unos minutos dejó de nadar. Se sentía enormemente cansado, helado y al borde de perder el conocimiento. Respiró hondo y luego se tendió boca arriba para descansar. Michael apenas respiraba, también tendido boca arriba. Después de un instante, siguiendo un súbito impulso, se lanzó a nadar desesperadamente, como si le fuera la vida en ello, con un solo brazo mientras con el otro tiraba de Michael, hasta que chocó violentamente contra una de las columnas. El golpe fue tan fuerte que creyó que se había fracturado la mano. Lanzó un grito de rabia y jadeando se aferró a la repisa que rodeaba la columna.

Olga despertó aterida de frío, temblando como una hoja. El fondo del pozo era sin duda el lugar más lóbrego en que había estado en su vida, y eso que había practicado espeleología o barranquismo desde los catorce años. A tientas tomó el termo de café y echó un largo trago, luego sacó una de las galletas del bolsillo de la camisa y la saboreó con calma. No tenía modo de saber qué hora era y ni siquiera podía fiarse ya de su organismo, disciplinado en sus horas de sueño a lo largo de toda su vida. Hace unas semanas no tenía ninguna duda de cuándo eran las siete de la mañana, pero ya no estaba segura de eso, como de otras muchas cosas. Con un suspiro encendió la lámpara de gas butano que debía indicar su posición. La elevó en el aire y escudriñó la oscuridad del gran embalse. Cuando hacía espeleología un instructor le había dicho: «Siempre se ve algo, la oscuridad absoluta sólo está en el espacio exterior.» Y efectivamente, se veía algo. Era un punto de luz a su derecha, a unos cien metros, tal vez. Apagó su linterna y entonces tuvo la seguridad: sí, era un punto

de luz. Un punto tan ínfimo que al principio pensó que se trataba de una alucinación, pero al volver a mirar comprobó que seguía allí. «No es un espejismo», se dijo. Encendió la linterna y de pronto lo recordó. Tomó el walkie, lo encendió y, tras el ruido de estática, apretó el botón para hablar:

—¡Ferran! ¡Ferran!

—Sí, somos nosotros —dijo una voz débil y conocida—. Y no se te ocurra volver a apagar la lámpara.

—¿Qué le pasa? —preguntó Mireia, llorosa. Gabi temblaba ostensiblemente. Seguía sin conocimiento, tendido en la colchoneta, con la frente amoratada y una palidez cadavérica. Mercè, a su lado, lo cogía de la mano y no podía reprimir las lágrimas. Sólo se la oía decir de vez en cuando: «*No puc fer res, no puc fer res.*»

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Sara.

Gerard se encogió de hombros con impotencia y Jaume siguió mirando al herido sin saber qué decir.

—Podríamos movernos por ahí y ver si encontramos un médico —sugirió Pep.

Nadie le hizo caso.

—No hay nada que hacer —murmuró Charlie.

—¡No digas eso! —gritó Jaume fuera de sí.

Cogió a Charlie por los hombros y lo empujó con fuerza contra la pared.

—Tiene razón —murmuró Mercè—, no podemos hacer nada.

—¿Qué tiene? —inquirió Sara.

—Debe de ser un traumatismo craneal —respondió Mercè—. He visto alguno, no siempre aparecen en el momento del accidente...

—Los Baquer han vuelto —dijo Gerard señalando con la cabeza.

Por el boquete que los comunicaba con el mundo, ahora más ancho y siempre vigilado, aparecieron los dos gemelos cargados con varias garrafas de plástico llenas de agua. Sudorosos, las dejaron en el suelo.

—Se puede beber —dijo uno de ellos—. Podríamos hacer una conducción hasta aquí. ¿Cómo está Gabi?

—Mal —respondió Gerard—. ¿No habéis visto a nadie?

Martí Baquer negó con la cabeza.

—Está peor —dijo Pep.

Gabi temblaba y sus espasmos eran cada vez más fuertes. Mercè le secaba el sudor de la frente con un trapo húmedo.

—Deberíamos matar a ese tipo —mascullaron los Baquer al unísono.

Gabi dejó de respirar cuando todos dormían. En el reloj de Pep, que estaba de guardia, la esfera anunciaba que eran las tres y diez de la madrugada. Pep era especialmente cuidadoso en su turno. No le quitaba ojo de encima al herido, se aseguraba regularmente de que seguía respirando y, aunque había dejado de temblar, Pep seguía las indicaciones de Mercè y le pasaba un paño húmedo por la frente.

—¡Oh, no! —exclamó en voz baja cuando notó que no respiraba.

Con aprensión, se aseguró de que el pecho no subía y bajaba y luego le tomó el pulso, pero fue incapaz de deducir si latía o no. Finalmente se puso en pie, se encaminó hasta el sofá donde dormía Gerard y lo despertó sacudiéndolo por el hombro.

—Tienes que venir —dijo.

Asistieron todos al entierro, incluso Mercè, a la que hubo que ayudar a bajar las escaleras hasta el sótano. Gerard se fijó en que, en el tiempo que llevaba con ellos, la mujer a la que habían salvado de la muerte había envejecido notablemente, como si hubieran transcurrido años desde que la encontraron tendida en su cama, esperando el final. Lo enterraron en una de las fosas abiertas, tres en total, pues Sara, muy lúcida, había dicho que si dejaban tres o cuatro tumbas abiertas sería menos traumático cuando tuvieran que enterrar a alguien.

Sentado en un sillón, de espaldas a la ventana velada por una sucia cortina, Gerard reflexionó sobre la vida y la muerte. Uno a uno fue observando a sus compañeros, desperdigados por el almacén. Sin pretenderlo, era como si los fuera clasificando según su proximidad a la muerte. La primera, desde luego, era Mercè. No sabía cuántos años tenía, pero debían de ser setenta o más. La siguiente en la lista era Mireia. Era una chica débil y sensible y posiblemente no aguantaría la presión de aquella vida, o mejor dicho, de aquel simulacro de vida. Y luego puso a Jaume. Sí, era un tipo fuerte y con recursos, pero dispuesto siempre a arriesgarse por los demás o para demostrarse algo a sí mismo, de modo que en algún momento se enfrentaría a algo que no podría superar.

—Tenemos que movernos —dijo Gerard.

—No iremos a buscar a ese hombre —le advirtió Jaume.

—¿Crees que soy estúpido? Claro que no. Pero los Baquer tienen razón, remontar por el curso de agua hacia la montaña sería una buena idea. Podemos ir abriendo boquetes de vez en cuando para ver si llegamos a algún sitio. También iremos entrando en nuevos edificios para ir recuperando todo lo que nos haga falta. Como los colonos en las películas, incluso nos podemos ir instalando en otros sitios más cómodos.

—¿Películas? —suspiró Pep estirando los brazos por detrás de la cabeza y cerrando los ojos—. ¿Qué es eso?

—¿Y actuar como colonizadores? —negó con la cabeza Jaume—. ¿Y la gente que viva en esos lugares?

—A la mayor parte el pánico los habrá pillado en el trabajo o en cualquier otro sitio —aseguró Gerard—. Un sábado por la mañana o un viernes por la tarde la gente no está encerrada en su casa.

—¿Ah, no? —adujo Jaume—. Si no hubiéramos tenido la práctica de química tú te habrías quedado durmiendo lo menos hasta las tres.

—Ésa no es la cuestión —replicó Gerard.

—¿Y qué haremos cuando encontremos comida y gente? —preguntó Jaume.

Nadie respondió. Hacía rato que el sol había salido. Los rayos se filtraban por las rendijas entre las cortinas y recorrían el suelo del almacén iluminando montones de desperdicios, restos de frugales comidas y mantas sobre unos sillones y sofás cada vez más sucios.

—Tenemos que movernos —admitió uno de los Baquer.

—Nos estamos quedando sin comida —añadió el otro.

—Bien. Entonces propongo que nos movamos hacia el gran canal —sugirió Gerard—. Organizamos una expedición y un par de nosotros se quedan aquí para mantener el campamento.

—¿Y qué haremos? —preguntó Jaume.

—Está claro —dijo Martí Baquer—. Tenemos una pistola y explosivos. Exploramos los túneles secundarios y localizamos los edificios que nos rodean. Si lo vemos claro, hacemos un boquete, entramos y nos quedamos con la comida que encontremos.

—¿Así, sin más? —dijo Jaume.

—Nadie se atreverá a hacer nada si llevamos la pistola. Y si encontramos al tío que mató a Gabi nos vengaremos.

—A ti Gabi te importa una mierda —le espetó Mireia.

No había dicho una palabra desde hacía días y su aspecto era cada vez más penoso. Apenas comía nada de lo poco que había, y sus ojos estaban siempre como perdidos. Su delgadez se había convertido en fragilidad, y con el pelo sucio y apelmazado y la ropa deteriorada ofrecía una triste imagen de una chica antes atractiva. Gerard la miró apenado y luego se vio a sí mismo, también descuidado, hambriento y absolutamente desmoralizado.

—Ese asunto está olvidado —respondió el otro.

—¿Olvidado? —exclamó Mireia—. ¡Está muerto porque vosotros lo dejasteis allí!

—Déjalo ya, Mireia —terció Gerard—. No podemos estar toda la vida removiendo la misma mierda mientras nos morimos de hambre. Mercè nos ha hecho un regalo, la pistola de su marido. ¿Cómo se llama?

—Manuel Clos —respondió Mercè con voz grave.

—Manuel Clos nos ha regalado su pistola para que podamos sobrevivir. ¿No lo entendéis? ¿Y su hijo? ¿Cómo se llama su hijo?

—Ferran.

—Yo no dispararé a nadie por un poco de comida —afirmó Jaume. Echó mano a su espalda y sacó la pistola. Por un momento todos retrocedieron asustados, pero luego, con un gesto rápido, la tomó por el cañón y se la entregó a Gerard—. Has dicho que dos de nosotros se deben quedar a proteger el campamento, ¿no? Me ofrezco voluntario.

—Y yo —lo secundó Mireia.

—¿Qué haréis si encontráis a una vieja como yo que no quiere daros lo que le queda de comida? —preguntó Mercè.

Gerard no supo qué responder. Sentía el peso de la pistola en su mano y la cabeza embotada, como si ya fuera incapaz de pensar.

—Tiene razón —dijo Sara—. ¿Vamos a disparar contra la gente que se resista?

—Se asustarán sólo de ver la pistola —le aseguró Gerard.

—Claro. Y eso es mejor. Les robamos y los dejamos sin comida. O incluso mejor, los echamos de sus casas o de donde estén y nos quedamos con sus cosas.

—¿Y qué quieres hacer? Apenas nos queda nada. Se acabaron las reservas del bar y de las máquinas. ¿Nos mantenemos de agua o nos convertimos en caníbales?

—Ése será el siguiente paso, ¿no crees?

—Tú siempre tan alegre, Sara.

El enorme túnel al que habían dado en llamar «gran canal» ofrecía un aspecto algo diferente al de la última vez. Circulaba agua, desde luego, pero básicamente por los canales laterales, junto a las aceras, y el centro permanecía relativamente seco. El grupo formado por Gerard y los Baquer suponía la vanguardia, seguidos a poca distancia por Sara, Pep y Charlie. Después de muchas discusiones y experimentos habían conseguido dotarse de antorchas, y aunque tenían algunas linternas eléctricas habían preferido reservarlas para imprevistos. A la luz de las antorchas el gran túnel semejaba una cueva inexplorada, con su curso de agua y sus paredes de roca, altas y húmedas. Un grupo de exploradores perdidos en el submundo.

—Por ahí delante —señaló Baquer— encontramos un túnel, pensamos que era una cloaca muy ancha, pero se alejaba demasiado y no íbamos preparados. Por eso volvimos, y entonces nos sorprendió la riada.

—Bien —asintió Gerard—. Pues entonces remontaremos un poco más y seguiremos buscando.

—¿Y si descendiéramos? —sugirió Pep enfocando en dirección a la corriente de agua—. Por ahí se debe ir hacia el mar, ¿no?

—Lo que quiere decir que pasará al otro lado de la autovía —añadió Martí Baquer—, por el centro comercial o los hoteles.

—Puede que sí, pero no sé... —dudó Sara—. ¿No deberíamos terminar de explorar ese túnel que decíais.

—Yo creo que sí —la secundó Gerard—. Exploremos ese túnel hasta donde nos sea posible. Si no encontramos nada interesante seguiremos el curso de agua.

La mañana del viernes, Mireia se había despertado con la sensación de que iba a ser un buen día. Lo primero, antes de la ducha y del desayuno, era revisar el WhatsApp para ponerse el día de los chismes en los diversos grupos de los que formaba parte. Luego miró su correo personal y finalmente los mensajes o llamadas. Había un par de llamadas perdidas de Gabi, y sonrió cuando oyó el mensaje en el buzón de voz. Podía decir que Gabi era su mejor amigo, aunque estaba segura de que él tenía otras intenciones, pero a ella no le gustaba especialmente, aunque eso sí, era un chico interesante en todos los

sentidos y le encantaba ser su amiga. Estudiaban juntos, pasaban muchas horas charlando por el móvil o chateando en la red, salían de copas y se sentaban siempre juntos en clase. Si, pero «sólo amigos» le había dicho más de una vez, cuando él la miraba de una forma especial o le proponía alguna cosa que iba más allá.

Cuando bajó a desayunar, en la cocina había un ambiente que se le antojó tenso. Su padre y su madre estaban de pie, él con un café en la mano y ella intentando sonreír, con las manos apoyadas en el mármol y los ojos todavía arrasados en lágrimas.

—¿Qué pasa? —dijo ella.

—Me alegro de que te hayas desertado tan pronto —dijo su madre—. Tengo que ir a trabajar y... tu padre y yo tenemos algo que decirte...

—¡Oh! —exclamó Mireia encogiéndose un poco sobre sí misma.

No se atrevió a decir nada más, aunque desde hacía meses sabía que el ambiente se podía cortar con un cuchillo. Lo primero que pensó fue que sus planes de estudio se iban a ver muy afectados. En realidad no le parecía mal que sus padres se separaran. Los quería a los dos y sabía que no eran felices el uno con el otro, algo que saltaba a la vista en su vida cotidiana, en la falta de detalles de cariño, en las horas que uno y otro pasaban en sus respectivos trabajos sin interés en volver a casa.

—Verás —titubeó su padre—, tu madre y yo hemos decidido separarnos una temporada...

Continuó la disertación en la misma línea de frases hechas: «a ti te queremos igual», «estaremos los dos siempre junto a ti», «ninguno de los dos tiene la culpa...». Especialmente cuando su padre dijo eso, Mireia desvió la mirada hacia su madre, y vio en ella la mentira de aquella afirmación. De hecho, siempre había sospechado que su padre tenía una amante, aunque nunca se había atrevido a hablar de ello o a investigarlo más a fondo. Y si lo sabía ella, probablemente su madre también lo sabía.

—Por el momento papá se irá de casa para poder tomarnos un tiempo de reflexión...

—¿Por qué me queréis engañar? —estalló Mireia—. ¿Os creéis que soy estúpida o que soy una cría? Os separáis, pues bien. Pero no me digáis que es provisional. ¿Creéis que estoy ciega? Nunca mostráis... un poco de cariño el uno con el otro, os pasáis el día fuera...

No quiso continuar, pero las lágrimas afloraron a sus ojos. Se quedó paralizada, incapaz de huir a su cuarto, que es lo que hubiera querido hacer.

Fue su madre la que se acercó a ella y trató de acariciarla, pero ella apartó la cara, furiosa.

—Perdona, cielo. No hemos querido hacerte daño, tal vez por eso no te hemos dicho nada y hemos preferido disimular.

—¿Disimular, mamá? Sois un desastre disimulando.

—Somos un desastre en muchos sentidos —dijo su padre, y al momento Mireia dejó escapar un sollozo.

—No llores, pequeña. Lo sentimos mucho. Si por alguien lo sentimos es por ti —dijo su madre—. Intentaremos que tú no sufras esta nueva situación. Vas a vivir aquí, en tu casa. Tu padre y yo nos turnaremos para estar contigo. Nelly cuidará de ti, como siempre. Nada va a cambiar en ese sentido.

—Sí, lo sé. Os veré tanto como siempre y cada uno por su lado. Ya estoy acostumbrada. Está bien, ¿tenemos que hablar de eso de las visitas y las vacaciones y todo eso? —preguntó furiosa.

—No, hija. Todo eso será como tú quieras. Tú decidirás a quién quieres ver y cuándo.

—Pues de momento preferiría irme a mi cuarto y no veros a ninguno de los dos.

Se arrepintió de lo que había dicho cuando subía la escalera, pero pensó que ya era tarde para rectificar. Subió a su habitación y se dejó caer de bruces en la cama, llorando hasta que descargó toda la tensión, todo el rencor y toda la incertidumbre. «Mañana tengo una práctica de química», pensó antes de dormirse.

Despertó cuando el sol estaba muy alto, un sol rojizo y extraño. El móvil no dejaba de pitar con los mensajes WhatsApp, y su habitación y toda la casa estaban en silencio. Antes de nada, Mireia revisó en el ordenador todos los apuntes de química y los experimentos que debían hacer al día siguiente. Estaba segura de que todo iría bien y subiría la nota, pero no podía engañarse y pensar que lo que ocurría en su familia era intrascendente. Tomó el móvil y marcó el número de Gabi.

—Esperaba que me llamas —dijo él.

—¿Y por que?

—Porque te he dejado un montón de mensajes. He pensado que mañana cuando acabemos la práctica podríamos ir a la playa.

—No lo sé.

—¿Por qué? ¿Tienes otros planes?

Mireia dudó un instante pero acabó contándoselo todo. Al fin y al cabo

era su amigo.

—Y me lo han dicho así, a la hora del desayuno, como si nada.

—¡Qué putada! ¿Estás bien?

—No. No estoy bien. Necesitaba hablar con alguien.

—¿Quieres que nos veamos?

—No. Preferiría estudiar. Nos vemos mañana y... vale, vamos a la playa.

En la cocina estaba Nelly, la asistenta que cuidaba de ellos y de la casa. Sin decir nada, abrazó a Mireia cuando apareció y le dijo:

—Tengo helado para ti.

—¿Qué sabes de todo esto? —preguntó la joven.

—No puedo ir por ahí chismorreando, Mireia.

—Esto no es chismorrear. Son mis padres y estoy segura que sabes más cosas que yo.

—Me tienes que jurar que jamás dirás que yo te he contado algo.

—Te lo juro, Nelly. Y puedes confiar en mí.

—Tu madre se enteró de que tu padre la engañaba.

—Lo suponía. Pero cómo se ha enterado.

—De la manera más directa, mi niña, pero no me pidas que te dé más detalles.

—Entiendo —asintió Mireia después de pensar un momento—. Entiendo.

Los pilló... ¿aquí?

Nelly no abrió la boca, se volvió de cara al fregadero y siguió con lo que estaba haciendo, pero no hizo falta que dijera nada más.

Aquella noche, Mireia puso el despertador a las siete. No quería saltarse la práctica de química.

—¿Y si no vuelven? —preguntó Mireia.

—Claro que volverán. No van a hacer nada peligroso, sólo a explorar —respondió Jaume.

—Tengo miedo.

—Ven —la llamó Jaume.

Mireia se alejó del boquete que llevaba hacia lo desconocido y se acurrucó junto a Jaume en el amplio sofá. Más lejos, en su sillón de siempre, dormía Mercè, anunciándolo con un ligero ronquido.

—A veces siento que todo esto es una pesadilla y que despertaremos en

algún momento.

—Desde luego que es una pesadilla. Lo que no tengo claro es que despertemos.

—¿Por qué no has querido ir con ellos? —preguntó Mireia.

—Ya se lo he dicho. No quiero disparar a nadie. Además, alguien tenía que quedarse para defender esto, ¿no? ¿Y tú?

—No tengo espíritu de exploradora —dijo ella.

Guardaron un momento de silencio y Mireia notó cómo la mano de Jaume le acariciaba el hombro, lentamente, pero cuando lo miró él tenía los ojos cerrados y parecía estar muy lejos de allí.

—¿Vives con tus padres? —preguntó Mireia.

—Con mi madre. Están separados.

—Los míos también. ¿Y cómo lo llevas?

—Es cosa de ellos. Si no se soportan es mejor que esté cada uno por su lado.

—Supongo que sí.

Mireia también cerró los ojos y se quedó adormecida.

En su sueño, Ferran Clos veía a Pàmies, obviamente muerto, y también a Richard, simplemente herido. También su padre, muerto, naturalmente, pero de pie, empuñando su pistola Walther P229, y aquella chica, la chica de la suerte. ¿Cómo se llamaba? Y Olga, con la cicatriz en la espalda y los labios rojos y muy llenos. Y un individuo sórdido y violento que se dedicaba a traficar con joyas. Trató de explicarse, de explicarles a todos ellos lo que estaba haciendo allí. «Es necesario que tengamos una esperanza. Que salgamos de este encierro, aunque sea viviendo en sótanos, lejos de la superficie. No sé lo que nos pasa, ni me importa, pero debemos movernos, buscar algo más allá de nuestros cuatro metros cuadrados. Por eso estoy aquí, porque este mar es nuestro mar y ese río es nuestro río, y la comunicación con el mundo.»

Despertó con un sobresalto, completamente desorientado, y se encontró con el rostro sonriente de Olga a un palmo de su cara.

—Hola, héroe —dijo ella—. ¿Has dormido bien?

—No lo sé. —Ferran sacudió la cabeza—. Me duele horriblemente aquí. —Se señaló las axilas.

—Te han subido con una cuerda desde el fondo del pozo —rió Olga—, y

son unos ineptos haciendo nudos.

—¿Y Michael?

—El doctor Roure lo tiene en observación. Tragó un montón de agua pero está bien. Le salvaste la vida. De no ser por ti se habría ahogado.

Estaban en una de las tiendas, a la escasa luz de un farol eléctrico. Ferran se sentía extraordinariamente débil, pero en cierto modo, feliz. «Estoy en casa y con alguien que me esperaba», dijo para sí.

—Es un buen tipo. Nos podemos mover por ahí abajo. —Ferran se entusiasmó—. Con un poco de precaución y bien preparados lo podemos hacer.

—Pero no cuentes con Michael. Es la segunda vez que sobrevive a ese pozo y no creo que quiera volver.

En el centro del gran depósito de agua, el pequeño bote avanzaba contracorriente con gran esfuerzo. Ferran y Bernat López remaban, jadeantes, intentando que no entrara agua en su precaria embarcación.

—Vamos hacia la entrada de aguas —dijo Ferran—. Michael y yo ya exploramos la zona norte, la de los hoteles, y es imposible pasar. Investigaremos las posibilidades de los colectores para moverse por ellos. ¿De acuerdo?

—Lo que tú digas —asintió López.

Con las aguas en calma, la acústica del lugar era casi perfecta, e incluso Olga, desde su puesto de vigilancia en la base del pozo, podía oír sus voces, aunque no tan claramente como para distinguir lo que decían. Arriba, en la boca del pozo, Joan, Torras y un grupo de voluntarios cuidaban de la bomba de agua ya instalada y del material de repuesto, preparado para el caso de que los exploradores lo reclamaran. A través de los hermanos rumanos habían conseguido otro walkie-talkie, de modo que Olga se había convertido en el nodo de comunicaciones entre el bote y el aparcamiento.

Abajo, la ligera embarcación avanzaba contra una débil corriente mientras Ferran trataba de ver algo en la oscuridad ayudado por una de las linternas, pero el estruendo de una cascada o algo parecido les iba anunciando que se acercaban a algún lugar más peligroso.

—Hacia allí —gritó López señalando a la derecha—. El ruido es del agua que está entrando.

Unos minutos después el estruendo se hizo más intenso, y ante ellos apareció una hilera de grandes portillas metálicas de las que manaban gruesos chorros de agua que caían como una cascada desde unos cinco metros de altura. Eran seis en total, y en el centro, con tres desagües a cada lado, los exploradores descubrieron un espacio abierto de la anchura de una calle del Ensanche barcelonés.

—¡Hay que joderse! —exclamó Ferran haciéndose oír por encima del estruendo.

El nivel del agua de aquella entrada era tan bajo que pudieron varar el bote y saltar al suelo. La luz de la linterna les ofreció la vista de una calle por la que discurría el agua por los laterales, con aceras relativamente secas a cada lado y un sistema de cableado. Había bombillas situadas a cortos trechos, que, en circunstancias normales, habrían iluminado la calle como cualquier vía comercial. Ferran y López dieron unos pasos por el centro de la calzada. Sobre ellos, un techo abovedado de al menos diez metros de altura ofrecía un espectáculo impresionante.

—¿Adónde conducirá esto? —preguntó López.

—Tiene que ser un colector de aguas de la montaña de Collserola. El caudal principal debe ir por las compuertas, y por el centro sólo en caso de inundaciones. Descansaremos un poco y seguiremos.

Se sentaron en una de las aceras secas y Ferran conectó el walkie. El aparato emitió ruidos de estática durante unos segundos, y luego se oyó la voz de Olga:

—Os recibo muy mal. Cambio.

—Hemos encontrado algo interesante. Volveremos a llamar. Cambio.

—No dejéis de hacerlo. Cambio y corto. —Ferran sonrió y volvió a guardar el aparato—. Estamos demasiado lejos. Bien, continuemos. El bote lo podemos dejar en la... acera; parecen aceras, como en una calle cualquiera.

Los dos hombres se pusieron en marcha. Equipados con luces frontales, el camino se abría ante ellos con cierta seguridad. Las paredes aparecían talladas en la roca viva, y sólo de vez en cuando podían verse recubrimientos de ladrillo, probablemente para asegurar zonas poco estables. Por primera vez, desde que el pánico le había cambiado la vida, Ferran Clos se sentía bien consigo mismo. Al fin y al cabo, una vida en un subterráneo no tenía por qué ser una maldición. Mineros, reclusos o incluso esquimales vivían en situaciones semejantes, más o menos, con sus vidas absolutamente condicionadas por una naturaleza o una sociedad hostil. Mientras avanzaba

por el túnel, escudriñando los alrededores, pensó en su padre. A aquellas alturas había perdido toda importancia, tanto su dura infancia con él como su muerte, en parte por su culpa. «Pude haberlo evitado —se dijo—. Nunca me lo perdonaré, pero lo que sí puedo hacer es olvidarlo. ¿Y mi madre? ¿Qué será de ella? No habrá podido sobrevivir, sola, encerrada en casa. ¿Qué puede hacer una pobre mujer sin posibilidades de pedir ayuda?» Ferran no podía estar seguro, pero su casa probablemente no estaba muy lejos, allá arriba. «Si hubiera alguna forma de llegar a ella —pensó—. Haría cualquier cosa por darle una alegría.»

Del mismo modo, unas decenas de metros más arriba, en dirección a la montaña, Gerard Casas pensaba en su hermana Aitana, a la que tanto había protegido siempre. ¿Dónde estaría? En manos de una madre alcohólica e irresponsable, la única seguridad de la niña era la que le proporcionaba Gerard, y ahora él se encontraba en un enorme colector, bajo tierra, lejos de Aitana y sin posibilidades de ayudarla.

El grupo de jóvenes del instituto no había podido obtener los materiales para hacer una conducción de agua, pero al menos contaban con recipientes para trasladarla, así que el punto de unión de su túnel con el colector se había convertido en una especie de nudo de comunicaciones. Con algunas maderas y herramientas de las obras del instituto se habían construido una especie de atalaya para protegerse de posibles inundaciones, y desde ella Gerard exploraba de tanto en tanto los alrededores con la linterna.

—¿Qué pasa? —preguntó Ferran.

—No sé si son alucinaciones —dijo López—, pero diría que he visto una luz a lo lejos. Un destello.

—Yo no he visto nada —respondió Ferran.

Apagó su linterna y se quedó mirando hacia el fondo del amplio conducto. López hizo lo mismo, pero la oscuridad era total, sin destellos ni nada que indicara presencia alguna.

—Sigamos —dijo Ferran.

Encendieron de nuevo sus linternas y continuaron avanzando mientras observaban a su alrededor.

Andrea los vio llegar por el pasillo. Eran cinco, con Richard al frente flanqueado por sus dos muchachos. Los otros dos eran individuos vagamente conocidos, armados con bates de beisbol. Richard no llevaba nada en las manos, pero los dos chicos llevaban sendos piolets de montaña. Retrocedió unos pasos hasta colocarse junto a Joan.

—Dame la pala —le dijo.

Joan le alargó la pala corta de campaña que llevaba en la mano. Tras ellos, un grupo de hombres y mujeres se apiñaban asustados, lo bastante lejos como para dejar claro que no iban a participar en ninguna pelea. El doctor Roure permanecía también cerca, aparentemente tranquilo, pero un ligero temblor en las manos le hizo ocultarlas en los bolsillos.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Joan—. No podemos con ellos.

—¿Y Michael, dónde está?

—Abajo, con Olga.

—Yo iré a buscarlo —dijo Aitana, y echó a correr.

—¡Eso, que venga, seremos más para el baile! —gritó Richard—. ¡Vaya!, la chica de la suerte.

Los dos rumanos se abrieron hacia los lados, como soldados bien entrenados, y los otros dos hombres permanecieron detrás de Richard.

—¿Qué quieres, Richard, otra herida?

—¿Otra herida? —sonrió éste— ¿Con qué me dispararás? ¿Con la pala?

—Te abriré la cabeza con ella.

—No nos pongamos violentos. Me han dicho que tu amigo Ferran ya no está entre nosotros, ¿verdad? —Se volvió hacia los suyos con sorna—. Así que puede que necesites un protector, y ahí entro yo. Podemos ser amigos. ¿Qué más te da un tío que otro?

—Eres un asesino. Y no te queremos aquí.

—¿Quiénes no me queréis?

—Yo y todos éstos —intervino Roure, y señaló tras él a las personas agrupadas—. Tenemos un sistema para sobrevivir y no necesitamos asesinos.

—¿Asesinos? Es gracioso. ¿Te has preguntado lo que le pasó a ese... cómo se llama... Pàmies?

—A ésos no les importa quién manda —dijo Roman señalando al grupo de gente.

—¡Ah! Entonces se trata de mandar. —Andrea blandió la pala—. Pues lo

vais a tener difícil.

Roman y Nicolai intentaron rodear a Andrea, uno por cada lado, pero Roman se encontró con Joan que le cerraba el paso. En la mano del muchacho rumano el piolet podía ser un arma realmente mortal. Joan lo miró un instante y luego sacó a su vez el machete de hoja dentada que Andrea le había visto llevar encima desde hacía días, desde que se había convertido en ayudante y guardaespaldas de Ferran.

—¿Lo ves? —dijo Richard—. Esto puede acabar muy mal, y no queremos eso.

—Ya lo creo que va a acabar mal —manifestó una voz grave y agradable.

Por primera vez desde que lo conocía, Andrea se alegró de ver y oír a Torras. Su aspecto era realmente poco amenazador, todavía con la corbata y una americana que había conocido mejores tiempos, pero el enorme martillo que llevaba en la mano era otra cosa.

—Vaya. Mi viejo amigo —sonrió sarcástico Richard—. Te has pasado al enemigo.

—Ya sabes las normas —dijo Andrea—. Sin armas, os ponéis en la cola y recibiréis una ración diaria...

—Permite que te contradiga —la cortó Torras—. No vais a recibir nada. No queremos tratos con vosotros y os vais a largar ahora mismo.

Richard sonrió, hizo una seña y Nicolai se lanzó sobre Torras, que lo pudo esquivar no sin cierto esfuerzo, luego ambos se enzarzaron en una pelea en la que, sin duda, Torras llevaba la peor parte. Andrea, en un gesto rápido, se lanzó sobre el joven Roman antes de que éste pudiera moverse y le asestó un violento golpe con la pala que lo hizo aullar de dolor y soltar al piolet. Richard, todavía en inferioridad de condiciones a causa de su herida, lanzó a sus otros dos ayudantes sobre Torras, pero no tuvo más remedio que retroceder ante la pala de Andrea. Torras y Joan, espalda contra espalda, aguantaron el ataque de Nicolai y los dos hombres, pero entonces sucedieron varias cosas. Primero fue la voz de Michael, que surgió por detrás del «aguerrido» ejército de Richard:

—¡Soltad todo eso! —les gritó.

Luego fue un movimiento espontáneo del grupo de hombres y mujeres que hasta el momento sólo habían estado observando. Algunas voces surgidas de entre la gente insultaron a Richard y a los suyos.

Richard levantó las manos ante el fusil submarino de Michael mientras Andrea, Joan y Torras desarmaban a sus hombres. En un rincón, Roman

lloraba sujetándose el brazo ensangrentado, y el doctor Roure hizo intención de acercarse a él, pero en ese momento, sin grandes aspavientos, Richard levantó las manos y dijo en voz alta:

—Vámonos.

Y todos se alejaron del recinto dejando al grupo de refugiados más unido que nunca.

—Volverán —vaticinó Torras—. No tienen nada mejor que hacer.

—Los estaremos esperando —respondió Michael, y luego tomó a Andrea por el hombro y la apretó contra él.

En la atalaya, Gerard se despertó sobresaltado cuando una mano lo zarandó.

—Te has dormido —dijo Martí Baquer.

Gerard se frotó los ojos, se puso en pie y estiró los brazos por encima de la cabeza.

—¿Se ha acabado mi turno?

—Todavía no. Te he traído café.

Martí Baquer se acomodó en la atalaya mientras Gerard bebía del termo. La oscuridad era completa, y habían tomado la decisión de que sólo de vez en cuando se encendiera la lámpara un momento para echar un vistazo. Martí sintió una punzada de miedo. Al fin y al cabo estaba muchos metros bajo tierra, en completa oscuridad.

—Da un poco de miedo, ¿no? —apuntó.

—Pero tenemos a P229 —respondió Gerard.

De improviso, el pánico de Martí y de Gerard se disparó. Dos luces aparecieron, como un amanecer, unos metros más abajo, cuando los dos hombres llegados del lago interior alcanzaron un repecho.

—¡Mierda! ¿Has visto eso? —exclamó Gerard.

—Vienen otra vez —murmuró Martí, más asustado que otra cosa.

—¿Qué hacemos?

—Han matado a Gabi. Y ahora vuelven otra vez.

Gerard empuñó la pistola con resolución.

—¡Alto! —gritó, aterrorizado.

Dos sombras se hicieron presentes a sólo unos metros, envueltas en la oscuridad.

—¿Quién hay ahí? ¡No queremos haceros daño! —gritó Ferran Clos.

—¡No os mováis, no avancéis! —gritó Gerard—. Os juro que os mataré.

—No queremos haceros daño —repitió Ferran.

—¿Qué queréis ahora? —bramó Martí Baquer—. ¡Marchaos!

Fue entonces cuando un mal paso hizo que Ferran resbalara y chapoteara sobre el agua. Al mismo tiempo, bajo el haz de luz de la linterna, Martí vio la pistola que Ferran llevaba en la cintura. Martí gritó, fuera de sí. López se movió de prisa tratando de sujetar a Ferran, demasiado de prisa, y Gerard, asustado, apretó el gatillo.

—¡No disparéis! ¡Por Dios, no disparéis! —chilló Ferran cuando sintió una feroz mordedura en el muslo que le hizo perder el equilibrio.

—¡No mataréis a nadie más! —gritó Martí.

Los dos hombres se habían quedado petrificados, con las manos en alto, iluminados por la lámpara, como dos fantasmas surgidos de la oscuridad. Ferran dijo algo, pero los dos muchachos no le oyeron.

—¡Martí! —murmuró en voz baja Gerard, sin dejar de apuntar a los dos hombres—, los otros se fueron corriente arriba. Éstos no son...

—Pudieron dar la vuelta.

—No digas gilipolleces, ¿para qué?, ¿para encontrarse con la pistola otra vez? ¿Quiénes sois? —preguntó alzando la voz.

—Me llamo Clos, Ferran Clos. ¡Joder!, me has dado en la pierna. Estoy sangrando, ¡Dios! Venimos del otro lado, del hipermercado.

—¿Ferran Clos? —repitió Gerard.

—¿Del hipermercado? ¿Tenéis comida? —preguntó Martí Baquer poniéndose en pie.

—De momento tira esa arma —gruñó Gerard dando tal codazo a Baquer que le hizo acuclillarse de nuevo.

Ferran se estaba atando un pañuelo alrededor de la herida con una mueca de dolor y López se cubrió los ojos con el brazo tratando de evitar que la luz le deslumbrara.

—¿Podrías enfocar hacia otro lado? —pidió—. Sí, llevamos algo de comida.

—Suelta el arma —insistió Gerard.

—Es de fogeo —murmuró Ferran sacando la pistola del cinturón. La tiró al suelo, lejos de ellos— ¡Maldita sea! Has agujereado mi mejor pantalón.

López se volvió hacia Ferran enarcando las cejas con sorpresa y luego fue a meter la mano en el bolsillo superior de la americana con su inexpresividad habitual.

—¡Eh! Quieto ahí, ¿qué haces? —gritó Gerard apuntándole de nuevo.

—Voy a encender un cigarrillo, ¿quieres uno?

—Yo sí —dijo Martí Baquer levantándose de nuevo.

David Baquer olisqueó el aire y se volvió hacia Mireia y Jaume con una expresión de interrogación. Estaba seguro de que olía a tabaco, pero que él supiera no había nadie en el grupo que tuviera cigarrillos, ni los habían encontrado por ninguna parte. Unos metros más lejos, Sara, que estaba tumbada sobre uno de los sofás, levantó la cabeza y abrió mucho los ojos.

—¿Quién está fumando? —dijo la chica.

Mercè, que dormitaba en su sillón preferido, abrió los ojos y se incorporó. Un poco más lejos, Pep se esforzaba sobre el fogón de butano para conseguir que el cubo metálico que usaban como olla no hiciera perder el equilibrio al pequeño hornillo.

El primero en aparecer por la abertura que comunicaba el almacén de muebles con el túnel fue Martí Baquer. Se detuvo con el cigarrillo en la mano, mirando con aire de suficiencia hacia sus compañeros y luego lanzó al aire una bocanada de humo.

—Deja de hacer el payaso —gruñó su hermano—. ¿De dónde lo has sacado?

Tras él, apareció Gerard y un hombre bajo y fornido, ayudando ambos a caminar a un tercero, más joven y con un torniquete en la pierna.

—Le traemos otro herido, Mercè —dijo Gerard—, se llama Ferran y puede que le conozca.

La mujer se llevó las manos a la cara, como si no pudiera dar crédito, se echó a llorar y los muchachos vieron, asombrados, cómo se movía con una ligereza impropia de su edad y de su cansancio y se lanzaba a abrazar a Ferran.

Hace tres días que Ferran y Bernat López salieron a explorar. No han regresado y a veces creo que no regresarán. Nadie tiene la seguridad, pero Olga sigue en el fondo del pozo, pendiente del walkie-talkie. Creo que no se resignará nunca a la pérdida de Ferran. Me dolería que abandonara toda esperanza, porque si perdemos la esperanza ya no somos nada. Hemos conseguido pararle los pies a Richard, pero como dice Torras, volverán. Yo no quiero decirlo, pero estoy aterrorizada con la idea de que el que no

volverá es Ferran. Es de las personas que cumplen su palabra, y sólo la muerte puede impedir que la cumpla. Nos dejó a mí y a Michael encargados de que la colonia funcionase, y con la ayuda del doctor Roure y de la buena voluntad de la gente hemos conseguido una primera victoria, pero esto se ha convertido ya en un fortín. No dejamos entrar ni salir a nadie, y si hacemos algún intercambio es con extremas medidas de seguridad. No sabría decir si me he resignado o no a vivir de esta manera, pero la vida está llena de paradojas, aunque sea una vida como ésta. Esta especie de guerra nos está pasando factura, Aitana sólo habla de que va a venir su hermano. Joan está como ausente y cuchichea a todas horas con Olga y con Alicia. Quisiera saber qué le ha pasado a Ferran, dónde ha llegado, si ha salido todo bien y tenemos esperanza. Estamos ya en invierno, aunque no sé si eso significa algo. A mí me queda sólo rezar y luchar por mantenerme viva y mantener con vida a la gente que quiero.

EPÍLOGO

Llevamos mapas de la ciudad y de la red de metro. Además, podemos contar con una base —sonrió Ferran haciendo un gesto como si pusiera unas comillas—. Podemos ir y venir, ya conocemos bien el lago interior y tenemos embarcaciones.

A la luz del pequeño farol de gas butano parecía como si el gran almacén de muebles acogiera un espectáculo de sombras chinescas: un puñado de jóvenes, sentados en cónclave alrededor de Ferran Clos y de Bernat López. Era como si en pocas horas, la llegada de los exploradores hubiera abierto a los muchachos del instituto un nuevo horizonte.

—Nosotros conocemos bien los túneles que hay al otro lado del canal —les dijo Gerard— y estamos comunicados con los edificios de los alrededores. Siempre encontramos algo para comer o cosas útiles, como herramientas, combustible, pilas...

—Y tenemos explosivos —añadió Pep.

Todos se volvieron a mirarle y López le palmeó en el hombro.

—Tú y yo nos llevaremos bien —le dijo.

—¿Habéis remontado el curso de agua? —preguntó Ferran.

—Unos cien metros, pero hay muchas cloacas que desembocan en él. Yo creo que se puede ir a cualquier parte.

—Podríamos unir los dos grupos y movernos hacia el centro —dijo Ferran—. Es lo que queríais hacer, ¿no?

—Sí —asintió Gerard—, sería estupendo.

—Es posible que encontremos algo organizado —siguió Ferran—. Alguna autoridad, tal vez un hospital o policía...

—Tú eres policía, ¿no? —dijo Jaume.

Ferran asintió.

—Espera. A propósito... —empezó Gerard. Sacó de su cinturón la Walther P229 y se la alargó a Ferran—. Creo que esto es tuyo. Y siento lo del disparo...

Ferran la tomó en sus manos y no pudo evitar emocionarse un poco. Asintió sin decir nada. Desde su sillón, cómodamente sentada, Mercè contempló al grupo. A su hijo, con el pantalón rasgado y la pierna derecha

vendada por encima de la rodilla; a Gerard, el chico despierto e inteligente con el que había tenido tantas charlas en poco tiempo; a Mireia, la chica aparentemente frágil y sin embargo decidida y animosa. A todos ellos les oyó hablar de planes, entusiasmados, como si estuvieran viviendo una aventura, como si se dispusieran a descubrir un nuevo mundo. Fuera, a través de las ventanas, sólo podía ver oscuridad envolviendo la ciudad silenciosa. Y sin embargo, se sentía feliz. La mujer más feliz del mundo.

Desde la ventana Jakob podía ver la inmensa extensión blanca. Las primeras nieves habían ocultado la capa de cenizas ya frías, y aquella mañana el sol volvía a brillar en todo su esplendor, aunque por poco tiempo. Como hacía todos los días desde aquel lejano sábado de junio, encendió la radio e hizo infinidad de llamadas en todas las frecuencias con el mismo resultado de siempre: nada. Después encendió la cafetera y se preparó el café del día. Había tenido que racionarlo a uno solo porque las existencias bajaban rápidamente. Por lo demás, los suministros acumulados en la despensa del refugio le garantizaban aún unos meses de subsistencia. Había perdido peso, desde luego, pero la gimnasia que hacía todos los días y la higiene personal lo mantenían con un aspecto aceptable. De un modo autodidacta había aprendido a tocar el laúd que alguien se había dejado en un rincón cuando salieron huyendo, algo que él no quiso hacer porque su casa quedaba muy lejos y además no lo esperaba nadie. Eso sin contar con que en ningún lugar encontraría tantos alimentos como en el almacén de lo que era a la vez refugio y proveedor para los excursionistas y montañeros. No tenía ni idea de qué le pasaba, sólo que le resultaba imposible salir al exterior, aunque sí podía mirar por la ventana cerrada, soportar el sol, e incluso podía abrir las ventanas para ventilar a condición de meterse rápidamente en el sótano. Era un hombre solitario, siempre lo había sido, y sólo echaba de menos la lectura, pues los pocos libros que había encontrado en el refugio ya se los sabía prácticamente de memoria.

Su hábitat no era en realidad tan reducido; un refugio de tres pisos con sótano, cocina, doce habitaciones y un gran salón con chimenea. Claro que no todo era tan perfecto. En invierno el frío lo obligaría a quemar enseres y maderas del edificio en la chimenea, pues aunque consiguiera horadar la pared y llegar a la leñera, también la leña cortada se acabaría. Y luego estaba la

cuestión evidente de que la comida se agotaría algún día. Pero Jakob estaba tranquilo, porque de todos los libros que había encontrado en el refugio había uno que era clave para su bienestar: *La vida y las extrañas y sorprendentes aventuras de Robinson Crusoe*.

Todas las noches, antes de dormir y después de la habitual partida de ajedrez contra sí mismo, Jakob se tumbaba en la cama, cómodamente recostado sobre las almohadas, y leía hasta que lo vencía el sueño.

«Es todo lo que necesito para ser feliz», se decía.

La ciudad silenciosa

José Luis Caballero

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,

ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)

si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com

o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Diseño de la cubierta: MMC, 2011

© José Luis Caballero, 2013

Los hechos y personajes de *La ciudad silenciosa* están basados en la película
Los últimos días, escrita y dirigida por Àlex Pastor y David Pastor

Los últimos días es © Morena Films / Rebelión Terrestre Film / Antena 3
Films /

Les Films du Lendemain, 2013

© Editorial Planeta, S. A., 2013

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edicionesminotauro.com

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2013

ISBN: 978-84-450-0136-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S. L.

www.victorigual.com